

MILE P.D. BLUETT

NO TE *dejaré*
ESCAPAR

Lectulandia

NO TE *dejaré*
ESCAPAR
LIBRO - 2

MILE P.D. BLUETT

¿Se puede vivir a medias, amar a medias?

Alex ha renunciado a ser el amo de los infiernos, quiere dejar su oscuridad atrás y a todos los demonios que lo atormentan. Cuenta con ángeles encarnados para ayudarlo a transitar por el camino a la luz: sus amigos. Y todo lo ha hecho por Cecilia, ella lo salvó cuando se desplomaba en caída libre hacia las tinieblas, lo llevó al único lugar seguro, al nido *Top Secret*, y él ha decidido seguirla con los ojos cerrados, resuelto a luchar por permanecer a su lado: «*Nada ni nadie podrá separarnos*».

Cecilia acaba de ponerle un alto a su exnovio una vez más, y todo por Alexander Huxley, ese hombre que le enseñó que la piel tiene su propio lenguaje para comunicarnos que estamos vivos, ese hombre que puso su mundo de cabeza y que se adueñó de su corazón. Ahora que lo ha recuperado, aguarda con ansias el momento de redimirse entre sus brazos y que sus cuerpos se reconcilien debajo de las sábanas. Solo tiene un pensamiento: «*No te dejaré escapar*».

Alex y Cecilia desconocen que pisan un terreno minado que pondrá a prueba «*el amor que los domina*». **¿Es fácil amar?...**

Enamorarse es el principio, lo que sigue es permanecer.

No se puede vivir a medias, no se puede amar a medias, si no estás con esa persona que te desborda en cuerpo y alma, no vale la pena.

Habría recorrido medio mundo para encontrar un amor parecido al que teníamos, y estoy casi segura que no lo hubiese encontrado.

Cecilia Marcel (Mile Bluett, 2018).

CAPÍTULO 1

Cecilia

Juntos íbamos a atravesar todos los obstáculos con la promesa de no soltarnos de la mano. El interior de la Iglesia del Buen Pastor en Beverly Hills, parecía la postal de una desgracia, el novio abandonado en el altar, el sacerdote desconcertado, los familiares compungidos, los invitados boquiabiertos, pero Alex y yo decididos a no permitir nuevamente que nadie osara separarnos. La cara de mi padre era de furia, mi madre aún se llevaba una mano a los labios para no dejar escapar la conmoción, los padres de Eric me miraban entre confusos y furibundos, los invitados eran un *collage* de emociones, pero la intriga y el sabroso chisme no pasaban desapercibidos para la mayoría. Escuché los pasos de Eric alejarse de nosotros por el largo pasillo central, y entonces descubrí a su secretaria al final, escondida parcialmente detrás de una columna en la entrada, con un atuendo que parecía que asistía a su propio sepulcro, con unas lágrimas torrenciales empapándole el rostro, las que se secó de un manotazo cuando Eric pasó por su lado sin detenerse, con intención de desaparecer y ella de seguirle detrás.

—¡Eric Hannes! —oí la voz firme y clara de Alexander. Me sobrecogí y le apreté los dedos con la intención de detenerlo. Eric se había retirado de la boda fallida sin reclamarnos, sin hacer el escándalo mayor, aceptando su derrota.

Eric se volvió hacia nosotros y la piel se me erizó. Su mirada era muy fría,

apretó la mandíbula y los puños. La secretaria también se detuvo y se le abrazó a un costado, él no le devolvió sus atenciones, pero tampoco las rechazó.

—¿Qué haces, Alex? —le susurré al oído sin perder de vista a Eric, lo retuve por el brazo sin hacerlo evidente—. Déjalo irse.

—¿Estás convencida de terminar con tu prometido y salir de esta iglesia acompañada por mí? —me preguntó en voz baja con esa expresión de chico bueno que yo amaba.

—No lo dudes —afirmé.

—Entonces le dejaré las cosas claras.

—Alex, no...

Colocó con delicadeza sus dedos sobre el anillo que había sellado mi compromiso con Eric, me pidió aprobación para retirarlo y accedí. Con el solitario en un puño lo vi caminar sobre la alfombra por donde momentos antes, todo mi cortejo nupcial había desfilado hasta el altar. Y su expresión había cambiado, ahora era más grave. Eric no se inmutó, se quedó esperándolo con idéntico gesto. No lo podían ocultar, tenían asuntos pendientes y enormes ganas de dejar a un lado el autocontrol. Ashley ya había llegado a mi lado, me sujetó la mano y se les quedó mirando como si estuviera frente a un espectáculo de la *UFC*, ese campeonato donde se lanzaban miradas desafiantes y golpes violentos. Mi amiga estaba tan concentrada que solo le faltaban las palomitas de maíz en una mano y la cerveza en la otra. Miré a mi alrededor, buscando que alguien sensato evitara que el enfrentamiento terminara mal. Mi padre dio una orden a sus hombres y un dolor agudo se me clavó en el estómago, leí de sus labios las palabras que pronunció, iban a proteger a Eric, y destrozarían a Alex si se atrevía a tocarlo.

—Alex ha perdido la razón. ¿Cómo se le ocurre desafiar a Eric solo, aquí están sus amigos, su familia, sus guardaespaldas, los hombres de mi padre? —le dije espantada a mi amiga.

—Tranquila, Cecy. Alex no es un salvaje y tampoco es un tonto —me aseguró Ashley.

Diferí con ella de inmediato. Alex caminó con el entrecejo aún más fruncido hacia Eric, el que ya no se contuvo y dio unos pasos para encontrarlo a medio

camino. Parecía un documental televisivo de *National Geographic*, donde dos especímenes machos se peleaban por la atención de una hembra. Con una mano me arrebaté el velo, se lo dejé a Ashley y me dispuse a frenar aquella disputa antes de que iniciara. Ashley me retuvo por el brazo y me instó a confiar en la sensatez de Alex, de la que yo dudaba en extremo.

Cuando se detuvieron el uno frente al otro, se lanzaron una mirada asesina que tensó más el ambiente. Noté que el testarudo de Alex, se dio cuenta que los hombres de mi padre estaban muy cerca, esperé que eso le abriera los ojos y comprendiera que estaba en terreno de Eric. Alexander abrió la mano y se atrevió a decir mientras le ofrecía el anillo de diamante a Eric:

—Se te olvida esto.

—No tengo intenciones de llevármelo, me da igual. Cecilia puede conservarlo como recordatorio de todos los años que pasó a mi lado —contestó mi exprometido.

—No creo que lo necesite.

—Lo de ustedes no durará. ¿Te dijo que estuvo con Peter? —Eric negó con la cabeza y el sarcasmo brilló en su semblante—. Solo eres el impulso que necesitaba para romper con todo, así es Cecilia, le asfixia su vida y con el tiempo se aburrirá de lo que tienen. A ti también te dejará, no eres tú, no soy yo, ella es la reina del drama. Está un poco confundida, pero creo que eso ya lo notaste cuando fingiste ser su terapeuta.

—Advertí que no la hacías feliz y que está mucho mejor lejos de ti —se atrevió a decir Alex sin reflejar que las palabras de Eric lo hubiesen lastimado.

—Te destrozará, muchachito. Cecilia necesita un hombre y te falta mucho para eso.

—Llévate el maldito anillo, Eric; solo quería dejarte en claro que Cecilia y yo estamos juntos, por el tiempo que ella lo desee —precisó Alexander dejando la joya sobre el descanso de una banca.

Eric se fue con su amante y uno de los hombres de mi padre terminó por tomar la sortija y alcanzársela a los padres de éste.

Alexander Huxley giró sobre sus pasos y me enfocó, tan solo mirarme y sus facciones se suavizaron. Caminó hacia mí, con paso firme y sentí que era la boda que me pedía a gritos mi corazón. Su sensatez me desarmó, ésa de la que había dudado y de la que mi amiga había dado fe. Mi respiración se desaceleró, mientras el hombre de mi vida se acercaba con el rostro lleno de amor, después de tanto dolor, de su pérdida y de todo lo que tuvo que enfrentar para aceptarse como lo que era. Eric no sabía nada, Alexander y yo nos habíamos salvado el uno al otro. Él me había rescatado de una relación sin una gota de pasión. Yo le había dado la fuerza para no esconderse más, para mostrarse como era, un hombre apasionado, con la música corriendo por sus venas, con enormes deseos de libertad, le ayudé a romper con las cadenas que lo habían mantenido prisionero desde la adolescencia. Él había pagado un precio muy elevado y lo seguía haciendo, como mismo temía pagarlo yo, cuando sentía la opresión de mi padre intentar menguar mi capacidad de decidir, algo que jamás le había permitido. Sabía que mi padre me seguía mirando con enorme censura, ni siquiera giré para pedirle comprensión.

Nada iba a opacar la sensación que me invadía al ser contemplada por los ojos de Alex, con el mismo deseo en la mirada de la primera vez que nos vimos cuando entré a su consultorio, y aunque los presentes se quedaron pasmados, con las bocas abiertas y la desaprobación oscilando en sus expresiones, le planté un beso, de esos largos y profundos que amenazaba con robarnos la cordura y llevarnos a otro mundo, al nuestro.

—Te amo, jamás volveré a alejarme —me dijo mientras yo solo deseaba que me siguiera besando.

Nuestros labios volvieron a encontrarse, su lengua reclamándome entera, cálida, su respiración sofocándome, la firmeza de sus músculos oprimiendo mi pecho, sus brazos construyendo a mi alrededor un refugio, sus manos reconociendo mi cuerpo.

—Llévame al nido —le supliqué en un trémulo susurro.

—¿Ahora? —dijo con la voz entrecortada.

—No pretenderás seguir besándome así delante de toda esta gente.

—Vamos de una vez —dijo luego de quedarse un instante contemplando mi rostro, lo acarició con ternura y volvió a decir—: Perdóname, perdóname. No sé

cómo pude herirte tanto, no me puedo absolver a mí mismo, yo debía velar por tu felicidad.

—Perdóname tú a mí. Nunca más te daré la espalda cuando más me necesites.

CAPÍTULO 2

Alex

Fue difícil romper con todos mis miedos, pararme en el altar e impedir que Cecilia se apartara de mí para siempre. Ahora que arribábamos al nido *Top Secret*, con Rain Lilly dando saltos cerca de mis pies, con la camaradería de Ashley, Dave e incluso Peter, todo parecía simple y me volvía a sentir en casa. ¿Cómo pude ser tan ciego y pensar que la podría olvidar? La vida te pone caminos difíciles, no he terminado de llorar a mi padre, ese dolor y la culpa aún me lastiman. Y lo que me ayuda a no derrumbarme es reconocer que nuestra relación fue complicada desde el principio y que, aunque era mi progenitor y lo adoraba, no siempre tenía la razón. He tomado las decisiones correctas, si no me pronunciaba como adulto, dueño de mis actos, iba a terminar en una depresión, y como casi psicólogo sabía que ésas eran palabras mayores. Ya no podía vivir la vida de un extraño. El precio de mi independencia resultó ser demasiado alto. *¡Te extraño tanto, papá! Mientras me adentro al nido no puedo dejar de pensar que traiciono tus deseos.*

¿Por qué no pudimos dialogar como dos adultos? ¿Por qué simplemente no puso su cara seria para decirme que no estaba de acuerdo con el camino elegido por mí, pero que me dejaba intentarlo, que me tenía confianza? *No fue, no pudiste aceptar que me tocaba vivir bajo mis reglas. Y tu frágil salud, aunado a una terrible coincidencia, me deja sin la posibilidad de recibir ni tu comprensión ni tu perdón.* Reconozco que mi padre quería lo mejor para mí, pero no terminó de entender que éramos distintos y que nuestras ideas de felicidad también lo eran. Mi padre creía que

mi vida no iba a tener la estabilidad necesaria y que eso me llevaría al fracaso, de no estudiar una carrera convencional y de no tener una vida similar a la de mi hermano. En su afán de procurarme una existencia plena, se convirtió en el único elemento que no permitía que mi existencia fuera completamente feliz, porque al no estar físicamente y no poder perdonarme, me dejaba con el peso de ser responsable de su partida. *Tengo una carrera que me llena el alma, estoy con la mujer que amo, he recobrado la confianza en mí mismo, pero me faltas tú, padre, y a la vez este conflicto me ha alejado de mi madre y de mi hermano.*

—¿Qué tienes, Alex? —me dijo Cecilia que conocía cada una de mis expresiones.

—Nada, corazón. No te preocupes.

—Recuerda que enfrentaremos todo juntos, sé lo que te duele y estoy contigo. Tu hermano y tu madre terminarán por entender, pondré de mi parte, los convenceré de que soy buena para ti.

—Preciosa, no tienes que hacerlo. Ellos no tienen derecho a juzgarte, menos sin conocer la nobleza de tu alma.

—Lo sé, pero son tu familia y vienen en el paquete contigo. Quiero verte completamente feliz y si para eso tengo que esforzarme por agradarles lo haré. No armaré una guerra contra los tuyos porque no me aceptan, ni quiero que tú hagas otra contra las intransigencias de mi padre. Digo, ¿en qué siglo estamos? No somos Romeo y Julieta. Ellos nos entenderán cuando sean testigos de nuestra felicidad. Mi madre me comprende, lo sé, aunque no dice nada para no contrariar a papá, pero con su mirada me basta para saber que me apoya y que quiere que luche por mi dicha. Papá es un poco complicado. Le costará más reconocer que su hija adorada ha dejado en el altar al novio de toda la vida, el ‘príncipe’ que él le eligió. Papá construyó un imperio y nos veía a Eric y a mí como sus herederos. Ahora solo tiene una *youtuber* y un músico para dejar frente a su negocio, eso lo pone nervioso. Tu hermano y tu madre tienen el duelo de tu papá, y la carga de aceptar el cambio radical que has hecho con tu vida.

—Y tú ahora eres experta entendiendo a la gente, mi linda psicoterapeuta.

—Aprendo rápido, eso de tener un novio psicólogo deja cosas buenas.

—Novio casi psicólogo, pero frustrado en el intento.

—Para mí no hay un psicólogo mejor que tú, ni músico tampoco —dijo y me regaló un beso, el primero en el nido.

La abracé con fuerzas y la levanté en brazos. La llevé cargada hasta la habitación y la deposité en la cama con delicadeza. Tan pequeña, abrigada por mi cuerpo, con esas hebras de cabello rubio que caían del peinado nupcial, el que se deshizo mientras huía del altar para quedarse conmigo. Tan linda con aquellos labios rosados que no necesitaban pintura, tan naturales y tan ardientes. Así la quería, sin maquillaje, sin artificios, en su esencia, que la hacían la mujer más bella de la tierra y aunque a veces se resguardaba en un escudo que la alejaba del dolor humano, sabía que lo hacía por miedo a mostrarse tal cual era, pero la conocía mejor que nadie y la ayudaría a romper con su coraza, como ella había hecho conmigo. Seguía mirándome, intrigada por mi silencio y expectante de mis labios sobre los suyos. Tomé el control de su boca y la besé hasta quedar sin aliento. Deseo y amor, la receta con la que tuve el mejor sexo de mi vida. Cerré los ojos cuando las imágenes de nuestros cuerpos unidos inundaron mi recuerdo, quería vivirlo de nuevo. Mis pantalones comenzaron a arder con un fuego que nunca se extinguiría.

Ella seguía enfundada en el flamante vestido de novia, que no me hacía mucha gracia, porque era un símbolo de lo que casi la une en matrimonio con otro hombre. Aparté de mi mente las escenas de Eric y su corta reconciliación con Cecilia y un pensamiento intrusivo ocupó su espacio, nuestra última vez en la cama y lo terrible que había sido. El abrirle mi corazón y revelarle mi identidad y cada una de mis omisiones me dejaban ahora, como el hombre que realmente era frente a Cecilia. El consejo que me había dado mi hermano parecía funcionar porque sin todo el peso de las mentiras en mi cabeza, mi campeón estaba en guardia y listo para la acción. La ansiaba tanto que si no la tenía ahora mismo iba a explotar. La miré y le dije sin palabras que la reclamaba como mía, que de inmediato la iba a despojar de esos encajes y la iba a tener completamente desnuda frente a mí. Cecilia no dejaba de sonreír y yo solo podía pensar: la quiero a mi lado para siempre. Me acerqué a su larga melena, su aroma me embriagó por completo y me reiteró que estaba en el lugar correcto. Sus ojos pícaros, que me trasmitían tantas emociones sin necesidad de palabras, me embrujaron una vez más. Y su boca, esa de la que no podía despegarme, se me hacía más deliciosa que nunca.

—Si te hubieses casado no me lo hubiera perdonado jamás —le susurré a punto de sentirme devorado por mi propia fogata, esa mujer provocaba un incendio en mis pantalones cuando me miraba así—. Sin ti no podía respirar hasta saturar mis pulmones, existía, pero no vivía, tenía un suspiro atorado, uno que he podido liberar ahora que puedo contemplarte, besarte, llenarte de caricias. Mi pecho va a explotar, mi corazón se ha vuelto loco y se ha descontrolado. Me hiciste tanta falta, no sé qué palabras utilizar para explicarte lo que siento, Cecilia, es como si nuestras almas estuvieran entrelazadas para siempre, es que las palabras no existen para describir con exactitud tanto amor.

—Lo entiendo, ni siquiera tienes que decirlo, me siento exactamente igual. Mi vida no era la misma sin ti, Alexander Huxley, tú me cambiaste por completo, me hiciste darme cuenta que no se puede vivir a medias, que no se puede amar a medias, y que, si no estás con esa persona que te desborda en cuerpo y alma, no vale la pena. Habría recorrido medio mundo para encontrar un amor parecido al que teníamos, y estoy casi segura que no lo hubiese encontrado. ¿Qué te hizo venir a la iglesia? ¿Qué te hizo correr a mí en el momento justo en que iba a sellar mi unión con la persona que me iba a conducir al mismo vacío que tenía cuando decidí acudir a terapia?

—¿Cariño, de veras tienes ganas de hablar ahora? Yo me estoy quemando, dejemos la conversación para más tarde, necesito hacerte mía.

—¡Cálmate! Estás muy acelerado.

—Te deseo.

—Me da gusto saberlo —dijo con una astuta carcajada, lo veía venir, no se me iba a entregar tan fácil. ¿A qué estaba jugando? ¿Quería hacer una implosión de mi deseo? La seguí escuchando—: Te exijo que me digas por qué viniste a la iglesia. ¿Cómo supiste que a esa hora me iba a casar?

—Hay ángeles, o amigos disfrazados de ángeles, que en el momento que más los necesitas te tiran de las orejas y te obligan a luchar por lo mejor para tu corazón. Todos trataron de convencerme, incluso Peter, pero fue Ashley la que al final me desafió a frenar esa unión.

—Estaremos en deuda con ella por siempre.

—No lo digas delante de Ashley porque me convertirá en su súbdito de por

vida, sabes que es un poco mandona, si le metes esa idea en la cabeza terminaré esclavizado, tal vez me obligue a grabar un vídeo a la semana para el canal, querrá que cocine y que bese el suelo por dónde camina.

—No se lo diré, será nuestro secreto —coincidió. Ashley sería una espina en el trasero si resaltábamos su proeza.

—Ahora bésame. Te necesito, el recuerdo de cada una de las veces que te hice mía me ha torturado desde entonces.

Ya había abierto mi corazón y le había revelado cuánto la amaba, cuánto la anhelaba y cómo la falta de sus caricias había dejado mi cuerpo desierto, ahora no podía retrasar la entrega un minuto más, me urgía recorrer su cuerpo y hacer realidad esos pasajes que guardaba en la memoria, y que me hacían arder.

—Te quiero ahora —dijo aceptando que le arrancara aquel vestido de mi perdición y lo hice con ansias locas, mientras mis dedos se volvían expertos en liberar los innumerables botones que en serio lograron desesperarme porque se interponían entre mi objetivo y yo.

La dejé como pude en ropa interior. Sentí una furia maldita revolcarse con mi deseo al detallar el conjunto que pretendía usar para la noche de bodas con Eric. Se veía endemoniadamente sexy y no era para mí, eso me hizo rabiar.

—¡Carajo! ¿Qué pretendías hacer con Eric en tu luna de miel? ¿Tenías otros modelitos como estos reservados para él? —No pude callarme.

—¿Qué te preocupa? Ya no estoy con Eric, los usaré contigo.

—Ni de broma, haz una pila con todos ellos incluyendo éste, los quemaré y luego nos iremos de compras.

—Me matas de la risa. ¿Celoso de Eric? Es ridículo. Te amo, Alex, hazme tuya de una vez. ¿Me quieres trastornar? ¿Primero me tientes y luego te pones digno? Ven, solo tengo ganas de ti.

Traté de aplacar mi ira y no dejar que los celos me impidieran disfrutarla. Su pecho bajo mi tórax, su boca gritando mi nombre ante una oleada de placer, sus ojos implorándome que la poseyera, sus piernas rodeando mis caderas, su pelvis contra la mía, en ese contacto, tan suave y duro a la vez, tan cálido, su fuego quemándome, avivando mi propio incendio, y ya no pude con aquella ráfaga que me hacía

rememorar lo que estaba por acontecer. Aún quedaba mucha tela entre los dos. Comencé a quitarle las medias como poseído mientras hacía un *check list* de cada prenda. El vestido de novia de la boda de donde la había robado, ya estaba fuera, por suerte. Las medias de seda con las que pretendía escaparse de luna de miel con otro, ya estaban siendo arrancadas y estaban a punto de ser incineradas para no volver a verlas nunca más. Terminé de sacarle el sujetador y lo arrojé muy lejos, sus senos primorosos deleitaron mis ojos, me sumergí en ellos y supe que su cuerpo siempre sería mi hogar. Cuando mis manos terminaron de despojarla de la única prenda que le quedaba, la observé completa, y me castigué por haber sido un tonto, por haber buscado placer en otras mujeres, Cecilia era mi única dueña. Deslicé la mano más debajo de su ombligo y antes de hacer escala en mi sitio preferido, me detuvo la mano, la alejó y me susurró aún sofocada:

—Espera.

—¡Ah, lo olvidaba! —dije todo iluso y estiré la mano a la mesa de noche donde mi arsenal de condones aún me esperaba.

Tomé uno a nada de reventar de tanta urgencia, lo coloqué con destreza, el campeón soportaría lo que fuera con tal de disfrutar cuanto antes del cálido refugio que tenía Cecilia entre las piernas. Me apresuré, quería entrar en su cuerpo, no podía más, pero recordé que, como buen amante, tenía que llevarla al punto exacto en que me rogara que la tomara y justo antes de saborear la humedad de su deseo, me frenó una vez más.

—Aguarda.

—Voy probarte de nuevo.

—No puedo.

—¿Qué? —pregunté exaltado y de nuevo busqué razones—: ¿Por qué?

—No quiero cometer los errores del pasado —dijo apretando sus piernas para contener las palpitations que la obligarían a suplicarme poseerla. Se cubrió con la sábana y me soltó una pregunta con los sentidos alterados por la fiebre de la pasión—. ¿Con cuántas mujeres estuviste desde la última vez que hicimos el amor?

—Con menos de las que habría querido —dije aún preso de mi apetito sexual tratando de zanjar ese asunto y volver a la carga. Le quité la sábana de una, tomé sus

piernas en cada mano y la aproximé hacia mí, decidido a proseguir con lo que había empezado.

—¡Para! —dijo y se fue hasta el otro extremo de la cama.

—No me frenes, me estoy quemando vivo, entrégate.

—¿Usaste protección con ellas?

—Siempre, corazón.

—¿Tuviste sexo oral con otra persona? ¿Ella o ellas te lo hicieron a ti o al revés?

—¿A qué viene este interrogatorio, Cecilia?

—¿Lo hiciste o no?

—¿Estás segura que deseas que te responda eso? Vamos—. Mi corazón se fue desacelerando porque comprendí por donde venía y a dónde la llevarían sus dudas.

—La primera vez que tú y yo tuvimos relaciones no nos cuidamos. Sacamos las conclusiones de que tú te cuidabas. Pensamos que estábamos fuera de peligro porque con Eric tenía una relación muy larga y con Peter usaba condón y luego resultó que Eric me engañaba con su secretaria. Por eso te pregunto y quiero que seas sincero. ¿Siempre usaste condón con las otras?

—Sí. Te lo aseguro.

—¿Tuviste alguna otra práctica de riesgo? ¿Sexo oral?

—Tu cuestionamiento nos llevará a un callejón sin salida. No quiero lastimarte hablando de mi vida sexual con otras mujeres.

—No pienses en lo que me pueda herir, es algo objetivo. ¿Crees que existe la mínima probabilidad de que me contagies algo?

—Cecy, yo creo que no, pero entiendo tu preocupación. ¿Qué propones? —dije convencido de que no la haría abandonar lo que se le había metido en la cabeza.

—Hagámonos pruebas.

—Eso no es tan rápido. Habrá que esperar el período ventana para que sea válido, te lo había explicado una vez.

—Estoy dispuesta a esperar —dijo, yo solo tuve ojos para mi imponente erección. Coloqué la mano sobre mi pene y sentí que ardía, la quería a ella y Cecilia seguía divagando.

—Será mínimo un mes, o lo más rápido catorce días después del último contacto de riesgo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste con ellas?

—No entiendo cómo puedes hablar de eso justo en este instante.

—El peligro me enfría, Alex.

—La mayoría se enciende ante el peligro.

—Ya no soy una insensata, la vida me ha enseñado a espabilarme.

—¿Cuál es el porcentaje de detección del virus si nos aplicamos la prueba en la fecha ventana más próxima?

—Si nos hacemos la ELISA de cuarta generación será un noventa y cinco por ciento, es muy buen porcentaje.

—¿No hay un cien por ciento?

—Si esperamos tres meses desde la última exposición hay un noventa y nueve por ciento, nada despreciable.

—¿Y el uno extra?

—No tienes que temer, no hay estudios que comprueben que haya riesgo por ese uno por ciento, por lo general se debe a otra exposición no registrada.

—Esperaremos tres meses desde que te revolcaste con esas... —No completó la frase.

—¿Estás bromeando? Si usamos condón...

—Alex, no seas adolescente. ¿No puedes tener un poco de autocontrol?

—¿Tuviste relaciones con Eric o con alguien más en el corto tiempo que estuvimos separados? —pronuncié. La cabrona duda parecía normal pero los celos eran una tortura.

—¿Lo estás preguntando en serio? —Se puso digna cuando fue ella la que

inició.

—Tú preguntaste primero. De acuerdo, tienes razón. No podemos saltar de una cama a otra, lo más sensato es hacernos los estudios correspondientes. ¿Pero dime por favor, estuviste con otro?

—¿Te mueres de celos? Eso no, Alex. No exijas lo que no pudiste dar, tampoco me guardaste exclusividad.

—Seré solo tuyo de hoy en adelante, como la primera vez. ¡Carajo! Pensar que a mí me has frenado y que tal vez te entregaste al adúltero de Eric o a Peter... No. Peter no lo creo, él intentó convencerme de regresar a tu lado. No lo creo. ¿Hunter?

—No hables de esa manera conmigo, algunos filtros son buenos, tampoco tienes que ser tan transparente.

—¿Qué hiciste, Cecy? ¿Por qué tan interesada en hacernos las pruebas?

—Me enseñaste que mi cuerpo es sagrado.

—Espero que lo hayas puesto en práctica también con Eric y que no te hayas entregado a él —le dije y la vi levantar una ceja, así que añadí—: O que le hayas exigido una prueba también.

Una prueba. Quería la ELISA de cuarta generación con los tres meses del período ventana, gracias a mi incapacidad de callarme y a la información que recibí en las clases de Sexualidad. Me rasqué la cabeza mientras mi erección iba en descenso y me preguntaba. *¿Cecilia me ha puesto a prueba o me está castigando?* En el fondo sabía que ella tenía razón, ahora era yo quien me exigía a mí mismo esos estudios. Jamás me perdonaría si mis descuidos o mis malas decisiones la arrastraban conmigo.

CAPÍTULO 3

Cecilia

Me puse un camisón y dejé a Alex en la cama, con la cara de animalito apaleado, pero no sentí pesar. Mi cuerpo era sagrado y no me conformaría con menos de hoy en adelante. Él me enseñó a verlo de esta forma. Ahora estaba preocupado pensando si yo también había estado con alguien más. A mí me dolía, claro que me dolía recordar sus andanzas y el beso que se dio con aquellas chicas delante de mí cuando parecía el Amo de los Infiernos, pero no me iba a hundir en el dolor, estábamos juntos y todo se iba a acomodar. El tiempo de los estudios iba a ser bueno para que encajaran todas las piezas, para perdonarnos por completo, para empezar con el pie derecho.

Una situación muy triste nos había alejado, la confusión aunada a la debilidad no nos permitió buscar una solución y explotamos. Nos habíamos perdido en una separación que ennegreció nuestras almas y nos hizo refugiarnos en las personas equivocadas, al menos en lo que a mí me corresponde, pero ya estábamos de nuevo unidos.

Antes de salir de la habitación, lo vi terminar de acomodarse el pantalón, colgarse la camiseta de mangas largas sobre un hombro, tomar una almohada, ahuecarla y dirigirse a la puerta, la traspasó antes que yo. Le pregunté sorprendida:

—¿Qué haces?

—No me quieres en tu cama, me buscaré una habitación.

—Acordamos que pasaríamos la crisis juntos.

—Juntos en el nido, en tu habitación será hasta que esté el resultado.

—Pero...

—No soporto la tortura, si te veo caminando con tus minibraguitas color neón por la habitación no me voy a contener. ¿Y dormir en la misma cama con tus nuevas restricciones? Ni soñarlo. Espero todos los plazos que me pongas, pero no me obligues a aceptar tu tortura y amarrarme a ella de forma masoquista. No veo que sufras por no tenerme, más bien disfrutas llevarme al límite y luego dejarme con las ganas a punto de hacerme estallar la cabeza —dijo, luego señaló a su miembro y añadió—: las dos ‘cabezas’ para ser más exacto.

—Ni que fueras un dragón de dos cabezas.

—Créeme que si me sigues torturando me saldrán unas cinco.

—No hay habitación disponible, la que usabas para tu batería la llenamos de muebles que no encontraban acotejo.

—¿No volverá a estar disponible? —preguntó y ya había atravesado la sala, salí tras él mientras el resto de los habitantes del nido nos miraba con la boca abierta.

—Si lo deseas la podemos habilitar.

En breve ya estaba intentando sacar los muebles y yo dejándolo hacer y deshacer a su antojo. Alex se empeñó en mover el más pesado de todos, e imaginé que era el coraje, debido a la situación que no terminaba de aceptar. Ante el ruido, David y Peter se ofrecieron para ayudarlo.

—Hombre, termina de ponerte la camiseta, ya regresaste y vuelves a las viejas costumbres. Tendremos que poner las reglas del nido para una sana convivencia. No estar enseñándole el lavadero a la novia de los amigos será la primera —dijo Dave que ya se había tardado en soltar alguna de sus bromitas. Alex se colocó la camiseta e ignoró el comentario, no estaba de humor para seguirle el juego, pero Dave era especialista en no callarse en el momento apropiado, diferente a Peter que siempre veía más allá del silencio—: Fue breve el reencuentro, toro, tendré que bajarte del pedestal, el *round* no duró ni siquiera quince minutos. Pensé que no los íbamos a

poder sacar de la habitación en una semana. Ya sabes lo que dicen de las reconciliaciones.

—Lo de toro retíralo, Dave, es demasiado, te agradecería que no uses para referirte a mí ningún animal con cuernos —dijo Alex colérico.

—¡Oh! ¿Problemas en el paraíso? Lo siento —dijo mi amigo para disculparse a su forma, pero no podía parar de reírse.

Alexander continuó en silencio, apretó aún más la mandíbula para tratar de sacar el mueble.

—Alex, déjanos ayudarte. Podemos regresar las cosas a su antiguo sitio —comentó Peter.

—Detente, Alex, ni siquiera tenemos donde acomodarlos ahora. Hicimos remodelación y salieron sobrando. Alquilaré una bodega para meter lo que no estamos usando o lo donaré a alguna fundación —dijo.

—Me parece una excelente idea, pero eso no resuelve el problema de esta noche. ¿Dónde pretendes que duerma? El sofá no es una opción, ustedes se levantan temprano para grabar y yo duermo más de día que de noche.

Los ojos de David quedaron en blanco por un minuto al escuchar la revelación de Alex, y todos se quedaron aturcidos al constatar que nuestro reencuentro había iniciado con el pie izquierdo. Casi le doy un coscorrón por semejante golpe bajo, por supuesto que lo hizo con alevosía, si él estaba ardiendo, quería dejarme en evidencias delante de los demás.

—Puedes dormir dónde quieras —dijo y me tragué la frase que me vino a la mente: *Como si quieres seguir revolcándote con las zorras que te divertías hasta hace poco.*

—Donde sea menos en el cuarto de la tortura —arremetió Alex y sentí la incógnita de cada habitante del nido elevarse al cien por ciento.

Todos nos miraron con cara de asombro. David abrió desmesuradamente los ojos y terminó por entender el significado de la palabra prudencia. Le agradecí por no bombardear a Alex con otras de sus bromas, o aquel comienzo iba a ser aún más tormentoso. Ashley hizo ese gesto comprensivo que amaba. Odié que nuestros problemas íntimos fueran del conocimiento de nuestros amigos.

—¿Estás hablando en serio? —inquirí ya sin aguantar el berrinche que estaba haciendo Alex porque le pedí dejar el pene dentro de sus pantalones. Todo porque le requerí lo justo, nada de sexo hasta que comprobara que estaba totalmente sano. *¡Por Dios lo vi con dos mujeres a la vez y quién sabe qué más hizo cuando no estaba delante de mis ojos!*

—Chicos, cálmense. ¿Por qué no hablan en privado? De seguro es un mal entendido que tiene solución —nos sugirió Ashley.

—¡Carajo! ¿Qué está pasando? Nos costó mucho trabajo volver a unirlos. Ashley tiene razón, relájense. Las reconciliaciones no son fáciles, necesitan llegar a acuerdos. Tómense una cervecita y dialoguen. ¡Qué no se diga de ti, doc, especialista en las relaciones humanas! Y si necesitan tiempo a solas podemos irnos un par de semanas hasta que arreglen sus diferencias —soltó Dave.

—Unas vacaciones en el Caribe puede ser la solución para que pasen tiempo de calidad juntos, me ofrezco a hacer la reservación —manifestó Peter que ahora también era otro casamentero.

—Nadie puede escaparse ahora —dijo Ashley—. Tenemos mucho trabajo.

—Estaremos bien, no se preocupen por nosotros —insistí llena de vergüenza, pero más de furia.

—Me encargo de hacer que desaparezcan esos muebles, mañana ya no estarán aquí —resolvió Ashley—. Ahora relájense, ha sido un día muy largo.

—Puedes usar mi habitación, Alex —dijo Peter—. Casi nunca me quedo a dormir, solo cuando trabajamos hasta muy tarde. Te la cedo el tiempo necesario, hasta que quede resuelto el problema.

—Gracias, Peter. Será solo esta noche. Yo misma me encargaré de donar los muebles y dejar el cuarto libre. Y disculpen todos, no quise meterlos en nuestros asuntos. No estamos mal, estaremos juntos, pero hay muchos términos en los que aún nos estamos poniendo de acuerdo —expuse y los dejé a todos conjeturando acerca de mi vida privada.

Alexander intentó seguirme, pero Ashley lo detuvo. Lo convenció de aceptarle algo de tomar, una cerveza, una taza de café, a lo que él respondió:

—Saldré un rato. Regreso después, buscaré algo de ropa. No quiero andar en

paños menores por la casa, David es muy sensible.

Alcancé a escucharlo y el corazón se me detuvo, lo último que deseaba era que abandonara el nido, pero aguanté mis deseos de salir corriendo tras él y me quedé con el temor de no verlo regresar. Dos trémulas lágrimas bajaron por mis mejillas, las limpié con el dorso de la mano y antes de sumergirme en un océano de dudas ya tenía a mi equipo de primeros auxilios junto a mí. Noté que faltaba David y pregunté por él:

—Se fue detrás de Alex con el pretexto de ayudarle a traer sus cosas, lo quiere, bueno, todos lo queremos. ¿Qué pasa con ustedes? ¿No se habían reconciliado? —preguntó Ashley.

—Ash, Peter, sí estamos juntos, eso creo, pero Alexander tuvo otras parejas sexuales y le pedí que se hiciera estudios para comprobar que no se contagió de algo. ¡Mierda, tengo motivos, estuvo con dos tipas a la vez!

—Suena lógico —dijo Peter.

—¿Y el condón, cariño? —insistió Ashley.

—A veces no es suficiente para ciertas infecciones y quise tomar todas las precauciones, ya sabes, sexo oral, si hay pequeñas heridas hay riesgo de contagio, si las pelvis se frotan hay parásitos u hongos que podrían transmitirse, etc.

—Has estado leyendo mucho de Sexología, ya pareces catedrática —mencionó Ashley.

—¿No es lo que deberíamos hacer todos? Nuestro cuerpo es sagrado. Alex siempre insistía en eso. Él daba charlas a adolescentes sobre el tema, no entiendo por qué ahora se empeña en no entender mi punto.

—¿Y lo de dormir en cuartos separados? ¿A qué se refiere con el cuarto de la tortura? —preguntó mi amiga.

—Ni le hagas caso, es un exagerado. Lo dice por la sequía de sexo.

—¿Y por qué no se hacen la prueba y listo? —indicó Peter.

—No es tan simple. Por ejemplo, para el VIH, él podría hacerse la prueba y salir negativo porque el virus no se detecta aún, hay que esperar el período ventana en que se pueda practicar la prueba —expliqué.

—Cecy, creo que exageras un poco, está bien que no tengan sexo vaginal ni oral, pero hay ciertos cariñitos que se pueden hacer para ir resolviendo, existen las manos y otras partes de tu cuerpo para darle placer a tu hombre y a ti misma mientras tanto —opinó Ashley—. ¿No será que lo que en verdad te aleja es que aún no puedes olvidar su faceta de Amo de los Infiernos? ¿Será que el recuerdo de las dos diablitas ardientes que lo custodiaban te hace odiarlo aún?

—Es verdad que Alex cayó en crisis tras la pérdida de su padre, es cierto que tal vez no me quedé a su lado en el momento que más me necesitaba, acepto que su mente confundida haya concluido que seríamos más felices separados, pero ni siquiera esperó un mes para irse a la cama con esas dos —solté y fue liberador.

Peter se me acercó y me rodeó con sus brazos, su olor a chocolate me envolvió por completo, me besó en la frente y me dijo:

—¿Recuerdas cuando te dije que tu lugar no era al lado de Eric y que tarde o temprano te darías cuenta de que no lo amabas? Corazón, no puedo decir lo mismo de Alex, con él eres la Cecilia que siempre debiste ser, tan plena, tan viva. Ustedes están tan enamorados que le dan envidia a los solitarios como yo. No te atormentes, ustedes están hechos el uno para el otro. Las pruebas serán buenas para los dos, así comienzan desde cero. El tiempo de abstinencia les servirá para aclarar las ideas y reencontrarse en el alma. Lo que necesitas resolver está dentro de esta hermosa cabecita. Ambos tienen mucho que perdonarse y mucho por qué luchar, nadie ha dicho que amar es fácil.

—¡Oh, Peter! Eres tan dulce, la mujer que sea dueña de tu corazón se llevará un gran tesoro —le revelé y de inmediato me arrepentí.

—Tuve dueña, pero la perdí, ya me resigné. Lo único que quiero es verte feliz con el hombre que escogiste. Alex es un buen tipo, un poco atormentado, pero ¿quién no lucha con sus propios demonios? Él es perfecto para ti, logró hacerte brillar desde adentro.

—Nunca será suficiente pedirte perdón, sabes que te quiero y me ayudaste tanto, aún lo haces —le dije.

—Mejor los dejo solos —agregó Ashley y se alejó discretamente.

—No te aflijas por mí, no me arrepiento, lo que compartimos fue toda una

experiencia, también me hiciste feliz y sé que vendrán tiempos mejores, tú no eras para mí, Alex y tú estaban predestinados, un amor así es lo que estaré esperando y cuando esa chica aparezca no la dejaré escapar —sentenció Peter.

—Solo espero que sea una buena mujer, porque tiene que serlo para merecerte, eres un pedazo de pan, el mejor amigo, un gran amante, tan maduro y tan sensato, un gran compañero.

—Tú siempre fuiste sincera, siempre me hablaste con la verdad, amiga.

CAPÍTULO 4

Christopher

No sé por dónde empezar. Hacer esto es difícil para mí. Estaba muy enojado con mi hermano menor. Tanto que no podía entender razones y cuándo me preguntó si podía dejar de querer a Mary, mi esposa, me quedé sin palabras. Intenté decirle que no comparara su relación de unos meses con mi matrimonio, pero en ese momento tuve un *insigth*, y me quedé pensando en qué sentía por mi mujer. *Mi mujer*, reflexioné en la connotación posesiva de esa frase corta y concisa.

Mi hermano corrió a tratar de detener una boda, yo me quedé congelado, con Martha, mi secretaria, quien era como una segunda madre para mí, suplicándome que ayudara a Alexander, que intercediera por él ante mi madre. No es que no quisiera hacerlo, mi madre estaba delicada de salud y el tema sobre Alex y su nueva novia era escabroso. El médico que había valorado a mi madre recomendó que no se le diera sobresaltos, que su salud era delicada. Por otro lado, como psicólogo, tenía que admitir que la duda me quedaba. ¿Los malestares de mi madre eran debido a una crisis emocional, resultado de su propia obstinación por no dejar a mi hermano estar con esa *youtuber*? Pero no podía darme el lujo de llevarle la contraria, Alex había desafiado a mi padre y las consecuencias habían sido funestas, había sufrido un infarto y ahora adolecíamos su pérdida. ¿Responsabilidad de Alex, de mi padre, del infortunio de su frágil estado de salud? No lo pondría en tela de juicio, pero no quería otra muerte, menos la de mi madre.

Papá se fue antes de ver mi fracaso en los negocios, ver decepción en su rostro me habría puesto más vulnerable de lo que estoy. Aún podía recordar la expresión de mi hermano antes de correr tras Cecilia, dispuesto a detener una boda y yo no podía estar más vacío por dentro, acababa de sentenciar mi futuro con una firma, una que me convertía en socio en mi propio negocio, el que había levantado con mis manos, con mi propio esfuerzo. Solo podía culpar a Alex, sus impulsos y su desafío a mi padre, nos hizo caer en el péfido engaño de Wallace, que trajo como consecuencia la falta de credibilidad en la clínica. Me quedé con el cuarenta por ciento del negocio. El sesenta por ciento a partes iguales fue a parar a manos de dos amigos, en los que confiaba para que mi sueño no se fuera a pique. ¿Cómo un rumor sobre una práctica poco ética podía hacer tanto daño? ¿Un rumor? Alex aseguraba que no había iniciado su relación con Cecilia hasta renunciar a su carrera en Psicología, pero a los miembros del Consejo de Psicólogos no les importó, señalaban que había plazos que no se respetaron tras finalizar la relación profesional. Al parecer, allí nadie tenía cola que le pisaran y los lobos enfurecidos se habían vuelto en mi contra por ser el dueño de la clínica y supervisor de Alexander. Mis nuevos socios eran médicos y apostaban por mí, porque la clínica iba a salir adelante y a recobrar su prestigio.

Revisé mi agenda en la nube, donde la compartía con mi asistente, y suspiré aliviado al ver que no quedaba ni un paciente por atender, ni ningún asunto de la clínica por resolver. Me dispuse a irme, lo único que quería era llegar a mi hogar y refugiarme en los brazos de mi remanso de paz, Mary, aunque sabía que mis dos pequeños huracanes no me dejarían disfrutar de la quietud, iban a correr y pedirme que las alzara en brazos. No importaba, eso era la dicha para mí, era mi mayor éxito, no la clínica de mi propiedad, no mi ostentoso master en Sexología, ni mi flamante doctorado en Psicoterapia, ni el extenso repertorio de títulos de los numerosos posgrados que me había dedicado a coleccionar. Mary y mis hijas, Sarah y Sophie, eran mi felicidad, la que tenía nombre de mujer y venía al triple.

Lo que me enamoró de Mary, fue que era lo opuesto a mi madre en todo. Y pido perdón para mis adentros cada vez que lo recuerdo. Mi madre era una adicta al trabajo, obsesionada con mi padre y su carrera, que siempre nos relegó a Alexander y a mí, con el pretexto de trabajar codo a codo con papá para darnos un futuro seguro. Nos lo dio, pero a un precio, ahora nuestra familia estaba rota. Mi padre había

fallecido de un infarto. Se alteró tanto ante situaciones que no podía cambiar que colapsó su sistema. Su personalidad tipo A hizo el resto, si hubiera cedido, si hubiera sido más razonable ahora estaría con nosotros, pero no tuvo control de sí mismo. Cuando mi hermano dejó la tercera carrera que papá le impuso, tras conocer a una chica, que de alguna forma le dio el valor para luchar por sus sueños, el señor Huxley no pudo tolerarlo. Menos por todo el escándalo que envolvía esa relación, Alex se había enamorado de una de mis pacientes, en una situación que dejaba mal parada su futura carrera, la mía y la clínica. Solo espero que sus decisiones le permitan vivir con la conciencia tranquila, y que el peso de la muerte de mi padre, no lo castigue hasta el último de sus días. Amo a mi hermano, aunque a veces me desespere.

Suspiré mientras accionaba la cerradura, todo lo que escuché fue silencio, uno que se volvió abrumador. Por lo general, cuando llegaba temprano, como hoy, las niñas se abalanzaban sobre mí y me reclamaban atención. Tampoco Mary se acercó con su habitual sonrisa para recibirme. Su *laptop* no estaba sobre su escritorio como de costumbre, ni tampoco sobre la barra de la cocina, otro de los sitios donde acostumbraba a sentarse. Recorrí toda la casa y la llamé a voces muy preocupado. Temí que algo le hubiese ocurrido a una de las niñas y que hubiera salido de emergencia.

—¡Mary! ¡Sarah!

No hubo respuesta. Vi un papel con un texto corto adherido al refrigerador, al principio ni siquiera imaginé de qué se trataba. Lo desprendí y lo acerqué para leerlo. Casi se me para el corazón cuando me percaté de lo que decía:

Lo siento, Christopher, ya no puedo más. Tus incongruencias me están matando. Discúlpame por irme sin darte la cara. Tú también eres responsable, me cansé de enviarte señales. Más de una vez intenté decirte cómo me sentía, pero no pude. Eres tú, siempre tienes una palabra para convencerme y ya no podía seguir aquí, a tu lado me siento asfixiada. No me salgas con que no sabes por qué te dejo, porque tú lo sabes muy bien. No necesitas que te cuente cada una de las gotas que terminaron haciendo que el vaso se derramara. Tu estilo de vida y el que me has inducido a tener, no lo quiero más. Me llevo las niñas, no armes una guerra que termine afectándolas. Solo quiero lo mejor para ellas. No quiero que mis hijas terminen como Alex, confundidas y reprimidas. Esperaba más de ti, carajo, eres psicólogo y se te olvida. Tu comportamiento déspota y poco comprensivo, tu

complicidad, porque no defendiste a Alex ante tu padre que en paz descansa. Lo siento, pero no quiero eso para mis hijas. Quédate con tu clínica, con tus problemas, con tus oscuros secretos, con tu mundo perfecto solo en tu cabeza.

Lo tuve que leer tres veces antes de admitir que Mary lo había escrito. Casi se me para el corazón. Busqué las señales que mencionaba y las pistas que me pasaron desapercibidas. Los problemas de la clínica, los de mi familia... Mary había estado extraña desde la muerte de mi padre. Cada día hablaba más con Martha por teléfono y había notado un cierto reproche en su mirada en torno a la situación de Alex. Ni siquiera habíamos discutido. Sabía que ella lo quería de un modo especial y que reprobaba mi forma de comportarme como el hermano mayor, pero Mary no podía dejarme por eso, ¿o sí?

CAPÍTULO 5

Mary

Conducía con los nervios a flor de piel. Temblaba. Disimulé lo más que pude delante de mis hijas. No quería involucrarlas en esto. Christopher era su padre. Hablé por teléfono con Alex Huxley, mi cuñado, y le dije que necesitaba su ayuda de manera urgente. Intentó citarme en la casa de mi suegra, pero le dije que allí no, no le di explicaciones, pero era uno de los primeros sitios donde Christopher me iba a buscar. Le di la dirección de un hotel y le dije que ahí nos veríamos. Después se la pasé a mi incondicional, la persona que me seguiría con los ojos cerrados, mi hermana.

CAPÍTULO 6

Alex

Justo en el momento en que la situación con Cecilia estaba tensa, me habló Mary y me reveló algo que no tenía ni pies ni cabeza. David y yo no terminamos de llegar a la casa de mi madre por mis pertenencias, Mary y mis sobrinas me necesitaban. David accedió a acompañarme. Las encontré en la cafetería del hotel *Omni Los Angeles at California Plaza*, donde me habían citado. Las niñas estaban jugando entre ellas, ajenas a la cara de pesar de mi cuñada. Elisa, la hermana de Mary estaba allí, acompañándola. Volví a presentarle a David, de manera más formal, solo lo había visto en escasas ocasiones.

—¿Qué está sucediendo, Mary? —pregunté.

—He dejado a tu hermano —respondió.

—¿Estás hablando en serio?

¿Qué otra cosa podía decir después de ser testigo de su amor por años? Creí que jamás escucharía esas palabras, Mary y Christopher eran inseparables y no me los podía imaginar el uno sin el otro. Elisa convenció a las niñas y las condujo a otra área a jugar, David decidió acompañarlas.

—Reservé una habitación para mí y para las niñas a tu nombre, no quiero que Christopher me encuentre, no quiero enfrentarlo hoy —me dijo.

—Pero esto es una locura, Christopher perderá la razón.

—Tu hermano cada vez se parece más a tu padre. Es como si con su pérdida necesitase llenar el vacío comportándose como él.

—Christopher te ama, eso no lo puedes negar.

—Martha me contó todo, su dureza contigo, su incapacidad para aceptar tus decisiones, ya no pude aguantar, fue la gota que derramó el vaso.

—¡Oh, no, Mary! No lo hagas por mí. No añadas otro peso a mis espaldas, sabes cómo me agobia la culpa por la muerte de mi padre, por la salud debilitada de mi madre.

—Escúchame bien. Tú no tienes culpa de nada. Tu padre estaba delicado de salud, mucho. Él sabía lo que un coraje le podría costar y decidió imponerse. No estaba dispuesto a perder. Hizo lo mismo con Christopher en su juventud y tu hermano terminó cediendo, pero en aquel momento tal vez tenía razón, contigo se equivocó completamente.

—¿De qué estás hablando? Christopher siempre fue el hijo ejemplar —dije.

—No que yo recuerde.

—Pero nunca lo vi desafiar a mi padre.

—Siempre te protegieron para que no escucharas lo que no querían, pero Christopher fue adolescente, como todos y también tuvo su etapa difícil.

—No lo puedo creer.

—Tu padre creyó que como logró doblegar a Christopher también tendría éxito contigo. Y Christopher sí torció el rumbo.

—Pero él siempre fue un estudiante ejemplar, se graduó en cada curso con honores.

—¿Y quién dice que para meterse en problemas te tiene que ir mal en la escuela? Christopher tiene una mente privilegiada para el estudio, nunca le costó trabajo, además de ser muy inteligente realmente le gusta aprender. Solo quiero decirte que nadie es perfecto, que también tuviste derecho a equivocarte y que no permitas que te separen de la mujer que amas. Si con el tiempo descubres que Cecilia no es la mejor para ti ya tomarás decisiones, pero serán tuyas.

—¿Y qué se supone que hizo mi hermano para irritar a mi padre? Ya sé que

no dejó tres carreras universitarias, pero es que no me puedes dejar sin saber. ¿Tampoco creo que se haya ganado la vida como desnudista?

—Créeme que te sorprendería, te le pareces más de lo que imaginas. Cosas de juventud. Ya sabes, tu padre siempre fue muy rígido, tu hermano era un espíritu libre, quería experimentar.

—Parece que me describieras a otra persona —dije asombrado.

—Hasta a él parece que se le hubiera olvidado.

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué planes tienes? —le pregunté a mi cuñada.

—No lo sé. Solo quiero desaparecer, pero tengo dos razones maravillosas que no me lo permiten. Quería hacer un viaje, con mis hijas y con Elisa. Mi hermana está dispuesta a acompañarme, pero me lo pensaré con calma. Me quedaré unos días para tomar la decisión.

—Permíteme hacerme cargo de tus gastos.

—No hace falta, mi hermana ya pagó por esta noche, no quise usar mis tarjetas para que Christopher no las rastree.

—Lo imagino. Dejaré una cuenta abierta a mi nombre, me responsabilizaré de todo.

—No es necesario, tengo dinero.

—Insisto, por favor. ¿Elisa se quedará con ustedes?

—Sí, ella es de gran ayuda.

—Le daré las llaves de mi auto a David para que regrese. También te acompañaré, al menos esta noche. Reservaré la habitación contigua.

—No, Alex.

—No las dejaré solas, esta noche no.

CAPÍTULO 7

Cecilia

Cuando vi llegar a David sin Alex el corazón se me escapó del pecho y quiso salirse por la garganta. De esas veces que el dolor te pega y quieres preguntar, pero haces silencio porque el orgullo te amordaza. David me explicó a su manera.

—A medio camino le habló la cuñada, creo que se está separando del hermano, Alex se quedó para acompañarla. Estaba muy angustiada y con las niñas. Me dijo que pase mañana después del desayuno por él.

—¿Estás diciendo la verdad? —pregunté.

—¿Y si no es ésta cuál sería?

—Se arrepintió, ya no quiere estar a mi lado o fue a visitar a las *groupies* esas, fue a buscar sexo.

—Cecy no te hagas ese argumento en la cabeza. Háblale a su celular si lo prefieres, te quedarás más tranquila.

Por supuesto que no lo iba a hacer, me metí debajo de mis mantas y me quedé aún asombrada por la extraña coincidencia, con dudas sobre la veracidad del asunto, no lo negaré, pero resuelta a no llamarle.

Mi celular comenzó a timbrar y me emocioné, deduje que era Alex, así que corrí hasta la mesa donde lo había dejado con las cosquillas oscilando por mi cuerpo

hasta que divisé las letras sobre la pantalla. Era mi padre. Su expresión de rechazo ante lo sucedido en la boda aún no me dejaba tranquila. Mis padres y yo teníamos una extraña relación. Desde muy pequeña mi padre intentó imponer su voluntad, exigirme que siguiera el camino que él había trazado para mí, mi madre se quedaba neutral, sin el valor para enfrentarlo, pero no sumaba un reclamo a mi conciencia. Siempre lo enfrenté, desde mis tiernos cinco años. La primera vez fue cuando me llevó a una pomposa tienda de mascotas y no me decidí por ninguna, y quise quedarme con un cachorro abandonado que había visto al llegar en el auto, que aguardaba a una esquina del lugar. Otra de tantas fue al presionarme para elegir amistades de su círculo social, con las que no terminaba de hacer *clic* y elegir libremente a mis amigos, personas a cuyos padres no frecuentaban los míos, algo que verdaderamente le desesperaba. Una muy fuerte, fue cuando insistió en pagarme una universidad costosa y yo decidí ir a la universidad estatal, porque consideraba que tenía buen nivel académico y tras mis investigaciones tenía todo lo que estaba buscando. La más difícil de aceptar por él fue mi renuncia a seguirle los pasos en la empresa familiar y desafiarlo abriendo un canal de *Youtube*. Recuerdo sus palabras vaticinándome el fracaso y la dependencia económica de su persona, lo que no se había cumplido. Todas y cada una de las veces, él se opuso y yo me mantuve firme en mi decisión. Eso sí, jamás lo desafié o le alcé la voz, con un tono dulce trataba de convencerlo de mis argumentos. Al final, él no me daba la razón, pero me dejaba ser, aún en contra de su voluntad. Mi única decisión celebrada con esmero por mi padre fue mi noviazgo con Eric, lo veía como a un hijo, por eso era tan duro para él aceptar nuestra separación.

Recibí su llamada, tuve que despegarme un poco el móvil del oído porque su tono de voz parecía el rugido de un león descontrolado.

—¡Has tirado tu vida a la basura! Esta humillación que nos has hecho pasar frente a amigos y familiares es imperdonable, Cecilia.

—Padre, ¿preferirías que te vaya a ver? Podemos hablar en persona.

—Ni en persona me dirás lo que deseo oír. La verdad Cecilia es que estoy muy desilusionado. Eric era mi esperanza, él se haría cargo de mi empresa cuando yo dejase de existir. Es que no entiendo por qué lo dejaste, es un estupendo ser humano, te ama como ese tal Alex jamás podrá hacerlo, es un hombre responsable, que sabe de negocios, de familia. Si es por cuestiones más carnales tampoco lo entiendo, es bien

parecido, hay miles de mujeres que desearían convertirse en su esposa.

—Padre, lamento haberte hecho pasar por el bochornoso incidente de la iglesia, en eso tienes razón, debí estar segura de lo que quería antes de aventurarme al altar, también me duele romper tu corazón, sé que mi madre y tú quieren a Eric y sé de sus cualidades, pero así es el amor, estoy enamorada de Alex. Ojalá mamá y tú se den la oportunidad de conocerlo como es debido, también es una bella persona, ya no podría vivir sin él, entiéndeme, por favor.

—No puedo, hija, porque desde hace casi diez años te he visto hacer planes con Eric acerca de la vida que tendrían, de los hijos que vendrían y yo no puedo ver más allá de esos planes. Mi vejez la imaginé rodeado de esos niños, descansando, con Eric reemplazándome y uniendo nuestros negocios. Él se convertiría en el nuevo proveedor para la familia. Entiende que es como un hijo para mí, lo veía como mi heredero, como el hijo varón que nunca tuve. Somos amigos de sus padres, éramos la familia perfecta hasta que te empeñaste en destruirla.

—No tienes que renunciar a Eric, papá. Él puede seguir siendo ese hijo para ti.

—Por supuesto que lo será, el pobre está devastado y no cambiaré mi proyecto de vida por tu inmadurez.

Ni siquiera le recordé que por muy devastado que estuviera, Eric había abandonado la iglesia de la mano de su ‘secretaria’, y menos le aclaré a papá que la ‘secre’ llevaba consintiéndolo desde tiempo atrás. Mi padre encontraría alguna justificación para su infidelidad, supuse, así que ni siquiera lo utilicé como argumento para defenderme, o para explicarle que no era feliz en mi relación, que teníamos problemas de fondo, conflictos que solo pude encarar después de conocer a Alexander Huxley, o, mejor dicho, hasta enamorarme de otra persona. Quise a Eric en su momento, aunque jamás mis hormonas se descontrolaron como con Alex. Le tuve admiración y cariño, pero poco a poco me fue lacerando por dentro, no me dejaba expresarme libremente, me exigía cortarme las alas y adaptarme a los moldes que imponía para la novia perfecta. Mis ideas siempre eran devaluadas por él, tanto que yo prefería no sacarlas a la luz en su presencia. Y por desgracia, en el sexo todo se veía reflejado. No podía relajarme, no podía decirle dónde sentía más o cómo me gustaba que me tocara, él colocó una barrera entre los dos y lo peor era que lo creía

apropiado. Peter fue quien me enseñó que físicamente funcionaba como una mujer normal, él liberó mi cuerpo de las ataduras a las que me había destinado Eric. Después Alex liberó mi alma, mi corazón y mi cuerpo se redimió entre sus brazos. No iba a permitir que ningún precepto moral externo a mi propia opinión me juzgara. Me cansé de vivir a medias.

—Papá, perdóname de veras. No olvides ni por un minuto cuánto te quiero — le dije casi en un susurro, las palabras para explicarle a mi padre mi sentir me fallaron en el momento oportuno, pero no quise que dejara de saber lo importante que él era para mí—. Tú y mamá son mis pilares, y si soy un poco terca es porque soy tu hija y nos parecemos más de la cuenta.

—Te escudas en eso, Cecilia, pero nunca hubiese tomado ninguna de tus decisiones irracionales. Por desgracia, somos muy diferentes. Te consentí demasiado, por eso me pagas así.

—Sabes que no es cierto, siempre me he esforzado en la escuela, en la familia, ahora en mi negocio.

—Eso no es un negocio, es una vergüenza. Negocio es lo que tiene Eric. Lo dejas por un musiquillo de quinta que ni siquiera alcanzó a terminar la universidad. ¿Cómo se va a hacer cargo de mantenerte?

—Padre, no lo necesito. Me sostengo sola desde hace mucho.

—Terminarás manteniéndolo.

—Alexander es un excelente músico, lo ha estudiado durante casi toda su vida. A ti te gusta la música, incluso el rock. ¿Ahora me quieres convencer de que esos artistas que tanto admiras también son unos buenos para nada?

—No los puedes comparar.

—¿Por qué? Todos tienen un inicio, nadie llega a la cima sin escalar la montaña.

—Te equivocas, el que tiene talento vuela hasta la cúspide.

—Padre, ¿cómo puedes juzgar el talento de Alexander Huxley, le has oído tocar alguna vez? Te invito a hacerlo y después puedes hablar.

—Entiende que mi preocupación es genuina. ¿Qué pasará con mi empresa

cuando yo no esté? Estás desperdiciando un tiempo valioso de prepararte, de conocer el terreno, le dejarás el camino abierto a la competencia, si ni tú ni tu pareja se hacen cargo, ¿qué será de *Omega Group*?

—¿Me pides que renuncie a mi sueño para sostener el tuyo más allá de tu vida?

—Es el sostén de la familia.

—Padre, no sabemos cuánto vamos a vivir, pero si te fueras antes no tienes que preocuparte ni por mí ni por mamá. Me haré cargo de las dos.

—No es solo eso, las he dejado totalmente protegidas, pero no quiero que mi legado muera conmigo, si me he esforzado tanto, es para ti, para mis futuros nietos. La empresa tiene accionistas, más de doce mil empleados directos, es nuestra responsabilidad. No te pido que renuncies a tu sueño si ahora te hace feliz. No creo que eso a lo que te dedicas dure por siempre, pero piensa a futuro, puedes seguir con el canal, pero dedícale algo de tiempo a aprender del negocio familiar ahora que aún estoy para asesorarte.

—Lo pensaré, papá —le dije para que se quedara más tranquilo—. No te lo prometo, pero déjame debatirlo con mi conciencia. Aunque no esté de acuerdo entiendo tu punto.

—También te pido que reconsideres regresar con Eric.

—Eso sí que no.

—Eres muy testaruda, no encontrarás otro que...

—Con respecto a Eric mi decisión es definitiva.

Para cuando colgamos, mi dolor de cabeza era inmenso, sopesé las palabras de mi padre, pero no quise hacer una elección, hice suficientes en las últimas veinticuatro horas. Mi padre necesitaba tiempo, para asimilar que había perdido al yerno con el que había soñado por años. Cuando revisé a mi alrededor me di cuenta que no quedaba nadie. Peter se fue a su departamento, David y Ashley a su habitación.

Pasé por la cocina y me preparé algo para cenar, una taza de té de jazmín y un trozo de tarta de cerezas, quería endulzarme por dentro. Lo llevé todo a mi cuarto y lo

coloqué sobre la mesa de noche sin tocarlo. Eran los privilegios de los que gozaba desde que había decidido vivir sola, en la casa de mi madre estaba prohibido llevar comida a las habitaciones, mamá era enemiga de las migajas sobre cualquier superficie que no fueran las de un plato, en el comedor o la cocina. El aroma a jazmines me distrajo y me perdí en el recuerdo de Alex deteniendo la boda y sacándome de la iglesia de su brazo. Su vacío esa noche en el nido, era inmenso, por un momento pensé que dormiríamos al fin acurrucados.

El sonido del celular nuevamente, mi corazón dio vuelco y volé por encima de la cama hasta el salón donde lo escuchaba, corrí hasta recuperarlo, contesté de inmediato al ver las cuatro letras que más amaba A-l-e-x.

—¿Preciosa?

—¿Alex?

—Disculpa la hora. No podía acostarme a dormir sin escuchar tu voz. Te dije que estaría a tu lado en el nido, pero surgió algo entre mi hermano y Mary, no pude dejarla, nunca la había vista tan inestable. ¿Me comprendes?

—Por supuesto, mi amor —le dije intentando contener una punzada que me pegó al inicio del estómago, que amenazaba con escaparse por mi boca ante la emoción de escucharlo.

—Discúlpame por no llamarte antes —me susurró y me derritió, casi sentí su aliento como un viento suave acariciarme—. Estuve de niñero hasta hace un par de minutos en que al fin las niñas se durmieron. Mary necesitaba desahogarse y me tocó cuidar a las niñas mientras ella hablaba con Elisa.

—¿Elisa?

—La hermana de Mary.

—Estás poco valorado, prefirió Mary hablar con su hermana que con mi terapeuta estrella.

—Las mujeres tienen el don de la escucha y del consuelo. Además, Elisa acaba de regresar de Londres, estaba haciendo un posgrado, así que tienen mucho de qué conversar y sumado a que también acaba de terminar una relación, creo que se animan la una a la otra.

—¿Posgrado en Londres? ¿Qué estudió Elisa?

—Farmacia.

—¡Oh! ¿Es bonita? ¿Qué edad tiene?

—¿A qué viene eso?

—Solo responde.

—Lo es y somos contemporáneos, pero no sé qué tienen que ver tus preguntas con esta llamada.

—Simple curiosidad.

—No tienes que sentir celos, Elisa y yo nos conocemos desde hace muchos años, además solo tengo ojos para ti. Te extraño y quería decirte esto en persona, pero no me aguanté hasta mañana. Tienes toda la razón.

—¿En qué?

—En todo. Esta vez haremos las cosas bien, no quememos etapas de nuestra relación. Eres una mujer sin compromiso, soy un hombre libre, comencemos como debe ser.

—¿Me estás pidiendo ser tu novia? Porque eso me había quedado claro cuando le devolviste mi anillo a Eric.

—Mi novia ya eres, pero esta vez haremos las cosas diferentes, quiero hablar con tus padres, ofrecerles mis respetos. Te llevaré a conocer a mi familia.

—No, eso es una locura. ¿Mi padre? ¿Tu madre? —le pregunté.

—Confía en mí. Todo saldrá bien, solo necesitan tiempo para asimilarlo, por eso quiero pedirte, si estás de acuerdo que esperemos un tiempo prudencial para volver a vivir juntos. No quiero que me interpretes mal. Te aseguré que me quedaría a tu lado en el nido y que afrontaríamos lo que sea sin abandonar nuestro hogar, pero creo que eso es lo que pone nerviosos a nuestros padres. Todo empezó muy rápido, vamos con calma. Aguardemos el tiempo prudente para los exámenes médicos mientras los convencemos de lo importante que somos el uno para el otro.

—Ni una palabra más, entiendo lo que quieres y aunque te juro que no soporto que duermas bajo otro techo, acepto. Si quieres que seamos novios como

nunca lo fuimos adelante, empecemos de nuevo.

—Te amo, Cecilia.

—Yo te amo más.

CAPÍTULO 8

Alex

Unos golpes en la puerta de mi habitación me sacaron del sueño. Unas vocecillas chillonas me hicieron pararme de golpe de la cama. Corrí a abrirles, Sophie y Sarah entraron como dos ciclones precedidas por Elisa.

—Arriba dormilón, ya vamos a desayunar, no estamos aquí de vacaciones — me dijo mi concuñada.

—Apúrate, tío, tengo hambre —dijo Sarah, la mayor.

—Dejen a su tío descansar que trabaja hasta muy noche y tiene los horarios trocados. Vamos nosotras, él desayunará después —dijo Mary mientras entraba.

Las niñas por supuesto se opusieron a prescindir de mi presencia.

—Si me esperan en un minuto estoy listo, pueden ir viendo una película en lo que me doy una ducha rápida.

No hizo falta decir más para que se instalaran a sus anchas mientras yo corría al baño. Ya me había quitado la ropa cuando mi celular comenzó a sonar, lo dejé pasar, devolvería la llamada al salir, pero a los dos minutos ya estaba tintineando de nuevo con insistencia. Escuché a Sarah hablarme a través de la puerta.

—Tío, alguien te habla con urgencia. ¿Quieres que mamá conteste por ti?

—No, corazón. Ya casi salgo.

No había terminado de hablar cuando el sonido de mi celular volvió a escucharse, me preocupé por si era mi madre o Christopher. ¡Por Dios! Ni siquiera me había solidarizado con mi hermano, que a estas alturas sin Mary debería estar destrozado, así que le dije a Sarah:

—¿Quién me habla, corazón? ¿Es tu padre o tu abuela?

—No, está muy extraño. Dice *Secuela de mis días oscuros I*. ¿Eso dice tío?

—¡Oh, cariño, no te preocupes, es algo sin importancia! Me ocuparé al salir.

Por supuesto que yo sabía de qué se trataba y era lo último de lo que quería saber en este instante. *Secuela de mis días oscuros I y II*, eran las chicas de las que quería deshacerme, lo que no había logrado con éxito. Un problemita, que tenía que resolver de manera urgente, ahora que había regresado con el amor de mi vida. Como salí del baño a toda prisa, olvidé devolver la llamada, en verdad era lo que menos deseaba y creo que por eso bloqueé el recuerdo. Y mientras desayunábamos, volvió el móvil a importunar.

—Contesta de una vez —insistió Elisa, con ese tono de hermana mayor que utilizaba para sermonearme, pero que se le olvidaba que teníamos exactamente la misma edad.

—Pensé que Londres te había mejorado el humor. Amaneciste tan huraña como siempre, Ely. ¿Por qué te metes en mis asuntos?

—Es que muero de curiosidad por ver qué le contestarás a *Secuela de mis días oscuros I*. Agonizo nada más de pensar que haya segunda o tercera parte. ¿De qué se trata esto? ¿No me digas que tienes una secta de *groupies* acosándote?

—Son solo dos y mide tu lenguaje delante de las niñas.

—¿Solo? Sigues siendo el mismo tonto de siempre, de seguro no tienes idea de cómo salirte del embrollo. ¿Necesitas ayuda? Puedo contestar por ti y librarte de esa carga.

—No, gracias. No es nada de lo que estás pensando.

—¿Estás seguro?

—Déjalo en paz, Elisa —le dijo mi cuñada.

—Ya te habías tardado en defender a tu consentido —le reclamó a Mary—. Se

te olvida que tu hermana soy yo.

—¿Qué decidiste, Mary? ¿Has hablado con Christopher? —pregunté para cambiar el tema.

Mary hizo un gesto para indicarme que delante de las niñas no tocaría el tema y lo respeté.

—Está por llegar Dave, mi amigo. Si no tienen planes me gustaría invitarlas a conocer el nido *Top Secret*.

—¿De qué estás hablando? —dijo Elisa.

—Es la casa de mi novia.

—¿Y ese nombre es por...? —preguntó Elisa.

—Cecilia es *youtuber*, una muy buena, tiene un montón de seguidores, así que su ubicación es clasificada —dije.

—Te juro que tengo más curiosidad por conocer a la tal Cecilia que a ese sitio. ¿Quién está lo suficientemente mal de la cabeza para tomarte en serio? —continuó Elisa presionándome.

—No sigas molestándome que voy a terminar por creer que estás celosa —dije para molestarla porque ya me estaba colmando la paciencia.

—¡Maldito! Celosa de la suerte que tienes siendo un patán. ¿Las *Secuelas* de no sé qué rayos y ahora también una novia? Tendré que verlo para creerlo, presiento que sólo estás alardeando.

CAPÍTULO 9

Cecilia

Me desperté con un pensamiento. Alex me había llamado antes de dormir y me había propuesto algo que me descolocó, me propuso comenzar la relación de cero, no vivir juntos de inmediato, comenzar una relación de noviazgo, presentarnos ante los padres de ambos. De igual modo nos serviría para mantener aplacada la tentación en lo que esperábamos el periodo ventana para hacernos los análisis. Terminé por acceder, pero no fue fácil aceptarlo. Acababa de dejar a Eric, tras la resolución de Alex y su juramento de amor, pero nada había salido como lo había deseado. No habíamos parado de buscar un pretexto para pelear, para mantenernos distantes. Su juramento de sortear las dificultades sin soltarnos de la mano, sin abandonar nuestro techo había quedado relegado y eso me hacía sufrir. Me repetí para calmarme que todo estaría bien, tendría que estarlo o este amor terminaría por arrasarme entera. *Tú quieres esperar, Alex, pero yo no, te quiero a mi lado ahora. Ya no puedo más.*

Ashley llamó a la puerta de mi cuarto y me pidió entrar. Se introdujo y pasó cerrojo tras de sí sin poder disimular el entusiasmo que se le notaba en el rostro.

—Levántate y vístete de inmediato, tienes visita —dijo.

—¿Quién es? ¿Ha llegado, Alex? —murmuré con el corazón acelerado.

—Es ese hombre, el tal doctor Huxley.

—¿El hermano de Alexander? —pregunté asombrada.

—¡Dios mío, no sé cómo mi madre pudo tenerlo en frente durante la terapia sin que le subiera la presión! Es un atentado a la castidad.

—De la que tú careces —ratifiqué.

—Es que me duelen los ojos de verlo, es precioso ese hombre y tiene unos músculos que incitan al pecado, mira como me tiemblan las manos, mis deditos lo quieren acariciar. No me había dado cuenta de qué tan alto es. ¡Esa barba rubia! Me derrito.

—Estás loca, Ashley, baja la voz. David también tiene su barbita dorada, que no te escuche tu chico de Alaska que arderá en celos. Madre de Dios ahora caigo en cuenta. Tu predilección por los rubios y viene mi nuevo cuñado que parece un Thor reencarnado, y te vuelves loca. ¡Mujer, ya cállate de una vez, te va a escuchar David!

—David lo ve como al dios del sexo, creo que lo admira tanto que ni siquiera se pondrá celoso. Desde que mi madre nos dio los libros del doctor se moría por conocerlo. Ahí está asediándolo, haciéndole preguntas sobre el Tantra.

—¡Oh, por favor! ¡Lo que me faltaba, que David y tú lo adulen! ¿Pero qué hace aquí? ¿Y quién le dio la dirección del nido? ¡Maldición! Hablaré con Alex.

Le marqué al teléfono móvil y no me contestó. Sin idea de qué decirle a Christopher Huxley, me apresuré a alistarme para atenderlo. Al tenerlo en frente me encontré una cara de él que desconocía, miraba hacia el suelo y tenía las manos entrelazadas, ni siquiera prestaba atención a la conversación que David intentaba sostener con él. Llevaba ropa de hacer ejercicios, un conjunto gris oscuro con gorro, el que se quitó al tenerme cerca, se notaba que recién se había ejercitado, sus mejillas estaban ligeramente rosadas. Lo vi más perturbado que aquella vez que casi muelle a golpes al doctor Macabro. Al verme se puso de pie y entendí la turbación de mi amiga. El doctor Christopher Huxley o mi futuro cuñado, si todo salía bien, tenía una figura que imponía y su rostro era casi perfecto. Lo observé parado frente a mí y hasta ahí llegaron sus modales, no me refirió cómo había encontrado el nido, ni quién le había invitado a venir, solo me lanzó dos preguntas, sin saludos, ni atenciones.

—¿Dónde se encuentra mi hermano? —soltó la primera.

Me quedé muda por unos instantes al recordar el motivo que había dado Alex para no regresar en la noche, estaba con su cuñada y sus sobrinas. ¡Rayos! ¿Por qué

no me contestaste, Alex? No me responsabilices de terminar metiendo la pata. ¿Qué problemas tendría con su esposa para que ella decidiera dejarlo? Tal vez su carácter, recordé sus muestras de violencia, primero con Alex y luego con el doctor Wallace.

—Él no vino a dormir anoche, queremos ir con calma —murmuré insegura de si debía decirle algo luego de su llegada tan invasiva.

Ni siquiera me preguntó si Alex y yo estábamos juntos de nuevo, ni se alegró ni inquietó por mis palabras. Siguió su segunda interrogante.

—¿Te comentó algo Alexander sobre mi esposa?

—¿A mí? —pronuncié a punto de atragantarme con mi propia saliva.

—Lo siento, creo que he irrumpido en tu casa sin siquiera pedirte perdón por mi actitud ante tu relación con Alex —dijo y de inmediato me pregunté si en serio se daba cuenta de su hosquedad, porque tampoco se disculpó—: Necesito contactarlo y la última referencia que tuve de él fue que venía a buscarte. Supe que tu boda no se efectuó y supuse que lo podría encontrar aquí. Es urgente, de lo contrario...

—No está. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? —lo interrumpí porque ya me estaba cansando de su falta de consideración.

Me clavó la mirada como estudiándome. Era la primera vez que nos veíamos de cerca sin que él intentara moler a palos a alguien. No sabía cómo reaccionar ante este hombre. Siempre me creí adecuada, incluso mi padre que repelía mis decisiones me creía suficiente, merecedora de halagos y reconocimiento. En cambio, el hermano de Alex, sin conocerme a fondo me creía alguien que alejaba a su hermano menor del camino, me hacía sentir como la chica poco idónea, la oveja descarriada, la novia no aceptada por la familia y esa etiqueta con la que Christopher Huxley y su madre me calificaban me hacía rabiar. Así que no permití que me siguiera escrutando, me armé de valor y exigí respeto:

—Es cierto que nunca te disculpaste por juzgarme sin siquiera tomarte la molestia de conocerme.

—¡Oh, pensé que acababa de decir lo siento!

—A tu modo tal vez, para mí eso no fue una disculpa. ¿Irrumpes en mi casa, ni siquiera das los buenos días y te crees con el derecho de interrogarme? ¿Doctor? Tendrás muchos títulos, pero tu educación deja mucho que desear. ¿Por qué vienes a

mi casa? ¿Quién demonios te dio la dirección? ¿Y por qué crees que después de tratarme como no me merezco te ayudaría en lo más mínimo?

—Cecilia, creo que no tuvimos un buen comienzo, entiende que mis padres... es complicado, ahora no puedo hilar las ideas en mi mente, espero que en otro momento podamos conversar. Por favor, si ves a Alex dile que no sea un cabrón y que me llame.

—¿Qué no sea un cabrón? —repetí.

Me quedé con cara de qué le pasa a éste, pero haciendo gala de mis buenos modales y sabiendo, aunque me hiciera la desentendida, que el doctorcito estaba lidiando con el abandono de su esposa, le dije:

—¿Puedo ayudarte en otra cosa? —dije porque creí que ya había dejado claro mi punto y solo quería que se largara. Fue mi modo educado de echarlo.

—Creo que es todo.

La naturalidad con que lo dijo, su incapacidad de ver más allá de su obcecación me dejó estupefacta, lo vi ponerse de pie cual largo era, y Ashley y David aparecieron de la nada para despedirse. Mis dos amigos se desvivieron en halagos hacia Christopher mientras yo me quedaba mirándolos sin entender, cuando la puerta se cerró tras de él, Ashley dijo:

—¿Esos pectorales son reales? Parece hecho a mano, es un pecado, no debería tener permiso para ejercer. ¿Quién puede sentarte delante de ese portento en terapia? Yo me quedaría muda.

—Hasta yo y soy heterosexual —dijo David.

—Ustedes están mal de la cabeza —dije o me atragantaba.

—Es que Ashley tiene razón, si ese hombre fuera el psicólogo de mi novia, yo no estaría tranquilo. No sé cómo mi suegro puede dormir sabiendo que su esposa va una vez por semana con el doctorcito —razonó en voz alta David.

—Mi padre nunca ha visto al terapeuta, el pobre —dijo Ashley—. Creo que el doctor es la medicina de mi madre, hay que verle la cara de felicidad cuando sale de consulta.

—Nena, ya cálmate me estoy empezando a poner celoso —dijo David y yo

agradecí al cielo, ya estaba preocupada, se podía ser súper abierto de mente, pero David traspasaba todos los límites, él y Ashley eran tan amigos y tenían tanta confianza que era lindo de ver, pero de ahí a secundarla cada vez que expresaba los sentimientos normales que la invadían al ver a un hombre guapo, ya se me hacía demasiado.

—No seas caradura, David, el día que te pongas celoso lo voy a creer. Tú la sigues en todo —terminé por decir.

—Prefiero que sea sincera conmigo, además no hace nada malo, ella me ama a mí.

—Solo a ti, corazón. Nadie revuelve mis hormonas como tú —le dijo Ashley y se prendieron en un beso.

De repente me vi en medio de una avalancha de cariñitos, besos de lengua y abrazos. Esa seguridad de David era lo que terminaba por enganchar aún más a mi amiga. Dos lágrimas amenazaron con desbordarse de mis ojos y las obligué a no atreverse a salir. Ashley y David, eran para mí la pareja perfecta, aunque nunca se los había dicho. Ellos se amaban de verdad, cuando se conocieron fue como si estuvieran predestinados el uno para el otro. Desde que decidieron estar juntos nada los había separado. Mi amiga era muy segura de sí misma también, había crecido en un hogar de clase media, donde los padres trabajan mucho para mantener el nivel de vida, pero habían tomado las precauciones necesarias para que sus hijas no sufrieran ninguna carencia afectiva. Envidiaba la complicidad que Ashley tenía con su madre e incluso con su papá. David por su parte, era un chico afable, tan solícito y transparente. A sus padres aún no los conocía porque vivían en Alaska, por lo que Ashley me dijo tras haberlos conocido, que eran dos seres especiales. David había crecido en un hogar con valores familiares muy arraigados, con mucha proximidad entre sus miembros y mucha libertad. ¿Qué teníamos Alex y yo en común? ¿Por qué nuestra historia no pudo ser como la de mis amigos, los que tenía frente a mí, sin dejar de comerse a besos? Alex había crecido en un hogar de padres ausentes y ese abandono más que en la casa había estado presente en su corazón. Al igual que yo, él había crecido bajo las duras normas de un padre autoritario. Solo que él y yo habíamos respondido de forma diferente. Él, primero se había dejado subyugar y anular, hasta que todo terminó en un tormentoso desenlace. Por mi parte, yo había tratado de aplacar continuamente a mi padre, siempre tratando de escaparme por las ramas, sin aceptar sus imposiciones,

utilizando el diálogo para justificar mis decisiones, lo que a veces nos llevaba a un enfrentamiento verbal y ahí terminaba.

Tomé un cojín y se lo lancé a los tortolitos.

—Búsqense un cuarto —les dije.

—¿Qué te pasa, amiga? ¿Primero hiciste de Cupido y te confabulaste con David cuando vino de New York y ahora estás en contra del amor? —dijo Ashley.

—Tal vez estoy un poco celosa, ustedes lo tienen todo.

—Alex te ama —me dijo Ashley acercándose a mí.

—No me hagan caso, sigan en lo que estaban, iré a ver mis asuntos.

—Yo voy de salida, Alex me pidió que fuera por él temprano. Hace rato me mandó un mensaje para recordármelo —dijo David intentándose despegar de la besucona de mi amiga.

Mi corazón bombeó desenfrenado al escucharlo, Alex vendría.

CAPÍTULO 10

Alex

Mientras esperaba a David y me despedía de mi cuñada, me pasó una loca idea por la cabeza.

—¿Por qué no me acompañan? —les dije.

—¿Adónde? —preguntó Mary.

—Al nido *Top Secret*. No puedo dejarlas a ustedes, pero necesito ver a Cecilia, acabamos de volver y no hemos podido estar juntos casi nada.

—Prefiero que no, Alex. Te agradezco tu apoyo. Ve a atender tus asuntos, corazón. No quiero robarte más tiempo.

—¿Qué harán aquí? Al menos déjame llevarme a las niñas. Hoy tengo el día libre, no las tendrás todo el día en el hotel, son pequeñas, necesitan distraerse. Se divertirán un rato, Cecilia tiene una perrita que les encantará.

—Ni siquiera le has avisado.

—De hecho, antes de invitarte ya le había mandado un texto y me contestó que todas pueden ir, prepararemos algo para comer, las niñas pueden ver películas y me encantaría que conozcas más a mi novia. Eres la única de la familia que ha sido amable con ella. Necesitas salir de esta bruma, tomar un respiro, hacer algo diferente en lo que tu mente se enfría.

—Suficiente, te acompañamos. ¿Vienes, Elisa, por favor? —le preguntó Mary a su hermana.

—Me muero por conocer a tu novia, Alexander Huxley —me dijo Ely y vi en su cara que aún no me creía.

Cuando la tuve enfrente, después de nuestra última pelea de reconciliación, por decirle de alguna manera, la abracé con ternura y le deposité un suave y corto beso en los labios, no era lo que me pedía mi cuerpo, quería besarla sin clemencia, hasta que el beso nos llevara a lo siguiente pero delante de las niñas aplaqué mi efusividad. Le presenté a mis sobrinas.

—Ellas son mis princesitas, Sophie y Sarah, que no te convenzan con esas caras de angelitos, son muy traviesas.

—Hola, Sophie y Sarah, adelante, bienvenidas —les dijo Cecilia.

—Hola —dijo la menor y se abrazó con timidez a su madre.

—¿Eres nuestra tía? —dijo la mayor.

Noté la expresión de Cecilia, la pregunta de Sarah la tomó desprevenida y yo contesté por ella.

—Tu nueva y hermosa tía —le dije con dulzura.

—Mucho gusto, mi tío habla mucho de ti, todo el tiempo.

—¡Oh! ¿De veras? —dijo Cecilia sonriendo.

—¿Y eres buena también? ¿Nos dejarás jugar con Rain Lilly? Mi tío nos prometió que jugaríamos con ella.

—Por supuesto, a Rain le encantan los niños —dijo Cecilia y me quedaron mis dudas, su perra hija estaba tan consentida que no se aceptaba como can.

Vi a Cecilia saludar a Mary con amabilidad y luego le presenté a mi concuña.

—Elisa es la hermana de Mary, es una de mis mejores amigas.

—Es un gusto conocerte, Elisa —dijo Cecilia.

—Me alegra saber que eres real, llego al país y me encuentro con que Alex

tiene novia, no lo podía creer —le dijo Elisa.

—De hecho, creo que aceptó la invitación solo para constatarlo —mencioné.

—Cecilia, mucho gusto de conocerte, permíteme felicitarte, te has ganado a un gran hombre, no solo porque es mi amigo lo digo, Alexander es especial, cuídalo mucho, te has llevado una joya.

Las palabras de Elisa me sacudieron, se la pasaba molestándome cada vez que podía y aunque tenía evidencias sobradas de su cariño, no tenía idea de que me admiraba. Sonreí al sentirme halagado y me hice a un lado para que todos terminaran de entrar. De igual modo les presenté a Ashley, a David y a Peter, al que casi tengo que darle un coscorrón para que reaccionara, se quedó boquiabierto al ver a las hermanas. Ambas eran hermosas y al parecer Peter quedó deslumbrado, esperaba que, por Elisa, aunque Mary tenía problemas con Christopher, era mi cuñada y deseaba que se reconciliaran. Lo que las diferenciaba, además de la edad, era que Mary tenía dos hoyuelos en las mejillas que le daban un encanto exclusivo y Elisa, tenía la boca más llena y sensual, lo que atraía a los hombres a su alrededor, pero ella terminaba por ignorarlos. Las dos se parecían en el color claro de la tez, el cabello castaño y ligeramente ondulado, los grandes ojos del tono exacto del pelo y labios naturales de color ciruela, que, aunque no le pusieran labial brillaban; mis sobrinas, que eran dos gotas de agua, también eran idénticas a ellas, salvo por el color de los ojos, habían heredado el mismo tono de azul de Christopher.

Mientras Ashley hacía las presentaciones entre las niñas y Rain Lilly, Cecilia les pidió a Mary y a Elisa que la acompañaran y como toda una anfitriona les mostró el interior del nido, la cocina, el comedor, la terraza y el set de grabación, donde ocurría la magia. Mary y Elisa se mostraron muy interesadas, de ahí les enseñó el resto del piso.

Al llegar a la habitación donde pretendí irme a dormir la noche anterior, donde solía guardar mis cosas antes de separarnos, la que estaba abarrotada de muebles, la vi diferente, a un extremo un comfortable sofá cama, del otro un escritorio de cristal, junto a él un mullido sillón, con una lámpara de pie que le brindaba luz para las lecturas, y todo lo demás vacío.

—¿Y esto? —dije sorprendido.

—Tu espacio dentro del nido ya está disponible para ti —respondió Cecilia.

Le sonreí y le tomé con cariño la mano, entrelazamos los dedos y así continuamos el recorrido hasta que terminamos en nuestro sitio preferido, nuestro salón, David trajo cervezas, refrescos, aceitunas, queso, jamón y frutos secos, el tema infalible fue sobre el canal, mi cuñada y su hermana estaban verdaderamente intrigadas, querían saber cómo funcionaba todo. Así que mientras Peter y David se robaban el centro de la atención, atraje a Cecilia conmigo y la obligué a seguirme hasta mi nueva y recién recuperada habitación.

La hice entrar y no me hizo preguntas, cerré la puerta tras de nosotros y la apreté contra la madera de ésta.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

—No entiendo tu interrogante —me dijo.

—¿Es tu forma de obligarme a no abandonar el nido? ¿Quieres que me quede aquí? ¿Por eso tan rápido acondicionaste el cuarto?

—¡Oh, no, Alex! Habíamos quedado en que se iba a desocupar para ti.

—No creí que fuera tan rápido.

Me encendió su urgencia por retenerme y mis deseos de empezar de nuevo se fueron al demonio, posé las manos sobre sus caderas y sentí a mi campeón dar un brinquito de placer, subí a lo largo de su cintura y de su torso con avidez. Nuestras bocas se fundieron en un beso desesperado, desgarrador, nos necesitábamos, no podíamos negarlo y esperar era una tortura muy cruel. Puse la mano sobre el cierre de su pantalón.

—Déjame hacerte mía, usaré condón, me estoy quemando.

—Ahora no, tenemos visita, vamos a atenderlas. Hablemos después sobre este asunto. Además, el mérito de la habitación no es mío. Lo hicieron Ashley y Peter, ellos se esforzaron desde que te fuiste por tenerlo listo para ti.

—Pensé que tú...

—Lo siento, estaba muy enojada y confundida por tu reacción. Me habías jurado que estaríamos juntos en el nido y luego al plantearte algo muy lógico como esperar el periodo para la prueba reaccionaste como un adolescente irascible. Ahora dices que no estarás aquí y creo que lo haces para castigarme.

—No, amor. No pienses que es inmadurez. Te amo, Cecilia, solo quiero hacer las cosas bien —dije tragándome mis ganas al comprobar que no iba a ceder—. Desde que iniciamos todo fue tan rápido y tan problemático, mis padres y los tuyos presionando, tu ex. Quiero que empecemos de nuevo para que tengamos la oportunidad de reivindicar lo nuestro. Nos lo merecemos y si vamos a estar distanciados sexualmente, podemos aprovechar la oportunidad. Digo, estar encerrado contigo en el nido es medio masoquista, ¿no opinas lo mismo?

—No puedo comprender que no tengas la fuerza de voluntad para controlarte, aunque sí entiendo que quieras empezar una relación como tal vez debimos. Intentaré lo que propones, también te amo, Alex.

—Hoy en la noche, tengamos una cita. Déjame llevarte a cenar —propuse.

Me sonrió y mis ojos se alegraron como si vieran un amanecer.

—Acepto.

—¿No te enojarás porque siga viviendo en la casa de mi madre?

—Está usted muy grande para eso, señor baterista, pero si es lo que cree mejor no pondré reparos.

Una llamada entró a mi móvil y por acto reflejo me apresuré a responder, al ver quien hablaba me frisé, *Secuela de mis días oscuros I*, decidí colgar sin siquiera contestar. Cecilia me miró intrigada y me preguntó:

—¿No vas a contestar?

—No quiero que nos interrumpen —mentí.

—¿Quién era?

—Nadie importante.

—¿Quién?

—Alguien que quiere vender algo.

Por su mirada intuí que ni siquiera sospechó, respiré aliviado, no me sentía bien por mentirle, pero no podía hacer otra cosa.

Al salir, todos ya estaban en el comedor, David estaba en la cocina mientras Ashley le ayudaba, fui a darles una mano.

—Macho, ¿qué está pasando? ¿No que había periodo de abstinencia? ¿Qué es eso de encerrarse en la nueva habitación a estrenarla en medio de la visita? —dijo Dave y destapó una cerveza para mí.

—No molestes ahora, David. No te daré detalles de mi vida sexual, pero para que no sigas viendo fantasmas donde no los hay, te diré que no pasó nada, vamos a esperar.

—¡Carajo! Como duele eso —se mofó de mí—. Pero todo sea por la salud —dijo alzando su cerveza e invitándome a brindar.

Mi teléfono volvió a sonar, metí la mano en mi bolsillo tras el primer timbre y colgué sin siquiera ver de quien se trataba, Cecilia solo observó en mi dirección y David que no se perdía de nada también me clavó su mirada, intrigado. Lo miré amenazante para que mantuviera su lengua viperina amordazada. Llevamos la comida a la mesa y nos sentamos a degustar los alimentos. Ayudé a Mary con Sarah, mientras ella se encargó de Sophie.

—Alex, me sorprendes, no sabía que eras tan bueno con los niños. Mira eso, Cecy, si ya está preparado para ser papá —dijo Ashley.

—Preparado tal vez, pero convencido de tenerlos todavía —dejé en claro y Cecilia no se inquietó por mi comentario ni por el de su amiga.

—Alex es estupendo y no solo con mis hijas. Cuando trabajaba en la clínica tenía un grupo de niños más grandes a los que guiaba muy bien —admitió Mary, que cuando se trataba de elogiarme no tenía fin.

—¿Y tú a qué te dedicas, Elisa? —dijo Peter y fue evidente su interés. Suspiré aliviado al ver que se dirigía a la hermana de Mary y no a ella.

—Yo soy química fármaco-bióloga.

—Vaya qué largo ese nombre —dijo Peter—. Pero imagino que te agrada, el padre de Cecilia está en ese giro.

—Mi padre es socio mayoritario de los laboratorios farmacéuticos *Omega Group*, aunque es algo de lo que no me gusta hablar. Él me ha insistido para entrar en

su ramo, pero yo tengo otra vocación.

—Entiendo, pero no deja de ser interesante —dijo Elisa—. ¿Y tú, Peter, solo trabajas en el canal o te dedicas a algo más?

—Trabajo en la empresa en línea de mercadotecnia que tiene David. Estamos en el canal y en su negocio, lo mejor de todo es que nuestro centro de operaciones también es el nido, así que podemos estar pendiente de las dos cosas.

—¿Qué estudiaste? —le preguntó Elisa y ya no supe si lo hizo por educación o porque también se le hacía agradable.

—Soy ingeniero, especialista en redes —dijo y el bueno de Peter no pudo ocultar el brillo de sus ojos al notarse el blanco de las preguntas de Elisa.

—¡Qué gracioso! ¡Y terminaste enrolado en un canal de *Youtube*! —mencionó Elisa con su mordaz sentido del humor.

Todos, los que sabíamos, llamamos los motivos que terminaron por amarrar a Peter al canal, al antiguo nido y a Cecilia. Claro que me daba un poco de celos recordar la pasión que se había desbordado entre mi novia y su amigo, pero no tenía dudas de Cecilia y Peter me había dado demasiadas muestras de amistad, así que, si a él le interesaba Elisa en serio, yo iba a ser el primero en apoyarlo. Peter se lo merecía. Lo vi babear ante las carcajadas de Elisa, estuve a punto de cerrarle la mandíbula. No me consideraba experto en relaciones, para nada, pero mi amigo ya estaba empezando mal. Elisa tenía un ego gigante y adulándola, no iba a llegar a ninguna parte. Me hice la nota mental de darle unos consejitos, al menos algo había obtenido por ser el hermano del doctor Huxley y por estudiar Psicología durante cuatro años. Por ese camino Peter no la iba a conquistar.

—Cecilia y yo saldremos hoy a cenar, me preguntaba si algunos de ustedes quisieran acompañarnos —dije.

—Lo dices como si fuera muy fácil, tendrá que ser un sitio muy discreto porque mi amiga suele causar un efecto en la gente que no querrás ver —dijo Ashley.

—Me consta —dije trayendo a la mente nuestra experiencia en el aeropuerto de Cancún, con la gente enloquecida cerrándonos el paso—. Eso ya está resuelto.

—¿Quién se apunta? Vamos, David y Ashley.

—Hoy no cuentas con nosotros, tenemos compromisos con los padres de Ashley —dijo David.

—Yo no puedo, prefiero que las niñas se acuesten temprano —murmuró Mary—, pero Elisa puede ir.

—Yo, no sé, tengo varios asuntos pendientes —mencionó dubitativa Elisa.

—Peter, vamos, no me salgas con que también tienes planes. ¿Y tú Eli, no seas amargada? —insistí.

—Cuenta conmigo —dijo Peter mientras los ojos le brillaban en espera de la respuesta de Elisa.

Mi gente que no tenía un pelo de tonta captó en el aire lo que pretendía y Elisa que era especialmente astuta, abrió los ojos al desayunarse la indirecta.

—¿Pretendes que tengamos una especie de cita doble? —dijo Elisa lanzándome una ramita de apio.

—Y si es así, ¿qué? —la reté y le lancé un palito de zanahoria—. No me digas que tienes mejores planes para esta noche.

Todos le cayeron en pandilla, Elisa le clavó los ojos a Peter y después me lanzó una mirada asesina, pero terminó por aceptar. Y mientras celebraba para mis adentros mi victoria el móvil volvió a sonar. ¡*Diablos! Ahora no.* Pensé. Me esforcé para disimular mi incomodidad. El teléfono estaba sobre la mesa, muy cerca de Sarah y pude ver quien llamaba, colgué sin contestar.

—¿Quién era, Alex? ¿De nuevo los vendedores? —preguntó Cecilia.

—¿*Secuela de mis días oscuros II* es un vendedor, tío? —dijo con inocencia Sarah. Elisa se había mofado de mí y se había referido a las *Secuelas* delante de Sarah, quien solía captar las situaciones incómodas y soltarlas en el momento menos apropiado—. ¿No te gusta lo que te quiere vender? ¿Por eso no le devolviste la llamada en la mañana? Dile que no y listo, ha llamado muchas veces.

Sonreí forzado y todos hicieron silencio. Mary intentó hacer que Sarah cambiara el tema. Levanté los ojos de soslayo y miré en la dirección de Cecilia, no se atrevió a preguntar nada más. Tan solo se puso de pie y al ver que los comensales habían terminado comenzó a levantar los platos, los llevó a la cocina y se puso a

lavarlos.

—¿Qué mierda te traes? —me susurró muy bajo David—. No me salgas con una idiotez.

—Cuida tu lenguaje delante de las niñas —le dije muy bajo.

—Discúlpame, Mary, es que no tienes idea del trabajo que nos ha dado juntar a estos dos —continuó susurrando David.

Me levanté y fui hasta la cocina, me apropié de la tarea y me puse a lavar los platos. Cecilia no me dijo nada y también guardé silencio. Ella secaba y guardaba y así mientras los demás reanudaron la conversación sin nosotros. Después de terminar, la abracé y le pregunté:

—¿Por qué tan calladita? Casi no hablaste durante el almuerzo.

—¿*Secuela de mis días oscuros*? ¿De qué se trata?

—Lo hablaremos cuando estemos solos, por favor.

—De acuerdo, pero quién sabe cuando eso ocurra. Pensé que tendríamos una cita y no que saldríamos con amigos.

—Esa era la idea, pero Peter estaba babeando más de lo normal por una chica y resulta que esa chica es mi amiga, quise ayudarlo.

—¿Ahora eres una especie de Cupido? Nos hace falta tiempo para nosotros, hay muchas cosas que debemos hablar. El caso es que estás más pendiente de apoyar a los demás que a nosotros mismos, tienes el asunto de Mary, las niñas, entiendo que te necesitan y soy la primera que te apoya, ¿pero Peter y Elisa también? Ella y tú tienen un lazo muy cercano, me pone nerviosa.

—Eli es una gran amiga y Peter, me agrada, es un buen tipo.

—*Secuela de mis días oscuros* sigue pendiente, espero que cuando por fin estemos solos me lo cuentes todo.

—Nos vemos en la noche. No te enojas, no vale la pena —pedí.

—Hay algo más, hoy muy temprano vino tu hermano, está buscando a su esposa. ¿Cómo supo la dirección? ¿Le dijiste?

—No, tal vez fue Martha, ella sabía, le di la dirección cuando viví aquí.

—Te pidió que dejes de ser un cabrón —dijo y me clavó la mirada con el rostro encendido por la rabia.

Nos fuimos. En el auto Mary se disculpó por la imprudencia de Sarah.

—Mary ni insistas, Sarah es una niña y no ha hecho nada malo. Yo soy el que tengo que resolver ese asunto de una vez por todas —admití.

—Cecilia es un encanto, te felicito, Alex —me dijo Elisa.

—Ahora que recuerdo los laboratorios de su padre. ¡Qué casualidad más desastrosa! —dijo Mary—. Es uno de los sitios en los que Elisa ha dejado su *curriculum vitae*. Parecería que la hemos visitado con segundas intenciones, juro que no, Alex, ni siquiera sabíamos.

—Lo sé, no se preocupen, ella es incapaz de pensar mal.

Las dejé en el hotel y al llegar a la casa me encontré a Christopher, lucía atormentado y no era para menos, recordé sus innumerables mensajes de texto en el celular. Los que no tuve valor para responder, pero durante el largo día había tomado una posición al respecto, no quería mentiras entre Christopher y yo, pero protegería a Mary. Quise abrazarlo, pero no sabía cómo iba a reaccionar, así que esperé.

—Tengo que hablar contigo, pasemos al despacho, no quiero que mamá nos escuche —dijo.

Le seguí detrás, amaba a mi hermano y lo respetaba, tanto que a veces no me atrevía a contradecirlo, así que me armé de valor y lo escuché.

—Sé que conoces que Mary me ha dejado. Primero porque de lo contrario habrías contestado al menos uno de los mensajes. Segundo porque Mary te tiene mucha confianza y sé que te debe haber llamado de inmediato. ¿Dónde está?

—Siento mucho por lo que estás pasando, no entiendo qué motivos tiene Mary para abandonarte, ni siquiera sabía que la relación de ustedes tenía problemas, me preocupa ella, las niñas y también tú. Hermano, mi intención es ayudar.

—Entonces dime dónde se encuentra.

—No puedo, no la traicionaré, tú me enseñaste a tenerla en un pedestal, Mary necesita tiempo. Te pido que se lo des, por favor. Sé que todo se arreglará.

Christopher tomó asiento y dejó de preguntar por su paradero. Sus lágrimas se hicieron más gruesas, miró hacia la pared y dijo:

—Perdóname, Alex, no he sabido ser un buen hermano mayor. No quise dejarte solo, traté de correr detrás de ti y decirte que te apoyaba en tu decisión, pero el maldito orgullo y el temor a que nuestra madre terminara como papá me dejaron congelado.

—Siempre has sido mi mentor, un guía para mí, quiero recuperarte, no sé qué pasa contigo. Mary dice que no he terminado de conocerte y a veces creo que tiene razón. ¿Quién eres, Christopher? ¿Qué historia es esa de que en el pasado le causaste más dolores de cabeza a papá de los que yo le produje? Dímelo tú porque Mary me ha dejado con la duda sembrada muy adentro.

—Deja el pasado donde está, por favor.

—¿Por qué Mary te ha dejado?

—Hoy visité a Cecilia, en su estudio, solo quería hablar contigo, Martha me vio tan angustiado que me dio la dirección.

—Si prefieres no responder no insistiré, solo quiero que las cosas estén bien entre los dos. Cecilia me lo dijo. Martha me aseguró que eres el único que puede apoyarme con mamá, que tú me puedes ayudar a convencerla de intentar conocer a Cecilia, estoy seguro que si le da una oportunidad terminará por quererla.

—No sé, Alex. Creo que es algo que me rebasa. Mamá asocia a Cecilia con el episodio más negro de nuestras vidas, está más ofuscada que de costumbre. Cuando se le mete una idea en la cabeza no hay quien la haga cambiar. Y yo... ahora no tengo cabeza para sondearla, todos necesitamos tiempo. Dile a Mary que necesitamos hablar y que las extraño a las tres.

CAPÍTULO 11

Cecilia

Cena para cuatro personas. Alex llegaría con Elisa a buscarnos a Peter y a mí. Tenía mis reservas de su noción de lugar discreto, más porque cuando tuvo el control de la situación en Cancún todo fue un desastre. Cuando lo vi arribar, era como si un duendecillo se hubiere instalado al inicio de mi estómago y comenzara a dar brincos. Amaba las citas, ese instante en que el chico hace su entrada y te cautiva. Las piernas me temblaron, tuve que respirar fuerte y contenerme para que no se notara, cuando se acercó a mí y me rozó los labios, me erizó la frescura de su piel, su aroma a recién salido de la ducha, el sabor a menta de su boca.

—¿Nos vamos? —me dijo con dulzura y desterré al fantasma de la *Secuela de sus días oscuros* a otro planeta, no dejaría que arruinara nuestra noche.

—¿Celebramos algo? —le dije aún cerca de su rostro.

—Nuestra reconciliación.

La noche pintaba bien, y más al llegar al sitio exclusivo que Alex había reservado, era el restaurante de un primo de Ralph, el mejor amigo de Alex, que seguía fuera del país, pero con quien tenía una comunicación muy estrecha. Nada de *fans* ni solicitudes de *selfies*, seríamos solo nosotros cuatro. El restaurante estaba dividido en áreas privadas, y cada una tenía el nombre de un destino turístico. A nosotros nos tocó Cancún e imaginé que Alex la había elegido a propósito para

recordar nuestra aventura en el Caribe mexicano. En el centro estaba la mesa y a un lado tenía una discreta pista de baile, donde máximo cabrían ocho personas. Llegamos y ya nos estaban esperando, la especialidad del chef era la comida fusión, nos adelantó que nos deleitaría con una mezcla de comida latinoamericana con mediterránea, de su propia autoría. El primer plato era una mezcla del ceviche peruano con los aderezos propios de la zona de Baja California, México y tengo que reconocer que fue exquisito. La bebida era una *hot beer margarita*, que explotó en mi boca con el sabor de la *michelada*, en vez de limones estaba decorada con unos ajíes exóticos que por curiosidad olí y tuve suficiente para saber que eran en extremo picantes. Alex me susurró cerca de la oreja el nombre, chiles habaneros. Yo esperaba que solo fueran parte de la decoración, pero el escozor en labios y lengua me lo hacían dudar. Tuve que abanicarme con la mano, pero reconocí que era delicioso. Y de ahí en adelante todo lo que desfiló por nuestra mesa fue delicioso.

—¿Y al chef desde cuando lo conoces? —pregunté.

—Me lo presentó Ralph hace tiempo. Últimamente hemos retomado la amistad, se ha encargado de la comida de algunos de nuestros eventos. A Hunter le ha fascinado —y añadió—: Hunter es el cantante de *Black Dragons*, el grupo donde toco —dijo para poner en contexto a Elisa.

—Les agradezco habernos incluido —dijo Peter justo cuando una canción finalizó e inició la nueva—. La estamos pasando muy bien. ¿Elisa, te gustaría acompañarme a bailar?

Ella retiró la servilleta sobre sus piernas y aceptó la mano que él le ofrecía, se alejaron hacia la pista y Alex y yo nos quedamos solos.

—Te has sacado un diez, espero regresar a este lugar. La bebida es intensa, pero no negaré que me gusta —le dije.

—Hay algo que quiero pedirte. Deseo presentarte a mi madre. Quiero que te conozca, solo así podrá entender cuánto te amo —soltó y me di cuenta que no aguantaba más.

—¿Estás seguro? No quiero que se altere y que se perjudique su salud.

—No será de golpe, la iré preparando poco a poco. Podrás hacer algo similar con tus padres.

—Lo intento, pero creo que sería prudente dejar pasar algo de tiempo. Con mi madre no hay problemas, ella te aceptará, solo no quiere contrariar a papá.

—No permitiré que nadie me separe de ti, pero ya no soporto que no podamos ser una pareja normal, como lo son Ashley y Dave, por ejemplo. Ella ha ido a Alaska, él se lleva muy bien con sus suegros. Podríamos compartir fechas importantes con nuestras familias como navidad, cumpleaños, sin tantas reservas.

Estiré la mano y le apreté los dedos, él los entrelazó con los míos. Me envolvió en su mirada, y ya no pudo soportar la mesa entre los dos, se puso de pie, me arrancó del asiento y me robó un beso. Sus manos sobre mis caderas me acercaban cada vez más a su cuerpo, como si ni la tela que nos vestía pudiera interponerse entre nosotros. Despegó los labios apenas de los míos para susurrarme:

—No puedo vivir sin ti, Cecy. Quisiera escaparme contigo a la habitación azul que compartimos en Holbox, solos tú y yo.

—Regresa al nido —imploré—. Ashley y David se quedarán hoy con los padres de ella. Peter mencionó que se irá a su departamento porque tiene asuntos que resolver temprano, me quedaré sola.

Me besó con más ímpetu aún y luego me dijo al oído:

—No tienes que pedírmelo, sabía que no seguirías torturándome, ya no puedo seguir aguantando. Vámonos ya, les diré ahora mismo a los tórtolos que la noche se cancela.

—Ni siquiera hemos tomado el postre.

—¡Diablos! Esto de venir en un solo auto ha sido una pésima idea. Dejaré la cuenta pagada y le pediré a Peter que lleve a Elisa a su casa en taxi.

Una llamada entró a su teléfono, vio el remitente y la canceló.

—¿Es nuestro tema de conversación pendiente? —pregunté recordando de golpe las llamadas insistentes. Mi instinto de detective se activó de inmediato.

—Sí, no es algo que deba preocuparte.

—¿Es una chica? —indagué sin reservas.

—Una que no quiere aceptar que todo terminó, te juro que se lo he dejado muy claro. ¿Me condenarás por eso? Hablaré de nuevo con ella, le pediré que no

vuelva a contactarme y si insiste cambiaré mi número. No permitas que nos arruine la noche, te he dicho la verdad. Vámonos, estaremos solos, tomaremos todas las precauciones, usaremos condón. Mi campeón se muere porque juegues con él.

—No tenemos necesidad de salir huyendo, tenemos toda la noche —dije, no podía sacarme la llamada de la cabeza.

—Tú tal vez, preciosa, yo te necesito ahora —siguió embistiéndome suavemente para seducirme y hacerme retomar el punto en que la llamada me había desconcentrado.

—Insisto en probar el postre —dije, por mí como si su campeón se incineraba en sus pantalones, no habría juegos sexuales hasta que me diera una explicación.

Me separé, me senté de golpe y llamé al camarero. El postre era lo último que necesitaba, la sombra del fantasma de la *Secuela de sus días oscuros* se me había atravesado entre nosotros. Quería preguntarle si tenía algo que ver con las chicas que lo habían manoseado delante de mí al terminar el concierto, ya no me aguantaba, pero no pude, no sé si por orgullo, amor propio, o una mezcla de ambos. Recibí el postre y me metí la primera cucharada en la boca, perdí el aliento, era increíble, aquella delicia consiguió desconectarme por unos minutos del efecto de la llamada. Lo vi mover su cucharita sin mucho entusiasmo y lo motivé a probar, Peter y Elisa ya habían vuelto y parecía que se habían olvidado de nosotros, conversaban como si la noche pareciera no tener fin. Alex, negó con la cabeza, sacó su móvil, se enterró con aburrimiento en sus redes sociales. Dos segundos después su expresión pasó del tedio al desconcierto, a la par que sus ojos se abrían desmesuradamente el camarero nos compartía lo que estaba sucediendo.

Nos habían descubierto, la horda de seguidores estaba afuera. Alex me miró e intentó excusarse.

—Te juro que fui precavido.

—Si no te estoy reclamando, pero esto solo me sucede cuando estoy contigo, mis medidas de seguridad son infalibles, las tuyas suelen fallar —dije y automáticamente me arrepentí.

—¡Cálmense! No será para tanto —dijo Peter y Alex puso los ojos en blanco, supe su motivo para hacerlo, Peter no tenía idea de a lo que se enfrentaba.

—Les juro que no cometí ninguna indiscreción, no suelo publicar en redes sociales en donde estoy ni con quien —dijo Elisa sin saber cómo poner remedio a nuestra disyuntiva.

—Saldremos por atrás, en algún momento se cansarán y se irán —dijo Peter.

El móvil de Alex, aún en sus manos comenzó a sonar y al ver que cancelaba la llamada entrante la espina de la incertidumbre se me coló de nuevo. Con una violencia que desconocí en mí, le arrebaté el celular solo para leer: *Secuela de mis días oscuros I* y mientras aún lo tenía en mis manos volvió a timbrar, leí: *Secuela de mis días oscuros II* y mi indignación fue tal que lancé el celular contra el suelo. Peter lo levantó y se lo entregó a Alex, el maldito cacharro no dejaba de sonar. Alex hizo la misma operación, colgó sin contestar y otra llamada se dejó escuchar:

—Contesta de una vez —le exigí.

—Cecy, no es lo que piensas —se defendió.

—Si no tienes nada que ocultar responde como lo haría una persona sin secretos, al menos así dejarán de llamar y podremos concentrarnos en encontrar una solución.

Alexander Huxley tomó la llamada y escuchó lo que dijo la otra parte, Elisa y Peter se pusieron de acuerdo con una rápida mirada y ambos se excusaron para ir al baño. Respiré al saberme a solas con él, necesitaba aclarar este asunto de una vez.

—No te debo explicaciones ni a ti ni a ella —dijo Alex a su interlocutora y continuó escuchando—. Sí, estoy con Cecilia y estamos en una cita. Por favor, respeta nuestro acuerdo y no llames más. Dile a ella que tampoco lo haga. No habrá segunda parte, ya lo había dejado claro. Solo espero que ustedes no sean las responsables de hacer la noticia pública —escuchó por un minuto—. Si dices que no tienes nada que ver te creo, entiendo que te hayas enterado por *Twitter*, lamento todo esto. Ya no insistan por el móvil, no quiero problemas con mi novia —prestó atención a la susodicha y agregó—: Sí, regresamos, somos novios de nuevo. Por favor, respeten mi vida privada, como yo lo he hecho con ustedes. Les deseo lo mejor pero ya es suficiente, no me retracto de lo último que hablamos, se acabó y es todo lo que tengo que decir.

Respiré hondo y no pude seguir reclamando, aunque él intentara darme el

lugar de su novia y había dejado clarísimo que había cortado el lazo que lo unió a ellas, me sentí herida. Tomé mi bolso dispuesta a abandonar el lugar y él me detuvo por el brazo.

—¿A dónde vas? Ahora no podemos salir —hizo una expresión de tormento que lo hacía verse más bello aún, me desordenaba por dentro.

—Eres la última persona con la que deseo estar en este momento —admití.

—No tengo nada con ellas, se los he asegurado en un par de ocasiones, solo que no quieren aceptarlo. Por favor, entiéndeme, recuerda, nada ni nadie podrá separarnos. Forma parte del pasado, de uno que me arrepiento y ahora cargo con las consecuencias.

—Resuélvelo, Alex. No toleraré este acoso.

—Me ocuparé, resolvamos lo que nos atañe en este momento. Tenemos que salir de aquí. Tengo una idea.

Terminamos por decidirnos a salir según el ingenio de Alex, lo hicimos por la puerta de los empleados. Intercambiamos auto con el chef amigo de Alex y salimos camuflados sin nadie siguiéndonos, la primera parada fue en la casa de Elisa, la segunda en el nido. En el estacionamiento, Peter tomó su vehículo y se fue a su domicilio. Alex pretendió subir conmigo.

—Es mejor que nos veamos mañana —le dije.

—Hablemos, ahora estaremos solos podremos entendernos.

—¿Para qué quieres subir si al final lo que pretendes es usar los condones que tienes de sobra en la mesa de noche? Ahora más que nunca estoy convencida de esperar el tiempo requerido para la prueba, me servirá para poner en orden mis ideas.

—No sé de qué otra forma pedirte perdón.

—No tienes que hacerlo, Alex, ya he entendido que esas mujeres son las que insisten.

—Gracias a Dios, fue una mala racha de mi vida, nunca dejé de amarte. Fui un idiota al creer que podría olvidarte si me involucraba con otras. Quiero estar bien contigo.

—Solo se trata de dejar el pasado atrás.

—Exacto.

—Sería más fácil si ellas dejaran de llamarte a cada rato.

—Cambiaré de número.

—Es tu decisión.

—Déjame subir, durmamos abrazados al menos, no insistiré en hacerte el amor. Solo quiero tenerte cerca.

—¿Ahora quieres regresar al cuarto de la tortura? —pregunté. No pude evitar ser irónica.

—Solo fue una reacción inmadura de mi parte, claro que puedo esperar la vida entera, aunque cada minuto sea eterno. Me conformo con saber que me amas.

—Hoy necesito estar sola, ve a tu casa y descansa. Me pediste empezar una relación como novios, siguiendo todos los pasos que nos saltamos en un principio, quiero que lo hagamos, terminemos la cita con bien.

Le di un corto beso en los labios para despedirme, él me abrazó con ímpetu y me susurró:

—Entonces tengo que acompañarte hasta la puerta del estudio. Te besaré de nuevo y te desearé buenas noches.

CAPÍTULO 12

Alex

Amanecí en casa, me levanté temprano para ir a cambiar el auto con el chef. Aún no entendía cómo nos habían descubierto los seguidores del canal, reconocía que mi habilidad para camuflarme necesitaba perfeccionarse. Al pasar por el comedor vi a mi madre desayunando y pasé a darle un beso.

—Siéntate a desayunar conmigo, Alex —pidió.

—Madre, solo tomaré un café, estoy apurado.

—Insisto en que comas algo nutritivo. Te trasnochas demasiado con esa banda de mil demonios, pero reconozco que la música que hacen juntos suena bien. No estoy feliz con tu elección de vida, pero lo estoy asimilando. Siéntate, no te daré un sermón. Dale a tu madre la satisfacción de verte alimentarte.

Me senté, me serví el café, huevos y una rebanada de pan integral. Mi madre me acercó con sutileza un jugo de naranja y un plato con frutas. Comencé a engullir los alimentos con la intención de terminarlos solo para complacerla, no solía comer en casa, a lo mucho tomaba un café en las mañanas o un plato de cereal. Mis almuerzos y cenas los hacía fuera, donde me sorprendiera la hora. Saborear la comida preparada por mi madre me trajo gratos recuerdos y poco a poco mi apetito se volvió voraz, terminé por degustar más de un plato del menú.

—Tu comida siempre ha sido deliciosa, mamá.

—Deberías acompañarme más seguido, solo vivimos aquí tú y yo.

—Estoy pensando independizarme, quiero tener mi propio espacio, estuve aquí por tu salud y ya te veo mucho mejor.

—Lo entiendo. ¿Irás a vivir con alguna chica?

—Algún día, por ahora quiero tener mi propio departamento.

—No tienes que esforzarte para seguir engañándome, Alexander, ya sé que regresaste con ella —dijo. El jugo de naranja se me atoró a medio camino—, la chica de Internet.

—Mamá, ¿cómo te sientes? No te alteres, por favor —dije aún pasmado al verla tan calmada.

—¿Me ves alterada?

—En verdad estoy pensando en tener mi propio espacio, siempre lo he querido y ahora tengo los medios.

—Las desventajas de las redes sociales, tienes tantos seguidores en *Twitter* que ni siquiera sabías que tu madre era una de ellas. Levanta la cara, Alexander y mírame a los ojos, odio cuando pones esa cara de animal mal herido —dijo con un tono mandón.

—Estoy enamorado de Cecilia, es una buena mujer si tan solo le dieras una oportunidad.

—Yo no tengo que hacerlo, tú eres quien la ha elegido. Si no te sientes culpable por permanecer al lado de la mujer que terminó de llevar a tu padre a la tumba, adelante, es tu conciencia, la mía está muy tranquila.

—La salud de mi padre era delicada, él sabía que no debía hacer corajes, más siendo médico, y se saltó todas las recomendaciones que el mismo les daba a sus pacientes. No quería que esto terminara así, en todo caso el culpable soy yo, los errores son míos, Cecilia nada tiene que ver, ella solo correspondió a mi amor.

—¡Suplantaste a tu hermano y como psicólogo tuviste relaciones con una paciente!

—Suplanté a mi hermano y me enamoré de su paciente, pero nada sucedió entre Cecilia y yo mientras la atendía en la clínica, no fue hasta que renuncié a la

Psicología que me armé de valor y acepté lo que sentía por ella, lo nuestro inició de ese día en adelante.

—Y trajo consecuencias para la clínica de tu hermano, no pensaste en nadie más.

—He pedido perdón a todos los perjudicados, ya no podía más. Esa vida, la que vivía no era la mía. Ahora puedo respirar hasta llenar mis pulmones, la música es lo que elegí incluso desde mi más tierna edad. Ahora soy más feliz, solo me falta para ser pleno que tú me aceptes como soy, no tengo las cualidades de Christopher, pero ya lo tienes a él para seguir tus pasos y los de papá.

—Pues esa felicidad ha cobrado un precio alto, ojalá puedas vivir con sus consecuencias.

—Mamá, me lastimas, por favor no insistas o terminaré sumido en una depresión. ¿Acaso no eres consciente del daño que me hacen tus palabras? Yo mismo me he responsabilizado por la muerte de mi padre, ha sido muy duro vivir con ese peso. Christopher ha logrado rescatarme, sus palabras me han dado el cincuenta por ciento de libertad para poder respirar sin esa carga aplastándome. Mi hermano me apoya, me ha hecho entender que no debo sentirme culpable, que papá ya estaba enfermo y que como adulto debió seguir las recomendaciones médicas y no hacer corajes. Yo no podía ser infeliz con tal de mantenerlos contentos a todos. ¿Habrías renunciado a tus sueños, a tu carrera, a tu amor, por casarte con otra persona, tener otra profesión y vivir la vida que tus padres te impusieran? ¿Me das la otra mitad del indulto para que pueda tener paz en el alma? Te lo suplico.

—Alexander, yo...

Era sincero y al fin me había decidido a liberar cada una de las emociones y pensamientos reprimidos, los que me castigaban. Solo quería sentir alivio... Pero mi madre terminó por desarmarme, unas lágrimas recorrieron su rostro y de inmediato me arrepentí de mis palabras. Temí ante la sola idea de perderla. Suspiré acongojado. No podría vivir sin ella, si de algún modo la lastimaba. ¿Qué importaba ahora quién tuviera la razón? Solo quería que la salud de mi madre no se resquebrajara. Intenté calmarla, retractarme, darle por su gusto, lo que fuera con tal de tenerla a mi lado por mil años.

—Olvida mis palabras, mamá, perdóname por tocar ese tema —hablé.

—Alexander, no insistiré en algo que nos lastima a ambos, cada uno tiene su opinión al respecto. Pienso que fue un cúmulo de eventos desafortunados. Tu padre ya no está con nosotros y sobre ese hecho lo único relevante es lo que tu conciencia tenga que decirte, si tú no te sientes responsable no soy quien para seguir torturándote. Es verdad que tu padre estaba enfermo y que era muy testarudo, pero si Cecilia nunca hubiese llegado a nuestras vidas hoy estaría con nosotros.

—¿Entonces decides culparla a ella? Yo quería ser músico y lo habría logrado tarde o temprano. Acéptalo. No es justo que la responsabilices.

—¿Y es justo que tu padre ya no esté aquí? ¿Es justo que tu hermano esté a punto de perder la clínica?

—Christopher se va a recuperar, me lo ha asegurado.

—Lo hará a cambio de ceder parte de la clínica a otros dos doctores, treinta por ciento para cada uno. Christopher solo será dueño del cuarenta. Necesita dinero y mucho. Quise ayudarlo y se ha negado. No quiere mi dinero. Dice que ya perdió la inversión inicial que le dimos para la compra del inmueble, no quiere aceptar mi apoyo esta vez, y la verdad no creo tener el monto que él necesita.

—¿Cómo lo supiste? ¿Te dijo Martha?

—Martha no me diría, no sé si por fidelidad a Christopher o por no alterarme con la noticia. Se lo he sacado al administrador, he notado que Chris no está bien, luce perturbado y no pude más sin saber qué lo angustiaba, ante la negativa de Martha por darme razones he usado mis armas para interrogar al licenciado y terminó por contarme todo, lo que no sé es cuando se efectuará esa firma. Te exijo que hagas algo por evitarlo. Pediré un préstamo si es necesario, pero tú convéncelo de permitirnos ayudarlos, es tan testarudo como tu padre, que en paz descanse.

—Yo le daré todo lo que tengo para el departamento, hablaré con mi hermano. No entiendo cómo me ha dejado al margen de esto tan grave.

—Tu hermano tiene un gran corazón y de seguro no quiere agregar otro cargo a tu conciencia, pero no es tiempo de lamentarse. Quiero que lo ayudes.

—Haré lo que esté en mis manos.

—No se hable más del asunto, ocúpate. Iré a recostarme, me duele un poco la cabeza.

—Llamaré al doctor —le dije.

—No es necesario, estoy bien.

—Al menos déjame tomarte la presión, para quedarme tranquilo—. Accedí y lo hice en el mismo comedor—. La tienes un poquito alta.

—No es nada, sobreviviré.

—Te prepararé tus medicamentos.

La vi tomarlos y la conduje a su cama, me quedé un rato con ella mientras me miraba en silencio, pero sabía que su mente seguía trabajando. La motivé para que leyera o viera la televisión, quería que se olvidara de nuestra conversación para que se tranquilizara, ella rechazó mis opciones.

—En algo tienes razón, no puedo creer que Cecilia es inadecuada para ti sin formarme un juicio objetivo acerca de su persona —dijo.

—Es lo que he querido decirles a todos.

—Quiero conocer a Cecilia —me comunicó y por su firmeza supe que no daría marcha a atrás.

Después de sorprenderme con la fortaleza que tuvo mi madre para soportar la conversación que hacía tanto tiempo necesitaba sostener con ella, me dirigí en búsqueda de mi hermano, no podíamos hablar este asunto por teléfono. Lo encontré en su departamento justo en un horario en que debía estar en la clínica, sentado en la mesa del comedor con una botella de whisky con un tercio vacía.

—¿Te pasa algo? ¿Por qué no estás trabajando? —le pregunté.

—¿Desde cuándo eres mi jefe o te debo razones? —me respondió con otra interrogante.

—Le he preguntado a Martha por ti, me dice que no estás bien, que estás faltando más de lo habitual a la clínica.

—Ya estoy bastante crecido, no creo que tenga darte cuenta de mis actos.

—¿Es por Mary? Lamentándote y emborrachándote no la vas a recuperar.

—¿Ahora me vas a dar consejos, hermanito? Te escucho. Dime cómo recuperarla. Me sorprende, porque fuiste el primero en tomar partido, y si mal no recuerdo elegiste ponerte de su parte.

—No vengo a hablar de Mary, aunque considero que si la pierdes será por alguna idiotez que hiciste. Mary te ama. Vine a ofrecerte mi ayuda, sé de los problemas que tienes en la clínica, tengo algunos ahorros guardados, pensaba dar un enganche para la compra de un departamento, pero no lo necesito, es tuyo. Mamá también tiene algo y quiere dártelo.

—No tomaré nunca más un centavo de mamá, su dinero es para procurarse una buena vejez, lo ha trabajado y no me perdonaría dilapidarlo, ya lo hice con la inversión que me dieron para la compra del inmueble.

—No tienes que pensar en devolvérselo, lo mío es tuyo y lo de mamá yo me encargo de reponérselo. Chris, déjame ayudarte.

—Es tarde, Alex —dijo con la mirada perdida—. Firmé ese día que me quedé congelado mientras corrías para recuperar a Cecilia, perdóname, estaba tan embotado por el odio que... Da igual, ya es pasado. Vendí el sesenta por ciento de la clínica para hacer frente a deudas e inversiones.

—Perdóname tú a mí, hermano. Debí estar más al tanto y haberte apoyado.

—No es tu culpa, ya te he dicho que solo fuiste una pieza más en el plan de Wallace para destruirme, a él nada lo detiene, es algo personal.

—No podemos dejarlo salirse con la suya, recuperemos de vuelta lo que vendiste.

—No tengo solvencia, no alcanzará ni siquiera con el apoyo de mamá y el tuyo, además no quieren deshacerse de la clínica. Ahora no tengo fuerzas para pelear, acepta que perdimos, ahora solo me interesa una cosa, recuperar a Mary y si de veras estás de mi lado, ayúdame para que regrese a casa, es lo mejor que puedes hacer por tu hermano.

CAPÍTULO 13

Cecilia

Ashley y David llegaron como a las once de la mañana y me preguntaron por Peter, les contesté lo que sabía, que tenía asuntos que ver hoy por el rumbo de su departamento. David dijo desconcertado:

—Lo sé, pero quedamos en vernos aquí a las once, tenemos un asunto que tratar de mi empresa.

Se intentó comunicar con él mientras yo le relataba a Ashley la odisea en el restaurante y cómo logramos escabullirnos. David se nos acercó con el rostro desencajado y nos dijo:

—Le hablé a su celular y nada. Está apagado.

—Es extraño —dije—. Peter no lo apaga ni para dormir.

—Es raro que no nos haya avisado de su retraso.

Una hora después, tras varios mensajes no vistos y llamadas mandadas al buzón nos impacientamos e intentamos contactar con sus familiares.

—Me respondió su madre —dijo David—. Peter está en una clínica, lo asaltaron anoche de regreso a su departamento.

—¿Estás hablando en serio? —pregunté preocupada por él.

—Vamos a verlo.

El hermoso rostro de Peter era un lienzo de distintas tonalidades, dolía solo de mirarlo, el labio inferior tenía una herida que le hacía hablar con dificultad. Le acaricié con cariño la cien y se estremeció de agonía.

—Por favor, David, regresa al nido y trae mi laptop, necesito tomar ciertas medidas de seguridad, se llevaron mi teléfono móvil, ahí está mi correo electrónico, mi agenda, todos mis accesos —pidió Peter.

—No creo que estés en condiciones para ocuparte de eso ahora —dije al ver uno de sus brazos vendados.

Ashley indagó con el médico de cabecera y nos cercioramos que Peter requería reposo.

—Contactaré con uno de los *nerds* y tomaré todas las precauciones para proteger el canal —resolvió David.

—Protege también tu empresa, cambien todas las contraseñas —insistió Peter.

—¿Por qué dices todo eso? Eran ladrones, no *hackers*, lo más probable es que borren toda la información y vendan el móvil —mencionó Ashley.

—La policía insiste en que eran ladrones porque se llevaron el celular, el dinero y mi reloj, pero estaban más interesados en el teléfono que en todo lo demás. ¿Y ayer? ¿Cómo le hicieron para localizarnos en ese restaurante?

—No creo que esté relacionado —le dije—. Alex tiene habilidad para dejar pistas, recuerda que en Cancún fue mucho peor. Tal vez hizo un comentario, algo. ¿Crees que alguno de los que estaban allí te siguió para robarte el móvil con alguna intención de espionaje? Eso es absurdo. ¿Con qué fin? Solo somos un canal de entretenimiento.

—Si Peter está en lo cierto, tal vez a ti también te hayan seguido, quizás el nido ya no es *Top Secret* —reflexionó en voz alta David, quien ya le estaba creyendo a Peter.

—De serlo ya nos habríamos dado cuenta, no había nadie acechando por los alrededores cuando salimos hoy —mencionó Ashley.

—Si fuera lo que temen, ¿por qué ensañarse y darle semejante paliza a Peter?

No tiene sentido. Los fans nos aman... o eso creo —dije.

La duda nos golpeó a todos, no lo podíamos aceptar. ¿Quién querría información sobre nuestras actividades y para qué? ¿Y la violencia hacia Peter? ¿Estábamos expuestos los demás? ¿Terminaríamos también en el hospital? Sacudí la cabeza y negué. No podía aceptarlo. Lo habían asaltado para robarle y todo lo demás eran conjeturas a las que llegábamos tras el susto y la impresión de la situación. Le dejé un beso a Peter en la frente y por toda despedida, él nos pidió que tomáramos precauciones, fueran reales o no sus sospechas.

Llegamos al estudio y nos sentamos en el salón a pensar. Ashley se entretuvo en su celular y David se encargó de preparar algo para comer, aunque ninguno teníamos hambre. Recibí una llamada de Alex, me comentó que ya había hecho el cambio de auto con su amigo el chef y que estaba ensayando con los *Black Dragons*, se quedó sorprendido y a la vez preocupado, cuando le relaté lo sucedido a Peter. Le pedí que se cuidara para que no corriera igual suerte. A pesar de la fama del grupo y de aparecer en revistas y redes sociales constantemente, Alex insistía en mantener sus hábitos de siempre, pensaba que unas gafas para sol eran suficiente camuflaje y que por ser el baterista se libraba del furor de las *fans*, creía que solo para Hunter, el cantante, estaba reservado el descontrol de las fanáticas.

—¡Dios mío! ¡Desaparecieron todos los suscriptores del canal! —le escuché gritar a Ashley. David y yo, con los nervios de punta corrimos hasta ella y constatamos que era cierto lo que decía.

Poseída, corrí a mi escritorio, encendí la computadora y lo vi, ahora sí en grande. Suscriptores cero. Después de tanto esfuerzo, tantos años... Las advertencias de Peter hicieron eco en mi memoria y sin pensarlo un segundo comencé a telefonar a los *nerds* convocándolos con urgencia.

—¿Confías en ellos, Cecy? —me preguntó Ashley medio paranoica.

Los *nerds*, como les llamábamos y a ellos más que molestarles les agradaba su mote, eran tres chicos muy hábiles en informática y en redes que nos ayudaban. Perteneían al círculo de Peter y habían sido invitados por él, amaban el canal y solían convivir con nosotros bastante tiempo, sobre todo cuando teníamos programas con gente muy famosa o en vivo.

—Por supuesto que sí confío, Peter los trajo, este ataque no viene de adentro

—dije—. Tenemos que estar unidos. Escribiré ahora mismo a *Youtube* informando del problema.

Alex me volvió a llamar al poco rato, y me preguntó por la pérdida de suscriptores, lo había notado. *Youtube* ya me había respondido, así que lo comenté con él.

—Es verdad, Alex, es terrible. Nos comunicamos con *Youtube* y no saben dar una respuesta, concluyen que es un error.

—¿Pero lo arreglarán? —preguntó.

—No lo sé. Aquí están los *nerds* tomando medidas.

—¿Medidas?

—Peter cree que el asalto fue premeditado y que a propósito querían sustraerle el celular, creí que solo deliraba por el estrés postraumático, pero ahora esto. Quien tenga el móvil de Peter y sea lo suficientemente diestro en computación puede tener acceso a varias de nuestras cuentas, incluido el canal.

—Creo que Peter tiene razón —decidió Alex.

—¿Quién y por qué querría hacernos esto? —pregunté.

—No lo sé, Cecy, pero por favor no salgas del nido, terminando el ensayo voy a verte —me pidió Alex.

Para cuando Alex llegó a las inmediaciones del edificio, pudo constatar que la pérdida de los suscriptores no era lo peor, el nido había sido descubierto. Me encontraba aterrada en mi estudio sin poder salir porque una horda de personas se había situado en los alrededores con cámaras y teléfonos en mano, esperando que alguno de nosotros tras el asedio se dignara a bajar. Por suerte, ninguno violó la seguridad del edificio y nos mantuvimos a salvo arriba. La gente publicaba *posts* en diversas redes sociales sin control, nos etiquetaban y preguntaban qué había pasado con el número de seguidores.

Todo era un caos. Alex me habló por teléfono a distancia desde su automóvil.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó.

—¡Oh, Alex! Me quedé en *shock* y olvidé que vendrías. Es mejor que te vayas antes que te descubran.

—Es que es insólito.

—Creo que Peter tiene razón, tampoco entiendo nada.

—Voy a subir, intentaré llegar al estacionamiento —mencionó.

—Regresa más tarde, no creo que se queden hasta la noche.

Terminamos por ponernos de acuerdo y Alex se alejó. Los tres chicos informáticos, Ashley, David y yo nos quedamos atrapados en el estudio.

—No estarán ahí veinticuatro horas, se irán en la noche, ya verán —dijo Ashley.

—No lo sé, escuché una historia parecida de otro *youtuber* y fueron muy insistentes—dudó David.

Llevábamos tres días asediados en el nido que de secreto ya no tenía nada y comenzábamos a desesperar. Las suscripciones seguían desaparecidas. Peter ya había sido dado de alta y se resguardaba en su departamento. Quiso reunirse de inmediato con nosotros, para no poner en riesgo su salud, le imploramos que descansara en su departamento y nos la pasábamos conectados vía *Skype*. Yo tenía mucha fe en que él descubriría a dónde habían ido a parar los suscriptores. Gracias a los *nerds* y ahora con Peter al corriente, aunque a distancia, habíamos asegurado todas nuestras cuentas, pero el canal ya estaba perjudicado.

Me acurruqué en un mullido sofá, con Rain Lilly en mi regazo, aunque simulaba tranquilidad estaba muy ansiosa. La perrita me dio dos lengüetazos en el rostro, ni a ese pequeño saquito de pelos podía engañar. Me preguntaba hasta cuándo duraría esto, cómo se había filtrado la información y, sobre todo, por qué habían lastimado a uno de nosotros. Me coloqué los audífonos y me sumergí en la música de los *Black Dragons*, la batería de fondo era mi mejor medicina, me transportaba a Alex, a la imagen de su rostro embebido de pasión al golpear los *toms* y los timbales.

Lo que más me espantaba era que David y Ashley ya estaban pensando cómo

hacerle para ir por provisiones, como si estuviéramos en una contingencia climática o en guerra. Cuando Alex logró colarse, corrí a su encuentro, me abracé con fuerza a su cuerpo, mi refugio.

—¿Cómo estás, cariño? —indagó.

—Bien. ¿Y tú? ¿Te lastimaron?

—Fue muy complicado llegar al estacionamiento, gracias a Dios no han perdido los estribos, sí se abalanzaron sobre el automóvil, lo manosearon y lo sacudieron, pero después de media hora se resignaron a que no iba a salir y avanzando como una tortuga pude acceder.

—Estás loco, ¿qué haces aquí? Te dije que no vinieras. ¿Ahora cómo vas a salir? Necesitas seguir con tus ensayos.

—Tienen que abandonar el nido, no sabemos hasta cuando permanecerán apostados.

—No, me rehúso a irme, me da pavor —dije.

—Son sus seguidores, ellos los adoran, no les harán daño.

—¿Y quién es responsable de golpear a Peter? No saldré hasta que se vayan.

—¿Ya les dijiste a tus padres? —me preguntó.

—No quiero preocuparlos, aunque imagino que mi padre estará contento de saber que he perdido el canal.

—Cecy, el canal no está muerto, lo recuperarás, así tengas que empezar de cero.

—Fueron años de esfuerzo —referí pesimista.

—Los vídeos siguen ahí y tienen el número de me gustas y reproducciones, recuperaremos a los seguidores —me aseguró.

—Que quede entre nosotros, pero ya no estoy tan segura de quererlos de vuelta —murmuré muy bajo, me resultaba difícil aceptarlo.

—Es solo una racha, pasará. Ahora creo que deberías decirle a tu familia para que no les tome desprevenidos.

—Mi padre no tiene de qué preocuparse, él tiene a su séquito de guardias y nuestra propiedad se encuentra en un área restringida.

—Lo están poniendo en las noticias, tu familia terminará por enterarse. He estado pensando y he encontrado una solución, rentaré un helicóptero y saldrán por el techo. Estuve pensando comprar un departamento, para tener algo propio, pero ya no sé si vale la pena, tal vez tengamos que vivir así de hoy en adelante, cambiando constantemente nuestra ubicación. Hoy mismo rentaré un sitio para vivir y un helicóptero. Mañana regreso por ustedes.

—Creo que es una buena idea, te acompañaré. Dejemos a Cecy y a Ashley aquí con los chicos —le dijo David y ambos estuvieron de acuerdo, pero a mí me aterraba que intentaran bajar.

Con la puerta abierta de par en par, tomé a Alex por la solapa e intenté retenerlo. Nos perdimos en un beso profundo, tomé impulso y salté hasta treparme en sus caderas, me aprisionó en sus brazos y me devoró lentamente. Tomó aliento y me dijo:

—Te amo, confía, todo estará bien. Yo te sacaré de esto. No permitiré que nadie te lastime, eres mi vida.

—No salgas por esa puerta, mi habitación ya no será el cuarto de la tortura. Confío en ti, ya no te pondré restricciones. Mi cuerpo es tuyo, no te vayas, no volveré a frenarte.

—Jamás he dudado de tu amor. Estoy más seguro que nunca y no tienes nada que temer, regresaré y te pondré a salvo.

Me apretó con más ansias, con la intensidad de fundirme en su piel, en sus músculos, y sentí que ya no podría respirar sin ese hombre, que ponía mi mundo de cabeza con solo una mirada. Esa boca, esos ojos y la agonía de dejarlo ir. Temía que terminara agredido como Peter. Lo abracé con más fuerza y su deseo lo obligó a adherirse a mi cuerpo, el que se sentía pequeño, sostenido por él.

Una tos seca nos hizo volvernos. Mi padre acababa de arribar y tan nosotros estábamos tan absortos que no lo escuchamos entrar. La expresión esquiva de mi padre nos congeló por dentro. Como pudimos nos intentamos separar, formamos un revoltijo de piernas, brazos, nos estiramos la ropa, nos acomodamos el pelo y le

miramos de frente.

—Creo que debí hablar por teléfono para avisarles que acababa de aterrizar en el techo, así les habría dado cinco minutos para encontrarlos en una situación más decente—dijo papá.

Mi padre, con quien ni siquiera había intercambiado palabras en los últimos tres días, pero quien solía ser bastante enérgico a la hora de solucionar los conflictos, arribó acompañado de un guardia de su seguridad, saludó a todos educadamente, incluso a Alex y de inmediato quiso hacerse cargo de la situación.

—Hija —me dijo al llegar hasta mí, me abrazó—. Tu madre está muy alterada, esto es lo que me temía, sucedió en Cancún y ahora. Por eso te he insistido en dejar el canal.

—Tu sueño acaba de cumplirse, ya no tengo seguidores, desaparecieron —afirmé.

Vi su cara de sorpresa y añadió:

—¿Si no tienes seguidores quiénes son los que te tienen rodeada? No perdamos tiempo en hablar sobre eso, lo haremos después, con calma, vine para llevarte a casa.

—Te lo agradezco, papá, pero no es necesario. Alex nos sacará en un helicóptero mañana y rentará un sitio para alojarnos mientras todo se calma.

—Parece que el señor Huxley y yo hemos tenido la misma idea. El helicóptero está arriba, no necesitan esperar otro día y en lo que buscan otro departamento pueden quedarse en nuestra casa—. Mi padre fue contundente.

—¿En la residencia con ustedes? No es necesario, nos la podemos arreglar solos —resolví al ver la mirada de cachorro herido de Alex, que había llegado con un buen plan para rescatarme como el príncipe a *Rapunzel* en la torre y mi padre se lo echaba por tierra.

—No lo dudo, Cecilia, pero tengo los medios para ayudarlos de inmediato y soy tu padre, no rechaces mi hospitalidad, por favor. Preparen un escueto equipaje de mano. Podemos disponer la mudanza cuando todo se aplaque.

—Tu padre tiene razón, Cecilia —aceptó Alex muy comprensivo—. Vamos,

te ayudaré a preparar una pequeña maleta, de lo contrario terminarás por llevarte el nido completo.

Tres mudas de ropa, muy pocos efectos personales, la laptop y Alex me frunció el ceño para darme a entender que luego enviaríamos por el resto. Tomé a Rain Lilly en mis brazos y subimos.

Las hélices comenzaron a rugir y el nido quedó desierto, todos nos fuimos con mi padre rumbo a la mansión en su helicóptero para diez personas. No podía creerlo, en medio del conflicto mi padre aplacó su ira y se comportó con mesura delante de Alex, no es que se desviviera en atenciones con él, como tampoco lo hizo con mis amigos, pero procedió a la altura, con respeto y educación.

Mi madre me abrazó en cuanto arribamos.

—¡Dios mío, hija! ¿Pero qué locura es ésta? ¿Qué ha sucedido? —me interrogó.

—Supongo que en algún punto nos descuidamos y nuestra ubicación quedó expuesta —omití los detalles de Peter, la golpiza, etcétera, que solo pondría más nerviosa a mi madre.

—Ya estás aquí.

Mi madre saludó con cariño a los que ya conocía, David, Ashley y los *nerds*. A Alex lo había visto en la boda, pero no se lo había presentado, así que le dije frente a mi padre:

—Mamá, te presento a Alexander Huxley es...

—Soy su novio —se aventuró él a decir—. Me da gusto conocerla, lamento la situación de la iglesia, de haber podido lo hubiera evitado o hecho diferente.

—No tienes que disculparte, Alexander, entiendo que están enamorados, fue un desenlace muy romántico, desfavorable para Eric, pero qué podemos hacer. ¿Cecilia y tú están comprometidos? —indagó mi madre.

—No aún, pero tenemos la intención, solo que no queremos apresurarnos, esta vez queremos seguir todas las reglas. La primera era conocerlos de manera formal, hubiese querido que fuese de otra forma —continuó Alex hablándole con respeto a

mi madre ante la mirada atónita de mi padre.

—Ya nos ocuparemos, me gustaría conocer a tus padres —dijo mi mamá.

—Mi padre falleció, mi madre estará feliz de conocerlos.

—Eres muy bienvenido, Alex. La primera impresión me ha parecido buena, eres muy correcto y simpático, tiene que ser si has conquistado el corazón de mi hija.

Mi padre tosió para frenar los halagos de mi madre y ella se dispuso a ordenar una habitación para Ashley y Dave.

Los *nerds* se disculparon por no aceptar el alojamiento con mis padres, respiraron al verse fuera del nido y expresaron su deseo de regresar a sus casas después de tres días. Alexander pidió un taxi para irse junto con los muchachos, todos rumbo a sus domicilios y mi padre insistió en que utilizara uno de sus autos.

—No necesita pedir un taxi, señor Huxley, puede utilizar uno de mis autos para moverse y llevar a los chicos. Entiendo que su vehículo se quedó junto con el de Cecilia y sus amigos en el estacionamiento, los recuperaremos cuando la gente abandone el lugar —asumió mi padre.

—No tiene que preocuparse, señor Marcel, no es necesario.

—Insisto.

Le hice un gesto a Alex para que aceptara, mi padre estaba poniendo de su parte, después de todo, este desastre había traído algo positivo y que nos hubiéramos tardado meses en planear, Alex ya había sido presentado como mi novio ante mis padres y no se había acabado el mundo.

CAPÍTULO 14

Alex

Mientras rodaba el Mercedes convertible clase S de mi futuro suegro, si podía llamarle así, no creo que a él le hiciera mucha gracia, aún pensaba en su reacción. No quería desconfiar, era el padre de Cecilia, pero, aunque se esforzaba por sonar lo más educado posible, su trato hacia mí, me dejaba cierto amargor en la boca, su mirada disimulaba un cierto reproche, como si de alguna forma me responsabilizara del descontrol en el nido. Con el recuerdo del peso de su mano sobre mi hombro, cuando me invitó a conocer su garaje, con más medios de transporte que los que puedo contar en una mano, repasaba su elección. No escatimó, quería que yo eligiese libremente el más lujoso, aunque yo me decantara por todo lo contrario, uno porque quería pasar desapercibido y dos porque me daba igual. Terminé por elegir el que consideré menos ostentoso, aunque parecía una tarea imposible desde mi punto de vista. Su apoyo terminaba por parecerme una demostración de su poder, su hija, su helicóptero, sin dejar de lado su jet, sus autos, su prolífica mansión en Bel Air, con sus guardias de seguridad y sus empleados de servicio doméstico.

Me reía irónicamente solo de pensar en el documento de identidad del señor Marcel, o en aquellos momentos, en que por un trámite requiriera escribir la dirección de su domicilio, mi risa se torció aún más al imaginar dar una referencia sobre su casa, si es que, a su castillo, o, mejor dicho, fortaleza se le podía llamar así. No era valuator, pero imagino que el precio estaría por los cincuenta millones de dólares o tal vez me quedaba corto. Cuando Cecilia me dijo a lo que se dedicaba su padre,

jamás imaginé que trascendiera a tanto. La Fortaleza era fría e imponente, con múltiples pabellones en los que temía perderme. La fachada era blanca con techos y detalles en gris topo. Las ventanas exteriores eran más de cincuenta, sería fácil perder la apuesta si intentabas adivinar en cual de aquellas habitaciones recostaba la cabeza para dormir el señor Marcel. La terraza estaba llena de columnas de color marfil, sillones vacíos con cojines azules y una piscina turquesa que se perdía en el horizonte, haciendo indivisible el límite entre el agua y el cielo. En el interior la magnificencia se notaba, mármoles y maderas preciosas, muebles de diseñador, empleados que parecían maniqués con tan impecable vestimenta, no entendía cómo le hacían para llevar al cabo sus labores sin que se les moviera un cabello. Adornos y utilería que me ponían nervioso, temía tropezar con algo y terminar haciendo un estruendo que rompiera el aturdidor silencio de los salones. Todo carente de calor humano, impecable y helado, ahora entendía por qué Cecilia se había refugiado en el nido y por qué necesitaba gritar y ser otra frente a una cámara de vídeo.

Mis padres no eran millonarios, pero yo había crecido con cierto lujo, había acudido a las mejores escuelas, habíamos vivido en residencias suntuosas, nuestras amistades eran exquisitas, nuestras vacaciones eran paradisíacas, pero el estilo de vida del señor Marcel distaba mucho del nuestro y se notaba que sentía cierto placer en dejármelo claro. ¿Para qué esperar por un helicóptero rentado si él podía rescatar a su princesa en un cohete espacial? Ahora entendía por qué quería a Eric, era un reflejo de sí mismo, de lo que deseaba para su única hija. La señora Marcel era diferente, me había recibido con los brazos abiertos, aún sin conocerme, le bastó saber que Cecilia me amaba.

Con todas estas ideas absorbiendo mi tranquilidad llegué a la casa de mi madre, atravesé el portón y vi a Elisa a punto de subirse a su auto, estaba despidiéndose. Ambas se quedaron sorprendidas al verme bajar del Mercedes. Me acerqué a saludarlas y mi madre no pudo esperar a que estuviéramos dentro para lanzar su interrogante:

—¿Y ese auto?

—Del padre de Cecilia —contesté.

—No sabía que la relación iba tan avanzada y que ya frecuentabas a los

padres de la chica.

—El señor Marcel me lo prestó porque mi auto tuvo un contratiempo —evité los detalles que pusieran a mi madre en contra de Cecilia.

—No me gusta que manejes el auto de ese hombre y menos uno tan costoso, que sucede si...

—Madre soy adulto, el vehículo debe estar asegurado y también tengo mi propio seguro. Déjame al menos saludar a Elisa, ni siquiera le he dado un beso.

—Salúdala y no se queden en la puerta —dijo mamá con una pícaro sonrisa y noté la idea fugaz que rápidamente le pasó por la cabeza, y como era mi madre, tan ella, no se hizo esperar su comentario. Mientras yo abrazaba a Elisa y le daba un beso en la mejilla, mamá abrió la boca—: Elisa, no te vayas ahora que llegó Alex. Sé que buscabas a Chris, pero... Elisa se citó aquí con Chris, tu hermano tuvo una situación en la clínica y le fue imposible llegar a la hora. Convéncela para que lo espere. ¡Es tan lindo verlos juntos! Como cuando Mary y Chris iniciaron su relación y ustedes se conocieron, hicieron clic muy rápido, hasta pensé que un día se enamorarían. No sé por qué no ocurrió, se llevaban tan bien. Yo hubiera estado tan orgullosa, como lo estoy con Mary.

—Ely, por favor, quédate un rato —le dije—. Créeme que el día de hoy ha sido uno de los más locos que he tenido, me encantará hablar contigo, será como tomar una bocanada de aire fresco y lo necesito mucho, pero no te agobies con los comentarios de mi madre.

No hizo falta más para convencerla, los comentarios de mi madre solo le dieron risa, una que disimuló muy bien para no herir sus sentimientos. Nos sentamos como tiempo atrás en el mullido sofá de mi estudio a conversar. Mi madre, quien había estado muy entusiasmada con la visita, por arte de magia desapareció. Elisa notó que estaba muy abrumado y me invitó a recostar la cabeza en sus muslos mientras masajeaba mis sienes.

—¿Cómo sigue Peter? —preguntó.

—Ha mejorado. ¿Le has hablado?

—En una ocasión, pero no quise seguir. Parece que le gusto, es un chico simpático, pero acabo de terminar una relación y deseo estar sola un tiempo.

—Peter es fenomenal, merece una oportunidad.

—¿Notaste lo que quiere hacer la señora Huxley? —me dijo porque no tenía un pelo de tonta.

—Es difícil no darse cuenta con su sutileza.

—¿Cómo está Cecilia y los demás?

—Espero que a salvo, están en la fortaleza de los padres de Cecy, era la única forma de librarse del acoso. Desde la noche de la cena todo se ha descontrolado, lo de Peter y ahora esto. Creo que hay alguien detrás y me siento funesto por desconfiar de la persona que nos ha tendido la mano.

—¿El padre de Cecilia?

—El señor Marcel no me da confianza y me siento mal por decirlo. Primero se enfrenta conmigo y ahora se desvive en atenciones. ¿No te resulta raro?

—Este mundo está patas arriba. ¿Y Mary y Chris? Mi hermana me mandó a entregarle este documento a Christopher, quiere divorciarse y está cometiendo la estupidez de hacerlo de la peor manera, no quiere hablarlo de frente, le he aconsejado que conversen a solas, como adultos, que yo le cuido a las niñas, pero está renuente.

—No entiendo qué les pasa a esos dos. Tal vez tú lo tengas todo claro, en cambio yo siempre pensé que Mary y Chris vivían en el paraíso.

—Ya ves que no. Ahora mismo los dos están viviendo un infierno. Y sé que ella no lo enfrenta porque no tiene valor, teme flaquear cuando lo tenga en frente.

Parecía que al mencionarlo lo había invocado, Christopher arribó y lucía como un enviado del mal, llevaba un traje gris oscuro de tres piezas, la corbata abierta colgada a cada lado de su cuello, la barba desatendida y la mirada perdida.

—Te agradezco haberme esperado Elisa, te juro que no pude escaparme antes. ¿Cómo están las niñas? ¿Cómo está mi esposa?

—Mary quiere el divorcio —soltó Elisa, que ante la presencia de mi hermano se volvió un pajarito tembloroso y dejó de lado toda la seguridad que la caracterizaba.

—No juegues con eso —reclamó Chris.

—Sabes que no lo haría y Mary no suele ser testaruda pero esta vez no

entiende razones. Estoy por pensar que hay algo más allá de lo que me ha dicho, tú debes saber por qué ya no te quiere en su vida. Al menos te dejará ver a las niñas cada vez que quieras, con respecto a eso ha reiterado que eres un estupendo padre, solo con poco tiempo para dedicarle a tus hijas.

—¡Maldición! Déjense ya de bromas de mal gusto y díganme donde se encuentra Mary. No me va a mandar al carajo sin decírmelo en la cara. ¿Y ahora qué mierda es esta? ¿Qué se cansó de lo nuestro, de la misma vida en la que ella me metió? Si hemos llegado a este punto ha sido siguiendo sus exigencias. Díganle que no firmaré, ni aceptaré ninguno de sus términos hasta que no venga en persona a decirme mirándome a los ojos que ya no me ama. Y háganse un favor, dejen de ser los emisarios de esta comedia.

Los pasos de mi madre se escucharon en el corredor, vi a Christopher tragarse su rabia y sé que lo hizo para no preocuparla, porque su presión no se disparara al cielo. Elisa se recompuso, por un momento la vi bastante asustada por la reacción de mi hermano y yo respiré profundo. En fracción de segundos, la imagen de nosotros tres, con un Chris furibundo, una Elisa desorientada y un Alex tratando de aplacar la tempestad, se transformó en un cuadro de tres amigos apacibles.

—¿Y por qué tanto silencio? —dijo mi madre—. ¿Interrumpo algo?

—Nada, madre, se aventuró a decir Christopher intentando suavizar el tono de su voz para parecer calmado.

—Aprovecho que están presentes para avisarles que daré una cena mañana mismo, algo sencillo, familiar, quiero conocer a Cecilia. Alex, aquella vez que nos presentaste no fue la adecuada, estábamos enfrentando una desgracia. Quiero conocerla en un ambiente más adecuado. Igual me gustaría invitar a sus padres. No me parece que tengas trato con los señores y que yo quede de lado.

—Pero madre... —repliqué.

—¿No es lo que querías?

¿Cómo explicarle que mi novia la *youtuber*, algo con lo que mi madre no estaba de acuerdo, estaba recluida en la fortaleza de sus padres porque una horda de supuestos seguidores no la dejaban salir?

—De acuerdo —susurré ante los ojos abiertos desmesuradamente de Elisa—.

Solo que no incluyas en la lista a los padres de Cecilia.

—¿Y eso por qué? ¿No que es tu futuro suegro, el que incluso te presta su automóvil? Hay que devolverles la atención, quiero conocer a la gente que frecuentas. Serán los padres de Cecilia, pero no sé quiénes son.

—El padre de Cecilia es un poco... complicado, me gustaría que si le invitamos a una cena sea algo más formal y por otro lado no quiero darte molestias. Ellos tienen costumbres diferentes a las nuestras, me gustaría ir más despacio.

—¿A qué te refieres cuando dices que tienen diferentes costumbres, acaso vienen de Marte?

—Su padre tiene mucho dinero, es millonario...

—¿Insinúas que no sabré cómo atenderlos? Por favor, Alexander Huxley, en Londres, incluso ya retirada, tuve el honor de tener de paciente a un miembro de la realeza que escuchó de mi buen hacer como neuróloga. Terminó por invitarme a cenar en su castillo. Les espero mañana a las siete para cenar, si los señores se excusaran por algún motivo podría entenderlo, no por tus inseguridades. Y por favor, Christopher —dijo volviéndose a mi hermano—: Tú y Mary sean puntuales, Alex también querrá presentarte a la familia de Cecilia.

La cara de mi hermano era un drama y no pudo más que asentir, mientras Elisa se quedaba blanca como un papel y yo aún desvariaba.

CAPÍTULO 15

Cecilia

Una amiga es ese remanso de paz que te sostiene en las no tan buenas. Ashley era mi soporte, la falta de una hermana o una prima cercana, todo se resumía a Ashley, aunque tuviera miles de amistades y grandes amigos como Peter, David, los *nerds* y otros, Ashley era quien me daba la fuerza para caminar cuando mis piernas se tambaleaban, era a quien podía revelarle mis pecados más oscuros en busca de redención sin sentirme juzgada, así que cuando Alexander Huxley me reveló su idea descabellada me refugié en mi amiga.

—Por favor, Ashley, acompáñanos. Tú y Dave pueden venir con nosotros.

—No me parece prudente. Esa cena es para tus padres y para ti, Dave y yo no te acompañaremos. Ya es demasiado que sigamos abusando de la hospitalidad del señor Marcel, y sabes que si lo hago es porque en la casa de mis padres no gozamos de la misma protección que aquí. La verdad es que me asusté con lo sucedido a Peter, con lo de los *fans*. Solo espero a que todo se aplaque —argumentó.

—Ustedes son como mi familia. Ya lo hablé con Alex y él también desea que vayan.

—Verás que todo tomará su curso, al menos la señora Huxley quiere conocerte y a tus padres. Se está volviendo muy seria la relación de los dos. Yo estaría muerta de miedo, pero por eso. Alex está cumpliendo con lo que te propuso,

un nuevo comienzo con el pie derecho.

—No es que me disguste, pero creo que estamos avanzando muy rápido.

—Déjate llevar por las riendas del amor —dijo y luego sonrió.

—¿Del amor?

—Y todo será como siempre debió ser, solo mírate al espejo al decir su nombre, se te ilumina la mirada, se te encienden las mejillas del rosa del amor.

—Jajajajajaja. Me quieres hacer reír. ¿Cómo no voy a quererte, Ashley? —le dije. Respiré con fuerza y decidí—: Iré a esa cena con mis padres. La señora Huxley quiere tratarme, mis padres han recibido de buena manera la invitación y también desean conocer a la familia de Alex, me dejaré fluir y espero que sea genial, porque Alex y yo lo necesitamos, nos lo merecemos.

—Así se habla, bella. ¿Y ya pensaste qué te vas a poner?

—Por supuesto que no, casi toda mi ropa la dejé en el nido, huimos como delincuentes.

—Delincuentes con estilo, no olvides que salimos en helicóptero.

—Lo bueno es que estás conmigo para ayudarme a maquillarme y peinarme en tiempo record. Mira estas uñas, son un desastre. Me siento como si estuviera por presentar un examen. La señora Huxley no perderá la oportunidad de evaluarme. ¿Y ahora qué me voy a poner? Ni siquiera puedo salir de compras. ¿Cómo ves si asalto el closet de mi madre? Es esbelta y tiene vestidos que aún están en tendencia, podría hacerle unos ajustes...

—¡No! ¡Y cuándo Alex coloque sus manos sobre tus caderas estará tocando metafóricamente la piel de tu madre! No puedo con esa imagen mental.

—Eso es ridículo, exageras —le dije a mi amiga.

—Asaltaríamos el guardarropa de tu madre si estuviéramos desesperadas.

—¿Y no lo estamos?

—Dame un minuto.

Ashley trajo a un visitante que había permanecido en otra área de la casa. Y me volvió el alma al cuerpo. Pido perdón por mi frivolidad, pero es que la mirada de

hielo de la señora Huxley me ponía nerviosa. Cuando George, nuestro estilista, apareció con todo su arsenal y además con unas bolsas de ropa, casi me pongo a dar saltos en la cama.

—George estuvo ayudando a tu madre con el peinado y a tu padre le hizo una manicura de lujo. El señor Marcel quedó fascinado con la cortesía de mi parte, les estoy agradecida por su hospitalidad —dijo Ashley.

—¡Bruja, te gusta hacerme sufrir, pero estás perdonada! —Luego me dirigí a George—: Estoy feliz de verte.

—¡Por todos los cielos! Nunca había sentido tanta inquietud, ni siquiera cuando he atendido a las celebridades de Hollywood —dijo George y amé escuchar su voz, aunque me recordara su extensa clientela hollywoodense, algo de lo que le gustaba presumir—. Aquí está la ropa que me pediste rescatar del nido, Ashley querida, lo hice como un favor especial para ustedes, pero no me vuelvo a exponer al asedio de los *fans*. Una *youtuber* que ni siquiera conozco, apareció *ipso facto* en cuanto supo que yo estaba en el nido. Me estaba esperando abajo para entrevistarme, me hizo tantas preguntas de ustedes que no entendí nada. Ya estás más famosa que Madonna, mi Sissi Shine —se refirió a mí por mi seudónimo.

—¿De quién estás hablando, George? —indagué sobre la chica a la que hizo referencia, mientras la sonrisa se me congelaba—. ¿Quién es esa *youtuber* y qué quería?

—Imagino que robarte los suscriptores, no recuerdo el nombre del canal, pero se creía reportera. Necesitaré una copa de *champagne* para librarme del estrés postraumático que me ha ocasionado su acoso —dijo George.

Cerré los ojos cuando George colocó las manos en mi larga cabellera y comenzó a hacer su magia. Cabello recogido en un moño alto que parecía casual, pero que se veía endemoniadamente elegante, ojos ahumados en un gris oscuro que amenazaba con destronar al negro, uñas color nácar, labios ciruela y un vestido verde bosque hasta las rodillas, que decía, que yo era la promesa de una prometida confiable y amorosa.

—¡Estás lista! Te ves candorosa como futura novia, pero no aburrida. Me encantas. Si la señora Huxley no te aprueba me hablas para hacerle una visita y ponerla en su lugar. Haces una estupenda pareja con el bombón de su hijo.

Cuando puse un pie en la residencia Huxley me sentí poderosa, llegué como hacía tiempo no lo hacía a una recepción, acompañada de mis padres. Alex nos recibió en la puerta haciendo gala de todas sus dotes de anfitrión, y seguido a él en la siguiente habitación nos dio la bienvenida su madre. Nuestros progenitores fueron presentados y hubo tal silencio, luego de las palabras usuales, que, si se hubiese caído un alfiler al suelo, se habría escuchado su frágil choque contra el piso. La señora Denisse Huxley nos condujo al salón donde se sirvieron unos aperitivos, en lo que llegaban el resto de los comensales.

—Es un gusto tenerlos aquí y conocerlos al fin —dijo la señora Huxley cuando hubo tomado asiento.

—Ha sido usted muy amable y muy considerada al invitarnos —dijo mi madre—. Aunque Cecilia ya es adulta y confío en sus buenas decisiones, nos da tranquilidad conocer a la familia del joven con quien tiene una relación.

—Lo mismo digo, mi hijo es hombre, pero de igual modo me preocupo. Él está deslumbrado por Cecilia y me dije, tengo que conocerla y a su familia —afirmó la señora Huxley.

—Pensé que ya se conocían —dijo mamá con un gesto de sorpresa, tosí nerviosa ante la expresión de mi padre debido al comentario de mi futura suegra, se veía incómodo.

—Alex ya nos había presentado, por supuesto, solo que fue en una situación algo difícil para mi familia. Ocurrió justo cuando falleció mi esposo —dijo Denisse Huxley y agradecí que omitiera los detalles, que no dijera que nuestro primer contacto fue en el funeral de su esposo, a quien le había dado un infarto en pleno vuelo, al intentar oponerse a las decisiones de su hijo.

—Lamento su pérdida —dijo mamá con rostro compasivo.

—Igualmente lo siento, señora Huxley —admitió mi padre—. Supe por Cecilia que su señor esposo fue un gran psiquiatra y que usted es neuróloga.

—Neuróloga jubilada —contestó la aludida.

—¿Jubilada? Imagino que comenzó a trabajar a corta edad, se ve usted en la flor de la vida —mencionó papá, le encantaba hacer gala de sus lisonjas y casi le roba

una sonrisa a la madre de Alex, algo que creía imposible, nunca la había visto sonreír.

—Es usted muy amable —dijo la señora Huxley.

—Una profesión muy interesante. No sé si Alex le comentó que nos dedicamos a la elaboración de medicamentos, así que, de cierto modo, estamos al igual que usted en el área de la salud.

—¿Tiene usted un laboratorio farmacéutico?

—Varios, con toda modestia.

—El señor Marcel es el presidente de *Omega Group*, madre. Disculpe omitirle el detalle —explicó Alex y la señora no pudo disimular su asombro.

—¡Oh! ¡Es fantástico! En algún momento colaboraron conmigo asesores de venta de su compañía. Mi otro hijo, tiene una clínica y continúa con ellos. Colaboran con los médicos que rentan los consultorios y a la farmacia.

—Pues sin saberlo, ya teníamos un trato profesional, le agradezco recibir a mis ejecutivos en su clínica.

—No puedo negar mi sorpresa.

—Lo mismo digo. ¿Y su hijo también es médico?

—Psicólogo, con doctorado en Psicoterapia y maestría en Sexología, Neuropsicología entre otros. No quiero seguir, ya parece que estuviera presumiendo su *curriculum vitae*. Christopher es el mayor, debe estar por llegar con su familia. Tendrá la oportunidad de conocerlo.

Y mientras nuestros padres se sumergieron en una plática sobre medicamentos neurológicos de última generación, Alex me robó a tiempo y me condujo a la bodega por una botella de vino.

—¿No me digas que necesitas de mi asesoría en vinos? —le dije con sutileza.

—Solo quería rescatarte. ¿Cómo te sientes?

—¿Hablas en serio? —pregunté.

—¿Aún sigues creyendo que esto es una locura?

—Peor que locura, es demencia total y descontrolada. Mi padre y tu madre

juntos forman una bomba atómica. Lo único que los aplaca es la candidez de mi madre.

—Tienes toda la razón, pero todo está marchando mejor de lo que imaginaba.

—¿Crees que todo está bien? No conoces a mi padre, es una bomba de tiempo. ¿Y tu madre, por Dios? Aún me aterra. Estaba dispuesta a aniquilarme, solo que al parecer mi padre le ha impresionado y eso la ha frenado en su intento. Ahora está más interesada en conocer al señor Marcel.

—Solo tienes que relajarte.

—No sé cómo puedes. ¿Te has detenido a observar el lenguaje no verbal de ambos?

—Deja de comportarte como psicóloga, mi bella *youtuber*. Estás hermosa. ¿Cómo pretendes que me concentre en la conversación de nuestros padres si estás presente? Solo tengo ojos para tus reacciones corporales. Soy como una fiera a la caza, al acecho de mi presa. El tiempo de abstinencia me va a matar. Estás irresistible. Y ese olor tuyo me va a hacer reventar dentro de mis pantalones —ronroneó en mi oído como si fuera un gato.

—Más bien pareces un animal en celo —le seguí el juego, no podía resistirme si me miraba así.

—Te tomaré ahora mismo mientras nuestros padres siguen debatiendo sobre asuntos aburridos. Recuerdo que me dijiste que ya no había restricciones.

—Y me acuerdo que aseguraste que cumplirías tu promesa de esperar. Concéntrate, Alex. ¿Qué te pasa?

—La abstinencia me vuelve loco.

—No te he exigido abstenerte, ya estás grandecito, podrías aliviarte tú solo.

—Eres mala, malísima. ¿Cómo me dices eso y tienes el valor de mirarme a los ojos? Puedo hacerlo, pero no saciaré mi deseo. Recuerdo perfectamente cómo se siente estar dentro de ti. Te necesito —dijo y me clavó la mirada tan intensamente que un escalofrío me recorrió la espalda. La certeza de pertenecerle hasta la eternidad se me coló dentro.

Le tomé el rostro entre en las manos y lo miré con ternura. Besé su frente, sus

mejillas, sus párpados, sus labios y le susurré sobre estos:

—¿Alex, sabes que me vuelves loca?

—Lo dudo. Más bien creo que disfrutas torturarme. ¿Qué tengo que hacer para que me perdones? Es que a veces pienso que independientemente de tus intenciones de protegerte de una infección de transmisión sexual, lo que es muy loable, buscas hacerme pagar por las chicas con las que tuve una relación.

—Ya te he dicho que es solo por precaución. ¿No me crees que igual estoy ardiendo de deseos? Solo me contengo, somos adultos. Podemos aguantar.

Metió las manos por debajo de mi vestido y terminó por acariciar mis braguitas de encaje que dejaban mis glúteos casi por completo al aire. Un golpe interno y seco, a la altura del estómago, descendió como un trémulo calambre hasta mi vientre bajo, me sacudió ante el contacto de la palma de sus manos, de sus dedos recorriendo la tela. Su aliento delicioso pegándose en el rostro, la mezcla de su aroma natural y su perfume colándose por mis fosas nasales, los duros músculos de sus pectorales emboscándome contra la pared de madera y las ganas inmensas de devorarlo lentamente beso a beso.

—¡Cuánto te quiero! —pensé en voz alta casi extática, tan solo por tenerlo así, tan cerca, mirándome al centro de los ojos, pidiéndome una señal para avanzar, como lobo tras su alimento.

—¿No tienes la intención de castigarme?

—Te juro que no —dije casi agónica, prisionera de la explosión de mis propias hormonas, cautiva de la corriente eléctrica que me recorría, de mi respuesta ante su ataque.

—¿Y entonces por qué te pones esta ropa interior tan provocativa, si no es a mí a quién quieres conquistar?

—Fue lo primero que pude tomar...

—Si eso me dices tendré que creerte —dijo intentando separarse y como si fuera la última gota de agua en el desierto me adherí a su cuerpo.

Desesperada me apoderé de sus labios, como si de este beso dependiera toda mi vida, temía ahogarme con mi propia respiración y morir asfixiada.

—Me rindo —le dije. Mi interior me reclamaba a gritos, no podía aguantar ni un segundo más, necesitaba sentir dentro la erección que tenía contra mi pelvis—. Tóname ahora.

Tras aquellas palabras que se escaparon de mis labios como si estuviera poseída por la pasión, por su presencia en aquella bodega oscura, con olor a cedro y a él, la mirada de Alex se ablandó como la de un cachorro, me miró con dulzura, con amor. Me alzó intempestivamente, me afincó contra la pared y su cuerpo, dejó una mano libre para recorrerme. Acarició mi pubis húmedo ante la avalancha de sensaciones, entrecerró los ojos al tener el contacto que tanto había anhelado y siguió recorriéndome por debajo de la flexible tela del vestido, se apoderó de la piel de mi abdomen y continuó ascendiendo hasta mi sujetador, a través del cual transitó por mis senos y terminó hacia mi hombro izquierdo, donde me presionó hacia abajo ejerciendo una fricción placentera que terminó por desbordarme. Su mano descendió desesperada con la intención de liberarnos de lo único que nos impedía perdernos el uno en el otro, rasgó de forma tajante la fragilidad de mis bragas y sin perder un segundo se liberó del pantalón, el que terminó por caer hasta sus rodillas, tomó el condón que me había prometido y se lo colocó con presteza mientras no podía aguantar un segundo más que me poseyera. Mi parte consciente quiso aportar una idea y la encerré en lo más recóndito de mi mente, no quería dejarla pensar, ni que me aguara la fiesta con sus supuestos de lo correcto. Pero no pude disimular el cambio de luz en mi mirada y con los ojos me interrogó, por eso tuve que revelarle:

—Estamos completamente desquiciados. Nuestros padres están en la casa, es la primera vez que se conocen y aquí estamos como dos púberes ardiendo en deseos.

—Nunca te he negado que estoy loco por ti. Tendremos que apurarnos o vendrán a buscarnos y no les gustará encontrarnos así —dijo con una maliciosa sonrisa e imaginé la reacción de mis padres si nos descubrían, mi madre no haría grandes aspavientos, pero mi padre tendría un colapso nervioso si veía a su nena a punto de ser clavada literalmente sin ningún miramiento. Alex Huxley que aún no era santo de la devoción de papá, perdería todas las posibilidades y se convertiría en su enemigo. Esa imagen se borró de inmediato de mi cabeza y me concentré en los brazos del hombre que me sostenía, en los latidos descontrolados de su corazón, en su respiración acelerada. Alex acarició con la punta de su virilidad la entrada a su propio templo de la perdición, suspiró aliviado al sentir que estaba por satisfacer el hambre

que lo devoraba desde que nos habíamos reencontrado, mi garganta tembló y sentí que se me cerraba, no podía esperar más. Y mientras me perdía en aquella dulce tortura lo escuché decir:

—No puedo.

—¿De qué estás hablando, amor, si pareces un mástil?

—No puedo —repitió y no entendí nada, estaba empuñando una espada afilada dispuesta a atravesarme y hacerme morir lentamente de tanto placer—. Te prometí esperar, te prometí no saltarnos ninguno de los pasos, y sé que ahora te mueres de ganas, pero cuando puedas hilar dos ideas me reprocharás por romper mi promesa.

Me apreté con fuerza a su cuerpo y casi desfallezco al sentir que un centímetro de su extensión penetró con ímpetu mi interior, apenas diez milímetros de pasión, y yo quería las siete pulgadas completas. Las paredes internas del inicio de mi vagina lo abrazaron, reclamándolo, mientras yo me desvanecía por el calor que me sofocaba. ¿Ahora quién castigaba a quién? ¿Alex realmente quería cumplir su promesa o me había conducido hasta este punto de no retorno para torturarme y vengarse por la abstinencia de la que me culpaba? Desafié la mirada de Alexander cuando dejó en evidencia que emprendía la retirada e intentaba abandonar el escaso camino conquistado por su miembro aún firme.

—Te deseo, preciosa. No sabes cuánto. Y ésta sería una revolcada épica, algo para contarle a nuestros nietos, con los intransigentes suegros en el salón, el mismo día que estrecharon por primera vez sus manos, pero no puedo. No hasta que la maldita prueba arroje el resultado que estamos esperando con un noventa y nueve por ciento de confianza, el que me garantice que estarás a salvo conmigo.

—Estamos usando condón —insistí mientras mi piel se seguía quemando, renuente a otorgarle permiso para retroceder, pero ya él estaba convencido y no había vuelta a atrás—. Te libero de tu promesa, no te reprocharé jamás.

Respiró fuerte sobre mi oído, aún lo sentía duro como una roca, tanto que si no se liberaba se iba a quedar entumido, sería un caso clínico de estudio, pero no le importó, se mantuvo en su promesa. Me tragué un suspiro, mi corazón estaba desenfrenado a punto de reventar cuando escuchamos una frase corta que nos hizo saltar del susto.

—¡Carajo, Alex! —dijo una voz masculina y grave que nos hizo abandonar la posición anterior.

¡Madre mía qué vergüenza! ¿Y cómo llegó este aquí?, pensé y me quedé pasmada. Alexander me cubrió con su cuerpo, yo me terminé de acomodar el vestido, a la par que él subía su pantalón, lo abotonaba y se colocaba el cinturón. Estando un poco decentes, si es que eso era posible, nos volvimos de frente al recién llegado.

—Continúen, me marchó. Tampoco es para tanto, no quiero molestar. Solo me llevé un sobresalto tremendo, no me esperaba esto con tu suegro arriba —dijo Christopher Huxley quien vestía un traje impecable de tres piezas azul marino.

—Disculpen —dijo Alex, al ver que Mary también se colaba por la puerta—. No tienen que irse ya terminamos.

—¿Estás seguro? —insistió Chris, Alex no podía disimular la casa de campaña en sus pantalones.

—¡Maldición! —dijo Alex cubriendo la zona que lo delataba, apenado ante Mary mientras mis mejillas que por el furor de la pasión se habían tornado ligeramente rosas, ahora se encendían como dos tomates.

—No tenemos ningún inconveniente en marcharnos, solo queríamos un lugar privado para conversar y este nos pareció... —dijo Chris y no terminó la frase.

—El más privado... —completó Alex la oración de su hermano—. Tal vez debimos ir a una habitación o a mi estudio, pero no teníamos intención de...

—No tienes que explicarte, hombre.

—Pueden quedarse, ya estábamos de salida. Nuestros padres nos esperan.

Alex me tomó de la mano y me condujo a la salida mientras yo intentaba que la tierra me tragara, Mary me lanzó una sonrisa cómplice y seguí avanzando, quería desaparecer, cuando a mi nuevo cuñado se le ocurrió decir:

—¿No se les olvida algo?

—Por supuesto —dijo Alex—. Si después de todo lo que hemos demorado nos aparecemos en el salón sin el vino nos veríamos sospechosos.

—No me refería a la botella —dijo Christopher señalando lo que quedaba de mis braguitas de encaje tiradas en un rincón del piso.

—¡Dios mío! —se me escapó y me sentí más avergonzada por lo que ocurrió después, Christopher tuvo el descaro de inclinarse, tomar mis bragas en sus manos, observarlas a detalle y esbozar una cínica sonrisa mientras me decía—: No imagino cómo te volverás a colocar esta hermosa pieza de ropa interior que ya pasó a mejor vida.

Me la extendió. Petrificada no pude alargar la mano para tomarlas, Alex la recibió y la colocó en un bolsillo interno de su chaqueta. Nos largamos de allí. La primera parada fue en un baño cercano de donde se deshizo del condón que aún no había podido quitarse. Afuera, a la par que caminábamos, mi voz recobrada se dignó a hacer acto de presencia:

—¿Te imaginas que hubiese sido tu madre?

—Jajaja. Ni te imaginas el aspaviento que habría formado. Tranquila. Solo fueron Chris y Mary.

—Si te hace gracia que tu hermano y tu cuñada te hayan visto el trasero mientras intentabas empotrar a tu novia, a mí no —dije e intenté abanicarme con las manos.

—¡Santa Cecilia! Si mal no recuerdo yo intenté mantener el autocontrol y tú me pedías a gritos que te clavara contra la pared.

—¡Estás loco! ¿Cómo te atreves a hablarme así? —dije muy digna.

—Solo quiero que te rías de la absurda situación para que te relajes, no sea que el señor Marcel sospeche al verte tan agitada. Todo te delata, emanas sexo por todas partes.

—¿Ahora eres el rey del autocontrol?

—Y no olvides mantener las piernas cerradas. A mí madre no le hará mucha gracia conocer que su futura nuera tiene cierta aversión por la ropa interior. ¿O cómo explicarás su ausencia si por un desliz descubren que no traes nada debajo del vestido?

—¡Alexander Huxley, a tu estudio ahora! —le dije para resolver el conflicto, quería darle un escarmiento.

—¿Qué piensas hacer, violarme? Estás un poco pasada, Cecilia.

—Aprenderás a respetarme.

Llegamos a su estudio y mientras él aún seguía con esa sonrisa pícara que no podía dejar de reconocer que amaba hasta perderme sin sentido, le ordené:

—Dame tu bóxer.

—¿Qué estás tramando? —preguntó—. Al menos déjame cerrar la puerta y cerciorarme si tengo condón de repuesto.

—No creo que eso sea problema para ti, al parecer cargas con un arsenal de condones a cuesta. ¿Me pregunto por qué tan precavido?

Tomé su bóxer mientras él continuaba desnudo de la cintura para abajo, me los puse y aunque me quedaban un poco anchos estaría bien por hoy. Luego le pedí que volviera a vestirse y con su tono juguetón me dijo:

—En vez del estudio podíamos haber ido a mi habitación, te habría prestado otro calzoncillo y me hubiese quedado con el que tenía.

—Es tu turno de no llevar nada debajo del pantalón.

—Tengo razón cuando digo que eres un verdugo, te gusta torturar —insistió.

—¿Ahora me explicas qué hacen Chris y Mary juntos? ¿No estaban separados?

—Están haciendo una excepción, mi madre aún no sabe nada, solo están aparentando que todo está bien. Mary aceptó el paripé para no perjudicar la salud de mi madre.

—Ustedes, los hermanos Huxley, son un caso serio. Tan crecidos y le tienen terror a su madre. Deberían aprender que las mentiras no llevan a nada bueno.

—Ya se lo he dicho, pero es difícil hacer cambiar de opinión a Christopher.

Cuando llegamos al salón, mi padre me lanzó su expresión reprobatoria. Alex le acercó la botella de vino e inventó una tonta excusa para justificar nuestro retraso.

—Cecilia y yo no podíamos ponernos de acuerdo sobre cuál sería la mejor opción para agasajarlos.

—¿Cecilia discutiendo sobre vinos? Si mal no recuerdo su única noción de licores es el bar improvisado que tiene en su departamento. Si es que se le puede

llamar bar a eso —dijo mi padre.

—Pero a estos chicos les ha dado hoy por tardar, primero Alex y Cecilia, y ahora Mary y Chris. ¿Quién sabe qué estarán haciendo? —dijo la señora Huxley quien desesperaba por mandar a servir la cena, viendo la hora—. ¿Y si apuras a tu hermano, Alex?

—No creo que tarde, madre —dijo.

—No se preocupe, señora Huxley. La charla es muy amena, no nos molesta esperar. Siga contándonos sobre su estancia en Londres —dijo mi madre.

—Denisse, por favor, llámeme Denisse. Ahora estamos en confianza.

—¡Oh! Muy considerado de su parte, puede llamarme Adele.

CAPÍTULO 16

Christopher

No podía desvanecer mi sonrisa mientras escuchaba sus motivos para abandonarme, mi sonrisa cínica, porque, aunque me había vuelto un infeliz tras su abandono y estaba muerto de miedo de no lograr recuperarla, mi maldito orgullo no me dejaba desmenuzar el exceso de capas que ocultaban el verdadero sentir de mi corazón. Mary era mi vida. Así de simple. La amaba hasta los huesos y se había convertido en lo más sólido de mi existencia. Si Mary dejara a un lado su soberbia podría ver debajo de mi coraza, solo era un cachorro asustado. Ningún título ni experiencia te enseña cómo reaccionar ante un amor así, uno que te deja el alma en vilo cuando amenaza con abandonarte, y que te eleva al cielo en un gozo infinito cuando te cobija en sus brazos.

—Mary, no somos dos adolescentes. Tal vez fui un poco intransigente, comprende que la situación me rebasó. Mis padres de un lado, Alex de otro. ¿Eso qué tiene que ver con nosotros? ¿No me puedes dejar por eso?

—No es solo por eso —dijo.

—¿Entonces qué? Porque por más que me rompo los sesos no entiendo. Podremos tener diferencias, pero tenemos la madurez para no tirar por la borda todos los años que llevamos juntos. No lo diré dos veces, terminando la cena nos vamos juntos, buscamos a las niñas y regresamos a nuestro hogar.

—¿Ves? Esa forma tuya de creer que me posees me asfixia. Eres tan parecido a tu padre. Terminarás imponiéndote cuando nuestras hijas quieran estudiar esto o aquello como Alex, no quiero esa vida para mis hijas.

—Busco lo mejor para Sophie y Sarah —admití.

—¿Aunque vayan algún día en contra de lo que tú consideras correcto? Admite que tu padre se equivocó con Alex, que tu hermano no habría incursionado en tres carreras si el señor Huxley hubiese reconocido la vocación de Alexander por la música y la hubiese respetado.

—Mi padre le pagó los mejores colegios de música.

—Como un hobby no como una elección profesional. Cuando Alex se pronunció tu padre se opuso.

—Es doloroso para mí hablar de mi padre y más reconocer que tomó decisiones erradas que terminaron por arrancarle la vida, eso quieres, que sobaje la imagen del padre que he admirado.

—Tu padre era un ser humano, Christopher, como todos nosotros, no somos perfectos, tenemos derecho a equivocarnos, eso no lo hace menos venerable ante tus ojos, pero quiero que el asedio sobre mi pequeño termine. El que le tienen tu madre y tú. Alex merece ser feliz.

—Alex ya no es tu pequeño, lo proteges y te preocupas más por él que por mí.

—Cuando en mi adolescencia comenzamos como novios y conocí a tu hermano, era un niño maravilloso, fue el primero que me hizo sentir bienvenida en tu familia. Muchas veces recibí más comprensión de él que de tu parte, no olvido cuantos problemas de comunicación teníamos.

—En esa época yo era muy joven y nunca había tenido una relación seria, por Dios, también tenía mis propios dilemas, ¿me perdonarás alguna vez?

—Eras un adolescente con muchos conflictos y excusé lo que necesité disculpar en su momento.

—No lo niego. Tú me diste la fuerza para encontrar el camino y hacer algo bueno con mi futuro.

—A veces pienso que no era amor lo que yo sentía, Chris, era una especie de

obsesión por tu cuerpo, por ti, por saberte mío, por recomponerte, por recoger tus pedazos. Ya es hora de liberarme, ya lo lograste, estás bien, encaminado, tengo que seguir adelante.

—¿Ahora te arrepientes? ¿Ahora quieres convencerte de que no era amor lo que sentías? Y que te quedaste a mi lado por toda esa mierda que estás diciendo y tuvimos dos hijas... por una obsesión, por una especie de caridad para un adolescente trastornado, tu novio de juventud. Estás diciendo sandeces. Es amor, Mary. Lo que tenemos o teníamos, ya no sé ni lo que digo, era amor verídico. No podrás convencerme de lo contrario. Te bastó un fallo de mi parte para mandarme al infierno, pero yo te amo y tú lo hiciste, aunque hoy no te importe un carajo.

—Tengo derecho de quererte o no en mi vida. Y no fue una sola falta, no eres un santo, Chris.

—Cambié por ti.

—Es mejor que subamos, esta conversación no tiene sentido, nos están esperando.

—No tendríamos que escondernos en la bodega de la casa de mi madre, en medio de la cena de presentación de la familia de la novia de mi hermano, si fueras un poco madura y dejaras de esconderte. No me puedes pedir el divorcio con una paloma mensajera, sin sentarnos a hablar como dos seres civilizados.

—¿Para esto quieres hablar? Para convencerme de tu punto de vista.

—Mírame a los ojos y júrame que nunca me amaste y todas esas estupideces a las que te aferras para que te deje en libertad. Sabes que, de estar seguro de tu amor, aunque tuviéramos mil diferencias jamás dejaría de luchar por reconquistarte.

—Lo nuestro está terminado, Chris.

—Dilo sosteniéndome la mirada, solo así podré creerte.

Y entonces la vi titubear, no podía, no podía mirarme a los ojos y decirme que ya no me quería, inhalé con fuerza como si hubiese permanecido mucho tiempo sumergido bajo el mar con temor a ahogarme, y ésta era mi primera bocanada de aire, la que me indicaba que había logrado salir a la superficie, que había sobrevivido. Mary me amaba, estaba seguro, que regresara a casa solo dependía de mí.

—Déjame comerte la boca —le dije ante su repentino asombro.

—Por supuesto que no. Te he dicho que...

—Vas a derrochar esto, tú y yo solos en la bodega de mis padres. No olvido que aquí fue la primera vez que fuiste mía, también había gente en la casa y nos moríamos de miedo de ser descubiertos. Al menos esa vez tuvimos más cuidado que Alex y Cecilia, pasamos el cerrojo, ése solo hecho ya nos delataba por completo, pero nada nos detenía —dije y la rodeé con mis brazos. Me estremecí al sentir la temperatura de su piel, aunque su expresión era dubitativa no opuso resistencia.

—Ya... lo había olvidado.

—No lo creo, solo quieres resistirte—. Cerré aún más el cerco de mis brazos sobre su cintura.

—De acuerdo. No olvidaría mi primera vez, pero no sé por qué lo traes al presente.

—No puedo permitir que olvides lo que nos une.

—Recuerdo que bajamos para buscar una botella de vino y aunque fue bonito, fue muy rápido —reconoció al fin y un destello de luz iluminó el iris de sus ojos.

—Doloroso para los dos, pero placentero y sí fue breve, mejoramos con la práctica.

—No quieras sonar inocente, tú ya sabías, tenías experiencia —dijo y su tono de voz se escuchaba tan diferente al del principio, cuando sus palabras eran un constante reproche.

—Pero tú lograbas ponerme nervioso, eras muy especial, aún lo eres. Déjame besarte, Mary, cierra los ojos e intenta imaginar que somos esos dos adolescentes, sino logro hacerte temblar como la primera vez me retiraré con honor, pero si aún sientes algo por mí dame la oportunidad de recuperarte. Eres lo más importante que tengo, tú y nuestras hijas.

Mary bajó los párpados y temblé. ¿Había sido capaz de arriesgarme y confiar el futuro de mi matrimonio en un beso? Me humedecí los labios y luego de cerciorarme de pasar el cerrojo, posé mis labios tibios sobre los de ella que permanecían helados, les compartí mi temperatura. La observé con los ojos

entreabiertos. Aún mantenía los suyos cerrados y era tan bella, su tez nacarada, sus negras pestañas y cejas adornando su rostro y ese aroma, a vida. Me perdí en el calor que comenzó a emanar de su cuerpo, como si Mary fuera un candil que se había encendido al contacto de mis besos. La tomé en brazos, la alcé y ella en total sumisión me rodeo las caderas con sus piernas. Sin dejar de devorar lo más secreto de su boca, la llevé hasta la hermosa mesa de cedro de la bodega y me dispuse a acariciarla como a la más delicada de las rosas. Deseaba quedarme así para siempre, con sus muslos presionando los míos, con el calor de su pelvis envolviendo mi sexo, pero sabía que este encuentro era furtivo. Volvíamos a ser dos adolescentes que jugaban a amarse sin ser descubiertos. Pero ni la brevedad del tiempo me impedirían disfrutar de mi mujer y hacerle recordar cómo se sentía entregarse a su hombre. Liberé uno a uno los botones frontales de su vestido, mientras acompañaba de un sendero de besos mi descenso. Ni siquiera me atrevía a imaginar qué sería de nosotros, solo quería envolverme en su esencia, vivir preso de sus brazos, de sus senos y de su sensualidad, la que nunca podría olvidar por más cuerpos que probase.

Ella no lo sabía, pero yo me estaba esforzando para convencerla de que nuestros problemas tenían solución, y Mary tendría que reconocerlo, nuestra química no era común, ella se desarmaba en mis brazos tan solo con un beso, se volvía la más débil de las presas, cautiva de mis deseos. Y no era por mis estudios en Sexología, nuestros cuerpos se entendían, tenían un lenguaje que en ningún manual se podría encontrar. Ahora mismo estábamos viajando muy lejos, perdidos de la realidad, a un lugar recóndito en nuestras mentes. La sentí sacudirse y supe que a pesar de todos los tormentos no podía resistirse. Deslicé lentamente mi lengua desde su ombligo hacia el sur, pasando por el monte de Venus y aterrizando en su clítoris, ese centro de goce que succioné con tanto frenesí que terminó por perder la noción del tiempo.

—¡Para, para! ¡No puedo con tanto martirio! Te quiero dentro de mí, ahora, no puedo esperar ni un minuto más —pidió agitada.

Reconocía su voz previa a un orgasmo, eso más me encendía, dejé de castigar el botón de mi rosa, pero no de infundirle fruición en otra parte igualmente exquisita, presioné con maestría mi lengua contra la entrada de su vagina, con ahínco, con devoción, y cuando la sentí estremecerse y suspirar, con el resto de mi boca succioné de nuevo su clítoris y la poseí completa, quería llevarla al nirvana y sabía que se estaba resistiendo, tal como la había enseñado, para que la explosión fuera mucho

más placentera. Y esa dulce tortura también me castigaba a mí, era un deleite al que no podía resistirme, sentía los cálidos latidos a lo largo de mi pene erecto, quería que Mary se perdiera en el deseo, en la necesidad asfixiante por mi cuerpo, pero ya no podía seguir conteniéndome. Besé a profundidad su flor una vez más, un beso profundo, de esos que podrían hacerla llegar al clímax, ya lo había hecho en otras ocasiones y Mary no podía resistirse. La vi aguantar de nuevo. Supe enseguida lo que estaba haciendo, ella sabía que hoy el tiempo no era nuestro aliado y que teníamos prisa, así que quería apostar todo a un único orgasmo, para que quedara extasiada. Mi glándula me dio un latigazo, reclamando también ser mimado, moría de deseos de penetrarla con fuerza y saciarme en su interior, pero debía esperar, quería regalarle a Mary el más formidable de los orgasmos. Ahora nuestro matrimonio no dependía de un beso, ahora me la estaba jugando haciendo lo que más disfrutaba en el mundo. Me alivié un poco acariciando la firmeza de mi virilidad. Nunca lo había sentido tan grande y tan duro, moví la mano lentamente hacia arriba y hacia abajo, mientras seguía endureciéndose y creciendo, deliciosamente, hasta dejarme un suspiro atravesado en la garganta. Pretendía perderla y era yo el que había terminado perdido, derrotado, con el semen pulsando en mis entrañas. Tan solo de imaginar que de este encuentro dependía nuestro futuro, todo mi ser temblaba. Seguí comiéndome desesperadamente sus labios vaginales, externos e internos, lamiéndole el clítoris, introduciendo mi lengua por su estrecha abertura, mientras mi mano se perdía en un sube y baja frenético a lo largo de mi pene firme como un peñasco.

—Hazme tuya de una vez, Chris —me susurró casi ahogada.

—Solo si me dices que aún me amas como yo te amo, solo si me juras que estás loca por mí como yo al saber que casi te pierdo.

—Mételo de una vez y hablamos después. Te necesito, me muero por tenerte dentro.

—Solo si me dices la verdad. ¿Qué sientes por mí, Mary?

—Te amo, eres el único hombre al que podré amar tanto.

Y tuve que hacerlo, tuve que entrar para disfrutar del gran final que nos merecíamos porque ninguno de los dos podíamos más. Sentí la pulsión de mi líquido seminal a la par que abría camino en aquellas paredes de carne que me abrazaban y me quemaban, Mary se movía descontrolada debajo de mí y yo la empujaba contra la

mesa con toda la fuerza que me exigía la sensación de placer que me desbordaba, su grito sordo, ahogado por el miedo a ser sorprendidos fue apagado contra mi mejilla, su orgasmo arrebatador y ascendente me dio permiso para liberarme y mientras reconocía que no había nada mejor que esto, que hacerle el amor de esta manera, entregados a la parte más animal de nuestras almas, ella convulsionó en un segundo orgasmo imprevisto, aún más fuerte, que le robó la noción de donde estaba. A tiempo pude teparle la boca con una mano, o sus gritos se hubiesen oído hasta el salón donde aguardaban los invitados. Me clavó los dientes en su desesperación hasta hacerme sangrar, mientras yo la cabalgaba sin piedad, su cuerpo se agitaba en espasmos debajo del mío. Me abandoné sobre mi esposa, me doblegué bajo la sombra de su corazón, dejándome ir por completo, dejándola infinitamente complacida.

Sin remedio nos perdimos, volvimos a nacer, allí, en la oscuridad.

CAPÍTULO 17

Mary

Me odiaba por no poder frenarlo, por perderme ante sus embistes, por sucumbir ante su capacidad para envolverme, manipularme y dejarme indefensa dentro de sus brazos. Él era como el chocolate más exótico y yo era como una adicta a los chocolates. *¡Diablos, Christopher! Tenías que ser tan endemoniadamente delicioso, tenías que tener esa voz tan sexy a la que no le puedo negar nada.* Lo miré desde abajo, adoraba sentir el peso de su cuerpo sobre el mío y verlo así rendido metafóricamente a mis pies, cuando en realidad era yo su más fiel esclava. Su cabello dorado, sus ojos azules y esa expresión de ser el amo del universo, que me convencían de ponerme de rodillas a su merced.

—Todo lo que buscas está en nuestra casa, en nuestra cama —me susurró en la oreja—. He disfrutado como nunca. Creo que el tiempo en el sexo está infravalorado, todo depende de los amantes. En eso tú eres la mejor que he tenido.

—¡Carajo, Chris! No sé cómo lo logras. No volverás a tenerme. No volveré a caer en tu juego —dije.

—¿Estás hablando en serio? Acabamos de reconciliarnos, reconociste que aún me amas.

—Solo fue un tropiezo, no estaba pensando con la cabeza, fue solo un calentón y tú fuiste responsable de hacerme perder la cordura. Lo nuestro terminó,

estoy decidida. La vida no solo se trata de sexo.

Lo empujé y comencé a adecentarme para poder regresar al salón, aunque no sé cómo iba a ocultar las evidencias del revolcón que acabábamos de tener, todo en mi aspecto y en el de Christopher nos señalaba, sexo, sexo salvaje, sexo de reconciliación.

—Mary, vámonos juntos a casa, tenemos que hablar —suplicó.

—¿Cómo vamos a hablar ahora? Lo único que hicimos fue restregarnos como dos animales.

—¿Es un delito desear a mi esposa? ¿Es pecado hacerle el amor y recordarle que aún sigue sintiendo por mí lo mismo que al principio?

—Fue solo sexo, es normal que mi cuerpo reaccione así ante el tuyo, aún estoy atravesando por el duelo de nuestra separación.

—Te espero arriba, no me convencerás de esa mierda con la que me quieres lavar el cerebro. Nos amamos. No somos dos leones que se tiran un zarpazo y terminan fornicando. Nos a-ma-mos. Y nuestro hogar es el sitio donde tenemos que resolver nuestras diferencias.

—Ya no podría regresar, no a la misma vida —admití.

—Pídeme lo que quieras, una vez me pusiste a prueba y cumplí.

—Sé que te has esforzado, pero es difícil para ti, también para mí. No puedes renunciar a las libertades que en su momento te permití.

—Pruébame de nuevo. Antes era inmaduro, pero sabes que he prescindido de... Pensé que no tenías problemas, fue un acuerdo prematrimonial y luego empezó a molestarte. Rompí el acuerdo por ti.

—Yo no me he sentido cómoda rompiéndolo, tranquila sí, pero ha sido agotador y las dudas, esas siempre están ahí.

Unos toques en la puerta nos interrumpieron, Chris preguntó para indagar quién llamaba. Su madre respondió del otro lado:

—¡Christopher y Mary, qué vergüenza, llevamos rato esperándolos!

—Discúlpanos, mamá —dijo Chris abriendo la cerradura.

—¡Oh, Denisse! Me siento apenada, estábamos conversando y perdimos la noción del tiempo —dije.

—¿Y para conversar es necesario encerrarse con llave? —inquirió la señora con una pícara sonrisa.

—¡Mamá! ¿En serio nos vas a preguntar eso? —dijo Chris—. No es lo que está tejiendo esa inquieta cabecita.

—No se ruboricen, deberían estar orgullosos de amarse tanto después de años de relación. Me siento tan tranquila de saber que ambos hicieron una buena elección. Vamos arriba, ahora tengo que hacer mi trabajo con Alex, no lo dejaré llegar al altar con esa chica hasta no convencerme de que es la adecuada.

—Denisse, Cecilia es una bella persona y Alex ya es adulto, su decisión solo le corresponde a él —le dije.

—Dime lo mismo cuando tus hijas estén en la misma posición que Alex —respondió mi suegra.

Capítulo 18

Alex

La señora Marcel era un dulce, tal y como me había asegurado Cecilia. En esta cena ideada por mi madre había podido conversar más a fondo con ella y reconocía que me agradaba y mucho, podría tenerla como suegra, como familia, era alguien que me inspiraba confianza. La hora del aperitivo se había alargado más de lo normal por mi encuentro furtivo con Cecilia en la bodega, donde la llevé con secretas intenciones, que colapsaron cuando decidí adherirme a la promesa que le había hecho a la mujer que amaba, con lo que mi campeón no estaba muy contento. También la cena tuvo que esperar por la demora de Chris y Mary, imagino que estarían discutiendo acerca de su separación, algo que hasta el momento no habían tenido la oportunidad de hacer. Por eso me negué a interrumpirlos tras la insistencia de mi madre, pero la señora Huxley era de armas tomar y cuando se le metía algo en la cabeza era difícil convencerla de lo contrario. Por lo que cuando mamá se enfiló hacia la bodega, donde los había visto por última vez, solo rogué porque no los escuchara decir alguna palabra que le diera indicios de su inminente divorcio.

Mi madre llegó precedida por mi hermano y su aún esposa. Estos dos últimos traían una expresión que los delataba, por más que se esforzaran en parecer serenos se notaba que habían tenido una acalorada discusión, las mejillas de cada uno tenían un rosado más oscuro de lo habitual. El señor Marcel no manifestó su descontento por la tardanza, no daba señas de que estuviera aburrido. El que mi madre y él tuvieran tanto tema de conversación acerca de medicamentos para el sistema nervioso fue

tranquilizador.

—Hora de pasar al comedor, la cena nos espera —brotó de la garganta de mi madre como el sonido de una campanilla.

Los comensales se acomodaron en la amplia mesa, adornada con manteles blancos y dorados. El señor Marcel, quien ya había elogiado el vino, hizo lo mismo con los succulentos platillos que desfilaron y comenzamos a degustarlos. Los halagos a la cocinera no demoraron en llegar y mi madre con modestia, aclaró:

—Aunque amo cocinar y suelo hacerlo sobre todo en las mañanas, reconozco que contraté un servicio de chef a domicilio para deleitarlos como se merecen.

—Pues la felicito por la elección, optó por los mejores, la cena es exquisita.

Comenzamos con una crema de Portobello, seguido de una ensalada de espinacas, *kale*, aceitunas y champiñones, aderezada con una vinagreta de frambuesas; continuamos con el plato fuerte, filete *mignon* a las finas hierbas. Y mientras comíamos el teléfono móvil de Cecilia hizo el primer sonido, seguido de otro. Su padre la miró para que lo pusiera en silencio y no perturbara la quietud de la mesa.

—Solo es una notificación —dijo Cecilia.

—Si lo deseas puedes revisarlo, tal vez es algo importante —intervino mi madre.

—Cecilia podrá verlo más tarde, no creo que sea urgente o ya le habrían telefonado —dijo su padre—. Tiene muchas redes sociales abiertas, ha de ser un aviso sin importancia.

Mientras todos seguían ingiriendo los platillos y compartiendo una u otra palabra, le susurré a Cecilia:

—Si quieres lee el mensaje, no te preocupes, mi madre está acostumbrada a que lo hagamos tanto Chris como yo.

—Era Dave, pero no alcancé a abrirlo. En un rato lo hago cuando todos terminen de comer, mi padre se pone furioso si durante la cena mando mensajes de texto. Hoy se ha comportado mejor de lo que esperaba y al parecer le ha agradado tu madre, no quiero contrariarlo —decidió.

—Como prefieras —le dije.

Y tras su revelación mi móvil comenzó a sonar con estrépito, y a reproducir el tema de *Cruela de Vil* ante los ojos redondos como platos del señor Marcel, no sé si le inquietaba más lo reiterado de la interrupción o el sonido en sí que inundaba nuestros oídos. Lo corté de repente.

—¿No vas a contestar? Podría ser algo urgente —preguntó el padre de Cecilia, clavándome la mirada.

—Puede esperar —dije.

Cecilia alcanzó a leer *Secuela de mis días oscuros II* y su rostro se contrajo, lo que tampoco pasó desapercibido ante mi perspicaz futuro suegro.

—¡Por Dios, Alex! Lo que faltaba. Ya habíamos quedado en algo —me susurró Cecilia.

—¡Lo siento! De veras —me disculpé.

—Pero que tono tan horrible, hijo —dijo mi madre—. ¿Lo usas para todos los contactos o con alguno en especial? No me gustaría que me lo asignaran a mí, que broma tan desagradable.

—Es un juego entre mis amigos, madre. No te agobies con eso —dije, tuve que mentir.

—Interesante. ¿Así que tienes predilección por los tonos de películas infantiles y vives con tu madre? —preguntó el señor Marcel, pero no tenía intención de recibir una respuesta.

—¡Oh no, señor Marcel! —intervino mi madre que para defender a su cría se transformaba en una leona—. Mi hijo está viviendo conmigo debido a unos problemas de salud que he presentado, pero es temporal, está buscando su propio departamento. Como le dije, llegué hace poco de Londres.

—Es cierto, lo recuerdo. Previo a esto vivía con... —intentó decir el señor Marcel.

—... su hermano porque tienen una relación fenomenal —interrumpió mamá.

—Iba a decir ... con Cecilia, en su estudio —terminó la frase el señor Marcel.

La cara de mi madre parecía sacada de una telenovela, fue mucha información de golpe. Al parecer esa parte de mi vida no le había quedado bien esclarecida, Cecilia y yo viviendo juntos sin su aprobación.

Un móvil comenzó a sonar cortando el silencio incómodo, una melodía instrumental con influencias del rock de los sesenta. *¿Y ahora quién es el responsable de cometer ese delito contra la sobriedad de una cena, esa falta tan duramente juzgada por señor Marcel? ¡Oh, el sonido proviene del bolsillo del mismo señor! Veamos cómo se disculpa al respecto.* Solo pude ser sarcástico en mi mente. El padre de Cecilia se excusó, se puso de pie luego de mencionar que era una emergencia y tomó cierta distancia para hablar por teléfono. A la par, mi celular y el de Cecilia erosionaron como dos volcanes entre notificaciones. Como el señor Marcel seguía enfrascado en su llamada, revisé la pantalla del móvil sin preocuparme por la etiqueta.

Mi corazón dio un vuelco, uno gigante, miré a Cecilia y la insté para que no mirara su móvil, pero yo mismo no podía estarme quieto sobre la silla. Solo deseaba una cosa, que la cena se terminara de una vez.

—Por favor, madre, sirve el postre. Al parecer el señor necesitará irse —la insté.

—No puedo hacerlo hasta que el padre de Cecilia regrese a la mesa —declinó.

Tomé la mano de Cecilia con fuerza y le susurré:

—Prepárate para un golpe bajo. El *hacker* hizo de las suyas en el canal.

—¿Qué está sucediendo? —dijo y ya no pude evitar que leyera las notificaciones.

El señor Marcel se acercó a la mesa muy serio, pensé que de un momento a otro escupiría fuego, pero solo dijo:

—Pido disculpa, señora Huxley, ha sido usted una excelente anfitriona. Necesitamos marcharnos, tenemos una situación...

—No se inquiete, entiendo, vayan —contestó mamá.

—Denisse, es una pena que tengamos que marcharnos, la cena ha estado genial y la charla muy amena. Permítenos devolverte la invitación en otro momento,

ha sido grato conocerte —dijo la madre de Cecy.

—Cecilia, te llevaré en mi auto a la casa de tus padres, así puedes acompañarnos un rato más —dije porque lo último que deseaba en este momento era separarme de ella y dejarla sola.

—Claro, hija, quédate y disfruta —dijo la señora Marcel.

—Cecilia regresa con nosotros, ahora más que nunca necesitará de nuestra protección —dijo el padre y emprendió el regreso.

Aunque quería seguirlos en mi auto y no perderles el rastro, Cecilia me pidió vernos al día siguiente y optó por adherirse a la decisión de su padre, dejándome atrás con el corazón hecho pedazos. Ni siquiera mi madre tomó el postre, mamá entró a la cocina a dar por finalizado el servicio, a tiempo para no ver a Christopher y a Mary desaparecer en direcciones opuestas.

CAPÍTULO 19

Cecilia

Ante la cara descompuesta de mi madre, a la par que papá la ponía al tanto del ataque al canal y a mi persona, solo podía pensar en Peter y en sus mensajes de texto pidiéndome perdón. Él había querido hablarme, pero sabía que estaba en medio de la cena con la madre de Alex y había preferido esperar. Por toda respuesta le tecleé que estaba de regreso a casa, que arribando le telefonaría. Solo quería llegar y encontrarme con Ashley y Dave, buscar una solución. Mi madre estaba desconsolada pero no vi reproche en su mirada:

—¿Qué tan grave puede ser? ¿Qué puedes haber dicho que sea irreparable? No estoy de acuerdo con lo sucedido, pero sabes que tienes mi apoyo —me dijo y le agradecí.

—Por eso siempre termina tomando decisiones erradas —dijo papá que hasta el momento no me había reclamado—. Es que no entiendes, Cecilia, que tengo un nombre que mantener limpio del que dependen muchísimos empleados.

—Lo siento, papá. Pensé que un seudónimo y un sistema de seguridad eran suficientes para mantenerte fuera del área de desastre, en caso de suceder algo así. Perdóname.

—¿Qué tan grave puede ser? —insistió mi madre.

—Escúchalo tú misma —dijo papá dándole su teléfono móvil.

Mamá reprodujo y yo solo cerré los ojos. Una voz distorsionada habló de mí, dio los datos de mi nombre real e hizo referencia a mis padres y a sus negocios, dejándome mal parada como una niña rica y malcriada, que había creado un canal de Youtube frívolo para desafiar a mi padre, y no contento con eso, el dueño de la voz, insertó en la publicación ese vídeo que no debía haber visto la luz nunca. Escuché mi propia voz.

—*Hola, mundo. ¿Les gustaría saber qué hay detrás de esta cara bonita que les sonrío cada lunes, miércoles y viernes? Ahora verán, hoy no habrá entrevistas. Hoy conocerán un poco más de mí. Me llamo Cecilia, ése es mi nombre real, no todo el tiempo soy tan alegre como parece en los vídeos. Mi madre es un sol, cariñosa y comprensiva, solo que no le gusta contrariar a papá. Mi padre, uff. Lo adoro, pero no nos soportamos, es la verdad. Él es muy conservador y me tiene muy presionada, lo que es ridículo a mi edad. Se mete en todo, mamá no dice nada, aunque sé que en el fondo está de acuerdo conmigo. ¿Qué opina mi padre de mi carrera en las redes sociales? Que es una pérdida de tiempo, que me expone, que es lo peor que se me ha podido ocurrir, lo reprueba y se siente desilusionado. Mientras más éxito tengo, más cara de amargado pone, él querría que todo se fuera al demonio para que yo tuviera una vida normal. ¿Soltera o casada? Comprometida, con un tipo de infarto. Si lo vieran, a más de una se le caerían las bragas. Es guapo, exitoso. ¿Soy feliz? Ja, ja, ja, ja. Siempre que no tenga que terminar en su cama, tenemos un problemita que aún no hemos podido resolver. Pero tengo una solución para ello, solo tengo que tomar mi celular y mandarle a Peter un mensaje de S.O.S, ok, listo —lo hice en ese momento—. Vamos a contar cuántos minutos tarda Peter en aparecer y... ¡Atención! ¿Cómo va a venir Peter? Es un chico que sabe esforzarse —puse el cronómetro y comencé a medir el tiempo mientras no podía cerrar la boca—. Me encanta cuando Peter llega, recién bañadito con un acondicionador para el cuerpo que huele a chocolate. Desde que le dije que me gustaba, no lo pasa por alto. Peter debió ir a una escuela de sexo porque es especialista en seducir. Encenderá velas aromáticas, pondrá una música romántica, graduará la luz, comenzará a besarme desde la punta del pie hasta mis cabellos, y se olvidará del tiempo... Peter sabe complacer a una mujer, sabe dónde está el clítoris y cómo consentirlo, sabe dónde está el punto G, sabe cómo moverse en la cama y ni siquiera tengo que decírselo, sabe darme no un orgasmo, sino múltiples. ¡Oh, Peter! Debería ser el próximo entrevistado, a muchos hombres les vendría bien. Ya me imagino una entrevista formal entre Eric y Peter,*

con cualquier otra conductora de por medio. «Eric, ¿qué vuelve loca a una mujer en la cama?», preguntaría la conductora y antes de que Eric abriera la boca sonaría el pito espantoso de la opción incorrecta. «Error, estás perdido, Eric. Ja, ja, ja, ja. Te regalaremos un mapa al clítoris y al punto G al terminar el programa. Mejor indagemos a su contrincante. ¿Peter, cuál es tu secreto para darle placer a una mujer?», preguntaría la conductora. «Ja, ja, ja, ja», respondería Peter. ¿Entrevistar a Peter? ¿Y qué más me podría ofrecer Peter? Llegará el día en que nos cansemos de aparearnos como conejos, ¿y entonces? ¿Qué más me atrae de él? Nada.

Mi madre tragó en seco dos veces y me dijo:

—¿Por qué hiciste esas revelaciones en cámara?

—Acababa de pelear con Eric, teníamos muchos problemas y me sentía ofuscada, no encontraba una salida. Estábamos a punto de casarnos y sexualmente nos iba muy mal, intenté varias veces que lo conversáramos como adultos, que tomáramos terapia, pero él se cerraba y yo termina por sentirme miserable. Jamás iba a publicar ese vídeo, nunca debí grabarlo, solo me desahogué frente a la cámara...

—¿Y sí tenías tantos conflictos por qué no acudiste a mí? Soy tu madre y nunca te he negado mi apoyo.

—No lo sé, mamá, era un tema del que me costaba hablar contigo.

—Ahora se ha vuelto de dominio público. Por eso es importante tomar conciencia de que una imagen, un vídeo, puede ser un arma en las manos inapropiadas, siempre te advertí de los peligros del Internet. ¿Ahora cómo nos libramos de esto? —Mi madre sonaba alterada.

—No lo sé, mamá, salió de nuestro canal. Peter logró bajarlo de Internet, pero otras personas lograron grabarlo y se está reproduciendo desde otros sitios. Hablaré con Peter llegando, él buscará alguna solución.

—Peter no fue eficiente en su trabajo y el daño está hecho. Mi equipo de seguridad se está encargando de borrar la huella en la red. Ahora, tu reputación no sé cómo podremos limpiarla.

El vídeo siguió transmitiéndose y la voz en *off* acompañada de la imagen de *V de Venganza*, continuó difamándome, sus palabras altisonantes nos sacaron de la

discusión:

—*La señorita Cecilia Marcel es patética, no se contentó con engañar a su prometido, el eminente empresario Eric Hannes de quien gracias a la indiscreción de su ex ya conocemos que, uno, le falla el aparato o dos, la niña Marcel es una insaciable en la cama que no queda complacida con un hombre o dos, porque después de su tórrido engaño con su compañero del canal, acudió a terapia nada más y nada menos para buscar solución a su problema. ¿Y qué solución? La chica Marcel, o podríamos decirle Cecilia, la insaciable, provocó un fuerte escándalo en el Colegio de Psicólogos que terminó por sacudir los cimientos de una de las clínicas más respetables hasta la fecha, de Los Ángeles. Resulta que terminó envolviendo al terapeuta que la asistía, haciéndole contravenir el tan respetado Código Ético de los psicólogos, que prohíbe el trato sexual con sus pacientes...*

Los detalles fueron vastos, dio suficientes explicaciones, todas tergiversadas y alejadas de la realidad sobre mi relación con Alex, el tomar el lugar de su hermano me lo achacaron a mí también, el abandonar la carrera de Psicología también era ‘por mi causa’, me tachaban de haberlo seducido y abducido a un mundo de perdición, como si Alexander Huxley no tuviera albedrío, como si Alexander Huxley no fuera más feliz ahora de haber encontrado su propio camino, como si Alex, ese chico maravilloso no hubiera elegido libremente amarme.

El balance de los daños era gigante, reputaciones dañadas: la de mi padre y sus negocios, la de Christopher Huxley y su clínica, la de Peter, la de Alex que se extendía incluso a los *Black Dragons*, solo esperaba que Hunter no estallara y terminara por sacar a mi amado de la banda, incluso la reputación de Eric, ni siquiera quería pensar en la expresión de este último cuando escuchara cómo me había referido a él, confesiones que nunca debieron salir de las cuatro paredes de nuestra habitación. Y mi honor... yo la causante de todo, como una cualquiera ultrajada y en boca de quienes dejaban sus comentarios inundando *Youtube* de calificativos ofensivos hacia mi persona, era el tema de moda. Los *memes* hicieron acto de presencia y solo quería apagarle la luz al mundo y dormir.

Mi madre leyó esa expresión en mí, justo cuando nos bajamos del auto, me tomó por el brazo y me dijo:

—Tú no eres esa mujer de la que te acusa ese cobarde que no da la cara, tú

eres Cecilia, una chica dulce, con problemas como todo el mundo, que también tiene derecho a equivocarse. Esa persona robó un vídeo personal y lo hizo público, eso es delito, así como también lo es ventilar y adulterar situaciones que distan de cómo sucedieron los hechos, esa persona también está cometiendo un delito al difamarte y cuando lo encontremos tendrá que soportar todo el peso de la ley. Levanta la cara y que nada te derrumbe. Es verdad que en ocasiones por no contrariar a tu padre he bajado la cabeza y me avergüenza que tengas esa opinión de mí, nunca más te daré esa imagen.

—¿Entonces estás de acuerdo con todo lo que ha hecho Cecilia? —preguntó mi padre enojado.

—Reconozco sus errores y no estoy de acuerdo con ellos, le exijo que sea mejor persona, pero tampoco es justo que alguien la ponga como la peor de las mujeres o como una persona frívola, sin sentimientos y además promiscua. Nuestra hija no es así.

—Estoy muy disgustado, necesito pensar y ocuparme de amortiguar los daños y limpiar el desastre —dijo mi padre.

—Perdóname, papá. Todo se salió de control.

No dijo nada, no me otorgó su perdón, pero tampoco continuó descargando su furia sobre mí, caminamos hasta la entrada de la casa y allí encontré a Peter, cabizbajo, sentado en los escalones que daban acceso a la puerta principal. Mi padre negó con la cabeza al verlo y desapareció en el interior de la casa. Mi madre lo saludó y le dedicó una mirada piadosa, luego lo invitó a pasar. Ni siquiera lo dejé abrir la boca, me le abracé y lloré mientras él se justificaba por no haber protegido el canal.

—No te culpo —le dije al fin.

—Debí borrar ese vídeo cuando lo encontré, fue algo masoquista al principio, me gustaba escucharlo para convencerme de que lo nuestro no iba a funcionar —admitió.

—En todo caso no debí grabarlo y menos dejarlo, pensé que lo había borrado, estaba segura.

—Hice una copia antes que borraras el original, estaba en mis cosas. Después de reparar el daño, acepto si no quieres verme nunca más en el canal.

—No sé si el canal tenga salvación, pero no te condenaré por esto, serás mi amigo por siempre, si tú también lo quieres así.

Ashley y David llegaron de inmediato, ella traía a Rain Lilly en brazos, la perrita me dio unos lengüetazos y me miró con esos ojos negros que me aseguraban que yo era perfecta para ella. Le deposité un beso en la cabecita y disfruté de ese amor incondicional que venía infundado de un tierno manto peludo. Ashley y Dave me abrazaron.

—¡Tremenda locura! Ya convocamos a los *nerds* y nos estamos ocupando de la hecatombe. Lo siento mucho, pequeña —me dijo Dave.

—¿Cómo estuvo la cena? —me preguntó Ashley.

—Mejor de lo que esperé. El vídeo salido de control fue la cereza del pastel —contesté.

—¿La madre de Alex se enteró? —averiguó mi amiga.

—No estoy segura pero no creo que tarde en saberlo.

—¿Y Alex? ¿Cómo reaccionó? —continuó el interrogatorio de Ashley.

—Casi no hemos podido hablar del asunto. Estaban nuestros padres presentes. Me da vergüenza mirarlo a la cara.

—Alex te apoyará, Cecy. Te ama. ¿Quién estará detrás de todo esto? Hagamos una lista de posibles nombres. No podemos luchar contra un enemigo sin rostro. ¿Quién podría querer hundirte así? —preguntó David.

—Eric, no lo creo, él es muy orgulloso, no pondría en tela de juicio su virilidad ni quedaría como el hazmerreír del cuento. Además, no es muy bueno en redes.

—Pero tiene suficiente dinero para contratar a los mejores —insistió David.

—Pero no se arriesgaría, no estaría dispuesto a hacer el ridículo y atentar contra su hombría y quedar como pésimo amante —aseguró Ashley que lo conocía bien.

—¿Quién más tendría interés en hundir el canal? —pregunté.

—Tu padre —dijo una voz recién llegada.

Todos miramos a Alexander Huxley, quien entró muy serio y se nos quedó mirando con agudeza. Me quedé helada y con la timidez carcomiéndome, Alex conocía todo de mí, mi relación con Peter, de la existencia del vídeo, pero me daba vergüenza sostenerle la mirada. Me tomó de un brazo y me condujo hacia sí para demostrarme que ni ésa, ni ninguna estratagema que usaran para separarnos iba a dar resultados. Me dio un beso tierno en los labios y nos fundimos en un inmenso abrazo ante la aprobación de nuestros amigos, que también suspiraron aliviados.

—No podía dejarte sola en este terrible momento, ni tu padre ni nadie me iba a impedir estar contigo. Tenía que venir o no habría podido pegar un ojo en toda la noche —admitió Alex.

—¿Quién te abrió la puerta? —le pregunté.

—La empleada de servicio.

—Ni siquiera me avisó de tu presencia.

—Son los privilegios que tengo por ser tu novio.

—De los que dejarás de gozar en cuanto mi padre conozca que sospechas de él. Es absurdo. Papá no me lastimaría así y no pondría en tela de juicio la respetabilidad de su buen nombre.

—Tu padre estaría dispuesto a lo que sea por sacarte del canal para siempre y por separarte de mí. Eric es su yerno ideal, ya lo ha dejado claro en varias ocasiones.

—Mi padre se portó a la altura esta noche en tu casa y ha puesto de su parte.

La conversación de pronto se volvió un diálogo entre Alex y yo mientras nuestros amigos quedaban de espectadores sin atreverse a someter a juicio a mi padre. Alex presionó:

—Tu padre tiene el dinero y las influencias para *hackear* y sabotear a este nivel. ¿No se te hace raro que aceptara de buenas a primeras la invitación a cenar de mi madre cuando hasta hace poco no quería verme ni en fotografía? —preguntó.

—Mi padre nos sacó en helicóptero del nido y fue amable contigo.

—Justo cuando tuve la misma idea.

—¿Ahora sospechas que mi padre te leyó el pensamiento y planeó adelantársete? ¡Deja la paranoia, Alex! ¿Alguien más sospecha en esta sala de papá?

El silencio abrumador me caló los huesos, David y Peter ni siquiera hicieron el esfuerzo por despegar los labios, ni intentaron disipar la duda con un gesto de apoyo. Ashley fue la única que se puso de mi lado y sostuvo:

—El señor Marcel es protector e impone su voluntad, pero no lo creo capaz de hacerle ese daño a su hija, por las mismas razones que ya ha dado Cecilia. Alguien más está detrás de ese vídeo acusatorio. Tal vez las *Secuelas de tus días oscuros*, Alex, esas chicas se ve que están mal de la cabeza. No es un secreto para nadie que te acosan por teléfono, bueno o hasta ahí es lo que sabemos. Y no le lances esa mirada asesina a Dave que él no me lo dijo. Es difícil no darse cuenta —dijo Ashley.

Alex se quedó azorado al escuchar las deducciones de mi amiga.

—Exactamente —dije—. Esas chicas también tendrían un motivo.

—No tienen el dinero para pagarlo, esa hipótesis está descartada —manifestó Alex.

—Tienen suficientes recursos para conseguir lo que sea —insistí dando a entender que eran jóvenes, seductoras y manipuladoras.

—De acuerdo, es inútil aumentar la lista sin pruebas. No acusemos a nadie sin evidencias. Mejor concentrémonos en limpiar el desastre —alegó Peter.

Y nos pusimos a trabajar de inmediato, queríamos llegar al fondo de los hechos, pero era difícil para mí ver los sitios replicando el vídeo y los comentarios, así que preferí alejarme de las redes sociales, tomar distancia mientras yo siguiera siendo el blanco de las injurias de esa gente que en realidad no me conocía y solo veía en mí el *meme* de turno para pasar el rato. David, Peter y Ashley montaron nuestra nueva oficina en la biblioteca de mis padres, y estuvieron hasta la madrugada sin avanzar. Por cada sitio del que anulaban el vídeo, aparecían diez más, monitorear las redes era desgastante. Hacia la madrugada todos cayeron rendidos, Ashley y David se fueron a su habitación, Peter se quedó dormido en un amplio sofá con la *laptop* encima y Alex, cayó vencido sobre la computadora del escritorio. Yo había cerrado los ojos por un minuto en el mullido sillón donde me había acomodado y terminó siendo horas, desperté y todos dormían. Me incorporé y me acerqué a Alex para aliviarlo de la incómoda posición, quería ofrecerle un sitio más suave para dormir, pero me dio pena despertarlo. A su izquierda, divisé mi móvil, aquel objeto que me conectaba con el mundo y que ahora se había convertido en mi peor enemigo.

Lo tomé.

Después de envenenarme con todas las calumnias hacia mi persona, me sentí derrotada por la ola de violencia que pretendía arrasarme, nunca pensé que lo que comenzó como una pasión se volviera en mi contra. ¿Y los que parecían mis amigos a distancia? Esos que tantas muestras de afecto me habían brindado, era una fantasía... Y siempre lo supe, pero al menos no creí que terminaran por hundirme. Repasé los nombres de los usuarios que me injuriaban y no los reconocía, a nadie, al parecer con los que más contacto tenía en las redes habían desaparecido y una horda de atacantes, había tomado su lugar, mis nuevos seguidores eran mis verdugos.

Dos lágrimas resbalaron por mis mejillas, temblé. ¿Cómo reconstruiría mi vida? El canal estaba muerto y Sissi Shine con él, pero yo, Cecilia, ¿qué iba a hacer de mi vida de hoy en adelante? Una mano cálida me tocó y luego otra, cuando me di cuenta estaba dentro de un cerco de amor, los brazos de Alex me envolvían mientras mi espalda reposaba sobre la fortaleza de su pecho.

—No estás sola —me susurró al oído. Me giré y quedamos frente a frente—. Desde la primera vez que nuestros ojos se cruzaron quise poner resistencia, tal vez porque nos conocimos de la forma menos oportuna, una broma del destino, pero si la vida no me hubiera dado esta oportunidad aún continuaría perdido. Mi camino eres tú, mi presente y mi hogar estarán donde esté el tuyo. Estoy planeando comprar un departamento, permíteme entregártelo, quiero que sea nuestro nuevo nido, nuestros amigos estarán invitados. Tu trabajo puedes hacerlo desde cualquier sitio, solo necesitas Internet, vámonos lejos.

—¿Y tu carrera? —pregunté.

—Será lejos pero no tanto, Manhattan Beach, Santa Mónica, Long Beach, algo cerca. No me molesta conducir unos minutos más para cumplir con mis compromisos. Iremos a la playa, dicen que el mar lo cura todo.

—Es una gran oferta, pero no sé cómo el nido podría funcionar sin un propósito, he decidido cerrar el canal. David, Ashley y Peter necesitan tomar su propio vuelo, estarán mejor lejos de mí.

—No tomes una decisión apresurada —pidió.

—No tengo otra opción, estoy acabada. Ahora necesito tiempo para recoger

mis pedazos y para pensar qué voy a hacer con mi vida. Mi padre tenía razón, el canal no era para toda la vida, le aposté a la inseguridad.

—Te vas por el camino erróneo, Peter y David, controlarán el caos, solo dales tiempo, en cuanto estemos en el nuevo nido, ellos y los *nerds* buscarán una solución. Ashley y tú convencerán a sus seguidores de corazón que han sido víctimas de una calumnia.

—No, no quiero luchar por el canal. ¿No lo entiendes? —reafirmé y dos lágrimas resbalaron por mis mejillas.

—Pronúnciate, ten valor, cuenta tu historia. Tus seguidores están ahí esperando oír tu versión de los hechos. Estoy seguro que muchos te apoyarán, pero si no hablas, si te retiras sin luchar será como admitir que los atacantes tenían razón.

—No puedo.

—Yo estaré aquí para sostenerte cuando no tengas fuerzas.

—Yo respondo, ellos atacan, vuelvo a responder, se inventan otra calumnia, no quiero eso, tomé una decisión.

—No esperes que me quede a presenciar cómo les rompes el corazón a nuestros amigos, ellos están luchando por ti.

—No me dejes, Alex —pedí.

—Eso nunca, pero si decides romper el canal y las ilusiones de todos, no esperes que te secunde, lo tendrás que hacer sola. Es mejor que me vaya, no quiero estar aquí cuando todos despierten y les hagas trizas el corazón. Tu padre logró su objetivo. Nos vemos en la noche.

Lo vi tomar sus cosas para partir y no tuve valor para retenerlo. Me quedé a solas con mi conciencia.

CAPÍTULO 20

Alex

Solo tenía deseos de hacer una cosa, tomar mis baquetas y tocar, perderme en el sonido de la batería, miré la hora, faltaba poco para las cuatro de la madrugada, el estudio estaría cerrado y si llegaba golpeando los *toms* a esta hora, creerían que se me había zafado un tornillo. Tampoco podría dar rienda suelta a mi deseo con mi batería, la que me aguardaba en la casa de mi madre, en mi viejo estudio, no podía llegar despertando a todos, así que conduje rumbo a Malibú, me dejé guiar por la carretera y mis fantasmas, mientras las notas del último tema que había grabado con los *Black Dragons* inundaba el auto. La propuesta de Hunter ahora no me parecía tan descabellada.

CAPÍTULO 21

Christopher

No podía dormir, toda la noche estuve dando vueltas entre las sábanas con el olor de mi mujer aún en mi cuerpo. El insomnio me dio la claridad para que mis ojos se abrieran y vieran más allá de mi ceguera emocional. Lo temía. ¿Y si ella tenía razón? Tal vez era demasiado tarde, porque por más que le implorara otra oportunidad, Mary se alejaba. Aunque su piel sucumbía ante mis caricias, su raciocinio no, ella no había tomado la decisión a la ligera y yo había sido muy estúpido por no haber visto todas las señales. Tendría que aceptar mi derrota.

—Lo intenté, juro que lo intenté. Tal vez no pude amarla como ella quería.

Tomé el teléfono y marqué ese número al que había jurado no volver a llamar. Sabía que al hacerlo estaba corriendo con todas mis fuerzas en dirección opuesta a Mary, pero me sentía vencido, sino lo hacía terminaría por caer en picada, yo no podía, no quería estar solo.

Ella de nuevo, su voz se coló y me llegaron como en ráfaga los recuerdos, casi pude sentir como una nube gris, cargada por la inminente tormenta, se posaba encima de mí y ni siquiera la advertencia del mal tiempo me frenó, pronuncié las palabras que me iban a sentenciar:

—¿Te apetecería una cerveza?

—¿Chris? —contestó ella, la reconocí de inmediato.

—¿Acaso ya olvidaste el sonido de mi voz?

—¿Qué hora es? —hizo una pausa, quizá para revisar el reloj—. ¿La seis de la mañana? ¿Te caíste de la cama? ¿Qué sucede?

—¿No me digas que te desperté?

—Me estaba preparando para salir a correr, sabes que adoro madrugar. No lo puedo creer, Chris Huxley, lo último que pensé fue escuchar tu voz.

—¿Me aceptas la cerveza o no?

—Christopher, no hay bares abiertos a esta hora.

—Eso puede resolverse, puedo estar en tu casa en unos minutos.

—¡No! Aquí no eres bienvenido, no es tan simple, lo sabes. Tengo pareja.

—Ven a la mía.

—¿Qué diablos está pasando, Chris? ¿Y Mary?

—Ven a visitarme y calmarás todas tus dudas.

—¡Qué no! Tengo que salir a correr, no es tan simple como levantar el teléfono y que salga disparada a verte, no cuando te dé la gana.

—Aquí puedes ejercitarte, y te aseguro que será mucho más divertido que correr.

—¡Vete al diablo! Me dejaste con el corazón destrozado cuando Mary te exigió exclusividad. ¿Ahora piensas que con chasquear los dedos vas a tenerme?

—No pienso nada, si lo deseas te espero aquí, te invito a desayunar, necesito hablar con alguien y recordé que entre mis amigos eres la que mejor sabe escuchar.

Colgamos el teléfono, no sabía si Abigail o Abby, como me gustaba decirle, vendría, pero quise creer que sí. Sin Mary no podría sostenerme y de pronto mi necesidad de tener un apoyo, mis ansias de salvarme del mar que amenazaba con ahogarme me hacían pensar en Abby. Me miré en el espejo, habían pasado dos años desde la última vez que la vi, recordé cada una de las palabras con las que di por terminado nuestro acuerdo, el que Mary toleró en un inicio, tal vez no a gusto, pero cuando las niñas comenzaron a tener noción de la realidad, su valor como madre le hizo ponerme un alto, uno difícil, pero que acepté por amor a Mary, al final no fue

suficiente.

Dejé que el agua caliente arrasara cada una de las huellas que Mary había dejado en mi piel, me cepillé los dientes, me puse la loción que prefería para el día, un poco de crema en el rostro para darle un aspecto alineado a la barba, otro tanto sobre los brazos y sobre el pecho cubierto por algunos vellos. Me puse una ropa sencilla, una camiseta de cuello redondo y un pantalón de mezclilla, ya había decidido que no iría a la clínica. Pensé por un minuto dirigirme a la cocina para preparar el desayuno que le había ofrecido a Abby, me miré al espejo, con la cara de niño bueno, listo para una cita y la imagen de mis hijas corriendo por los pasillos de nuestro apartamento, riendo, me congeló. Continué contemplando el reflejo de mi rostro, dos lágrimas gruesas me brotaron y las dejé salir, no iba a esconder mi debilidad, no me avergonzaba mi dolor. De pronto supe que no, no podía traer a Abby a la casa de mi esposa y mis hijas, aunque Mary no regresara jamás.

—¡Eres un maldito idiota, Christopher! —le dije al hombre de barba dorada y ojos azules que me observaba como un nocivo dios escandinavo, de imagen dura, el ruin que se creía intocable, que se pensaba superior al resto de los mortales. Doctor en mentiras.

Nadie como Mary me conocía y ella intentaba guiarme por el buen camino, por eso me quedé a su lado, por eso la amaba. Nadie como Abby me aceptaba con todos mis defectos, ella no intentaba cambiarme, ni sacar lo mejor de mí, me aceptaba, estaba tan loca como yo, éramos muy parecidos. La angustia se fue tornando en ira, la sentía y no intenté controlarla, me odié tanto y no soporté continuar observándome, mi furia se salió de control y asesté un golpe contra el vidrio del botiquín del baño. No sentí dolor en el puño, solo el ardor de la piel destrozada y el calor de la sangre que comenzó a brotar. Las gotas rojas comenzaron a empapar el lavamanos, se mezclaron con los trozos del espejo que terminaron por reflejar el líquido carmesí. Tomé una toalla me envolví la mano y con la otra busqué el celular, llamé a Abby.

—No vengas a mi departamento, aquí no —le dije.

—No pensaba ir, Christopher. Creí que lo había dejado muy claro.

—¡Carajo, Abby! No me dejes tú también ahora. Te necesito, sabes a lo que me refiero.

—No creo que no sepas resolver tú solo esa situación.

—No, llevo haciéndolo como un idiota desde que se fue Mary y ya estoy hartos, quiero más. Sé que tú también lo quieres. Nos vemos en quince minutos en el hotel donde solíamos encontrarnos. Haré la reserva por teléfono. Lleva material de curación, me he cortado la mano.

—¿Qué diablos...?

Colgué el teléfono y me dispuse a hacer la reservación.

CAPÍTULO 22

Mary

La llamada de la recepción me sacó de la cama, aún seguía en el cuarto del hotel, cuando escuché la voz de Alex, estaba emocionado, como cuando tenía una de sus mágicas ideas y quería convencerme de apoyarlo.

—¿Seis y diez de la mañana? ¿Alex te caíste de la cama? —le pregunté y por mi tono, en vez de hacerle dos preguntas parecía que lo estaba sermoneando.

—Te estoy esperando en la recepción, es increíble, la reserva está a mi nombre y no me dejan subir porque no estoy registrado como huésped. No imaginas lo que acabo de descubrir, es un tesoro y quiero que lo veas —dijo.

—Le pediré al recepcionista que te deje venir.

—No, no quiero despertar a las niñas, mejor baja. ¿Está Elisa?

—Sí, sabes que no ha querido dejarme sola.

—Dile que venga, de lo contrario querrás consultarle y mejor le preguntas de una vez. La idea es fenomenal.

—Vale, loco de remate, bajaré de inmediato. Solo espero que las niñas no se despierten temprano y se asusten al no vernos en la habitación, le acercaré a Sarah su celular, así podrá hablarme en cuanto despierte.

En nada ya estábamos juntos los tres. Alex nos mostró en su teléfono móvil la

imagen de una espectacular casa a orillas del mar, tenía unas dieciséis imágenes, se veía privada, lejos de las demás casas, el mar azul era impactante, tenía una hermosa piscina interior, amplia cocina, seis habitaciones cada una con su baño, terraza techada y estaba en renta por una cantidad exorbitante.

—Es hermosa, pero está carísima, ¿por qué nos muestras esa casa? Pensé que estabas en busca de la renta de un departamento, algo similar al estudio en el último piso que tenía Cecilia.

—Estamos en crisis y requerimos un cambio radical, respirar un aire decente nos vendría bien a todos, el verano está muy cerca, así que no nos vendría nada mal. Resulta que Hunter...

—El sexy cantante de la banda —comentó Elisa.

—Aplaca tus deseos pecaminosos —le solté a mi hermana.

Alex nos dio una mirada cómplice y continuó hablando.

—La casa es de Hunter, ya se aburrió de ella y busca rentarla, venderla, lo que sea, los costos de mantenimiento son altos y tomando en cuenta que ya no está interesado en la propiedad, y que supo que andaba a la búsqueda del nuevo nido nos hizo una estupenda oferta, cincuenta por ciento de descuento y me hago cargo de los gastos para mantener la propiedad por seis meses, si me gusta le haré una oferta para comprarla.

—Estás loco —dijo Elisa.

—Alex, es linda pero no necesitas algo tan grande y alejado de la ciudad. Cecy tuvo que abandonar el nido. ¿Qué pasa si de pronto tiene que abandonar esta casa también?

—Podemos probar seis meses.

—¿Podemos? —dijo Elisa—. Eso me suena a manada.

—Sabes que Cecilia viene en paquete con David, Ashley y el encantador Peter, un chico estupendo al que deberías enfocar tus deseos pecaminosos, Elisa y no hacia el rompecorazones de Hunter —dijo Alex.

—Solo dije que Hunter era sexy, no que quisiera caerle encima, no soy idiota, está hermoso, pero no es mi tipo y deja de hacerle de Cupido, Alexander, a veces es

mejor estar sola —se defendió mi hermana.

—Solo decía que Peter no puede ocultar que babea por ti y es un buen partido —insistió Alex.

—¿Lo dices por la descripción de tu adorada Cecilia de las cualidades en la cama de Peter o porque quieres conseguirle pareja para que tu noviecita no tenga una recaída? —le dijo mi hermana a Alex y tuve ganas de darle un golpe, pero me aguanté.

—¡Ely! —le reprendí—. Alex siempre es dulce contigo y tú disfrutas de molestarlo.

—Lo siento, es el resultado de años acumulados de celos, nunca entendí por qué tenía que compartir a la hermana más linda del universo con este pedazo de...

—Shhh. ¡Elisa, basta! —la callé antes que volviera a ponerle un calificativo, era cierto que desde niña sentía celos de mi cercanía con Alex, pero ella tampoco podía vivir sin él, simplemente le gustaba fastidiarlo.

—No le hagas caso, Mary. El odio es amor, Elisa, no empieces a hacerme sospechar que bajo tu asedio se esconde un deseo incontrolable por mi persona —se defendió Alex—. Tal vez por eso mi madre siempre ha tenido especial interés de unirnos.

—Paso, estás mal de la cabeza y me da igual lo que pienses —dijo Elisa.

Las carcajadas de Alex terminaron por contagiarnos a las dos, él también sabía cómo hacerla callar y Elisa terminó por cerrar el pico. Alexander volvió al punto.

—¿Qué les parece la casa? Las niñas disfrutarán mucho a la orilla del mar, hay espacio para todos. Te estoy invitando a vivir con nosotros por todo el tiempo que desees, Mary.

—Gracias, Alex. Siempre he creído que eres el mejor de tu familia, tienes un gran corazón. Lo pensaré. ¿Ya lo hablaste con Cecilia?

—Lo intenté. Ahora no es el mejor momento. Está un poco ofuscada por el vídeo y sus consecuencias. Cecilia no es la persona frívola que ese mal nacido que la está calumniando quiere vender. Cecy tenía una confusión muy grande cuando llegó a

la consulta y si se refugió en los brazos de Peter fue porque de esa forma canalizó su frustración. Quiso salvar su relación con Eric, pero él no podía abrirse ante ella, ni dejaba que ella se abriera ante él.

—Calla, estaba jugando, no tienes que darme explicaciones —dijo Elisa—. Cecilia es dueña de hacer con su vida lo que desee. No soy quién para juzgarla y si te contenta aceptaré que Peter es lindo y nada más. Ahora que me aseguras que tiene interés en mí, me pondré nerviosa cuando esté frente a él.

No paraba de reírme con este par, imaginar una casa a orillas del mar con estas personas sería como regresar a la adolescencia, todos adultos jóvenes, pero con tanto sentido del humor y pasión por la vida que tal vez era lo que necesitaba para alejar toda la oscuridad que había compartido en secreto al lado de Chris. Una silueta de mujer en la recepción captó mi interés de inmediato, dejé mi taza de café sobre el plato con la mano temblorosa y no pude callarme:

—¿Diablos, es Abby? —me pregunté en voz alta.

—¡Oh no! ¿Qué hace ella aquí? —nos preguntó Elisa.

—¿Quién es Abby y por qué se inquietan tanto? Aguarden, ese rostro me es familiar, la conozco, pero no recuerdo de dónde. ¿No es la amiga de Chris? ¿Una que fue su novia antes de ti, o algo así?

Abigail tomó rumbo al elevador y yo comencé a temblar. *Justo este hotel, pensé que estaría bien porque Christopher jamás se hubiera imaginado encontrarme aquí.* Primero sentí alivio, a lo mejor ella seguía en sus andadas en el mismo centro de operaciones, por un minuto sentí alivio de que tuviera otro amigo de turno para calmar sus demonios. De momento lo único que quería era que no volteara y me descubriera aquí, pensé cancelar mi reservación, buscar a mis hijas, tomar mis pertenencias y desaparecer. Esa casa que me ofrecía Alex era el refugio perfecto, allí no tendría que encontrarme con ella ni nada que me recordara el tormento del que deseaba librarme. Y en el instante en que ella había desaparecido tras las puertas del ascensor, rumbo a los pisos superiores, tomé la decisión más acelerada de mi vida:

—Acepto irme a vivir con ustedes a la casa en la playa, si toda la comitiva está a gusto con mi presencia y la de mis hijas. Eso sí, daré mi parte de la renta.

—De ninguna manera, te lo debo por todos los años que viví en tu casa sin

pagar un peso —insistió Alex.

—Tu hermano se hacía cargo de los gastos, es tu familia, no tenías nada que pagar si para él el dinero no era un problema —dije.

—Y tú eres mi familia, Mary, así que no te quedará más que aceptar mi hospitalidad —dijo Alex.

Una melena rubia perfectamente cortada a juego con una barba impecable, un tono de piel luminoso, ojos azules que se hacían más penetrantes con la camiseta de mangas largas de igual color y una altura que no pasaba desapercibida. Ante la presencia de un hombre de esos, tan llamativos, no puedes evitar mirarlo fijamente, así era mi esposo y me había acostumbrado al efecto que causaba en las mujeres cuando entraba a un lugar, ahora yo formaba parte del resto. Un sudor frío me resbaló por la piel cuando lo vi porque yo sabía lo que aquello significaba, todo me dio vueltas y ahora dudaba de la fidelidad que según él mantuvo cuando estuvimos juntos. Elisa se quedó mirando en su dirección con las palabras atoradas en la garganta y no pudo más que escupirlas:

—¿Te vas a quedar pasmada? Háblale, dile que estás aquí. Enfréntalo.

—¿Qué le voy a decir? No puedo reclamarle, yo lo abandoné, le dije que era libre —murmuré a duras penas.

—Christopher es un maldito, estaba segura de que te amaba, hasta yo creí que estaba dispuesto a todo por salvar su matrimonio —despotricó Elisa.

—¿Y esto qué tiene que ver con el amor? —hice ver, pero estaba destrozada.

—Si tú no lo enfrentas lo haré yo, al menos por respeto a las niñas que también están en el hotel. Tiene que saber que aquí nos hospedamos, no querrás que tus hijas se tropiecen en uno de los corredores a su padre con otra mujer —alegó mi hermana.

—¿Ustedes piensan que mi hermano tiene un *affaire* con la tal Abby? ¿Por eso lo dejaste? —preguntó Alex poniéndose de pie con la intención de acercarse a Christopher.

—No, es más complicado que eso, no quiero que me vea —admití—. Solo deseo desaparecer, ayúdenme a salir de aquí.

Las puertas del elevador se cerraron delante del rubio que prosiguió directo a su destino.

—Vamos ahora, de seguro tardarán, aprovechemos para escabullirnos —dije.

Ante la cara de incredulidad de Alex, Elisa y yo nos levantamos rumbo al área de los elevadores por donde había desaparecido Christopher. Y así, ya sin compartir palabras nos paramos delante de las puertas, toqué el botón y me dispuse a esperar con la poca calma que corría por mis venas. Observé mis dedos temblorosos y tomé aire, no quería que mis hijas notaran mi desesperación, yo lo amaba y verlo allí precisamente con ella, me partía el corazón en dos. *¿Qué siente Chris por Abby? ¿Tal vez es más que sexo? Digo, era más fácil buscar a una prostituta si quería revolcarse con una mujer. ¿Por qué Abby? Después de dos años, si pensó en ella cuando ya no me tuvo, solo puede significar lo que en el fondo siempre me atormentó, a ella también la quiere. ¿O tal vez nunca se separaron y continuaron engañándome? Chris parecía sincero, pensé.* La puerta de uno de los ascensores se abrió a la par, solo nosotros aguardábamos, así que nos dirigimos a él, era el mismo por el que Christopher se había colado en búsqueda de Abigail. Levanté mis ojos llorosos, con el dorso de la mano intenté limpiar mi rostro, lo único que quería era correr tras él y entregarme entera, sin condiciones, decirle que regresaba y que me rendía. Mi mano no fue suficiente para detener las lágrimas torrenciales que se desbordaban, levanté los parpados para observar al frente, mientras intentaba colar un pie en el elevador vi unos zapatos, que me hicieron dar un vuelco, levanté la vista y...

Sus ojos índigos me devoraron, entonces hizo ese gesto, el que conocía muy bien, pretendía reparar el daño.

—¿Mary? —preguntó más asombrado que nosotros.

—¿Christopher? ¡Qué sorpresa! —dije irónica poniendo de mi parte para tragarme las lágrimas porque el orgullo se imponía.

—¡Oh, Mary yo...! Lo siento, no llores, por favor —suplicó y abandonó el elevador.

—Te juro, Chris, que hasta ahora ni yo misma me creía que había tomado la mejor decisión. Me has dado la razón, tú nunca me podrás amar como yo te he amado —le aseguré.

—Duda de mi persona, pero no de mi amor —suplicó.

—¿Y qué carajo estás haciendo en este hotel? ¿Dime? —pregunté y reconozco que mi tono de voz fue elevado, algunos empleados se percataron y enfocaron su atención hacia nosotros.

—¡Cálmense! —intentó mediar Alex—. Mary, Chris, ¿por qué no van a un sitio más privado para conversar?

—¡Alex, no te metas! —volví a gritar.

—Él bajó, Mary, ¿no lo ves? Al final desistió y ni siquiera sabía que estabas aquí. Chris no podría traicionarte, pongo las manos al fuego por él —abogó Alex por su ídolo.

—¡Acompáñame, Mary! Vamos, hablemos, por Dios —continuó rogando Chris.

—¿Aseguras que Alex tiene razón? ¿Qué en el ascensor tuviste una idea reveladora que te hizo dejar a Abby plantada y que huiste? ¿Me juras que en estos dos años no te has metido en su cama ni una sola vez?

—¿Viste a Abby? ¡Mierda! —se lamentó como un tonto—. Nunca te he mentido y hoy no será el primer día. Llevo dos años sin tener relaciones con Abby, paré cuando me lo pediste y no hemos estado juntos desde entonces. Mary, iba a encontrarme con ella cuando vi que no tenía condones, regresaba al auto por... Fue un impulso, inmaduro, gracias a Dios nos tropezamos y he podido darme cuenta que estuve a punto de cometer la peor estupidez de mi vida. No subiré, no con Abby. Sal de aquí conmigo ahora, hablemos, te lo imploro.

—Ve con él, Mary. Elisa y yo nos ocupamos de las niñas, hablen —pidió Alex.

Un empleado ya se acercaba a nosotros.

—¿Las niñas están aquí? —preguntó Christopher preocupado.

—Sí, tus hijas están en una habitación, pensé que jamás sospecharías que me estaba quedando en el hotel que prometiste no volver a pisar. ¿O qué pensabas, que estoy aquí porque ando tras tus pasos como una loca celosa? Me das pena, Christopher —grité indignada.

—¡Perdóname, Mary! ¡Carajo, sabes que me esfuerzo, es más fuerte que yo!
—se lamentó.

—¡Quémate en tu propio infierno, Christopher! Ve por tus condones y sacia tu deseo mezquino con Abby porque conmigo no lo harás nunca más. Voy por mis hijas, pagaré la cuenta y me desaparezco, ten la decencia de firmar el divorcio y déjame en paz —fueron mis últimas palabras, lo dejé con el rostro descompuesto, pero no se atrevió a frenarme.

CAPÍTULO 23

Cecilia

Estaba en mi peor momento, no lo negaba, mis amigos ya habían despertado e intentaban frenar los vídeos que se reproducían de diversas cuentas. Continuábamos en la biblioteca de la casa de mis padres, las palabras de rendirme y dejar atrás el canal seguían atoradas en un nudo en mi garganta. No me atrevía a dejarlas escapar, no al ver el ahínco con que defendían nuestro trabajo, para nosotros el canal era nuestro sueño hecho realidad, nuestra pasión, nuestros planes a futuro por cumplir.

—Mientras todos trabajan me ocuparé de llenar sus estómagos —dijo David.

—Mejor sigue en lo que estás, Dave. No querrás que Sonya te saque a sartenazos de la cocina —le dijo mi amiga refiriéndose a la cocinera—. Era tu territorio en el nido, aquí es el suyo. Se queda nerviosa cada vez que te metes a alterar su orden y más cuando le presumes de las recetas que te enseñó tu mamá, la gran *chef* de Alaska. Creerá que te quieres quedar con su trabajo.

—Jajajaja, no quiero bajarte el impulso de alimentar al equipo, Dave, pero Sonya está preparando desayuno para todos. No te resistas, déjate consentir —mencionó Peter—. Ya tendrás tiempo de cocinar cuando regresemos al nido, allí nadie te peleará la cocina, no te preocupes.

—Pero no puedo evitarlo, la cocina de Sonya es exquisita pero justo ahora mis neuronas me piden ser alimentadas por mis habilidades culinarias —dijo David.

Mi madre apareció con su candidez para anunciar que el desayuno estaba servido en el comedor y David sucumbió ante su dulzura, aplazó el clamor de su dios nórdico y se fue directo al comedor, cabizbajo, como corderito al matadero. De cierta forma me sentía presionada, si iba a dejar el canal tendría que hacerlo ya porque mis amigos no podían seguir esforzándose en vano. Ya daban las ocho y media de la mañana y estábamos terminando de engullir los succulentos platillos de la cocinera de mis padres, cuando llegó una notificación a mi teléfono, al ver el remitente decidí abrirlo de inmediato, era el arrendador. Leí una palabra detrás de la otra y no pude ocultar en mi semblante que me había perturbado.

—¿De qué trata? —preguntó mi padre.

Lo observé con su traje impecable, con su cara de día entre semana, con aquella expresión de estar listo para salir a la oficina y todo en él denotaba éxito. Reconocer cada paso de mi derrota especialmente delante de él, me volvía vulnerable, pero ya qué podía ser peor.

—Perdimos el nido. Los inquilinos del edificio se quejaron por las molestias ocasionadas por el tumulto de gente en las inmediaciones, no me quieren de vuelta. El dueño del departamento no nos penalizará por no terminar de cumplir el contrato, para él también es un problema, quiere que lleguemos a un arreglo y que no regresemos —les informé.

—Es una vergüenza, Cecilia. Ahora eres persona *non grata*, te echaron del edificio —se quejó mi padre.

Bueno, mi padre lo expresó con palabras menos técnicas que las mías, y eso era mucho decir.

—De acuerdo, papá. Me echaron, pero no te preocupes, buscaré otro sitio para vivir.

—Sabes que jamás te cerraría las puertas de la casa, solo quiero que aprendas de esta experiencia, no tengo nada contra ustedes, chicos —dijo para incluir al resto — pero en los negocios hay que ser objetivos. Esto era una bomba de tiempo, pudo haber tenido un final más decente, que dejaran de ser del interés de su público y que el canal ya no fuera rentable, pero sucedió lo segundo que me temía —dijo papá y continuó expresándose con las manos, imitó una explosión—. Me tengo que marchar, saben que son bienvenidos y que pueden quedarse el tiempo que necesiten. Tal vez no

supieron enfocar sus carreras profesionales en el giro adecuado, pero reconozco a las buenas personas y agradezco que se hayan mantenido junto a mi hija cuando el barco se hundió. Todos merecen una segunda oportunidad, son bienvenidos en mi empresa, Cecilia algún día quedará al frente y han demostrado ser leales, hay lugar para todos, pueden enviar sus currículos.

Ninguno de mis amigos dijo nada más que *gracias*, pero no le tomaron la palabra, se mantuvieron respetuosos frente a mis padres. Finalizado el desayuno, cuando nos quedamos solos, David soltó lo que había tenido atorado y ya no podía aguantar:

—No es un barco, es un nido y lo vamos a reconstruir.

—Chicos, ya no estoy tan segura —admití.

—No gastemos saliva, manos a la obra, volvamos al centro de operaciones —dijo para referirse a la biblioteca de mis padres.

—Es suficiente, por más que lo intenten no borrarán la huella del vídeo en la red —dije.

—Sí lo haremos, no te imaginas todo lo que puede hacerse —dijo Peter—. Solo que estamos lidiando con profesionales, dos veces lo hemos logrado y lo vuelven a subir.

—Mientras tengan una copia en sus manos, estamos peleando contra un imposible.

—Sí se puede, confía, dame un par de días —pidió Peter.

—Se acabó —articulé con dolor.

—¿Qué se acabó? —dijo Ashley con gran aspaviento.

—El canal, tenemos que reconocerlo, ya no tiene salida. Ustedes pueden comenzar otro sin mí. Ash, tú no quedaste como una perra como yo.

—No nos hagas esa mierda, Cecy. No será igual sin ti. Somos un equipo —dijo David—. Sabes que he dejado muchas horas de invertirle a mi negocio *online* porque me enamoré del canal, tú y Ashley me hicieron apasionarme por él, no puedes renunciar.

—Déjala, Dave. Cecy hará lo que considere mejor para ella —dijo Ashley

resentida.

—Te apoyo, Cecilia —dijo Peter—, pero siento que te equivocas. La vida no es fácil, no podemos renunciar a nuestros sueños ante un obstáculo. Sé que ha sido duro levantar el canal, y que, aunque parezca un juego ha habido mucho trabajo detrás para que llegara al tope de donde se vino en picada, pero podemos volver a levantarnos, no podemos renunciar a nuestros sueños.

CAPÍTULO 24

Alex

Cecilia estaba en mi casa con el corazón destrozado, acomodada en mi estudio aferrándose a un nuevo estilo de vida, me explicaba sus planes y yo solo podía pensar en el desconcierto y la desilusión de mis amigos. No la podía presionar, aunque en un inicio le dije que no la iba a apoyar con la disolución del canal, no podía negarme a ser su soporte, menos cuando me miraba con esos ojos enormes, que me removían hasta la célula menos sensible de mi cuerpo. Había llegado desecha, tras haberle comunicado a Peter, Ashley y David que no volvería a grabar.

Y yo estaba a punto de quedar en medio de un fuego cruzado entre las dos mujeres que más quería. Mi madre ya tenía conocimiento del vídeo y había puesto el grito en el cielo, necesitó medicación para controlar la subida de presión que le ocasionó. No obstante, por educación y respeto a los señores Marcel que en verdad le habían simpatizado, recibió a Cecilia con una mediana sonrisa y un suspiro en el corazón, en cuanto pudo se coló en el estudio con el pretexto de ofrecerle un té a mi novia, llegó justo para escucharla mencionar que pondría fin a todo. Le abrí los ojos a mi madre para que no emitiera el comentario que estaba a punto de brotar de sus labios:

—Haces muy bien en dejar esa vida que no te ha dejado nada bueno, tu lugar es en la empresa de tu padre, es más serio, más profesional.

Me levanté con el pretexto de traer algo de fuera de la habitación, pero

aproveché para sacar a mi madre de allí, no la quería susurrando tras el oído de Cecilia, dándole los consejos que en un inicio me hicieron fracasar por tres veces consecutivas, en busca de un futuro serio y profesional que nunca fue de mi agrado. Mi misión era proteger a Cecilia, estaba decidido, la iba a secundar en cualquier locura que le hiciera aflorar una sonrisa en los labios, no quería la influencia de mi madre atormentándola, si renunciaba al canal lo haría libremente, como una elección personal, ya bastante tenía que lidiar con las imposiciones de su padre.

Fuera del estudio mi madre dijo lo que tenía atorado desde que supo de la existencia del vídeo.

—No la quiero para ti, aunque deje el canal y se enfoque en enderezar su rumbo no podrá borrar la etiqueta que carga sobre su nombre. Entiéndelo, no te conviene, está dañada. Me da pena con ella, con sus padres, pero no la quiero como tu futura esposa. Si algún día tienen hijos, tendrá que lidiar con esa vergüenza. Recapacita. ¿Con qué cara la vas a presentar ante nuestros conocidos, todos la reconocerán como esa Cecilia o Sissi Shine?

—Madre, basta. Cecilia es mi novia y no me avergüenzo de ella, la apoyo, en cada uno de sus aciertos y desaciertos. No me lo pongas más difícil y no inicies una campaña para separarnos.

—Solo te advierto que no será fácil, pero si la amas, yo qué puedo hacer.

—Respetarla, aceptarla y apoyarme.

Dejé a mi madre fuera, sabía que no se iba a detener, siempre ocurría cuando pensaba que algo no era apropiado para mí, incluso una chica. Recordé que el *Round Uno* de la suegra había iniciado cuando intentó empatarme con Elisa, solo que Elisa y yo no le dimos importancia y solo nos reímos de los intentos frustrados de mi madre por unirnos, nosotros nos queríamos como hermanos, pensar en una relación era imposible, solo mi madre no se daba cuenta de la naturaleza del sentimiento que nos unía.

Observé a Cecilia y más me convencí de estar irremediabilmente perdido por ella, de amarla hasta los huesos, adoraba verla así, cuando ella no sospechaba que la espiaba y yo me deleitaba en su belleza natural. Me le acerqué y se sorprendió, me reveló que no me escuchó entrar. Valiente, despegué mis labios y hablé:

—¿Por qué no te vienes a vivir conmigo? —pregunté, pero no supe cómo explicarle que había rentado la casa de Hunter cercana al mar, a pesar de que cuando le planteé la idea se negó.

—¿Sigues con la idea de buscar un nido?

—No viviré bajo el techo de mi madre para siempre y no creo que quieras seguir por mucho tiempo viviendo con tus padres.

—Aún no he tomado una decisión.

—¿Te gustaría conocer el lugar?

—¿Conocerlo? ¿Ya tienes un sitio en mente? ¿Estás buscando un trato con el dueño?

—Algo así.

—No es una decisión para tomar a la ligera. Me gustaría que la tomáramos juntos. ¿Te parece si lo hacemos otro día?

No le dije que ya lo había rentado, que Mary ya estaba allí con las niñas y que solo esperaba por ella para ir a instalarme, no quería presionarla. Dejé de hablar del asunto, esperé a que fluyera, a que fuera un mejor momento. La tomé imprevistamente de la cintura y la lancé sobre el sofá, me tumbé a lo largo sobre su cuerpo y la besé con ímpetu, mientras una risa loca se apoderaba de mí.

—Te amo. No me hagas secuestraste de la fortaleza del señor Marcel —le susurré cuando sus labios me permitieron recobrar el aliento.

—¿Fortaleza? ¿Por qué tienes que ponerte tan irónico con todo lo que gira alrededor de mi padre?

—Será porque aún no me cree la mejor opción para ti. No te resistas. Déjame cumplir mi nuevo propósito.

—¿Y cuál es si se puede saber? —preguntó.

—Hacerte feliz.

—Haces que pierda la cabeza, si eso es felicidad ya lo lograste.

—Entonces no me sigas privando de tu sonrisa.

Un beso dulce. Enterré los dedos en su espesa cabellera dorada que permanecía desparramada por el sofá y comprendí que no necesitaba más. Esboqué con un dedo cada línea de su rostro, le deposité un beso corto en la frente, en la nariz, en los labios, en el cuello y seguí bajando, rumbo al sur, procurando que el contacto de mis labios sobre su piel le provocara cosquillas, solo quería escuchar el sonido de una carcajada, eso para mí sería la gloria, pero como mis besos no fueron suficiente mordí con delicadeza sus costillas y su cintura, y lo hice repetidamente mientras ella se estremecía y no paraba de reír, terminó emboscándome y giramos, quedó encima de mí, sentada sobre mi abdomen y la observé desde abajo, los mechones de su cabello me rozaban el pecho. Le regalé una sonrisa:

—¿Sabes por qué te amo? Porque estás loco —me dijo.

—¿Y si asaltamos la bodega de tu futura suegra? Vamos por una botella de vino y algo para comer.

—¿Tienes hambre?

—Y sed —reconocí.

—Vamos, será mi turno de prepararte algo, como novia tendré que esmerarme.

—Digamos que te creo. Pero está sobrevalorado eso de que el amor entra por el estómago, no me importa vivir de sándwiches si los preparas tú.

—David me podría dar unas clases de cocina.

—Nos podría, tendré que tomarme en serio la tarea de alimentarnos. ¿Yo puedo comer sándwiches, ensaladas, pero nuestros hijos? Tendremos que darles una alimentación balanceada y para eso hay que usar el ingenio, los niños suelen ser melindrosos para comer.

—¿Hijos? —me dijo y le acaricié el vientre.

—¿No quieres hijos? —pregunté temeroso.

—Contigo quiero todo.

Íbamos en una nube de planes, tomados de la mano, rumbo a asaltar las alacenas de mi madre. Cuando pasamos por el salón me quedé petrificado, mi madre estaba acompañada por dos jóvenes y hermosas mujeres, las últimas que deseaba ver.

Altas, delgadas, no pasaban de los veintidós años, una rubia y otra morena. Las dos venían vestidas de negro, con un aire *rockero*, demasiado delineador de ojos y labial rojo. No sé cómo se les ocurrió a Vania y Minerva visitarme, no las había invitado. Me acerqué con Cecilia aún de mi mano, con una expresión más indescifrable que la mía. Ella las recordaba y me miró sin entender qué hacían en mi residencia las *Secuelas de mis días oscuros*. Pensé que era un nuevo modo de acoso, nada las detenía, no sé cómo se atrevieron a irrumpir en mi hogar, me faltó poco para tomarlas del brazo y sacarlas afuera, hasta que mi madre habló y entendí que era el *Round Dos* y me sentí sumamente furioso.

—Quiero empaparme de la carrera musical de Alex, ya que no queda otro remedio. Debo aceptar que mi hijo no será psicólogo. ¿Quién mejor que las presidentas de su *Club de fans* para ponernos al tanto?

—¿*Club de fans*? Ni siquiera sabía que tenía —dijo Cecilia.

—¿No lo crees con los méritos suficientes? —inquirió mi madre.

—Por supuesto, Alex es increíble, no es eso, solo que... —Cecilia se tragó sus palabras.

—Sé que es un gran músico, pagué por las mejores escuelas, reconozco su talento, solo que no era lo que quería para él —admitió mi madre—. Las chicas tienen mucha información de la carrera de Alex, las invité para que vinieran a mostrármela. Las conocí por *Twitter*. ¿No es maravilloso? ¡Mira estas fotos, se ve tan lindo! Tengo que reconocerlo, lo hice con mucho amor, es hermoso, bueno mis dos hijos son bellos. Tienen ese poder devastador en las mujeres. ¡Cuántas corrieron detrás de mi Christopher! Pero él hizo una estupenda elección, Mary es tan dulce, tan buena esposa y mejor aún como madre. ¡Por Dios! ¡Qué descortesía! No pregunté si ya se conocían.

—No fue una presentación como tal —dijo Cecilia y me sorprendió su valentía y su autocontrol, era lógico que captó en el aire lo que sucedía—. Tuve la oportunidad de verlas una vez en un concierto, pero no pudimos conocernos. Alex, ¿tendrías la bondad de presentarnos?

Me sentí incómodo, mi madre había tramado una encerrona, claro que ella ya sabía que en el pasado tuve algo con las chicas, lo que no podía entender era cómo, con lo moralista que era mamá, no le importaba con tal de sacar a Cecilia del medio

acercarme de nuevo a ellas.

—Vania, Minerva, les presento a mi novia, Cecilia —enfaticé la palabra novia.

Un silencio gélido fue cortado por las palabras de mi madre, tras las que ninguna de las tres mujeres dijo el tradicional ‘mucho gusto’.

—¿Se quedaron mudas? —preguntó mamá.

—Pues qué afortunada eres, Cecilia, gusto en conocerte, Alex habla tanto de ti —dijo Vania y me clavó la mirada sin intención de quitármela de encima.

—¡Oh, Alexander, ni nos has saludado! ¿Dónde están los modales que te ha enseñado, Denisse? —dijo Minerva y me impactó la familiaridad y el descaro con que se refirió a mi madre, un trato que mamá no le había ofrecido a Cecilia.

Minerva se puso de pie con la intención de acercarse a mí para darme un beso y la frené con un seco ‘hola’, y antes que las cosas se pusieran más locas añadí:

—Cecilia y yo vamos de salida. Tenemos cosas que hacer. Mamá, te dejo para que termines de informarte de mi carrera musical, pero si deseabas los pormenores podías haberme preguntado directamente, es más saludable que seguirme en *Twitter*, hay muchas cosas que se salen de contexto y podrías interpretar mal. No quiero que te vuelva a subir la presión.

—No te preocupes, querido, estoy tomando la medicación —dijo mi madre más calmada que nunca, para mi sorpresa.

—En ese caso me despido.

Cecilia me miró desconcertada, más por mi inminente decisión de abandonar la casa, se despidió de mi madre e ignoró deliberadamente las insinuaciones de las *Secuelas*, fue por su bolso, el que había dejado en el estudio y salimos de la mano. Una vez que cerramos la puerta me soltó y todo su control desapareció. Me miró pidiéndome explicaciones. Yo no sabía por dónde empezar.

—Pensé que tu madre comenzaba a aceptarme luego de su amabilidad el día de la cena. ¿Vio el vídeo? —indagó.

—Lo vio, le ha dado por estar al pendiente de mi *Twitter*, estoy al cerrarlo —dije.

—¿Y ahora quiere borrar me de tu vida? De nuevo.

—Si mi madre supiera todo lo que he hecho con Vania y Minerva sería la primera en sacarlas de nuestro hogar.

—No quiero que me recuerdes cuando te revolcabas con ellas y no me importa si le aclaras ese punto o no a tu madre, solo quiero irme, no regresaré jamás.

—No tendrás que hacerlo si no quieres, mi madre te ha ofendido y hablaré con ella más tarde, aclararé el mal entendido. A la larga mamá terminará por amarte, solo que le cuesta confiar en mi buen juicio, si te conociera como yo te conozco...

—Esto no habría sucedido si fueras más cuidadoso con quien metes en tu vida. Les dijiste que te dejen en paz y no veo que resulte, todo lo contrario, siguen ganando terreno, ahora tendré que preocuparme porque estarán metidas en tu casa a todas horas.

—Te juro que nunca más pasarás por una humillación como ésta, arreglaré ese asunto con mi madre, pero por favor no permitas que logren su objetivo, mírame, no les des el gusto, recuerda, nada ni nada podrá separarnos.

—Me voy, Alex —dijo.

—Te acompaño —le ofrecí.

—No lo creo, ocúpate de tu visita. No estoy de humor para verte, estoy enojada, tanto que terminaré por decirte algo y después me arrepentiré. Mejor tomemos un respiro y mañana hablamos con calma.

—Quédate conmigo, no te vayas. Déjame llevarte a un sitio que hace rato deseo que conozcas.

—¿Crees que ahora tengo cabeza para eso?

Por toda respuesta se subió al auto que la había traído, con el chofer o guardaespaldas que su padre le había contratado y desapareció, dejándome con un fuerte dolor por su ausencia, el que poco a poco se convirtió en ira. Quise entrar y relatarle a mi madre con lujos de detalles cada uno de los encuentros candentes que tuve con las presidentas de mi *Club de fans*, pero no podía levantar la voz contra ella, a pesar de todo era mi madre y la respetaba, entendía que su frustración la había arrastrado a tomar una decisión irracional, también sabía que Vania y Minerva eran

una solución temporal para mamá, a ellas también las sacaría del medio, buscaría una oportunidad para hacerlo, ahora eran dos piezas que manipulaba a su antojo. Ardí en deseos de levantar del cómodo sofá de mi madre a las *Secuelas de mis días oscuros*, de un brazo a cada una y mostrarles de una forma poco educada la puerta de salida. No soportaba ver sufrir a Cecilia y sabía que esta afrenta, aunque la dejaba rabiosa, en el fondo la lastimaba. Mi madre era alguien más lanzando piedras sobre el paso que Cecilia había dado en falso. Ignoré mis deseos y mi ira, tomé mi auto y desaparecí, ajustaría cuentas con cada una cuando la cabeza no me hirviera.

CAPÍTULO 25

Cecilia

Lo último que deseaba era lidiar con las patadas de ahogado de Denisse Huxley. Ella no me creía buena influencia para su hijo y no estaba de humor para intentar limpiar mi imagen delante de ella. Ahora quería enfocarme en mí, en sentirme bien conmigo misma, en levantarme, cuando eso ocurriera voltearía a verla, ahora no podía perder el tiempo con los que no me querían. Ashley, David y Peter eran mi preocupación, terminamos por separarnos y eso me dolió demasiado, no sabía cómo sería mi vida sin tenerlos cada minuto del día, por supuesto que seguiríamos siendo amigos, no podíamos borrar de un zarpazo el cariño que nos teníamos y que había crecido lentamente, pero mis amigos tampoco disimularon su descontento tras mi resolución. Lo último que escuché de sus labios fue que los chicos se iban a enfocar en el negocio de Dave y que Ashley iba a seguir sola con el canal, con el apoyo de los otros dos y por supuesto de los *nerds*.

Tomé la decisión de darle una oportunidad a mi padre, me dejaría guiar como nunca lo hice, en algo tenía razón, algún día iba a heredar su negocio y tendría que saber qué hacer con el patrimonio familiar. Sería insensible de mi parte no pensar en cada una de las personas que dependían de la empresa. Así que le comuniqué a mi padre mi determinación y lo acogió con asombro.

—¿Estás hablando en serio?

—Jamás jugaría con un asunto tan importante —le aseguré.

—¿No te arrepentirás más adelante?

—Espero que no.

—Mañana a primera hora irás conmigo, tenemos el lanzamiento de un medicamento. Será a puertas cerradas, estarán presentes clientes selectos. Me sentiré muy orgulloso de tenerte a mi lado.

Por supuesto que estaba nerviosa, por un lado, el cambio radical de mis actividades, por otro, el entrar de lleno en un mundo del que me había mantenido ajena por completo, del que no sabía absolutamente nada. Para rematar, se me ocurría hacer mi entrada un día de manteles largos.

Amaneció y aunque mi padre ya se había encargado de que trajeran todas mis pertenencias del último apartamento, mi ex nido, del que me habían echado, no encontré algún atuendo apropiado para la ocasión. Traté de hacerlo lo mejor que pude, no estaba Ashley para guiarme con sus certeros consejos sobre moda, así que me coloqué un pantalón gris oscuro y chaqueta a juego, blusa blanca, zapatos negros altos y una bolsa que sirviera para guardar un poco más que el móvil. Estaba esforzándome por tener una vida normal, si eso era posible para una mujer como yo, mi padre no podía disimular la felicidad.

Subí a mi auto con el amable escolta, que haría lo mismo de conductor que de guardaespaldas, y partimos en caravana. Mi teléfono comenzó a hacer ruido, vi el nombre de Alex en la pantalla, desde el incidente del día anterior con las malditas acosadoras, porque no podía llamarles de otra forma, no habíamos cruzado ni siquiera un mensaje. Me digné a contestar:

—Amor, ¿cómo te sientes? —preguntó.

—Fantástica, Alexander.

—Me alegra saber que estás de mejor humor. Perdóname, de veras. Lo de ayer no se repetirá. Hunter me acaba de notificar que en unos meses nos iremos de gira, quería preguntarte si estás dispuesta a acompañarme.

—No lo creo prudente —dije.

—¿Por qué? Habíamos quedado que me acompañarías en las giras salvo que tuvieras una grabación importante.

—¿Y pensaste que ahora que estoy ‘desempleada’ sería una especie de *groupie*, como esas acosadoras del demonio? Lo siento, no puedo, tengo una vida de la que ocuparme.

—Solo quería que estuviéramos juntos, porque nos amamos, me hiere tu sarcasmo, pero no lo tomaré personal, sé que estás pasando por una etapa. Solo quiero preguntarte algo: ¿cuándo regresará la Cecilia de la que me enamoré?

—Lo siento, Alex, no puedo seguir con esta discusión, estoy en camino a un evento en la empresa de mi padre, harán un lanzamiento de un nuevo medicamento para clientes especiales.

—¿Y cuándo lo decidiste? Ayer no me dijiste nada.

—Anoche le comuniqué a mi padre que quiero conocer a fondo el negocio familiar y me hizo la invitación.

—¿Y cuándo resolviste que serías esta nueva Cecilia empresaria?

—No entiendo tu ironía.

—Teníamos planes, si ibas a cambiarlos podrías al menos habérmelo comentado.

—No sabía que para tomar decisiones en mi vida tenía que pedirte permiso, ni siquiera les he dado ese poder a mis padres.

—No tienes que pedir permiso, pero detesto ser el último en enterarme. Al parecer el señor Marcel se salió con la suya, que lo disfrutes, estás ayudando al responsable de la pérdida del canal.

—Mi padre sería incapaz de atentar contra mí de una forma tan baja, muy a diferencia de tus acosadoras, tal vez son ellas las que han arruinado el canal y ahora intentan separarnos. Si al final lo logran será tu culpa por inconsciente, por enredarte con ese par de locas.

—Ellas no tienen los recursos.

—Ellas tienen las armas para conseguir los medios para hundirme, estoy cansándome de esta guerra, lo mejor será entregarles de una vez el trofeo y que me dejen en paz de una buena vez.

—¿Estás segura de lo que dices?

El auto arribó a la empresa y ya mi padre me esperaba para ofrecerme su brazo y conducirme al interior lleno de orgullo. Le colgué a Alex sin previo aviso y me dejé guiar por el hombre que me tendía la mano, a pesar de haberlo avergonzado a nivel internacional, el que creía que yo era merecedora de reemplazarlo llegado el momento, sin importar la estela de desastre que había dejado a mi paso. Mi padre estaba tan feliz que parecía que había olvidado los estragos que aún arrastrábamos, la duda y el temor hicieron mella en mí cuando puse el primer pie dentro del enorme edificio:

—Papá, ¿tus socios estarán presentes?

—La mesa directiva completa, ¿por qué lo preguntas? —enfaticó.

—¿Qué pasará si no me respetan, si piensan que soy una burla tras el escándalo?

—Levanta la cabeza, yo creo en ti, tienes que confiar en tus capacidades.

Respiré y me embriagó su aroma, esa que había olvidado con el pasar de los años, la que me infundía seguridad cuando era una niña. Seguí caminando por el reluciente piso de mármol que parecía un espejo, el eco de mis tacones podía escucharse como un ligero repiquetear. Mi padre me cobijó con su mirada de amor, me aferré a su brazo y enderecé la espalda, estiré las piernas en cada zancada.

Antes de entrar a la sala, la mirada de uno de los asistentes casi me incinera, atentando contra la seguridad que me esforzaba en mantener, Eric Hannes, el novio abandonado. Recordé que su giro de negocio eran las farmacias, de las que mi padre también era proveedor, y además, estaba el lazo de amistad entre nuestros padres, el que estrechaba aún más los nexos comerciales. La forma en que Eric me fusiló con los ojos dejó en claro que no estaba feliz de verme, intenté saludarlo con la vista y me correspondió sin suavizar la dureza de su gesto.

—Espero que no te moleste la presencia de Eric —dijo papá al percatarse de la tensión en nuestro cruce de miradas.

—Por supuesto que no, imagino que es uno de los clientes distintivos, sus farmacias son muy prestigiosas.

—Más que eso, Eric es como un hijo para mí y le ofrecí participar en la mesa directiva. No sabía que de la noche a la mañana ibas a mostrar interés en nuestros

negocios.

La noticia me cayó como un balde de agua fría. Sin ahondar en el tema, me dejé guiar por mi padre que continuó presentándose a los asistentes al evento. Cuando nos acercamos a Eric, papá y él se estrecharon en un abrazo que no ocultaba que para mi padre seguía siendo el yerno ideal. Eric solo me saludó con un leve movimiento de cabeza precedido por mi nombre. Cada quien tomó su lugar, se apagaron las luces y nos dejamos sorprender por el nuevo medicamento para la disfunción eréctil, el que muy pronto sería la competencia del sildenafil, más popularmente conocido como viagra. El diseñado en los laboratorios de mi padre, según explicaba la presentación tenía menores efectos secundarios que sus homólogos en el mercado. Se me hizo interesante, no obstante, los efectos adversos propios de las medicinas no me dejaban tranquila, era algo que me hacía sentir incómoda con el negocio familiar, porque casi ningún compuesto estaba exento de tenerlos.

Tras la presentación y las palabras del gerente comercial, mi padre fue requerido en la sala contigua para una conferencia de prensa. Decidí no replegarme en el asiento y me dispuse a caminar por el salón, acudí al servicio de *catering* por una copa de *champagne* y mientras lo saboreaba un suave viento me rozó la parte trasera del oído. Su olor, tan predecible, sofocó mis fosas nasales:

—¿Es una coincidencia o has tenido un repentino brote de moral tras el nefasto desenlace de tus aventuras como niña mimada? —preguntó esa voz.

Me volteé para quedar frente a Eric, más cerca de lo que lo hubiese deseado. Mis senos casi rozan sus pectorales, que se veían duros como roca debajo de su traje impecable. Pensé dar un paso hacia atrás, pero no le iba a demostrar que estaba aterrada.

—Eric, también me agrada poder saludarte, lamento que mis palabras no sean tan hirientes como las tuyas, sin embargo, entiendo que te sobran motivos para odiarme —le dije.

—¿Me quieres dar una lección de madurez? De seguro estás bajo los efectos de algún ansiolítico. De veras, Cecilia, no sé cómo puedes estar aquí después de la divulgación de ese vídeo. Ni yo mismo sé cómo pude ponerme de pie después de verlo y salir a darle la cara al mundo. Me has hecho quedar a nivel internacional no

solo como cornudo. ¿Cualquiera podría entender que te enamoraste de otro? Pero ése no fue tu caso. Atentaste contra mi virilidad, me hiciste quedar como poco hombre, incapaz de satisfacer a una mujer —se desahogó.

A fin de cuentas, tenía razón y no supe qué contestar. Su tono de voz comenzó a dejar en evidencia que nuestro encuentro no era afortunado, agradecí que las cámaras estuvieran muy lejos del nuevo foco de habladuría.

—No fue a propósito, Eric, alguien quiso o quiere joderme y sacó todo de contexto.

—Me importa un carajo, solo sé que estuviste delante de una cámara, dejándome en evidencia y argumentando las razones por las que no podía satisfacerte sexualmente, lo dijiste tú, nadie lo sacó de contexto. ¿Y ni siquiera puedes jactarte de hacerlo para castigarme por mi infidelidad? En ese tiempo aún no conocías que tenía una amante.

—Lo siento, me sentí acorralada por nuestra situación.

—¿Nuestra situación? Dilo con todas sus letras, estabas frustrada porque no te satisfacía en la cama. Podíamos haberlo hablado como adultos.

—¿Seguro? Intenté hablarlo contigo tantas veces y siempre me despreciabas.

—No tenías el derecho —dijo y su voz subió otros decibeles. Me tomó por el brazo y comenzó a apretarlo cada vez más, el resto de las personas aún no lo notaban.

—Eric, creo que no es el sitio para aclarar ese asunto, si lo deseas nos podemos ver más tarde —dije intentando liberarme, pero sin hacer aspavientos, lo último que deseaba era que mi primera visita en la empresa fuera recordada por otro escándalo. Eric me oprimió aún más, me estaba lastimando. Sus largos dedos habían trazado un surco como brazalete alrededor de mi delgado antebrazo, y el cerco de dolor cada segundo era más ajustado.

—No iré contigo a ningún lado —dijo y pensé que yo menos, no quería estar a solas con él tras lo agresivo que se estaba volviendo. Sabía que estaba dolido por mis revelaciones delante de una cámara y más porque se hicieron públicas, pero no tenía derecho a lastimarme—. No confío en ti, tal vez lo saques a colación y lo vuelves a hacer viral. Tu padre me sorprende, en vez de reprenderte y quitarte privilegios te premia trayéndote a la empresa como si lo merecieras, como si fueras

alguien de quien pudiera sentirse orgulloso. Esto es absurdo, ridículo. Todos los que te saludan y hacen reverencias a tu paso, por detrás escupen la palabra que te mereces, eres una zorra, no mereces la buena suerte que te ha tocado en la vida.

—Suficiente —dijo una voz calmada que intentó ponerle un alto a Eric—. ¡Suéltala! No te conviene llamar la atención.

—¿Y quién es el defensor? ¿No me digas que es el guardaespaldas que te contrató tu padre? —Eric averiguó indignado.

—Soy el doctor Christopher Huxley, no sé si has tenido la suerte de conocerme en persona, pero recuerdo perfectamente que una vez me demandaste.

—¿Eres el hermano de ese fantoche? —preguntó Eric sin soltarme, apretándome más.

—Soy el hermano del hombre que se quedó con tu novia —respondió Christopher.

—No estoy de humor para tratar contigo, por favor no te metas en nuestros asuntos.

—Cecilia es la novia de mi hermano y no la voy a dejar en manos de un bruto para que abuse de ella impunemente. Creo que te conviene salir y tomar el aire.

—No sé de dónde saliste, ni qué haces aquí, pero lo último que haré será obedecer tus órdenes. Te metiste con la persona equivocada.

—No le temo a tus amenazas —dijo Christopher y me liberó de la presión de Eric con un movimiento certero, que tomó a este último desprevenido.

—Cecilia y yo hablaremos ahora en mi oficina. ¡No te metas!

Eric insistió, me tomó por la fuerza y antes de obligarme a dar unos pasos, Christopher le puso un alto con la mano abierta de forma contundente sobre el pecho, que le hizo dar dos pasos hacia atrás y soltarme.

—¡No vuelvas a tocarla! —le advirtió Christopher.

Eric se fue de allí mascullando improperios contra Christopher y contra mí. El mayor de los Huxley venía enfundado en un traje de tres piezas oscuro, de Hugo Boss, que le hacía lucir muy seductor, en algo tenía razón la señora Huxley, sus hijos eran hermosos. Sin embargo, toda la belleza de su rostro se veía empañada por una

expresión que no se distinguía hasta no tenerlo muy cerca. Distaba del Chris furioso en ropa de ejercicio que invadió mi departamento semanas atrás. La huella de aflicción y cansancio se veía en el fondo de la languidez de su mirada.

—Gracias, Christopher. No debiste desafiar a Eric, suele ser vengativo —le dije.

—¿Cómo te sientes? —preguntó y estiró la mano para tocar mi brazo lastimado, solté un leve quejido ante el contacto—. Disculpa.

—No te preocupes, estaré bien. ¿Qué haces aquí?

—Tu padre me invitó, un privilegio inmerecido por ser tu cuñado, veo que el evento es para clientes distinguidos. Supo en la cena que vendemos sus productos en la farmacia que tenemos en la clínica. Invité a un par de médicos con los que trabajo, como psicólogo no receto medicamentos, curo a través de la palabra.

—Como sea, me alegro que estés presente, me salvaste de ese cretino. Tal vez ahora tengamos un encuentro más agradable, futuro cuñado. La verdad es que cada vez que nos hemos visto ha sido un desastre. La primera casi muelas a golpes a Alex —obvié la vez que le dio la paliza al doctor Macabro, no quería traer al presente el recuerdo de la pérdida de su padre—, o qué decir de la rara visita que me hiciste en mi antiguo departamento, fuiste poco cortés.

—Nada cortés, perdona, he estado pasando por cambios que me traen de cabeza. Ni qué decir del extraño encuentro en la bodega de la casa de mi madre, donde perdiste tu ropa interior—. Me dio a entender que yo tampoco era una blanca paloma. Sus labios esbozaron lo que sería el inicio de una carcajada, pero no emitió el sonido, parecía desanimado.

—¡Qué vergüenza! Lo siento tanto, no fue lo que pareció —recordé ese incidente, el más vergonzoso de todos. La verdad era que Christopher y yo nunca habíamos tenido un encuentro normal.

—Lo que pareció es lo más natural del mundo, no te disculpes, soy un idiota por recordártelo, un caballero no tiene memoria.

—Hoy también ha sido inusual, pero te agradezco liberarme de las garras de Eric. ¿Una copa? —dije invitándole a beber algo.

—Muchas gracias —dijo y la tomó.

No me pasó desapercibido que tenía la mano vendada, le pregunté a qué se debía y me contestó que había sido un accidente.

—¿Sería mucho abusar si te pido que no le digas nada a Alex del altercado con Eric?

—Las cosas no han estado muy bien con mi hermano, preferiría no guardarle secretos, menos si tienen que ver contigo.

—Solo quiero evitar que se enoje y le reclame a Eric.

—No estaría mal si lo hace, el tipo es nefasto y merece un escarmiento, no está bien agredir a una mujer y Alex es tu pareja, debe ponerle un alto.

—Estamos de acuerdo, pero no quiero que Eric lastime a Alex —admití.

—Dale un voto de confianza a mi hermano, lo enseñé a defenderse desde pequeño.

—Eres el psicólogo más raro que he conocido. Los psicólogos son tan calmados y...

—Y yo soy impulsivo.

—No quise decir eso—. Me arrepentí de inmediato de mi comentario.

—Tienes razón, no sé qué está pasando conmigo, de un tiempo para acá todo va de mal en peor en mi vida y aunque me esfuerzo no puedo esconderlo, no hay que ser profesional de la salud mental para darse cuenta. No siempre he sido así. Es patético. Discúlpame con tu padre, tendré que irme sin despedirme, no me siento bien.

Terminó el resto de la bebida, seleccionó otra copa y la bebió como si fuera agua, acto seguido le pidió al barman algo más fuerte, le ofrecieron un whisky en las rocas y lo tomó hasta el fondo. No pudo disimular que mis palabras tocaron la tecla inadecuada, la escondida. ¿Por qué tuve que hacer referencia a su profesión y dar a entender que carecía de una habilidad propia del psicólogo? Supe que había mucho más en esa recóndita madriguera donde había colado mi cabeza.

—Espera. No te vayas así. Déjame compensarte por haberme rescatado del ogro de mi ex. ¿Qué tal si te invito a tomar un café? —le ofrecí

—¿Estás segura? No tienes pendientes aquí en la empresa.

—Es mi primer día, puedo ausentarme un rato.

—Vamos, pero no tomo café cuando salgo, lo dejo para desayunar y para la oficina. ¿Te parece si te invito a unos tragos, ya iniciamos con el champagne y el whisky?

—¿A esta hora de la mañana no creo que...?

—Conozco un lugar fantástico, tengo una cita de negocios en un par de horas con alguien ahí, ¿te parece si llegamos antes y tomamos algo?

Y salí escoltada por aquel hombre alto, misterioso, atormentado, doctor Perdición. Yo tenía esa habilidad de recomponer los pedazos rotos de quienes ya no soportaban una carga, y Chris, ya no podía ocultar el agotamiento que le causaba el peso sobre su espalda.

Me condujo a la cafetería de un hotel, el *Omni Los Angeles at California Plaza*. Si mal no recordaba era el mismo en el que se hospedaba Mary, David me lo había dicho. ¿Christopher sabría que su esposa se alojaba ahí? Hasta donde sabía, Mary no quería encontrarse con él. En un área privada tomamos asiento y nos tomaron la orden. Pensé pedir un *cappuccino*, pero cuando el doctor Perdición pidió un vodka, para no desentonar pedí un Martini, en verdad lo necesitaba. Ya me estaba arrepintiendo de haberlo acompañado, ¿qué tramaba? ¿Estaba vigilando a Mary? ¿Realmente tenía esa cita o pretendía sacarme información al respecto?

—Cuéntame, cuñada, ¿qué tan enamorada estás de mi hermano porque él se ha vuelto un idiota por ti? —preguntó y me sonrojé, no pensé que me lo preguntara sin miramientos—. No tienes que contestar, se te nota en los ojos. Son afortunados, aún están a tiempo de iniciar una linda relación, aún no han tenido tiempo de cagarla como lo hice yo con Mary.

—¿Te parece? Creo que Alex y yo hemos tenido un inicio poco habitual — dije.

—Tienes razón, por un momento olvidé el vídeo y el escándalo inicial, producto del resentimiento de Wallace.

Pidió otro trago e hice lo mismo.

—El maldito doctor Macabro —dije, me sentí aliviada porque el hombre de mi padre nos había seguido con su auto, después de dos copas no me gustaba

manejar.

—Solo a Alex se le puede haber ocurrido hacerse pasar por mí para atender a una de mis pacientes, y peor aún, enamorarse de ella—. Una triste carcajada salió del fondo de su garganta—. Eres hermosa, entiendo que haya perdido la cabeza. Al principio creí que se le pasaría, pero me demostró que no. Llevaba tiempo saliendo con una chica y aunque nos la presentó como ‘amiga’ nunca vi ese brillo que tiene en los ojos desde que te conoció. Me pregunto cómo habría sido nuestras vidas si en vez de Alex yo hubiese sido tu psicólogo.

—Me alegro que no, tal vez hubieras arreglado lo que estaba roto en mí y habría terminado casada con Eric.

—Eso nunca, Eric acaba de demostrar que es un imbécil. Nunca tendrá éxito con una mujer, es un machista retrógrado, le falta mucha sensibilidad para entender la forma de sentir de una mujer. Desde que le pediste hablar debió tener humildad y no sentir atacada su hombría, cuando hay un problema en la cama la responsabilidad es de dos.

Pidió otro trago y cuando el camarero me preguntó si deseaba otro Martini negué de inmediato, no podía seguir bebiendo con el estómago casi vacío.

—¿Entonces esto quiere decir que somos amigos? Ya no te opondrás a nuestra relación —pregunté lo que me interesaba, era suficiente con tener a la suegra encima, sería un alivio tener a Christopher de mi lado.

—Fui un idiota por hacerlo.

—Te juro que no soy la persona frívola y sin calidad humana que el maldito que está detrás de mi pellejo les muestra en el vídeo.

—¿Cómo llevas el acoso en las redes?

Temblé, la gente que amaba me había preguntado mil veces, me habían brindado su apoyo, pero no sé por qué Christopher me dio otra impresión, la de que quería escuchar la verdad y no solo remediar o componer el daño.

—Me siento responsable, no de mi estilo de vida y sí de no ser lo suficientemente cuidadosa, no me puedo perdonar que otros hayan salido lastimados, mi padre, Alex, Peter, Ashley, David e incluso el desgraciado de Eric... Tú y tu clínica tampoco se salvaron.

—Por mí no te preocupes, ése es ahora el menor de mis problemas. De todas formas, la clínica está pasando por una fase, algunos médicos se han retirado, desde el ataque de Wallace no me he podido recuperar.

—Me siento mal por eso. El maldito doctor Macabro se aprovechó de la química entre Alex y yo para echarles tierra encima. Alex siempre ha dicho la verdad, éramos una tentación el uno para el otro, pero no sucumbimos a nuestros deseos hasta que él renunció a su carrera.

—Ya no pensemos en lo sucedido. Wallace se iba a valer de lo que sea para destruirme. Te contaré algo que no sabe nadie, no es solo envidia —dijo y estaba algo borracho, no me perdonaría que me revelara algo que sin los efectos del alcohol hubiese preferido callar, pero continuó—: A Wallace nada lo detendrá, éramos amigos hace muchos años, cercanos, compañeros de piso, de juerga. En nuestra etapa de universitarios, una noche de fiesta y desenfreno nos fuimos con dos chicas al piso. Habíamos mezclado marihuana y alcohol, estaba muy excitado y comencé a besar a la que me traje, la desnudé y nos enrollamos. Terminé teniendo sexo con ella y Wallace hizo lo mismo con su pareja en el mismo salón. *Cada uno en lo suyo*, pensé, si es que podía coordinar una idea con otra. Sin darme cuenta ellos se acercaron a nosotros, demasiado. Y todo se volvió confuso, el sexo y las drogas me tenían poseído. La chica de Wallace se unió a la mía y las dos me daban placer mientras Wallace iba por tragos para todos. Cuando reaccioné, él ya había vuelto y me estaba acariciando, quiso besarme y lo empujé lejos, pero no pude frenar a mis amigas, seguí teniendo relaciones con ellas, me estaban volviendo loco y yo había perdido la cabeza por el exceso de sustancias en mi organismo, aunque no tanto como para consensuar las intenciones de Wallace. Él no se atrevió a volver a tocarme, pero lo dejé observar a distancia mientras se masturbaba viendo como ellas me poseían. Al día siguiente lo confronté, le pregunté que, si la impresión que tenía era cierta y no lo negó, me reveló que me amaba y que estaba desquiciado por mí. Intentó convencerme, abrazarme y le puse un alto. Le dejé claro que no sentíamos lo mismo y dejé el departamento.

—¿Cuántos años han pasado de eso? —pregunté. No había podido frenarlo, él soltó todo y me temía que cuando se le pasara el efecto del alcohol se iba a arrepentir de su revelación.

—Más de diez y desde entonces no ha parado de ponerme piedras en el camino. No me ha podido perdonar no corresponderle.

—¿Qué extraña forma de amar la del doctor Macabro!

—Eso no es amor.

—¿Y si lo denuncias ante el Consejo de Psicólogos?

—Wallace no me acusó, se valió de Eric para hacerlo. Aunque todos saben que me odia nadie conoce lo que hay en el fondo, piensan que es envidia profesional. No puedo denunciar su acoso sin que el asunto se vuelva más vergonzoso. Tampoco será bueno para la clínica y al final creo que la terminaré perdiendo, ahora menos que nunca tengo fuerzas para luchar. Si estuviera en mejor momento hubiera buscado ya una solución, es solo que no tengo cabeza. Ahora mi preocupación no es Wallace.

—¿Es tu separación de Mary?

—Ese es el cincuenta por ciento de mis problemas.

—¿Te gustan las estadísticas o estás muy consciente matemáticamente de lo que te atormenta? ¿Y el otro cincuenta por ciento?

Ni siquiera me escuchó, seguí la vista para ver en qué se había distraído y me sorprendió ver que devoraba con los ojos a una pelirroja despampanante, vestida de forma bastante provocativa para la hora de la mañana. La recién llegada avanzaba en nuestra dirección con un portafolios profesional y unos tacones de doce centímetros de altura. La mujer se acercó y preguntó sin quitarle la mirada a Christopher, era evidente que se conocían:

—¿Interrumpo?

—Para nada, te esperaba. Te presento a Cecilia Marcel, la novia de mi hermano. Cecilia, ella es la doctora Abigail Collins.

—¿Tu cita de negocios? —pregunté y él asintió. Por la forma en que le colocó la mano detrás de la espalda al saludarla con un beso y la familiaridad con que le corrió la silla para sentarse entendí que tal vez era el motivo por el que Mary lo abandonó. *¿Qué doctorcito! Solo espero que las mañas de mi cuñado no se le peguen a Alexander.* Quedé hipnotizada por la energía sexual que las miradas de estos dos provocaban. De inmediato me di cuenta que sobraba y que me había quedado muda por el temor de que Christopher se encontrara con Mary y aquella mujer ahí. ¿Debía decirle a Chris para que huyera de ese hotel o solidarizarme con Mary? Por supuesto, haría lo segundo, era mujer como yo y siempre había sido muy amable conmigo—.

Creo que regresaré a la empresa, mi padre debe estar preocupado porque salí sin avisarle. Fue un gusto hablar contigo, Christopher. Doctora, un placer conocerla que la cita de negocios sea muy provechosa.

Ipsa facto me arrepentí de mi comentario.

CAPÍTULO 26

Alex

Mi teléfono móvil timbraba y era Cecilia. Aún seguía ensayando con la banda. Cuando hice señas para que siguieran sin mí me maldijeron, odiaban que nos interrumpieran. Hunter que se creía el dueño de cada uno de nosotros no tardó en preguntarme:

—¿Y ahora qué, Alex?

—Es Cecilia —le respondí.

—¡No fastidies! —exclamó Hunter.

—Es importante, tuvimos una discusión, debo contestar, no tardaré —le comuniqué, no le estaba pidiendo permiso.

—Estamos ensayando, respeta el tiempo de trabajo, carajo. Cuando no es la novia de uno, es la *groupie* del otro, estoy harto de esta mierda. Tendré que hacer ‘Operación teléfono’ como en las escuelas y dejar una caja para que cada uno deposite su móvil. ¿En qué idioma tengo que repetir que no recibimos llamadas en los ensayos? ¿Cuándo me han visto contestar el teléfono? —despotricó.

—Cuando te habla tu madre —dijo el guitarrista—. ¡Y no grites, loco, cuida la voz!

—¡No te hagas el gracioso! Mi madre no me hablaría por gusto. ¡Carajo, Alex! Tienes cinco minutos, tú y Cecilia están envueltos en una estela de drama. Ya

supérenlo. Todos, cinco minutos de descanso, aprovechen para telefonar a sus mujeres y decirles que las llamadas están prohibidas el resto de la jornada.

Para cuando Hunter terminó su discurso ya Cecilia había colgado, así que le devolví la llamada, tenía el corazón en un puño, por eso cuando, obviando lo sucedido con mi madre y nuestra disputa matutina, me dijo:

—¡Alex, tu hermano está tomándose unos tragos en el hotel donde se hospeda Mary y está con una doctora, dice que, en una cita profesional, pero parecían dos gatos en celo y Christopher ha tomado más de la cuenta! Haz algo. Hay que evitarle una humillación a Mary si se encuentra por casualidad con ese par.

—Detente, respira. ¿Chris está con Abigail? —pregunté.

—Sí, ése era su nombre —me contestó.

—No te preocupes por Mary, ella ya no se hospeda en el hotel y por desgracia fue inevitable que los viera hace un par de días.

—¡Oh, mierda! ¿Y cómo está?

—Estará bien.

—¿Esa mujer es su amante?

—La verdad no estoy seguro de lo que se traen, pero parece que sí. Mary lo sabe y no ha querido hablar sobre ello y Christopher menos.

—Tu hermano no está bien, bebió mucho alcohol y después parecía hechizado por la doctora Collins.

—¿Qué hacías con Chris? —Me surgió la duda.

—Nos encontramos en el evento de la empresa de mi padre. Me dijo tu hermano que papá lo invitó el día de la cena en la casa de tu madre.

—Algo de eso había escuchado, ahora lo recuerdo.

—No lo vi bien y lo invité a tomar un café, pero él al parecer quería emborracharse. ¿Christopher tiene problemas con la bebida?

—No, mi hermano no suele beber. Algo está pasando con él y tendré que averiguarlo. Te agradezco haberme avisado. ¿Ya no estás enojada conmigo?

—Alex, yo...

El grito de Hunter para volver al trabajo me taladró los oídos, negué con la cabeza y le dije que tenía que regresar al ensayo, así que dejamos el tema pendiente. Tomé las baquetas y me concentré en la partitura.

Cinco horas después intenté comunicarme con mi hermano sin respuesta de su parte. Llamé a su casa y tampoco me respondió. Conduje a la clínica. Al ver a Martha me recibió con un abrazo:

—No te perdono que me tengas abandonada, como se ve que la vida no te castiga o estarías aquí.

—Soy un ingrato, ¿cómo puedo olvidar que me alimentaba con tus deliciosos emparedados? —recordé.

—¿Has sabido de Mary?

—Está bien dentro de lo que cabe. Vine a preguntarte por Christopher.

Ella hizo ese gesto con los ojos que me indicó que había problemas.

—No puedo darte señales, solo me dijo que cancelara todas sus citas, de nuevo.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo eso?

—En el último mes, más de la cuenta. Alex, la clínica se está yendo por el caño. Tu hermano está quedando mal de continuo con sus pacientes y los médicos se están yendo a otros sitios a poner sus consultorios. Los médicos que aún le son leales le han dado varias estrategias para volver a levantar la clínica, aún no todo está perdido, pero a Chris ya no le importa. Desde que Mary lo dejó se ha dejado derrotar y Wallace sigue ensañándose con él. No entiendo por qué lo odia tanto, se ha empeñado en destruirlo. Es un ser mezquino.

—Christopher no está bien y se ve reflejado en la clínica, en las finanzas. ¿Sabes si ha recibido llamadas de la doctora Collins?

—Aquí no, pero lo he escuchado hablar con ella desde su móvil —aseguró Martha.

—Me voy, intentaré encontrarlo.

—Ayúdalo, Alex, tu hermano está mal y no sé qué lo atormenta. Christopher terminará por colapsar. Hubo una época que tus padres estaban muy preocupados por él. Murmuraban sobre el muchacho, pero no supe en verdad qué le sucedía, imagino que les daba vergüenza admitirlo, era un secreto entre los dos.

—No dejaré que Chris se hunda —le aseguré.

—Cuenta conmigo para lo que necesiten.

Me comuniqué al hotel y referí que era urgente hablar con uno de sus huéspedes, di su nombre y me dijeron que ya no se encontraba. Me despedí de Martha, tomé mi auto y conduje hasta su casa. Tras llamar repetidas veces y no recibir respuestas abrí con la llave que aún tenía.

—¿Qué diablos te ha pasado? —le pregunté a mi hermano al verlo tirado en el sofá vencido por el sueño, en bóxer, con la camisa del traje y la corbata aún puesta. La venda de la mano estaba manchada de sangre.

—He tenido una recaída —dijo despabilándose.

—¿Recaída? ¿Qué está pasando contigo, Christopher? Habla si quieres mi ayuda porque ni siquiera sé cuál es tu problema. Tú y Mary han estado muy extraños últimamente y con silencios que no me atrevo a quebrar. Las hipótesis que tengo son muchas, ¿padeces depresión, adicción a algún tipo de droga? Habla. Mary dice que no tiene derecho a revelarme un asunto tan delicado, que a ti te corresponde... pero luego me mira con esa súplica implícita, como si quisiera salvarte del peor de los infiernos. Y vienes así, lleno de moretones, con la mano destrozada. ¿A qué se debe este comportamiento tan autodestructivo?

—He tenido una sobredosis de sexo.

—¿Es en serio? ¿Con Abby? ¿Tienes una relación con esa mujer? ¿Por eso te dejó Mary?

—Es más complicado que eso, Alex, nunca quise involucrarte, pero no soy el hermano que has admirado desde niño, solo soy un fraude. No sabes cómo me siento. Soy una mala persona —dijo y era evidente que estaba borracho, sus lágrimas se desbordaron.

—No me digas que condujiste en ese estado.

—Estoy acabado, pero no soy estúpido, sé que tengo que velar por las niñas, tomé un taxi. El auto sigue en el estacionamiento del hotel.

—No creo que así puedas velar ni por ti mismo.

—Cuando me encontré a Mary en el hotel, me sentí muy avergonzado. No estaba bajando del elevador porque tuve una especie de revelación que me hizo volverme sobre mis pasos para mantenerme fiel a mi esposa, no, bajaba porque al llegar a la puerta de la habitación donde Abby me esperaba, me percaté que solo llevaba un condón y no me pareció suficiente, mis fantasías de lo que haría con Abby se desbordaban, volvía a mi auto por más preservativos, no quería que en el momento menos oportuno eso se convirtiera en un impedimento.

—Creo que eso ya lo dijiste delante de Mary, no entiendo tu sobrada sinceridad, pudiste ahorrarte los detalles.

—No con Mary. Ella podría perdonarme una infidelidad, pero no la mentira. Hemos hecho un pacto de franqueza y no puedo quebrantarlo.

—Por lo que sea bajaste, viste a Mary, debiste reaccionar e intentar salvar tu matrimonio.

—La vida quiso que divinamente Mary y yo nos tropezáramos en ese elevador, a punto de ensuciar nuestro amor, a modo de advertencia, de última oportunidad. Ni siquiera eso me detuvo, tras romperle el corazón a la mujer que amo, y verla marchar, proseguí, fui a mi auto por los condones, subí hasta el piso donde Abby me esperaba y me perdí en sus brazos. No me importó el dolor de la mano que aún goteaba sangre, la que me rompí contra el espejo de mi cuarto de baño, no me importó la desilusión de mi esposa, no me importó tener un mínimo de respeto por Abby, a quien abandoné dos años atrás cuando Mary me puso la precisa. Solo quería calmar la agonía por el abandono de Mary, por los problemas en la clínica, quería desconectar y lo único que podía calmarme era el sexo, lo hubiera tenido con cualquier mujer que me hubiese parecido atractiva, pero tampoco estoy tan loco, hace tiempo que no me enredo con una desconocida o una prostituta, regresé a Abby, el recuerdo de cada uno de los encuentros que tuvimos en el pasado, me garantizaba quedar satisfecho.

Lo miré ya sin emitir palabra, intenté unir los cabos, atrapar las señales que en el pasado me pasaron desapercibidas, Christopher estaba deprimido, aunque no lo

quisiera aceptar y por alguna extraña razón se descargaba en el sexo.

—¿Y seguiste viéndote con Abby después de eso?

—Sí. Ya te he dicho que estoy obsesionado con el sexo y Abby nunca me dice que no. Es una necesidad que me domina.

—Tienes que buscar ayuda profesional.

—Lo estoy intentado, contigo.

—Conmigo no vale y tú mejor que nadie lo sabes, soy tu hermano y además no estoy capacitado para atenderte.

—No necesito un psicólogo, solo quiero ser sincero con alguien, hablar con un amigo, dejar a un lado la máscara tras la que me he ocultado todos estos años. La primera vez que me masturbé y pude tener un orgasmo me pareció increíble, pero fue hasta mis diecisiete años cuando estuve por primera vez con una mujer cuando ya no pude parar, tenía muchos problemas y el sexo se convirtió en un escape. Buscando sexo según mis expectativas conocí a Abby, ella y yo nos podíamos entender con una sola mirada, compartíamos sexo con otras personas, pero nuestro vínculo no se rompía. El sexo era solo una salida, lo que nos unía era mucho más fuerte. Abby sufría exactamente de mi misma dolencia, desde muy chica padeció mucho estrés, su familia tenía bajos recursos y su padre era muy exigente. Abby alcanzó las mejores becas para las escuelas más prestigiosas, y mientras la presión aumentaba solo el sexo lograba liberarla. Nos compenetrábamos de una forma increíble, los dos éramos jóvenes exitosos y atormentados, y el sexo nos redimía de todas las preocupaciones mientras duraba. Ni siquiera teníamos una relación amorosa, éramos amigos, ambos entendíamos si el otro satisfacía sus necesidades por otra parte. Ella se enamoró primero, de mí, pero yo no podía darle lo que quería, fidelidad y volvimos a lo mismo. Abby tenía necesidad de ser amada y era bella, no tuvo dificultad para ilusionarse con alguien más. La relación con su novio se vino en picada cuando él descubrió que no podía saciar sus deseos y que terminaba engañándolo conmigo.

—¿Cuántas veces al día sucedían sus encuentros? —pregunté.

—Seis, cinco, siete dependía del estrés. Más de tres sí era seguro, sin importar día de la semana o compromisos, buscábamos la forma de escapar.

—¿Y cómo llegó Mary a tu vida?

—Conocí a Mary y comenzamos una relación, éramos muy jóvenes. Ella era la personificación de la pureza y yo solo era una fachada de niño bueno, en el fondo era un malnacido. Le oculté lo que ocurría con Abby, Mary era virgen y tardó mucho tiempo en decidir dar ese paso conmigo. Yo me moría de deseo por hacer el amor con ella, pero no la presionaba, me calmaba con Abby tantas veces como lo necesitaba, a veces con otras. Éramos los novios perfectos, pero yo la engañaba. Mary me descubrió y casi la pierdo antes de tenerla. No sé cómo le hizo, pero comprendió que era más fuerte que yo y que si no me dejaba esa puerta abierta me perdería.

—¿Y?

—Nos casamos y permitió que Abby siguiera en mi vida siempre que lo guardara como un secreto para el resto del mundo, ella también necesitaba un respiro o de lo contrario no me despegaba de su falda y era agotador para ella, no lo aguantaba por mucho que me amara y me deseara.

—¿Por qué no buscaste ayuda?

—Estudí Sexología para buscar respuestas, ningún manual explicaba a ciencia cierta lo que me pasaba y aunque algunos sostenían el término de Adicción al sexo, no aparecía propiamente recogido en el DSM-IV.

—No puedes depender de una etiqueta para reconocer que tienes un problema. ¿Y en el V, crees que la hipersexualidad puede ser una respuesta?

—No me puedo autodiagnosticar. Dos años atrás me enfoqué en resolverlo, ya estaba cansado de que esa adicción afectara mi vida, mi matrimonio, mi salud. Busqué una solución. Era necesario, estaba agotado y Mary no era feliz, solo aceptaba para no perderme. También estaban las niñas, no quería que salieran lastimadas si descubrían que su padre tenía una amante. Lo primero que hice fue dejar a Abby y sacar de mi vida el exceso de información que me hiciera pensar en sexo.

—¿Y qué sucedió? ¿Por qué si tenían un trato, si habías dejado a Abby y lo estabas intentando todo se arruinó? No pudiste cumplirlo, engañaste a Mary con Abby.

—No hasta ese día en que nos tropezamos en el hotel, le fui fiel a Mary durante los dos últimos años de matrimonio y el mes que estuvimos separados. Mary

guardaba mucho resentimiento y estaba harta de mi exceso de necesidad sexual, que, aunque disminuyó no era común.

—¿Tu esposa no disfrutaba del sexo contigo?

—La terminaba por convencer y ella siempre lo disfrutaba, jamás tendría sexo no consensuado, pero ella no quería que el sexo continuara dominando nuestra vida por encima del amor.

—Necesitas ayuda.

Me puse de pie para prepararle un café, después de tenerlo listo se lo acerqué e hice que lo bebiera y le exigí darse un baño mientras me las arreglaba en la cocina para prepararle algo de comer. No pude dejarlo solo, le dije a mi madre que me quedaría con mi hermano, ella ni siquiera sospechaba que Mary hacía tiempo lo había abandonado, le hablé a Cecilia y quedamos en vernos un día después.

CAPÍTULO 27

Cecilia

Me puse un atuendo similar al del día anterior, no se me daba tan mal el rol de empresaria, después de todo. Al inicio de mi adolescencia, cuando entendí cómo ganaba dinero mi familia, lo que nos permitía tener los lujos con los que vivíamos lo odié. Tenía una tendencia a lo natural y rechazaba los medicamentos desarrollados en un laboratorio. Lo aprendí de la manera más dura, cuando perdí una mascota tras ser medicada para una dolencia y sufrir las consecuencias adversas del tratamiento. La vitamina C que traía el suplemento alimenticio que mi perro necesitaba para sanar, le causó una deficiencia en los riñones. Eso me hizo fijarme un propósito, no me dedicaría a lo mismo que mi padre. Mi solución fue evadirme de las cosas tristes del mundo, de las enfermedades, del dolor. Creé un mundo perfecto donde podía reír, donde la pasábamos tan bien, mi canal. Solo consistía en repartir sonrisas, ya la vida era demasiado dura por sí misma.

Ahora lo veía con otros ojos, había madurado y entendía que a veces no teníamos la solución, pero que la medicina y las investigaciones que encabezaba mi padre salvaban vidas. No había una fórmula que diera todas las respuestas en la medicina convencional, por lo que era prioritario seguir investigando. Me propuse estudiar a fondo y conocer nuestros productos con afán de mejorarlos. Y se me fue la hora, cuando caí en cuenta eran las cuatro de la tarde y yo seguía sumergida en un montón de información.

Una llamada entrante en el móvil, me desconcentró, hasta ese instante caí en

cuenta que no había probado alimento más allá del desayuno.

—Estoy esperándote abajo, quise subir a verte y no me creen que soy el novio de la señorita Marcel.

—¿Cómo vienes vestido? Aquí suele haber una etiqueta, un *rockero* no está dentro de la lista de los admitidos —bromeé.

—Baja de una vez o emite una orden desde las alturas para que me permitan subir a verte, no aguanto un minuto más separado de ti.

Hice una llamada y en menos de tres minutos lo tenía a mi lado, aprovechó que estábamos solos y me arrebató del escritorio, pegó su cuerpo al mío y mientras nos perdíamos en una batalla de lenguas, me acarició con vehemencia. Cuando al fin tomó aire, me insinuó:

—Te ves muy sexy con esta ropa de ejecutiva.

—¿Tienes una fantasía con las secretarias? —le dije lanzándole una mirada coqueta.

—Por supuesto que no, pero contigo tengo miles.

—¿Cómo sigue tu hermano?

—Chris está mal. Espero poder ayudarlo, me necesita más que nunca. No sé en qué momento se salió todo de control.

—¿Qué tiene? ¿Puedo hacer algo para ayudar?

—No lo sé, Cecy. Creo que no. Los problemas de Chris y de Mary son en la intimidad.

—Hay algo que prefiero decirte ahora antes que lo compruebes con tus propios ojos. Eric está en la empresa.

—¿Te refieres a que ha venido hoy?

—No. Mi padre lo ha dejado inmiscuirse en la mesa directiva de *Omega Group*, es algo honorario, lo hizo cuando perdió las esperanzas de que me interesara en la empresa familiar. Viene todos los días. No quiero que te sientas incómodo con esa situación, no puedo hacer nada, mi padre lo...

—Ya sé que tu padre lo aprecia. ¿Eric ha sido descortés contigo? ¿Te ha presionado?

—Alex, por favor... Por eso no quería decírtelo.

—¿Y si no venía no me hubieses dicho nada?

—Créeme que Eric es mi última preocupación.

—Las mentiras y las omisiones han sido nuestras peores aliadas. Necesito creer en tu sinceridad en todo momento, eso fortalecerá nuestra confianza. Confío en ti, pero es diferente encontrármelo por los pasillos sobre aviso que ser el último en saberlo. No es llenándonos de mentiras piadosas que vamos a resolver nuestros conflictos. Seamos uno contra el mundo. Daré el ejemplo, te contaré del *Round tres*.

—No entiendo.

—No quiero secretos entre nosotros, la realidad es que tenemos un problema y necesitamos buscarle una solución, como adultos.

—Habla, por tu tono sosegado infiero que no me gustará.

—Te amo, Cecilia, con todo mi corazón y no permitiré que nada me aleje de ti, ni siquiera mi madre. Ella está aterrada, se ha dado cuenta que estoy enamorado hasta los huesos de ti y que será difícil que pueda sacarte de adentro. Por desgracia, la información que tiene sobre ti no fue la adecuada.

—Racionalizas demasiado. No le agrado a tu madre, punto, y sin darse la oportunidad de conocerme.

—No empieces a analizarme, intento de psicóloga. La cuestión es que no quiero vivir en una guerra, no es sano para mamá, para ti, ni para mí.

—Aclaro que no he hecho absolutamente nada en contra de tu madre —le recordé, esta discusión ya me estaba cansando.

—Aún, pero mamá llega a veces a ser exasperante, no quiero que la agresión suba de tono y que todo se nos salga de las manos. El ataque de los *ciber* acosadores arruinó el camino que ya habíamos avanzado con la cena.

—Tu madre cree que no soy buena influencia para ti y que soy una promiscua. He tenido tres parejas sexuales en toda mi vida, tres en veintiocho años.

—Hablé con mi madre tras el incidente con Vania y Minerva.

—¿A qué te refieres?

—Le relaté que con ellas toqué fondo, sexo desenfrenado, alcohol. Se escandalizó. Ahora quiere ponerles una orden de restricción para que no vuelvan a acercarse.

—No es justo que me haya perdido su cara de decepción. Ahora no las quiere a ellas, pero a mí tampoco. De seguro me responsabiliza de haberte arrojado en brazos de esas dos locas perdidas.

—¿Adivinas el pensamiento? Solo te pido que no la odies y que busquemos la forma de hacerla entender que nos amamos y que estamos bien juntos.

—¿Me pides que tolere sus desplantes? No estoy demente.

—Te pido que no desesperes, ya le exigí que no vuelva a lastimarte ni a tramar nada en tu contra. Nos enfrentamos a una persona que cree tener la razón. Ahí viene el *Round Tres*. Recuerdas que cuando nos conocimos tenía una relación con una chica llamada Lucy —dijo.

—¿Es la chica con quien salías antes de que estuviéramos juntos?

—Exacto. Mi madre amaneció con ánimos de buscarla con la intención de convertirse en su aliada, piensa que con su ayuda Lucy podría recuperar terreno.

—Es nefasto, de más está decirte que no regresaré a tu casa mientras se sostenga esa situación.

—También he soportado el sarcasmo de tu padre.

—No te lo he pedido, seré la primera en exigir respeto para ti.

—Asumo que mi madre no te ha favorecido mientras tú sigues aferrada a la inocencia de tu padre, él está tras el vídeo.

—Es imposible.

—¿Cómo no habría de estarlo? Te tiene donde siempre ha querido.

Aquello me hizo reflexionar, no sonaba tan descabellado lo que sugería Alex, a pesar de la afrenta a su honor, papá era el único que había ganado algo, y ese algo era lo que siempre había deseado, que yo me volcara a los laboratorios. Negué con la

cabeza y alejé la idea.

—¿Cómo esperas que me comporte ante la presencia de Lucy? —pregunté porque la calma de Alex me estaba alterando, estaba a punto de convertirme en un volcán en erupción entre una suegra histérica y la entrada triunfal de su ex.

—Ese tema ya está resuelto, te lo digo porque no quiero secretos entre los dos —reiteró y suspiré aliviada—. Mi madre quiso averiguar dónde encontrar a Lucy por la vía de Chris, no tenía otra forma de contactarla y Christopher zanjó ese asunto de una vez. Le reveló a mamá que fue Lucy la que habló con el doctor Wallace y le dijo que yo había tomado su lugar en la clínica. No sé qué hablaste con Chris, pero se ha vuelto nuestro aliado. Me ayudará a convencer a mamá de que está equivocada con respecto a ti.

—Ya no estoy tan segura de querer agradecerle a tu madre. Su actitud posesiva me enciende la sangre. ¿El *Round dos* deduzco que fueron Vania y Minerva? ¿Cuál fue el uno? Ni siquiera me di cuenta.

—Unirme con Elisa.

—¡Diablos! ¡Admito que sentí celos cuando la conocí!

—Ella es una hermana para mí, hasta mi madre ya desistió de esa absurda idea.

—Tu madre está definitivamente loca, la quiero lejos de mí. ¿Y si el problema está resuelto por qué me lo planteas? ¿No temes que termine odiándola?

—Precisamente es lo que no quiero. Es necesario que te prepares para el *Round cuatro*, la protegida de mi madre está por llegar de Londres. Estoy seguro que la utilizará para darte celos. Dará un almuerzo para recibirla.

—Al que por supuesto no asistiré —dije.

—Invitó a tus padres y ya aceptaron.

—Lo hizo para obligarme a asistir. No iré, que ni se moleste en preparar la encerrona. Jamás he tenido que pelear por un hombre y tú no serás el primero, sabes dónde encontrarme. No puedo creer que tu madre está tramando este plan ridículo para separarnos.

—Me gustaría que aceptaras ir al almuerzo, tengo una idea maravillosa que

hará a mi madre retractarse —reveló y no podía dar crédito de lo que escuchaba.

—No, no entraré en el juego, es patético.

—Confía en mí.

—¿Cómo es la chica? No quiero que me tome por sorpresa.

—Es normal, sencilla, nada del otro mundo.

—¿Es bonita?

—¡Para nada! No tiene gracia. A mamá le agrada porque es una eminencia, muy talentosa, un ratón de biblioteca, no le interesa nada más que su carrera, pero eso qué importa, te amo a ti. Quiero que actuemos con madurez y si te pongo al corriente es para que no te tome de sorpresa, no soportaría que volviéramos a discutir ni por tu padre ni por mi madre. Recuerda, nada ni nadie podrá separarnos.

Admito que cuando corrí hacia los brazos de Alex en la iglesia, no imaginé que sería tan duro. *¿Por qué el universo conspira para separarnos?* Pero no iba a renunciar a él, ya había probado la vida sin su presencia y era desoladora, negra, desierta. Podría sobrevivir lo que fuera, siempre que pudiera refugiarme en sus brazos. Detestaba que su madre, el acosador cibernético, las *Secuelas*, quisieran romper lo nuestro.

Continué enfocada en la empresa, había perdido contacto con Ashley, Peter y David. No lo quería admitir, aunque reconocía la importancia de la labor que realizábamos en los laboratorios, aún me sentía fuera de lugar, no era mi mundo. La señora Huxley tampoco me lo ponía muy fácil. Llegado el momento del almuerzo aún con mis dudas acepté ir, lo hice por Alex, porque se estaba esforzando y se comportaba con madurez ante la situación estresante que vivía con la novia de un lado y la madre del otro. No tuve la ayuda de George ni la de Ashley para arreglarme como la vez anterior y tampoco tenía ánimos de quedar radiante, lo que más podría preocuparme era la oponente del *Round Cuatro* como lo había definido Alex, pero ya me había asegurado que ‘la protegida’, como él mismo le llamó, era una chica sin gracia.

Mi madre pasó a mi habitación para ver si ya estaba lista y al ver mi desánimo intentó motivarme:

—¿Y esa carita, cielo? ¿No tienes deseos de ir?

—Sinceramente no.

—¿Y eso? Denisse ha sido tan amable al invitarnos, me da tanto gusto porque eso significa que te considera parte de la familia.

—¡Ajá! —exclamé. No le iba a explicar a mi madre que mi suegra se había esmerado en preparar un festín para cortarme la cabeza. Ni explicarle que los *Rounds* iban del uno al cuatro.

—Me siento tan apenada, le había dicho que le corresponderíamos con una cena y ella se nos adelantó—. Mi madre tan cándida con remordimientos de conciencia por no tener un detalle con quien se estaba preparando para darme un puntapié, lejos de su vida.

—No te preocupes por eso ahora, mamá —le dije, si mi madre sospechaba lo que tramaba Denisse no la iba a perdonar fácilmente y Alex y yo queríamos paz.

—Casi no te maquillaste, pero te ves hermosa así al natural.

—Solo un poco de máscara de pestañas, polvo facial y labial.

—Con tu lozanía no necesitas más. ¿Y quién es la chica que viene de Europa?

—Una *nerd* que los Huxley cobijaban en Londres, la hija de unos amigos médicos, por lo que me dijo Alex es una chica prodigio que no tiene cabeza para otra cosa más que para los estudios.

—Interesante.

Arribamos a la residencia Huxley y ahí estaba Denisse con su cara de no romper ni un plato, pero como sabía lo que tramaba, planeé como desquitarme, para no convertirme en una bomba de tiempo. Recordé su aversión por el tono de *Cruela de Vil*, y no perdí el tiempo en pedirle su número telefónico y adjudicarle el tono de llamada entrante que merecía. Caminamos hacía el jardín y la anfitriona no dejaba de halagar a mis padres y de agradecerles su asistencia. Al parecer la muy pérfida solo tenía problemas conmigo, mis padres le parecían simpáticos y no lo disimulaba. De seguro pensaría: *Una pena de hija*. Mientras me reía para mis adentros por asestarle un golpe, quedé idiotizada ante lo que veían mis ojos. Un cabello azabache se sacudió en forma de cascada mientras la dueña se zarandeaba producto de una sonora

carcajada que se oía grácil, como la voz de una afinada soprano. Alex, quien ni siquiera se había parado para recibirme, estaba muy a gusto hablando con la susodicha y era el responsable de su magnífico humor. De seguro la intentaba sorprender con alguno de sus chistes habituales, los que me sabía de memoria. Lo que me faltaba, la sabionda trajo compañía. En un *flash*, observé al lado de mi novio la guitarra, algo que no pude entender, otro destello y la morena, quien no se había percatado de nuestro arribo seguía desmoronándose de la risa, como un castillo de naipes. Nos colocamos frente a ellos y Denisse tuvo la delicadeza de presentarnos, esa belleza descomunal era la ratoncita de biblioteca.

¿Por qué la tierra no se abre, me traga y me escupe muy lejos de aquí? Fue todo lo que pude pensar al verla ponerse de pie y el cabello volvió a batírsele hasta acomodarse sobre su espalda, su tez trigueña, sus enormes ojos negros, con aquellas pestañas que no podían ser más que postizas, el maquillaje de infarto, el atuendo combinado a la perfección, según los últimos dictámenes de la moda, y aquellas piernas largas y torneadas que imponían. Incluso mi padre quedó con la boca abierta, embobado.

—¿Audrey? —repetí su nombre para cerciorarme de que era ella, la polilla de los libros que me había descrito Alex, y no una acompañante de última hora como supuse al inicio. La protegida me clavó los ojos y me volvió su objetivo

—¿Cecilia? Denisse me ha hablado tanto de ti —me dijo con una sonrisa sin quitarme la mirada de encima, me sentí evaluada como ganado. De seguro la señora Huxley le relató con detalles todas mis desagradables peripecias, por llamarles de alguna manera.

—¿Qué estudias en Londres? —preguntó mi madre azorada al recordar las palabras que utilicé para describírsele.

—Audrey es cantante de ópera, una excelente, suele tener la fama de hechizar a su público —contestó Denisse por la recién llegada—. Tomen asiento, por favor.

Nos acomodamos en la mesa del jardín junto a los demás. Estaban presente Elisa, las sobrinas de Alex, Christopher con unas ojeras impresionantes, Mary, mis padres se sentaron frente a estos y yo a su lado. Alex abandonó su sitio al lado de la protegida y corrió a saludarnos. Tomó asiento a mi lado y aproveché para susurrarle mientras el resto seguía alabando a la cantante.

—¿Ratón de biblioteca?

—Así la recordaba de la escuela de música, hacía años que no la veía. ¿No estarás celosa?

Me besó en los labios y me ofreció una sonrisa culposa, la que suelen usar los niños para pedir perdón sin palabras cuando son sorprendidos en una fechoría. Me recompuse y me preparé para el golpe. Ahora sí Denisse había escogido una contrincante que me hacía dudar, la chica era linda, con un cuerpo de modelo y una personalidad arrolladora. De veras que mi suegra me quería dejar fuera de la jugada. Suspiré y me dirigí al baño. Mi madre me miró perturbada, a veces no era fácil engañarla.

Me encerré en el baño y me sentí acorralada, aunque Alex me preparó para esto yo no estaba lista para una batalla, me consideraba pacífica y había crecido en un ambiente familiar tranquilo. No tuve hermanos con quien disputar un juguete ni el cariño familiar, en la escuela siempre me rodeé de amigas con quienes la pasaba genial, no sufrí de acoso escolar, no viví en un ambiente de conflicto, ni siquiera me esforcé mucho para conseguir un novio, Eric y Peter llegaron a mi vida y no tuve competencia. Esto me sacaba por completo de mi zona de confort.

Fuera del baño, en el pasillo, me encontré a Mary, hice espacio para dejarla pasar y se quedó en el mismo sitio.

—Vine para ver cómo te sientes. Es evidente lo que quiere hacer Denisse, es fácil darse cuenta —dijo.

—Ya veo por qué quieres alejarte de esta familia —le expresé.

—No es tan mala, solo es muy caprichosa y cuando cree tener la razón no hay quien se le enfrente. Se dará cuenta de su error, no le des importancia y pasará.

—¿Lo dices por experiencia o siempre fuiste santo de su devoción?

—Creo que tuve suerte con ella. Cuando conocí a Chris, él pasaba por una etapa difícil, Denisse me atribuye haberlo rescatado. Pero he observado lo que sucede cada que Alex trae a una chica, a Denisse nunca le ha parecido ninguna. A todas les ha encontrado defectos.

—No sé cómo no desanimarme. Tal vez si no estuviera precedida por el escándalo me querría un poco más.

—Te daré un *tip*, no intentes agradarle, sé cómo en realidad eres, ella aprecia la sinceridad.

Como si desde que la conocí hubiera hecho otra cosa.

CAPÍTULO 28

Alex

Chris me había dicho idiota por decirle a Cecilia sobre los ‘siniestros’ planes de nuestra madre. Insinuó que la predispondría y que se hartaría de lidiar con la suegra y terminaría por dejarme. Él también se estaba cansando de la presión que mamá ejercía sobre nosotros, de sus continuas enfermedades para llamar la atención y mantenernos con las riendas cortas. Desde que Mary lo abandonó, mi hermano ya no tenía paciencia para lidiar con casi nada. Me tocó convencer a Mary para que asistiera al almuerzo con las niñas. Mary me aseguró que era la última vez que se sacrificaba, que tendríamos que hablar con mamá y decirle que el matrimonio de su hijo mayor estaba disolviéndose.

Cecilia regresó a la mesa, vino conversando con Mary y se sentaron justo cuando mi madre halagaba a la protegida.

—Audrey y Alex estudiaron juntos en la escuela de música. Ahora son dos artistas. Cuando eran niños, en las cenas familiares, él tomaba la guitarra y ella cantaba, se veían tan tiernos. Justo cuando llegaron lo estábamos recordando, ambos quisieron volver a intentarlo.

—Por eso nos reíamos, no podíamos sincronizar nuestros estilos, el rockero de Alex y el clásico mío. Ha sido tan engorroso. Necesitaremos ensayar si queremos tener éxito —dijo Audrey.

—Ahora que te quedarás unos días en casa tendrán tiempo para ello —dijo mamá y vi a Cecilia encender el radar.

—¿Se hospedará aquí? —preguntó Cecilia y casi se atora con su té verde helado. Una señal de precaución me parpadeó en el cerebro.

—No podía permitir que se quedara sola en un hotel, sus padres siguen en Londres, no les fue posible acompañarnos. Cuando Audrey era adolescente marcharon a Europa para que su hija continuara su formación allá, tenía un potencial brutal y no se equivocaron. Audrey va por buen camino. Con el tiempo vendieron sus bienes aquí, radican oficialmente en Londres. Nos reunimos más tarde —relató mamá para la visita y después volviéndose a nosotros los artistas agregó—: Tendrán que ensayar, antes que Audrey se marche tienen que deleitarnos con una presentación, para amenizar una cena en casa, como en los viejos tiempos.

¡Oh! ¡Maravilloso! Pensé al ver que mi madre apretaba las tuercas.

—Pues sí que tendrán mucho tiempo para ponerse al día. Aunque no sé cómo le hará Alex, tiene encima los ensayos con la banda por su próxima gira —dijo Cecy.

Cecilia disimulaba sus celos, pero no para mí. Me sentí un idiota por hacerle pasar por esta humillación. ¿Quién iba a imaginar que la rata de biblioteca, insípida e insoportable, iba estirarse y convertirse en una mujer digna de poner a mi novia a rabiar?

—Yo me muero por escuchar a Alex tocar la batería —osó articular Audrey—. Recuerdo que cuando éramos niños lo hacía fantástico. He tenido la oportunidad de escuchar a tu banda y es notable tu progreso. Cuando me dijeron que habías abandonado la música para estudiar... ya no recuerdo la carrera, me sorprendió, nunca pensé que pudieras dedicarte a otra cosa, al parecer acerté, regresaste a tus orígenes.

—Con la admiración que hablas de mi futuro yerno, tendré que creer que es bueno en lo que hace. Tendré que oírlo —asestó el padre de Cecilia.

—Eso es muy fácil, solo tienes que reproducir su música, ya te has tardado, yo ya lo he hecho y me parece fantástico —dijo la señora Marcel.

—Me alegro que reconozcas el talento de mi hijo —dijo mamá—, el señor Marcel por lo que veo aún sigue incrédulo. Nunca quise que Alex se dedicara a la

música, siempre fue tan inteligente en todas las áreas, en las ciencias, en las letras. Quería que tuviera un futuro similar al de su padre y al mío.

—Es la típica cantaleta que nos toca escuchar a los artistas cuando nuestros padres son médicos, no les cabe en la cabeza que podamos sentirnos realizados profesionalmente en otro ámbito —dijo Audrey—, ya he hablado con Denisse y ha decidido darle una oportunidad a Alex. Yo nunca dudé de él, desde pequeña me erizaba los vellos del cuerpo cada vez que lo oía tocar.

Las palabras de Audrey eran bonitas, me ensalzaban y no pude evitar sonreír de forma bobalicona, pero el gesto se me congeló en el rostro cuando Cecilia expresó evidentemente celosa, sin disimular su descontento:

—Pensé que la oportunidad ya se la había dado, señora Huxley, digo, Alex ya ha demostrado que le va genial como baterista de los *Black Dragons*, no era necesaria la ayuda.

Tosí, pensé qué decir antes que las cosas se salieran de control. Audrey enfocó a Cecilia incómoda por sus palabras. La protegida tenía una forma particular de mover el cabello, o de entreabrir los labios que podía volver loco a cualquier hombre, me enfoqué. Me volví a preguntar, ¿en qué momento la rata de biblioteca se convirtió en esa mujer? Es que parecía otra persona y esa voz tan mágica, la que en mi infancia odié por chillona ahora seducía, Chris no cesaba de mirarla y al señor Marcel ya lo tenía en la bolsa. Me volví a Cecilia y dejé de tejer telarañas en la mente, Cecilia lograba desarmarme con la ternura de sus ojos. Decidí hablar antes que fuera tarde, pero Cecilia se me adelantó.

—Son tan imprevistas las vueltas de la vida, recuerdo que en un inicio tu familia quiso responsabilizarme porque abandonaste la carrera, y ahora la bella Audrey se ha vuelto mi aliada —hizo una pausa y yo la aproveché para soltar el aire que se me había quedado dentro, miré a Audrey y luego mis ojos volaron al rostro de mi madre, impávida ante lo que oía—: Gracias, Audrey, por solidarizarte con nuestra causa. Alex no dejó la Psicología por amarme, ni por evitar el escándalo de hacer público el haberse enamorado de su paciente, ni salvar la clínica de su hermano del escarnio público, no, Alex dejó la universidad porque escuchó el llamado de la vocación en su interior y nada podía pararlo.

Todos hicieron silencio. Mamá se quedó sin palabras y Audrey se vio

obligada a sonreír, sin deseos de argumentar.

—Mejor no pudiste resumirlo. ¿O alguien lo duda? —dijo Mary para romper la reserva que se apoderó de los comensales. ¿Qué tienes que decir a esto, Chris? ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Yo prefiero no hablar de ese tema. Creo que la conversación ha dado un giro que puede no ser agradable para los señores Marcel —dijo Chris y no podía disimular su estado, estaba en el último sitio que deseaba.

—Pero sería muy interesante su opinión al respecto, doctor Huxley —dijo el señor Marcel—, su punto de vista como profesional. La vida es incierta. Alex tiene una herencia familiar de destacados profesionistas de la salud mental y Cecilia la de los laboratorios, y la vocación de ambos distó mucho de la nuestra. Lo tenían todo para brillar él como psicólogo, médico o lo que eligiera y ella como la heredera del *Omega Group*. Alex prefiere tocar en una banda, un mundo donde le tocó empezar de cero y Cecilia hace un canal de *Youtube*. Todavía no entiendo dónde fallamos para que esa idea se le colara en la cabeza. ¿Usted qué opina, doctor Huxley?

El señor Marcel expectante le sostuvo la mirada a mi hermano, Chris lo había escuchado, pero en estos momentos se sentía tan alejado de ese título que sopesaba sobre sus hombros, ‘doctor’. Christopher se puso de pie con un gesto grave, pasó por mi lado, me palmeó el hombro y pronunció antes de ir por otra botella de vino:

—No puedo decir nada, señor Marcel, con la familia perdemos objetividad.

—Con respecto a Cecilia no tiene por qué seguir preocupado, señor Marcel —dije—, la niña ha vuelto al redil. Gracias a fuerzas extrañas, Cecy ha dejado atrás lo que la apasiona y ha decidido ver cómo se marchitan sus sueños desde una cálida oficina con una gran vista.

Cecilia abrió los ojos desmesuradamente ante mis palabras, por la forma en que apretó los labios entendí que crucé la línea. Intenté enderezar mi comentario, pero todos comenzaron a opinar al respecto:

—Lo que me parece perfecto, el canal de *Youtube* era un juego de niños. Ya era hora de madurar —soltó mi madre y fue el parteaguas de la catástrofe.

La señora Marcel se puso del lado de su hija, y me encantó verlo porque Cecilia necesitaba sentir que podía contar con ella. Justo ahora cuando Cecilia se

había abandonado a sí misma, y se ponía del lado del padre.

—No sé qué es lo correcto, ojalá hubiese estudiado Psicología como el doctor Huxley para poder entender mejor esta situación. Solo puedo decir que mi hija era más feliz cuando se sentaba delante de una cámara y llegaba a sus seguidores como Sissi Shine —dijo la madre de Cecy.

—No le alimentes esa locura, mujer. Cecilia, como dice la señora Huxley, está donde debe estar. No se puede comparar lo que hace Audrey, una cantante de ópera tiene más peso ante la sociedad. ¿Te atreverías a abrir un canal de *Youtube*, Audrey?

—Prefiero no opinar, señor Marcel. Para mí un canal es un pasatiempo de adolescentes, pero Cecilia tuvo sus razones para hacerlo. No soy quién para juzgarlo.

—Concuerdo con la señora Marcel. Cecilia brillaba cuando vivía en el nido, cuando se ponía delante de la cámara, cuando editaba. Aún recuerdo cuando arribamos al aeropuerto de Cancún y los seguidores nos cercaron. Hay que tener mucho talento para tocar tantos corazones. No es solo pararse delante de una cámara, Cecilia tenía un mensaje que dar —la defendí.

—¿Cómo cuando entrevistó a Hunter? ¿Es así como se llama el vocalista de tu banda? ¿Cómo te sentirías de ver a otro hombre coqueteando con tu novia a nivel internacional? Eso no está bien —dijo el señor Marcel.

—Entendería que es solo un juego para atraer al público —dije, pero recordé los celos que esa entrevista me hizo sentir. ¿Sería diferente ahora?

—Ustedes los jóvenes de hoy son demasiado civilizados para mi gusto —dijo el señor Marcel y la cara de Cecilia iba de la humillación a la furia, no podía aguantar más, odiaba que se debatiera sobre su persona, precisamente en aquella mesa.

Cecilia se puso de pie, su rostro estaba más rosado de lo habitual, se escudó en ir al baño, de nuevo. Busqué una excusa para seguirla y antes que se encerrara, la obligué a mirarme a los ojos. No dijimos nada aún, la envolví en mis brazos y disfrutamos unos minutos de la quietud y de la calidez de nuestros cuerpos. Intentó separarse presa de la ira y la retuve, me miró a los ojos e intenté con una mirada decirle que escalaría el Everest si era necesario por ella. Me culpaba, lo veía en sus ojos, traté de disuadirla para que no olvidara que estábamos en el mismo equipo, y el efecto fue contrario, solo conseguí avivar el fuego.

—¿Rata de biblioteca? Quita la cara de imbécil cada vez que te habla esa mujer, eres patético. Si tan compenetrados se sienten en la música, en sus vidas y en toda esa mierda puedes quedarte con ella, al menos tendrás la aprobación de tu señora madre —me recriminó escapando de mis brazos.

—¡Frena, frena! No te negaré que mi madre se ensañó al planear esta encerrona, es bonita, lo admito, dio un cambio considerable —admití.

—Si serás descarado, te estabas babeando cuando llegué. ¿Y la guitarra? ¿Tenías que ser tan amable con la protegida? ¡No es tu amiga de la infancia, es la mujer que tu madre eligió para sacarme de tu vida, es la mujer que accedió a coquetearme para separarte de esta idiota! ¡Maldito! Eres como todos.

—Calma. No lo hagamos más grande de lo que es. Te había advertido para evitar precisamente una desavenencia entre nosotros. Si no paras terminarás por ayudarlas a salirse con la suya. No le demos importancia, se irá en unos días y no lograrán su objetivo. Preciosa, mi corazón es solo tuyo, ¿acaso tienes dudas?

—¿Y en esto se convertirán nuestros días? Tratando de salir ilesos mientras nos cruzan las balas. Mi padre ha encontrado eco en las palabras de la señora Huxley.

—Denisse para ti.

—¿Es una broma? Denisse para cualquiera menos para mí, tu madre no me ha dado tanta confianza. Me quiere lejos —dijo y ahogó un suspiro para no gritar.

—Tu padre sigue prefiriendo a Eric y no he desistido de luchar por ti.

—Es que no es lo que quiero, no deseo que esto se vuelva una guerra. La señora Huxley con sus balas perdidas, la pretendiente de turno en un *round* para bajarme del *ring*.

—Tu padre apuntándome con todas sus lanzas, pero no me importa —le recordé.

—¿Y por qué tenemos que bajar la cabeza? ¿Por qué tenemos que esperar a que un milagro suceda para que reaccionen y entiendan que somos lo mejor para el otro?

—Viviríamos en medio de una batalla. Decidimos que trataríamos de apaciguarlos.

—Yo acabo de cambiar de opinión. No regresaré a tu casa y llegando a la mía hablaré con mi padre, no toleraré más su actitud contigo. No me pidas que siga soportando esto. Si mi padre me quiere en la empresa, que no espere que me vuelva sumisa, no es mi estilo, de haberlo sido me habría quedado ultrajada por Eric e infeliz. Salí a buscar mi felicidad y esa eres tú, pero es más difícil de lo que suponía, ahora que he encontrado al hombre que me llena en todos los sentidos parece que todos se han puesto de acuerdo para oponerse a nuestra relación.

—Esto se acaba aquí y ahora, tal vez debimos hacerlo desde el primer día.

—¿De qué estás hablando?

—Sígueme.

La tomé por el brazo y la conduje al jardín, pedí la atención de los presentes que seguían divagando sobre asuntos que solo nos atañían a Cecilia y a mí, no discutían sobre si debíamos estar juntos o no, pero trataban de imponerse en nuestras elecciones de proyectos de vida. Cuando tuve la atención de todos, miré a Cecilia a esa cara de ángel que tenía y le dije con voz clara y firme:

—Amor, quedarte en la empresa o reabrir el canal es algo que solo te corresponde a ti, a mí solo me resta apoyarte.

—Nunca he esperado menos —me dijo, acariciándome la mano que le sostenía.

—Ese día en la iglesia, cuando volví a verte después de intentar sobrevivir tu ausencia, lo supe, mi corazón no podía estar equivocado, mis latidos suenan diferentes cuando estás conmigo. Te pido que no te vayas nunca de mi lado, tengo una casa fantástica esperando por nosotros —dije y comencé a arrodillarme a la par que seguía—: Quiero dormir contigo y que tu silueta sea lo primero que vean mis ojos cada mañana cuando despierte. Es perfecto que estén todos aquí, quiero que sepan que no me importa nada, con el debido respeto, ni lo que opinen, ni lo que digan de los nuestro. Y si alguno no puede entenderlo tal vez es porque nunca se ha enamorado. Cásate conmigo, Cecilia Marcel. Construyamos un nido, tomémonos de las manos y...

—¿Esta es tu idea de solucionar nuestros problemas? ¿Proponerme matrimonio para callarles la boca a todos?

—Soy el mismo loco que te ha robado el corazón, no puedo ser más sensato cuando te tengo presente. Cásate conmigo.

Entonces miré a mi alrededor, no sé si la reacción de Cecilia venía condicionada por la cara de asombro que tenían los presentes. Mi madre literalmente se había quedado con la boca abierta, el señor Marcel vació el contenido de la copa de un trago en su garganta, Audrey no sabía cómo acomodarse en el asiento, no podía disimular su incomodidad, imagino que pensaría que había volado tantas millas para hacer el ridículo, o más bien presenciarlo. Christopher negaba con la cabeza, como cuando yo era niño e intentaba frenarme antes que cometiera una estupidez, solo Mary y la señora Marcel se quedaron sin aliento. Mis sobrinas estaban expectantes y a punto de pararse en sus sillas para no perderse ni un detalle, eran pequeñas, pero notaron que el momento era especial. Cecilia despegó los labios para dar una respuesta y todos la enfocaron:

—Me quiero casar por amor no para demostrar que nos queremos, no para silenciar a nadie, no necesito una firma sobre un papel para hacer válido y limpio mis sentimientos. Estoy harta de tener que aclarar, no me interesa. Me cansé de todos y de todo, incluso de ti.

—No tienes que ser tan fría.

—¿Fría? Hace mucho que soy un tempano de hielo.

Tomó su bolso y salió literalmente corriendo, como una prisionera que logra soltarse de sus carceleros y huye con ansias locas hacia la libertad. Reaccioné cuando la vi dirigirse a la calle, salí detrás mientras recogía los pedazos de mi orgullo pisoteado. Llegué justo para ver como un taxi que apareció de la nada, se la llevaba lejos de mí. Desesperado volví por mi auto mientras las escenas anteriores se sucedían en mi cabeza, para buscar dónde había metido la pata. No entendía, rendirnos nunca había sido una opción, yo sabía que nuestro amor era verdadero y estaba decidido a luchar, solo quería que permaneciera fuerte a mi lado.

Mientras buscaba las llaves de mi vehículo, escuché al señor Marcel ordenarle al guardaespaldas que le había contratado a Cecilia:

—¡Encuéntrala y llévala a casa! ¡Regrésala completa, que no le toquen ni un cabello!

Luego se dirigió a mí y me puso un alto colocándome una mano sobre el pecho:

—Déjala, Huxley. Mientras Cecilia insistió en este noviazgo no me quedó otra opción que tolerarte, pero ya te lo ha dejado claro, te quiere lejos, sabía que algo así ocurriría más temprano que tarde. Lo siento, señora Huxley, le agradezco su amabilidad, pero es evidente que usted tampoco aceptaba a mi hija como nuera, ya puede respirar con tranquilidad, lo que tanto temía no sucederá, estamos a mano. Doctor Huxley, señora, señorita, tengan buena tarde —dijo para referirse a Mary y a Audrey.

Mientras los señores se retiraban, Christopher se me acercó y me dijo:

—Imbécil, no has aprendido cuando callarte. Las primeras oraciones estuvieron excelentes, pero la cagaste cuando le pediste matrimonio. ¿Aún no lo entiendes? La has ofendido.

CAPÍTULO 29

Cecilia

Ni siquiera sabía a dónde iba, no lo había pensado, simplemente no pude con la presión. Sentí el impulso de llamarlo al móvil, de pedirle encontrarnos en algún sitio, solos los dos, pero me quedé congelada.

—¿Qué hice, Dios mío? ¿Acaso pude ser más estúpida? —me lamenté.

Se veía tan tierno y tan desesperado cuando me pidió ser su esposa. Alex me robó el corazón una vez más. Repasé sus palabras en mi cabeza y solo quería detener el taxi y regresar. Necesitaba pararme frente a él, solos los dos, borrar el murmullo de los demás, besarlo y perderme en sus brazos. Lloré, hasta que terminé por tragarme mis lágrimas, me sentía verdaderamente sola, ni siquiera tenía el valor de acudir a mis amigos y refugiarme en su cálido abrigo, no podía después de pisotear sus ilusiones y abandonarlos. Tampoco podía refugiarme en los húmedos lengüetazos de Rain Lily, estaba en la casa de mis padres y no tenía intención de enfrentarlos.

Busqué el canal, mientras aquel taxi me alejaba sin rumbo definido. Hasta ese instante no me había atrevido a husmear en *Youtube*, y vi que había un programa, uno de Ashley dando la cara y mencionando que el canal iba a continuar, las reproducciones eran cuantiosas, más que en nuestros buenos tiempos, eso podía significar dos cosas, que los seguidores seguían fieles o que el morbo podía más, y solo estaban urgidos de noticias. Ashley lo hacía fantástico, la admiraba, los surcos que dejaron mis lágrimas sobre mis mejillas se fueron secando mientras escuchaba

las evasivas de mi amiga, no dio pistas sobre mi paradero. Los comentarios giraban sobre el mismo tema: *¿Dónde está Sissi Shine?* Lo cerré, no podía continuar.

Conté los minutos que habían transcurridos desde que decidí escapar. *Suficiente inmadurez*, pensé y le di al taxista la dirección de la empresa. No iba a desaparecer, era consciente de que sería como un farol en la oscuridad, no traía conmigo mi disfraz de marciana y no tenía mucho ánimo para camuflarme. Quería mirar de nuevo a la faz del proyecto por el que abandonaba mis sueños, ese que había heredado desde que había nacido, para lo que me habían predestinado y del que había intentado huir.

Pagué al conductor cuando arribamos ante los pies del edificio. Alcé la vista para medir la estatura del gigante y avancé. Mientras atravesaba el recibidor, cuanto largo era, una batalla se definía en mi interior. Era consciente de que los laboratorios le darían poder a quien los presidiera. Cuántas enfermedades se podrían curar si los medicamentos llegaran a los más necesitados, algo que yo podría lograr de quedar al frente. Sentí el compromiso de golpe y le di el valor que merecía. Camino a mi oficina, decidida a investigar cómo manejaba *Omega Group* la responsabilidad social, me topé con quien menos me imaginaba. Recordé que mi padre también tenía un protegido y que tenía acceso libre a las áreas restringidas. Eric aún se sentía con derechos sobre la compañía, como cuando era mi prometido y hacía planes con mi padre para ayudarme a administrarla a futuro. Intenté apresurar mi paso, saludé escuetamente, no quería tener que intercambiar palabras con él.

—¿Qué hace aquí la princesa? —preguntó con demasiada ironía en la voz—. Tienes a todos los hombres de tu padre buscándote por media ciudad.

—Las noticias llegan muy rápido a ti —dije sin detenerme, lo que menos deseaba era alargar el encuentro.

—Sabes que tu padre y yo somos cercanos. Sabía que no te quedarías con el musiquillo de quinta —mencionó y me siguió detrás como un lobo al acecho.

—No es un asunto que desee discutir contigo, con permiso, tengo algo que hacer —dije e intenté cerrarle la puerta de mi oficina en las narices, pero la detuvo, se metió dentro y la empujó con una violencia que logró descolocarme.

—¿Qué haces aquí, Cecilia? Tu presencia en la empresa me enerva, ¡vete! Estábamos mejor sin ti. Sabes que no entiendo nada. Nunca te importó *Omega*

Group. ¿A qué se debe tu repentino interés?

—Ese es otro asunto que no tengo intención de discutir contigo.

—Tu padre tiene esperanzas de que regreses conmigo —dijo y se me acercó tanto que traspasó las fronteras naturales entre dos cuerpos que ya no tienen permiso de tocarse, el recuerdo de la sensación de su piel junto a la mía me invadió de golpe, sentí una repulsión debido a su ataque, a su asedio, a su agresión.

—Mantén tu distancia, por favor, ya no somos pareja —lo frené.

—Pensé que estabas arrepentida de haberme traicionado con el otro.

—Aunque Alex y yo terminemos jamás me arrepentiré de haberlo amado, contigo no puedo estar segura de lo mismo.

—Me necesitas, Cecilia. Si quieres tener acceso a la empresa más te vale tenerme de tu lado. Y si vas a estar aquí jugarás mi juego, te enseñaré a respetarme. Tal vez eso me falló en el pasado, pero no se repetirá, eres y siempre serás mía. No volveré a dejar que te revuelques con otro, ahora te tendré las riendas muy cortas.

Me agarró por el pelo y echó mi cabeza hacia atrás, no fue tan doloroso, aún no había ejercido demasiada presión, pero me sentí humillada y traté de soltarme. Recordé que era fin de semana en la tarde, que había poco personal. Si gritaba, tal vez nadie me iba a escuchar, temblé. Eric era un saco de músculos, duros como piedras y me sentí de cristal entre sus manos.

—Eric, estás loco. ¡Suéltame! —grité—. ¡No te he dado permiso para ultrajarme así!

—El destino es increíble y te sirve en bandeja de plata el momento de ajustar cuentas con una ingrata como tú. Eras mi princesa, me desvivía por ti. ¿Te quejas porque te fui infiel? Soy un hombre con necesidades y tú me desesperabas, necesitabas mucha atención, demasiados preliminares o de lo contrario te quedabas tan seca, tan fría, eso sencillamente me aburría, demasiadas capas para una cebolla. De vez en cuando necesitaba liberarme y buscaba a una mujer que me diera en la cama lo que contigo no conseguía, sin tantos reclamos e imposiciones, sin sentirme medido y juzgado. Y aunque tú no podías dármelo, no te dejaba de amar, podía entender que tanta belleza tenía que tener algún sutil rasgo de imperfección.

—Muchas veces te pedí que habláramos, que tomáramos terapia.

—Yo no tengo un problema —dijo y tiró más fuerte de mi cabello aún enredado en su mano, traté de liberarme de su agarre, pero sus dedos eran como el acero.

—¡Suéltame! —grité y lo empujé con todas mis fuerzas, pero solo conseguí hacerlo tambalearse, recobró el equilibrio y más agresivo volvió a inmovilizarme por el cabello y me sentí impotente, grité de la rabia—. ¿Qué te pasa, cretino? ¡Me estás haciendo daño! Esta conversación ya no tiene sentido, ya no somos nada, no necesitamos arreglar lo que en su momento no funcionó.

—Te equivocas, te enseñaré a respetarme. Mi error fue tratarte como una fina flor cuando solo eras un gato esperando sacar las uñas para atacarme. No le he dedicado tantos años a esta relación para quedarme con las manos vacías.

—¡Déjame, Eric o entonces verás lo que es sacar las uñas! ¡No me quedaré cruzada de brazos, me voy a defender!

Comenzó a reírse cerca de mi rostro, con las fauces abiertas como las de un lobo, con su aliento mareándome y su sobrada seguridad de tenerme en un puño haciéndome hervir la sangre. Ni siquiera lo pensé, aproveché que estaba distraído, levanté la rodilla y con todo mi coraje le propiné un contundente rodillazo en la entrepierna que lo dejó sin aliento. Salí disparada hacia la puerta, corrí, no había mejor momento para huir y un golpe seco sobre el estómago me detuvo, me dejó sin aire, me doblé del dolor y comencé a boquear como un pez.

—¡Estás en mis manos! —susurró reponiéndose de la sorpresa y oxigenándose para recuperarse del daño que le causé—. Tu padre teme que desarmes el grupo, que lo lledes a la ruina, que echas por tierra el patrimonio que la familia ha conservado durante años. Eres una vergüenza para él, una insensata que se mete en escándalos tan bochornosos por su falta de decencia y tino.

—No te creo, maldito —murmuré sin poder llenar a plenitud mis pulmones. Aún seguía encorvada, pero no iba a sucumbir ante el veneno que desplegó sobre mí para neutralizarme—. Mi padre está feliz con mi presencia en *Omega Group*.

—Es una forma de tenerte controlada, pero jamás le ha pasado por la cabeza legarte la presidencia —dijo suspirando y recuperando el aliento me amenazó—: Jamás se te ocurra volver a pegarme.

—¡Entonces no te me acerques! ¡Lárgate!

—¿No te preguntas por qué ahora que ya no somos pareja tu padre y yo hemos estrechado los lazos más aún? Me está preparando para dejarme al frente de la compañía cuando se retire por edad. Tú solo tendrás acceso a su fortuna a través de mi buen juicio —dijo con una cínica sonrisa, se acercó y forcejeamos, pero él ya sabía que, aunque fuera físicamente superior a mí no debía confiarse. Me levantó del suelo y me depositó en el escritorio con tal brusquedad que se escuchó el azote de mi espalda contra la madera, fue un golpe seco, me inmovilizó las piernas con las suyas, sujetó mis manos mientras yo bufaba de tormento, me levantó la falda del vestido dejándome la ropa interior al descubierto y posó una mano sobre mi cadera con intenciones de desnudarme.

—¡Te odio! —solté y comencé a agredirlo con cada parte de mi cuerpo que pudiera mover.

—¡Tranquilízate! No te voy a obligar —tuvo el descaro de decir—. Tú me lo implorarás. Terminaré por domarte y serás tú la que exijas que te dé placer. Más te vale estar en bien con el futuro presidente o solo te llegarán migajas. Y no sueñes con convertirte en mi esposa, ese privilegio lo perdiste por acostarte primero con Peter y luego con el otro desgraciado. Suplícame que te haga mía, comienza de una vez a rogar.

La puerta de mi oficina se abrió de golpe. Era mi padre. La siguiente frase le fue saliendo a cuenta gotas:

—Cecilia, me avisó el portero que habías arribado y vine para que habláramos —luego el silencio al verme tirada sobre mi escritorio con Eric sobre mi cuerpo—. ¿Qué está sucediendo aquí? No es que no me alegre que estén juntos, pero acabas de romper con Huxley —dijo mi padre.

¡Bravo! Mi padre creía que me divertía con Eric, no le pasó por la mente que su protegido me estaba atacando. Terminé de darle un empujón a Eric y me incorporé de prisa, intenté alejarme de él, pero me detuvo por el brazo, lo pasó por detrás de su espalda y lejos de la vista de mi padre me presionó la muñeca hasta hacerme daño.

—Disculpe, suegro, solo celebrábamos nuestra reconciliación —dijo y me apretó aún más—. ¿Verdad, princesa? Perdone, es totalmente inapropiado.

—Podrían haber pasado el cerrojo, sería una vergüenza que los empleados los encontraran en esa pose —nos regañó papá.

—No le creas una palabra, papá, este idiota quería aprovecharse de mí. Gracias a Dios has llegado —no me quedé callada. Eric estaba demente si pretendía ultrajarme y salirse con la suya. Corrí para refugiarme en los brazos de mi progenitor, pero el cálido abrazo salvador que esperé nunca llegó.

—¿De qué hablas, hija? ¿Eric, es eso cierto? —preguntó mi padre más asombrado aún.

—Suegro, no diré nada en mi defensa —arguyó Eric con cara de no romper un plato—. Cecilia está muy confundida. Pensé que deseaba una reconciliación, ahora resulta que no. Ya entiendo, no querías regresar, solo divertirte un rato. ¿Así hacías con Peter cuando peleabas conmigo? Pero no toleraré esos juegos, yo te amo y si no quieres una relación seria y aceptar que te arrojaste a mis brazos, no me tiendas más tus redes. Estoy harto de ser tu juguete.

—¿No me crees, papá? Claro, confías más en él —dije.

—Hija, estás hablando de Eric no de un desconocido. Él jamás te lastimaría.

—¿Es verdad que Eric será tu sucesor?

—Cecilia —dijo mi padre con pesar en la voz—. Es cierto, lo siento. Tomas una decisión errónea tras otra. Eric ha demostrado ser hábil para los negocios, sabes que lo quiero como a un hijo, él se ocupará de todo cuando yo no pueda estar, las cuidará a ti y a tu madre. Necesito prever, necesito estar tranquilo con respecto al futuro de nuestro patrimonio y para eso requiero dejar a una persona confiable. Eric es la persona ideal.

—¿Y para qué esta oficina? ¿Para qué prepararme para un puesto que jamás me darás? —grité histérica.

—Aunque ya había arreglado mis asuntos con Eric, no quise negarte la oportunidad, ahora que te estás esforzando. Eric lo sabe, si despuntas, si me demuestras que puedes con el reto y que no dejarás tirados los laboratorios al primer cambio de humor, podría reconsiderar mi ofrecimiento a Eric. Se lo he planteado y le ha parecido justo.

—¿Justo? —inquirí.

—Lo siento, hija. Demuestra que puedes llevar los negocios de la familia o tendré que dejar a Eric al frente, por el bien de tu madre, del tuyo y de todos los empleados. La mesa directiva está de acuerdo conmigo.

—¡Lo único que deseo es que salgan los dos de mi vista! Papá, me haría inmensamente feliz que le dejes todo a este sinvergüenza, que te vea la cara, pero sería muy tarde para que te lleves un escarmiento. ¡Yo soy tu hija! ¡Mierda! ¿Cómo puedes creerle más Eric que a mí?

—Es que Eric...

—No digas nada, no es necesario. ¡Eric, eres un maldito cabrón y no te saldrás con la tuya!

—¡Cecilia esa no es forma de hablar! —comenzó mi padre a perder los estribos y antes de gritarle todo mi enojo y soltar improperios en su contra, que solo resquebrajarían aún más la relación padre-hija, salí azotando la puerta y dejándole muy claro a Eric que iba a luchar.

CAPÍTULO 30

Alex

Aunque mi primera reacción fue correr tras ella, encerrarla en mis brazos y no dejarla escapar, no lo hice. Cecilia estaría conmigo si deseaba hacerlo, si me creía merecedor de su amor. Jamás la irrespetaría, nunca invadiría el espacio que necesitaba. A pesar de que la distancia y su frialdad me desarmaban por dentro, le daría los minutos, las horas y los días que requería para pensar. Por más que racionalizara, el suspiro en el pecho no me abandonaba, me abracé a mi almohada y lloré como lo hacen los hombres. Sabía que nada era eterno y Cecilia había estado sometida a mucho estrés últimamente.

Apagué las luces y me acosté a intentar dormir, ¿cómo apagar la tristeza? Una notificación en el celular me hizo dar un brinco, pensé que sería de ella y no, aún nada. Era una alarma que había puesto hacía tres meses, la misma que ella tenía en su celular. Habían pasado doce semanas desde mi última práctica sexual de riesgo con las *Secuelas de mis días oscuros I y II*. Al día siguiente, Cecilia y yo teníamos cita en la clínica de Christopher para practicarnos la prueba ELISA de cuarta generación. No sé si Cecilia acudiría, pero yo no iba a faltar. Suspiré y me tapé de pies a cabeza para espantar a la soledad. Unos toques suaves en mi puerta, precedidos de una intrusión me alejó de mi deseo. Traté de ver en la oscuridad de quién se trataba, mi madre hacía tiempo que no pasaba a darme un beso de buenas noches. Percibí el aroma de la protegida, inconfundible, me había estado mareando toda la mañana y la tarde, era encantador, no lo niego, pero solo podía significar una cosa: problemas. Me sequé de

un manotazo las lágrimas.

—¿Te puedo ayudar en algo, Audrey? —le pregunté, pero yo solo quería que se marchara, estaba destrozado por la falta de Cecilia, no tenía paciencia para los tejes y manejes de mi madre.

—No podía dormir, lo siento. Pensé que tú tampoco con todo lo sucedido. ¿Podríamos hablar un rato?

Encendí la luz de la mesa de noche y claro, ella llevaba la bata de seda abierta y debajo las suaves líneas de su cuerpo eran acariciadas por un finísimo encaje negro de un entramado que dejaba traslucir las bondades de su piel, nada para la imaginación. En una actitud muy ‘recatada’ simuló cerrarla ante la tenue claridad, pero muy pronto la abertura volvió a robarme miradas. Intenté ignorar lo seductora que lucía y frenarla para que recurvara para su habitación.

—Estaba a punto de dormirme, no sé si sea adecuada tu presencia.

—Solo quiero disculparme, creo que no le caí en gracia a tu chica. ¿Crees que su descontento se deba a mi presencia? —y sin interés en escuchar mi respuesta continuó—: Suelo tener esa reacción en las novias, es lo malo de ser bonita, siempre me ven como rival. Estoy pensando irme antes de lo que tenía pensado, para evitar conflictos, no ha sido mi intención. ¿Me perdonas? Deseo que quedemos en buenos términos.

—Puedes irte tranquila, Audrey —le dije con mi tono patético de voz que me delataba, que había llorado y que estaba hecho una mierda por dentro.

—La vida es rara. De no habernos distanciado, hoy seríamos amigos —precisó, noté que intentaba ganarse mi confianza y recordé las palabras de Cecilia cuando me recalcó que Audrey no era una amiga de la infancia, que era la mujer que había elegido mi madre para separarnos.

—Las cosas tomaron su curso y fue bueno para ti, tienes una estupenda carrera.

—Cuando tus padres vivían en Londres y hablaban de llevarte para allá con ellos, decían que eras la oveja descarriada, ahora me doy cuenta que eran muy exigentes. Eres un chico muy dulce.

—¿Dulce? Gracias por tus palabras, son innmerecidas.

—No puedes negar que Cecilia te rompió el corazón, una declaración tan bonita, algo atolondrada, sí, pero debiste recibir un premio por tu valentía, un sí inapelable.

—¿Eso crees? —pregunté.

—Bueno, en mis planes no está el matrimonio por ahora, pero imagino que tal vez ustedes habían llegado a ese momento.

—Mi hermano cree que metí la pata, que me apresuré.

—Estar enamorado es estar un poco loco. La verdad es que no podía dormir sin saber si ya te sentías mejor. No todos los días tu novia te rechaza delante de tu familia tras una proposición de matrimonio. Pensé que ibas a salir corriendo detrás de ella.

—Lo deseaba, pero preferí darle tiempo.

—Eres único, Alex. Eres tan seguro de ti mismo que enloquecerías a cualquier mujer.

—¿Seguro de mí mismo? Creo que soy un desastre.

—Eres el hombre perfecto.

—Halagos inmerecidos, no sabes cómo soy. Si me conocieras más, también saldrías corriendo en otra dirección.

—Prefiero juzgarlo por mí misma. Detesto que no hayamos tenido más tiempo para conocernos —mencionó—. No te negaré que tu madre quería juntarnos, piensa que haríamos una linda pareja y me habría dado gusto, pero tu corazón ya ha hecho su elección, que seas feliz con Cecilia, si te acepta de vuelta.

—Te lo agradezco.

—No lo hagas, solo soy educada. Me gustas, Alex, no te lo voy a negar. Nos habríamos divertido mucho, incluso esta noche, pero tampoco soy una mujer que se acueste con cualquiera. No me educaron para meterme a la cama de un hombre, por más sexy que sea, sino tengo una relación formal, soy muy tradicional.

Su voz seductora me envolvió, su mensaje contradictorio aún más y aunque había una negativa en sus frases, asegurándome que no habría sexo, el significado de ‘sexy’, ‘me gustas’, ‘deseas’ ‘meterme a la cama’ me hechizó. Dejarme envolver por

sus encantos me alejaría por un rato de este sufrimiento, Audrey era una tentación. Su bata cayó de uno de sus hombros ‘accidentalmente’ y no hizo nada por devolverla a su lugar. Uno de sus enormes y firmes senos se asomó casi por completo en el escote. Audrey me atrapó mirándolo y echó la espalda ligeramente hacia atrás para que me deleitara. Movi6 uno de los mechones de su cabello, le hizo círculo y lo introdujo en la boca. Mi *ello* clamó por el calor que me crecía entre las piernas, Cecilia me había tenido a una dieta de su cuerpo que me dejaba vulnerable, y aunque yo mismo me había complacido cuando sentía que estaba por reventar, mi campeón alucinaba por labrarse camino entre esos muslos que se dibujaban a través de la delicada tela. *Carajo estoy hambriento y esta mujer se va mañana, no la volveré a ver. Se puede decir que estoy soltero porque Cecilia me dejó plantado. No contaría como una infidelidad, ¿o sí? Cecy no tiene por qué enterarse. ¡Mierda! Estoy desvariando.* Audrey me llamó ‘cualquiera’ y me dejó en claro que no se acostaría conmigo, mi alarma de cazador se encendió. Sabía que, si me lo proponía, ella iba a sucumbir e íbamos a tener una despedida gloriosa. Mi *superyó* se esforzó por rescatarme, me dio un par de bofetadas mentales y me pidió que me enfocara, me recordó que mañana me podía hacer la prueba que Cecilia me había pedido y que un resbalón con otra mujer me regresaría al punto de partida. Cualquier práctica sexual riesgosa sumaría tiempo a mi espera del período ventana. Cerré los ojos para no ver la tentación que tenía en frente y pude ver a Cecilia, la que me estaba partiendo el pecho en mil pedazos, la que en realidad necesitaba y la responsable de que mis pantalones fueran una bomba de tiempo. *Soy más que un pene y el sexo no es lo mismo sin la mujer que amo*, fue mi mantra en honor a la lealtad. Luego las palabras del sexólogo de la familia me decían: *Alex, sexo y amor son dos cosas muy diferentes. No seas idiota y disfruta, solo ponte un condón.* Recordé que la vida de Christopher era un caos y que también muchas veces me había dicho: *El sexo y el amor se viven diferente de una persona a otra.* Apreté las piernas y dije:

—Audrey, ya es tarde. Necesito descansar. Me estoy cayendo del sueño...

—¡Oh! Pensé que tus ojeras eran de angustia, no de cansancio.

—Eres una mujer hermosa y esta situación es incómoda. No puedo ofrecerte nada, le pertenezco a Cecilia.

—No quiero ser un disgusto, me retiro a mi habitación —dijo cerrando la bata de golpe.

—Te deseo buen viaje —dije controlando al cazador que había en mí.
Lancé un suspiro cuando cerró la puerta tras de sí.

CAPÍTULO 31

Christopher

Atendí a Martha después de sus innumerables llamadas. Sabía lo que quería y no tenía cabeza para ese asunto, era consciente de que estaba perdiendo mi negocio y no podía hacer nada, no con todo el lío que tenía dentro. Pero cuando me aseguró que un abogado me esperaba, tras varios intentos de contactar conmigo, no me quedó otro remedio que darle la cara a la situación. Dejé a Abby dormida en el hotel de siempre, me di una ducha y salí. Recordé cómo había levantado la clínica, había comprado el inmueble y hecho las remodelaciones necesarias. Comencé con dinero que me había dado mi padre para invertir, mis ahorros y un préstamo del que ya me estaban comiendo los intereses. ¿Realmente estaba dispuesto a dejarla atrás? Ya había perdido a Mary, mi estabilidad emocional y el rumbo, porque temblaba ante la idea de hacer planes a futuro, no tenía claro qué seguía.

—¿Al fin te dignas a aparecer, Christopher, has perdido el juicio? —me dijo Martha—. La hipoteca está vencida, los médicos siguen huyendo en bandada, los que no se han ido es porque tienen firmado un contrato que aún no vence. Tienes pagos a los que hacerles frente.

—Pediré otro préstamo —dije aún adormecido.

—Eso ya lo hiciste y refinanciar la deuda también. Es que no lo entiendo, siempre has sido muy bueno para los números y puntual con los pagos.

—Hay médicos que aún siguen conmigo, buscaré otros clientes...

—Christopher, hay los que solo esperan el vencimiento del contrato que tienen contigo, ya tienen recién estrenado consultorio en otros sitios y atienden en la mañana aquí y en la tarde allá, están desviando a sus pacientes hacia los nuevos. No van a perder a su clientela. En cambio, tú ni eso estás cuidando. ¿A cuántos pacientes les has cancelado sin previo aviso? ¿Ya no te interesa la clínica?

—No es eso, Martha. Es solo que... tal vez este negocio no era tan rentable como creí en un inicio. Los médicos se van al último lugar de moda. He innovado continuamente, tuve socios cuando ya no pude hacerle frente solo, no sé qué más hacer.

—Si respondieras a mis llamadas o te presentaras más a menudo con el administrador hubieras estado al tanto de los reportes, de las pérdidas, de la falta de liquidez. El licenciado ha renunciado. Dijo que la situación es insalvable. Y tus socios están buscando la forma de quitarte de en medio, creen que el mayor obstáculo para que la clínica se levante eres tú. Algo se traman, han estado muy misteriosos últimamente y por más que he intentado advertirte parece que ya no te importa nada. El abogado te espera en el consultorio. Le he hecho pasar.

Entré y ahí estaba un licenciado con un elegante traje y un costoso portafolios, que aseguraba que quien pagaba sus servicios tenía mucho dinero. Hice mil conjeturas sobre quién lo enviaba y todas fracasaron.

—Buenos días, soy el doctor Huxley. ¿Con quién tengo el gusto y para qué me requiere?

—Soy el señor White, abogado de su nuevo socio, el nuevo presidente de esta clínica debido a que ha adquirido el sesenta por ciento de las acciones.

—¿De qué está hablando? —dije tomando asiento y controlando mis ganas de gritar.

—El señor Eric Hannes me ha enviado para ponerle al corriente y para concertar una cita con usted, de igual modo ha designado a un nuevo director, el doctor Wallace, quien tiene toda su confianza. El lunes le convocamos a una junta, espero que ahora sí sea puntual, ha sido muy difícil contactarlo. Hay ciertas deudas a las que hacer frente, si no puede responder a la parte que le corresponde, corre el

riesgo de perder sus acciones.

Me quedé paralizado en mi asiento mientras el hombre se retiraba, sabía que estaba a punto de perder la clínica, eso no me sorprendía, lo que me ponía furioso era que fuese a manos de ese prepotente, el exnovio de Cecilia. Le di una fecha al emisario y en cuanto me quedé solo hablé con mis amigos para pedirles una explicación y me corroboraron que habían vendido, se disculparon, alegaron que con mi desinterés no les dejé otra opción con tal de rescatar una parte de sus inversiones. Quedé aún más devastado. Jamás pensé que las amenazas de Eric Hannes se extendieran a la clínica, pero oír el nombre de Wallace en medio de lo sucedido me dejaba en claro que aquellos seguían ligados.

Otra visita entró sin ser avisada, Martha ya le había asegurado que estaba solo. Me levanté con todos mis demonios haciendo una fiesta con mis emociones y lo saludé.

—¿Hermano? ¿Qué haces aquí?

—Vengo a una cita, la de la prueba. ¿Recuerdas? Solo pasé a saludarte.

—Claro, lo olvidé por completo.

—Eso se ha vuelto muy habitual últimamente. Te noto raro, Chris. ¿Pasa algo?

—Lo de siempre, ya deberías estar acostumbrado a la nueva cara de idiota de tu hermano mayor, soy un fracaso, no puedo lucir mejor —obvié mi ruina como empresario, no quería abrumarme al compartir esos detalles, me hundiría solo, no quería angustiar a nadie a mi alrededor.

—No digas eso, saldrás adelante y yo estaré a tu lado para apoyarte. Me sorprendió saber que estabas aquí —dijo con naturalidad y con su buen humor habitual. Lo miré con sorna.

—¿De veras? ¿Ya no soy un hombre responsable?

—Creo que tomar terapia te vendría bien. Puedo recomendarte a alguien lejos de tu círculo.

—Me ocuparé de eso, vamos ahora a tu cita, te acompaño. Bien recuerdo que le temes a las agujas. ¿Y Cecilia? ¿Aún no han solucionado lo del almuerzo?

—Le estoy dando tiempo.

Cuando pasamos cerca de Martha, ella no pudo evitar preguntarme y despertar la curiosidad de Alexander:

—¿Qué buscaba el abogado, Chris? ¿Me dirás si hay problemas? Estoy angustiada.

—Mañana hablamos —le contesté.

—¿De qué abogado están hablando? —preguntó Alex.

—Nada importante —atajé con rapidez antes que Martha diera más explicaciones que le hicieran sospechar.

—Uno que lleva toda la semana buscando a Christopher con una cara estirada como si fuera dueño del mundo, no me gustó nada —dijo Martha.

—¿Qué está pasando, Chris? ¿Es el banco? ¿Algún acreedor? —preguntó Alex. Era imposible detener a Martha si se trataba de defender nuestros intereses, nos quería, no era como una secretaria común, era parte de la familia.

—Hablaré después con cada uno, a su momento, ahora vamos a tu examen, Alexander.

—De acuerdo —aceptó mi hermano.

Tras esperar su turno y pasar al consultorio, le dije:

—Quita esa cara, todo saldrá bien—. Alex suspiró antes que le extrajeran la sangre—. No entiendo por qué no preferiste una prueba rápida, habríamos tenido en veinte o cuarenta minutos los resultados, según la que eligieras.

—Quiero ir a lo seguro.

—¿Qué hiciste, Alex? ¿Por qué estás tomando estas medidas? ¿No te estarás drogando con los de la banda o algo así? —le pregunté, pero mi tono no disimuló el regaño implícito.

—No soy tan idiota y no uso drogas, puedes estar tranquilo.

—¿Tuviste relaciones sexuales sin condón? ¿De nada te han servido mis enseñanzas? Claro, no tengo moral para reclamarte, pero que conste que siempre lo uso.

—No te reclamo, por supuesto que puedes darme el consejo que consideres pertinente, sigues siendo mi hermano mayor.

—Pues aprieta fuerte que te estás desangrando. Pide otro algodón impregnado en alcohol para limpiar el desastre —le dije tras ver un hilo de sangre bajar por su brazo, al parecer no había hecho la presión necesaria.

Alexander soltó una carcajada y siguió mis recomendaciones. Recordé lo lindo que se sentía la camaradería entre ambos y agradecí al cielo por tenerlo. Siempre habíamos sido muy unidos y en algún punto, cuando él me marcó los límites y me dejó claro que yo no era su padre, que podía aconsejarlo pero que a él le correspondía elegir nos distanciamos. Una corazonada me obligó a sincerarme con él, era mi hermano, solíamos ser muy unidos y yo necesitaba también un consejo o al menos un hombro amigo con quien compartir mi pesada carga. Él se me adelantó y me pidió:

—¿Podrías averiguar si Cecilia asistió a su cita? Puede ser que haya venido más temprano que yo.

—Por supuesto —dije y dejé para después mi revelación.

Hice la pregunta en el área de laboratorios y me confirmaron que no había acudido, Alex se quedó con esa cara de angustia que me impidió develarle lo que me acongojaba.

—Tranquilo, ve a tus asuntos. Cecilia y tú se aman demasiado, todo se solucionará.

Lo vi partir luego de abrazar a Martha y darle tres besos sonados en las mejillas, lo que la hizo brillar como un amanecer. Le exigí que no se perdiera y que no desatendiera a Martha, que fuera agradecido. No dudé que se ocuparía, Alex era muy expresivo y cariñoso. Con la única persona que se le dificultaba comunicarse era con nuestra madre, por la barrera que ella ponía entre los dos. ¿Qué iba a hacer con la clínica? Tenía que tomar una decisión y avisarle a Martha. No iba a soportar quedarme bajo la dirección de Wallace. Se me ocurría algo o me retiraba, no había otra opción, era preferible montar mi consultorio en cualquier parte y empezar de cero que lidiar con Wallace, nada lo saciaba. Solo de pensar que él había ganado me llenaba de coraje, pero esta vez no iba a solucionar mis problemas a los golpes. Es verdad que yo le di la espalda a la clínica, pero ahora que entendía que todo era parte

de una tetra de Wallace para perjudicarme, no quise tirar la toalla ni darme por vencido.

Una llamada entró a mi celular, al ver el remitente, imaginé los motivos:

—¿Cecilia? ¿Hablas por tu cita para la prueba?

—¿La prueba? ¡Oh no! Lo olvidé por completo —dijo y me sorprendió, no imaginé para qué más podía hablarme.

—Alex, acaba de irse, vino por la suya.

—¿De veras? No hablo por eso, pero crees que si salgo ahora mismo para allá aún me la puedan hacer.

—Sí, hablaré para que te acomoden entre los pacientes. Puedes venir.

—Christopher necesito hablar contigo urgentemente. ¿Me puedas atender después de la prueba?

—Sí, pero ¿qué sucede? Me estás preocupando.

—Ya estoy saliendo para allá. Escuché una conversación que no debía, y después me puse a investigar, no te imaginas lo que descubrí.

CAPÍTULO 32

Cecilia

Tal como me aseguró Christopher me pasaron rápido y me dieron un pinchazo en el brazo que ni siquiera me dolió, fue rápido y enseguida estaba frente a Martha comunicándole que tenía una cita con el doctor Huxley. Martha fue tan amable como siempre, me dijo que Alex se había ido hacía menos de una hora y que al igual que yo se había practicado un análisis de sangre. Preguntó si estaba enferma y la tranquilicé diciéndole que eran estudios de rutina. Me aseguró que Alex le había respondido exactamente lo mismo. La vi suspirar poco convencida.

Entré al consultorio y la imagen de Christopher volvió a desconcertarme, la barba más crecida que la última vez y esa cara de doctor Perdición que le daba un halo de misterio, como un condenado a punto de revelarse ante su sentencia. Sobre su escritorio una botella de vodka, en su mano un vaso. Los ojos felinos me miraban sin ver, quién sabe en qué recuerdos se refugiaban. Me invitó a un trago y me negué con esta frase:

—Es muy temprano para mí. Escuché una conversación telefónica entre Eric y el doctor Macabro, están confabulados y decididos a destruirte. No sé qué traman y no entiendo por qué Eric quiere ajustar cuentas contigo. El doctor Macabro es como una sanguijuela que nunca da la cara pero que está detrás de todo el mal que se mueve. En mala hora se cruzó en mi camino.

—¿Doctor Macabro? Es un maldito infeliz que tiene que intentar destruirme para que su vida tenga sentido, no me puede olvidar. ¿Por qué simplemente no me deja en paz? Está muy mal de la cabeza, alguien así lleno de rencor, incapaz de perdonar y de seguir con su vida no debería ejercer. Te juro que no me centro en verlo pisar el polvo porque terminaría como él, no le daré el gusto de verme obsesionado con una venganza, ni con ningún tema que gire en torno a su persona.

—Vienen por tu clínica, Chris. Los oí mencionar que quieren quedarse con la clínica solo con el afán de destruirla, de hacerte daño.

Christopher llenó de nuevo su vaso hasta el tope y lo tomó de un largo sorbo, sentí mi garganta quemarse solo de mirarlo beber.

—Son unos desgraciados.

—No sigas bebiendo así—. Estiré la mano, le quité el vaso de cristal y lo puse sobre la mesa—. No estás solo, no permitiré que esos dos canallas se ensañen contigo. Una vez me defendiste y hoy me toca estar de tu lado. ¿Qué puedo hacer para ayudarte? Ya no soporto a Eric, ahora puedo verlo como en verdad siempre ha sido, vengativo, prepotente, egoísta.

—Cecilia esos dos canallas ya dieron su primer paso y no sé si pueda recuperarme, Eric compró el sesenta por ciento de mi clínica, solo poseo el cuarenta, y ha puesto a Wallace como el director. No puedo hacer nada, ahora me consumen las deudas, aunque me recupere económicamente no podré recobrar la clínica. No hay cantidad suficientemente atractiva que les pueda ofrecer, ellos la han comprado para fastidiarme.

Aún tenía el vaso que le había arrebatado a Christopher en la mano, me serví un trago y me lo tomé, terminé tosiendo tras el paso del vodka por mi garganta, tan apresuradamente.

—¿Qué estás diciendo? Eric es detestable. ¿Solo por una humillación, por un altercado ha decidido enfocar sus misiles contra ti y apoyar a Wallace en este absurdo?

Me quedé pensativa por unos minutos y recordé que había algo que Eric quería más que esa estúpida venganza. Varias ideas aisladas me pasaron por la cabeza, terminé por conectarlas. No sabía si era la mejor opción, pero ya habíamos

permanecido pasivos por mucho tiempo y eso no había calmado la intención de Eric de quedarse con lo que no le pertenecía y de entrometerse donde no le habían invitado.

—Para Eric destruirte es solo un juego, como un gato con un ratón, Wallace le dio un poco de cuerda y él estaba muy enojado porque no soporta perder en una pelea. Pero la empresa de mi padre es lo que siempre ha soñado poseer.

—¿De qué estás hablando?

—Mi padre lo quiere como un hijo, por supuesto que no conoce su parte más ruin, la que es capaz de cualquier bajeza con tal de conseguir sus objetivos. Si Eric se hubiese casado conmigo se habría quedado con la presidencia del negocio de mi familia, mi padre se lo propuso tras mi falta de interés y Eric estaba fascinado. Cuando rompí nuestro compromiso y me negué a casarme con él no solo perdía a la mujer que supuestamente amaba, también sus sueños de grandeza. Ya es muy rico, pero si le sumaba *Omega Group* sería aún más poderoso. Mi padre también estaba decepcionado de mí por la sarta de sucesos que me hicieron caer en desgracia ante sus implacables ojos, así que decidió volverlo su heredero. Aunque nunca perdió la esperanza de que yo recapacitara y volviera mi atención a los laboratorios.

—No puedo creer que tu padre hiciera eso.

—Eric pone su lado más noble ante mi padre, uno que ahora estoy dudando que sea real.

—Lo lamento.

—Ahora que entré en la empresa Eric se siente amenazado. Mi padre se ha sentido orgulloso del giro que he tomado, me he dado cuenta de la responsabilidad que implica que alguien de valores humanos dirija una compañía con una misión tan noble como *Omega*, al fin de cuentas se trata de medicinas valiosas que pueden ayudar a personas a sentirse mejor, que pueden salvar vidas. No estoy dispuesta a dejar que Eric lucre con eso. No quiero que se quede al frente. Mi padre me ha dado la oportunidad de demostrarle que puedo con el reto.

—¿No has pensado que Eric esté detrás de la campaña de desprestigio en tu contra? Digo, dejarte mal parada ante tu padre lo acercaría aún más a la presidencia.

—Tal vez si el ataque fuera otro. Eric es muy celoso de su hombría, jamás la

pondría en tela de juicio. Aún me recrimina por ello.

—Claro. ¿Entonces crees tal como Alex que tu padre está detrás del ataque, que lo hizo para encaminarte a sus intereses?

—No sé quién está detrás del atentado al canal, pero mi padre sería incapaz de poner en entredicho el buen nombre de la familia, está obsesionado con la imagen pública y mantener las apariencias.

—Entonces ambos tienen su coartada.

—Lo que me deja a las *Secuelas de los días oscuros* de tu hermanito como principales sospechosas, las muy pérfidas están muy metidas en las redes sociales y harían lo que fuera por desacreditarme públicamente con tal de alejarme de Alexander. Sospecho de ellas, no creo que tu madre fuera lo suficientemente maquinadora para intentar destruirme con un ataque cibernético, con todo respeto.

—Maquinadora ni te imaginas, si hubiera estado en sus manos tal vez, pero coincido contigo, no fue mi madre. Cuando los invitó a la cena tenía intenciones de apaciguar, y en tecnología no tiene las habilidades.

—La señora Huxley también tiene su coartada —dije—. A no ser que se haya aliado con las *Secuelas* y ellas hayan hecho el trabajo sucio.

—Las *Secuelas* no sé, pero mi madre no creo que haya aceptado corromperse de esa manera, jamás caería tan bajo.

—Tienes varios *Rounds* en su contra.

—Eso estuvo mal pero no perjudicaría tu imagen pública.

—¿Te parecen inocentes sus intentos de desplazarme? ¿Elisa, las *Secuelas*, Lucy, la protegida?

—¿Doctor Macabro, las *Secuelas*, la protegida? ¿Tienes un nombre para todos?

—Mi único crédito es el del doctor Macabro, el de las chicas es cosa de Alex y el de doctor Tentación con el que llamábamos a Alex hace tiempo es cosa de Ashley.

—Ajá. Solo espero que no haya uno para mí —dijo y tal vez no fui muy hábil para disimular porque me comió a preguntas—. ¿Es en serio? Dímelo.

—No.

—Lo exijo.

—Quiero seguir llevándome bien contigo, más ahora que tengo una propuesta para ti.

—¿Entonces admites que tengo un mote? Ahora entiendo por qué tú y Alex son tal para cual, tienen una secta de dar apodos muy sugestivos a todos los que osan cruzarse en su camino. ¿Y yo qué he hecho para merecerlo?

—Alex no tiene nada que ver con esto, ni siquiera Ashley. Y no te diré nada. Menos ahora que seremos socios.

—¿De qué estás hablando?

—Voy a sacar a Eric de *Omega Group*, pero para hacerlo necesito gente que sea leal y honesta conmigo, todos los que están al servicio de mi padre o sus asociados tienen su fe puesta en Eric y no me dan un voto de confianza. En mi vida lo único que he dirigido es el canal, necesito a mi lado a alguien con conocimientos en salud, administración y finanzas. Tú has dirigido la clínica.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Por qué no lo haría?

—Sabes que la imagen profesional que brindo oculta secretos inconfesables. Soy un adicto al sexo, he perdido mi propio negocio por desenfocarme en el momento menos oportuno, y estoy inestable tras la separación de Mary. Me atormenta mi frustración por no superar mi problema hasta la fecha, el fracaso de la clínica.

—¿Adicto al sexo y toda esa colección de conflictos?

—Sí y últimamente bebo alcohol más de la cuenta. Tengo que irte de frente con la verdad. No quiero que te hagas falsas ilusiones. ¿Aún consideras que sería buen elemento para apoyarte en esta empresa?

—Eres un ser humano, Chris. Uno como yo. También he resbalado y estoy dispuesta a levantarme. Sigo creyendo que puedes hacerlo y quiero tenerte a mi lado. Alex confía en ti y te mira con tal devoción que me inspira, yo confío ciegamente en Alex.

—Puedo hacer el intento y la verdad me resulta muy atractiva la idea. Pero aún tengo desconocimiento de química, farmacia, biología. Necesitamos a alguien de nuestro lado que tenga formación en esa área. ¿Te atreverías a tomar en cuenta a Elisa en nuestro equipo?

—Me parece una excelente idea, no sé cómo no se me ocurrió antes. Esto merece un brindis. Yo me ocuparé de convencer a mi padre. Habla con Elisa, estoy segura que papá no se opondrá, en el fondo de su corazón quiere que sea yo y no Eric quien dirija el proyecto al que le ha dedicado toda su vida.

—Salud, jefa —me dijo.

—Socia. Si nos aliamos en esto, cuando nos deshagamos de Eric no serás un empleado. Ahora confirmo que tu alias te viene como anillo al dedo. ¡Salud, doctor Perdición!

—¡No sé qué me asombra más si el mote o el trato!

—Pero tendrás un reto aunado a la par de trabajar conmigo en *Omega Group*, es necesario que tomes terapia, para que te liberes de todos tus demonios, hazlo por las niñas, por Mary, pero sobre todo por ti.

—Trato hecho —dijo y chocamos los vasos.

CAPÍTULO 33

Alex

Recién terminábamos de almorzar mi madre y yo en la mesa del jardín, la que me recordaba la huida de Cecilia con toda la agonía que eso implicaba. Mamá me estuvo regañando durante toda la comida por mi escaso apetito, no podía engañarla. Me sentía como un adolescente enamorado y rechazado, el corazón lo tenía en un puño. Mi hermano arribó cuando iba a levantarme de la silla, mi madre ya había guardado la vajilla y ni siquiera me había dado cuenta. Christopher se sentó frente a mí. Mamá le ofreció un plato de comida y él aceptó gustoso, comenzó a devorarlo, tenía más hambre que otras veces y le veía un nuevo brillo en la mirada.

—¿Te traigo una copa de vino, hijo? —le ofreció mamá.

—No quiero nada de alcohol, solo agua, he venido a hablar con Alex — contestó y mamá se fue a sus asuntos.

—¿Solo agua? —inquirí cuando quedamos él y yo.

Christopher me puso al tanto de las novedades, del ofrecimiento de Cecilia y aún no acaba de entender ese nuevo nexo entre ellos. ¿Qué los unía? ¿Qué tenían en común? ¿Por qué no fui una vía para el trato entre mi hermano y mi ‘novia’? Eso me ponía en alerta, había algo que me estaba perdiendo.

—Me alegra que Cecilia y tú se hayan aliado, aunque no sé si estoy contento de saber que lo han hecho para trabajar en *Omega Group*, eso no la hace feliz, ella

extraña el canal —dije aún a la expectativa.

—El padre de Cecilia le ha ofrecido la presidencia a Eric para cuando él se retire, Cecilia se enfadó al conocer que tras su esfuerzo por integrarse aún sigue teniendo a Eric como el candidato más apto.

—Me sorprende. Creí que el señor Marcel quería a Cecilia para el puesto y que por eso había destruido la reputación de su hija en el canal.

—Al parecer no la quiere para la presidencia con tanto énfasis. Es su deseo, pero no lo hará si ella no demuestra su valía y por eso Cecilia me ha pedido apoyo. Eso demuestra la inocencia de tu suegro, él no está detrás del vídeo o ¿por qué pone a Eric por delante de su hija?

—Porque Eric siempre fue su candidato y pretende que Cecilia vuelva con su antiguo prometido.

—El señor Marcel no me dio esa impresión en la cena y luego en el almuerzo, lo vi intentando aceptarte como pareja de Cecy.

—Olvidalo, me darás la razón cuando se le caiga la máscara, no podrá ocultarlo por siempre —aseveré y luego volví a la carga con el tema de la sociedad entre Chris y Cecilia, creía en mi hermano y en Cecilia, pero por un momento me dominaron los celos, él tenía ese problema con el sexo que podría cegarle en momento inapropiado, Cecilia estaba susceptible por todos los conflictos que la agobiaban, ambos eran atractivos y estarían demasiado tiempo juntos. Sin miramientos le solté—: Sigo sin entender por qué tú.

—Tal vez porque confía en mí y porque...

Hizo una pausa y luego me relató como Wallace había metido sus sucias manos en la clínica, Wallace y Eric. Me quedé idiotizado tras su revelación. Mi hermano ni siquiera sospechó que mi pregunta era más bien un reclamo, propiciado por los celos. Respiré fuerte mientras lo escuchaba para intentar refrescarme. Todo ese plan tan sórdido de Wallace y Eric me habían puesto a hervir la sangre. Odié que la ira de ambos se dirigiera a mi hermano y que se hubieran confabulado para hundirlo. Miré a Chris a los ojos y me arrepentí por dudar de él, jamás haría nada que atentara contra mí. Solo atiné a decir:

—Acabaré con el maldito de Eric, no tenía que involucrarte, no tenía que...

—dije y me puse en pie decidido a ponerle un alto, ya no soportaba que siguiera lastimando a la gente que más quería.

Mi hermano me abrazó con fuerza y me detuvo, calmó mi cólera con una tranquilidad que pensé que ya había perdido. Me recordó cuando era pequeño y me defendía de otros niños mayores, cuando me calmaba tras una rabieta o cuando por el exceso de trabajo de nuestros padres nos quedábamos solos y él me cuidaba. Christopher siempre estuvo presente para mí, incluso más que mamá y papá, era una joya en mi vida, un mentor, recordé cuando me sacó de la alocada vida que tuve cuando intentaba ganarme unos pesos extra como stripper. Lo abracé con fuerza y le dije:

—Siento que la clínica se haya ido al demonio, yo fui tu talón de Aquiles.

—No te sientas responsable, no lo eres. Wallace no me dejará tranquilo, tenemos asuntos sin resolver que vienen de mucho tiempo atrás. Es él quien está detrás de mi cabeza. Ha manipulado a Eric que es un prepotente que no ve más allá de sus narices, porque tenía los medios que Wallace necesitaba y Eric me odiaba, por mi conexión contigo y porque una vez tuvimos un intercambio de palabras. En aquella reunión a la que fui invitado en lo del señor Marcel, vi a Eric presionando a Cecilia, reclamándole por el daño que le causó el vídeo y lo frené.

—Es un maldito cobarde. ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué Cecilia guardó silencio?

—Porque te queremos, porque a los tipos como Eric hay que ganarles con inteligencia. ¿Qué vas a hacer? Le reclamas, lo agredes, le pones según tú un alto y él esperará oculto como una sanguijuela para dar un golpe como el de la clínica. Cecilia va a recuperar la confianza de su padre para que la deje al frente cuando decida retirarse. Ese es el escarmiento que los tipos como Eric se merecen, quitarlo de en medio, no permitirle acceder a un poder desde el que podría seguir haciendo daño. Si se queda al frente de la fortuna de los Marcel, Cecilia nunca se lo podría quitar de encima. Escúchame bien, Alex. He decidido renunciar a la clínica.

—¡No puedes hacerlo! —dije dando dos pasos hacia atrás y mirándolo fijamente—. Le has dedicado mucho tiempo.

—*Omega Group* es una responsabilidad mayúscula, es una gran oportunidad y Cecilia tiene muchos planes. Ella ama el canal, pero se ha dado cuenta del alcance

que tendría desde una compañía de este tamaño. Para mí significa reivindicarme, no me pesaría tanto el fracaso de la clínica, sería la oportunidad de levantarme de las cenizas con un proyecto que me ofrece un reto mayor. A nivel profesional es tentador y terminaré pateándole el trasero a Eric de igual forma. Desde ahí podemos hacer mucho bien y evitaremos que Eric haga mucho mal.

—No sé si prefiero al Chris que no era tan civilizado. Son muchas cosas que digerir, Wallace y Eric en la clínica es la primera, Cecilia en *Omega Group* es la segunda y esta especie de alianza entre mi novia y tú es la tercera. Sobre todo, ahora que no quiere verme y rechazó mi propuesta matrimonial —solté avergonzado el último de mis temores.

—Cecilia te ama.

—¿Te lo dijo? —pregunté. Asintió y luego me acarició con afecto la cabeza. En medio del exceso de información abrumadora algo no me pasó desapercibido, Christopher había recobrado las ganas de luchar—. Una cosa más, si renuncias a la clínica, no dejes a Martha con esos canallas.

—Jamás abandonaría a Martha.

—Les deseo éxitos a ti y a Cecilia en esta nueva empresa, se lo merecen, me cuesta creer que este nuevo desafío a ella la hace feliz, tal vez es la prueba de que me falta mucho de Cecilia por descubrir. Es hora de que yo siga mi camino, no me detendré por Cecilia, seguiré con mis planes y esperaré a que ella considere prudente regresar a mí.

Tenía un hueco en el corazón que requería ser llenado, Cecilia y Christopher tenían esos nuevos planes que los encarrilaba, pero yo seguía perdido. Una gran parte del hoyo se debía a la falta de Cecilia y otra a la ausencia de mis amigos, extrañaba el ambiente del nido, nuestra complicidad, y yo tenía el sitio perfecto esperando por nosotros. Cecilia había renunciado a nuestro refugio y estilo de convivencia, yo no estaba dispuesto a renunciar. No lo pensé dos veces, dejé a mi hermano en el jardín y caminé a mi habitación. Tenía esa casa inmensa a orillas del mar, Mary y las niñas ocupaban una pequeña parte y ni con sus voces podían llenar el ensordecedor silencio. Un hogar que yo había querido construir pero que le faltaba lo más importante, las personas. Decidí luchar por recuperar a mi familia. Tomé un par de mochilas y las llené de ropa y efectos personales. Me acerqué a mi madre y le dije

que había llegado la hora de seguir mi rumbo:

—Mamá, cuando salga esta noche del ensayo no regresaré a casa. Ya renté un sitio, es hora de abandonar tu nido.

—Alexander, no. Sé que me habías avisado que tarde o temprano sucedería, pero no estaba preparada para que esta noche no regresaras a dormir.

—La vida tiene que continuar, necesito tener mi propio techo, con mis reglas.

—¿Lo haces porque invité a Audrey? ¿Me responsabilizas por tu rompimiento con Cecilia?

—No te juzgo, a esta altura solo intento comprender tus razones y tomar mis propias decisiones. En cuanto a lo otro, Cecilia y yo no hemos roto, solo está confundida, cuando todo se calme lo retomaremos. Sé que Cecilia me ama.

—¿Me perdonas, hijo?

—Madre —le dije y la abrigué en mi pecho.

Y así teniéndola entre mis brazos me di cuenta de su fragilidad, le deposité un tierno beso en el cabello, ese que olía a rosas, el aroma que tan feliz me hacía en la niñez con cada uno de sus besos tras sus largas ausencias. Sentí sus lágrimas empapar mi camisa y algo se quebró en mi pecho. Dolía partir, pero tenía que hacerlo y ella lo sabía porque me animó con estas palabras:

—Corre y no mires atrás, me duele no haber sido mejor madre para ti. Me costó comprenderte —dijo colocando su rostro frente al mío y estirando la mano para acariciarme las mejillas—. Quizá tampoco lo fui para Chris, aunque yo creí dar mi mayor esfuerzo. Tal vez es hora de que deje de imponer mi voluntad y que seas dueño de tus elecciones. ¡Qué ciega he sido! Lo eres desde que decidiste correr tras tus sueños y la mujer que amas —dijo y rio a carcajadas al darse cuenta de su error.

Me apretó con más fuerza y aproveché para aspirar su olor una vez más, ese que amaba y quería llevarme conmigo.

—Te amo, mamá, eres especial.

—Tú lo eres más, mi niño. Le debo tanto a Martha, mientras tu padre y yo nos ocupábamos de trabajar para que no les faltara nada y de presionarlos para que tuvieran una carrera y un futuro similar al nuestro, ella se ocupó de algo más

importante, mantener abrigados sus corazones. ¿Por qué fui tan testaruda? Iré a la clínica a tomar un café con ella. Tenemos tanto de qué conversar.

—¡A la clínica no! —dije espantado, si mi madre sabía que Chris estaba a punto de perder todo, su presión se dispararía—. Invítala mejor a la casa.

Pero mi madre era especialista en leer la mente, me conocía demasiado y mi preocupación no le pasó desapercibida.

—Ahora mismo iré a la clínica, no puedes negar que me estás ocultando algo de peso.

—Mamá, antes de ir habla con mi hermano, prométemelo.

—¿Tan grave es? Dímelo de una vez mirándome a los ojos. Ya no quiero que me oculten nada, si no morí el día que tu padre se fue de nuestro lado, ninguna mala noticia me quitará la vida.

—Convérsalo con Chris, a él le corresponde.

Mi hermano se nos acercó, había escuchado la última parte de la charla y reveló lo ocurrido:

—Wallace está al frente de la clínica, su protector recién adquirió el sesenta por ciento. Estoy pensando en salirme, me han ofrecido una nueva sociedad y es algo que me motiva.

—¿De qué hablas, Christopher Huxley? —preguntó mi madre estupefacta.

—Alex, trae el baumanómetro para medirle la presión a mamá.

—¡No es necesario! Ustedes piensan que soy tan frágil que me romperé ante cada crisis por la que me toque pasar. Perdí a mis padres, perdí a mi esposo. Solo necesito que me expliques por qué ha ocurrido toda esta hecatombe, pero tengo la fuerza necesaria para soportarlo.

Llegué con el *kit* para medir la presión y las píldoras que tomaba mamá, ignorando sus palabras, Christopher se la midió y notamos que estaba ligeramente alta, pero no tanto como temíamos. Le di sus pastillas y las tomó sin chistar. Solo podía pensar que si conocía del inminente divorcio de mi hermano ahí sí sería un desastre. Entonces Chris se puso serio.

—Has mejorado, mamá. Y sí, eres más fuerte de lo que pensaba. Por eso ya

no quiero más secretos entre nosotros, Mary y las niñas no están viviendo en la casa. Hemos tenido algunos problemas.

—¡Oh, Christopher! —dijo mi madre con el rostro desenchajado y luego le reclamó a mi hermano—: ¿Qué le hiciste?

—He estado muy agobiado y he cometido algunos errores, pero te aseguro que la voy a recuperar. Nos amamos. Todo volverá a la normalidad.

—¿Y dónde están ellas? ¿En la casa de su madre? —preguntó mamá mientras abrazaba a Chris. Él se quedó mudo, por supuesto que no sabía qué responder.

—Mary está en mi nueva casa —afirmé y los dos se quedaron asombrados mirándome y para romper el silencio antes de que nos dominara añadí—: Me quedaré unos días más, mamá, hasta que te sientas mejor.

—Yo me quedé con mamá todo el tiempo que haga falta, anda con Mary y mis hijas, cuídalas. Estaré más tranquilo si están contigo.

—No necesito, niñeras. Estaré bien —nos regañó mi madre.

Chris la abrazó y le dio un beso en la cabeza, mamá sucumbió ante la devoción de mi hermano y se dejó atender por él.

Salí y me iba tranquilo con respecto a mamá, nos habíamos entendido y Chris velaría por ella tras la intensa sesión de honestidad. Necesitaba recuperar lo que había dejado atrás, a mis amigos, evitaría que la distancia terminara por languidecer los lazos tan fuertes que nos unieron hasta hacía poco. Y mientras corría a ellos, mi corazón solo podía pensar en Cecilia. El amor duele tan profundo y aunque no corrí a abrazarla, porque quería respetar la distancia que había marcado, moría por estrecharla en mis brazos.

—Dios, qué deseos de abrazarla —se me escapó junto con un par de lágrimas que humedecieron mis ojos y se negaron a abandonarlos.

Y recibí consuelo en el abrazo de mis amigos. Me abrieron la puerta del departamento de Peter y yo les abrí mi corazón. Necesitaba desahogarme y solo ellos podían entender mi sufrimiento, porque ellos vieron crecer nuestro amor desde los primeros días, ellos lucharon por colocarnos de nuevo al uno frente al otro. Les dije

lo difícil que se puso mi relación con Cecilia con todos intentando separarnos, el rechazo de Cecilia tras mi desesperada propuesta de matrimonio, la emboscada de Eric y Wallace a la clínica de mi hermano, la alianza entre Chris y Cecilia.

—Cecilia recapacitará, Alex —me dijo Peter siempre conciliador haciendo alusión a nuestra separación.

—No te dejes caer, hombre. Cecy tiene muchos problemas, pero por supuesto que te ama —me animó David.

—No hablen por Cecilia, no le den falsas esperanzas a Alex. Cecilia también lo abandonó, lo dejó de lado, como a nosotros. No sé en qué momento *Omega Group* se volvió más importante que la gente que siempre creyó en ella —reveló Ashley el dolor que sentía.

—He venido por ustedes, chicos —revelé—. Nuestra amistad no tiene que acabarse porque Cecilia tenga otros planes. Recuerdan que cuando estábamos atrapados en el antiguo estudio les prometí que iba a resolver todo, vengo a cumplir con mi palabra.

—No tienes que hacerlo, hermano, no nos debes nada —dijo David.

—La verdad es que los extraño —aclaré—. No sé quién acabó con lo que teníamos, nos sacó de nuestro hogar, nos alejó los unos de los otros. No estoy dispuesto a dejarlo ganar. Tengo un nuevo nido con habitaciones para todos, a orillas del mar. Recuerdo que cuando me quedé sin nada tras las discusiones con mi familia, ustedes me recibieron en su casa. Vengo a ofrecerles la mía. ¿Qué dicen?

—¿Estás hablando en serio, Alex? —preguntó Ashley.

—Es enorme, cada uno tendría su espacio, el mejor nido que hemos tenido hasta la fecha. El azul del mar es sofocante, se cuele por todas las ventanas. Ustedes pueden trabajar desde cualquier parte y a mí no me molesta desplazarme para los ensayos con la banda. Las fiestas que haremos serán épicas. La cocina tiene vista al océano, ¿qué dices Dave? —intenté animar al primero.

—Para un chico de Alaska es tentador —contestó él.

—¿Y tú Peter?

—Sabes que tengo mi departamento, pero el nido siempre contará conmigo.

—La verdad es que aquí ya no cabemos, incluso estábamos viendo la opción de rentar independientemente Dave y yo, o irnos los tres a un nuevo departamento. ¿Y hay fotos de ese paraíso o podemos hacer una excursión para inspeccionar el terreno?

—Estoy mudándome. ¿Quieren acompañarme?

La aceptación fue unánime y oficialmente el nuevo nido abría sus puertas.

CAPÍTULO 34

Christopher

Ahora que sabía dónde podía encontrarla mi cabeza no dejaba de pensarla. Quería correr y suplicarle una vez más, pero mis juramentos no servirían de nada. Era lo que traía consigo todos mis estudios en Psicología y Psicoterapia, que ya sabía lo que iba a venir, y tenía que respirar fuerte y aguantarme las bolas, literalmente. Me senté con mi madre y le pedí mudarme un breve tiempo a su casa, se resistió, pensó que lo hacía para protegerla y la verdad era que yo necesitaba cambiar de ambiente, y reencontrarme con mis raíces, teníamos tanto de qué hablar. Le dije la verdad por la que se fue Mary. Ella y mi padre eran estupendos especialistas de la salud mental, y el apoyo, al menos de la que aún quedaba a mi lado, era vital para mí. Alguien con su fortaleza de carácter no me iba a dejar retroceder ni para coger impulso. Cuando le dije hasta la última palabra ni siquiera lo dudó, ni le causó asombro, solo ató cabos y recordó mi difícil adolescencia. Abrió sus brazos y me abrigó en su pecho. No me reclamó por mi silencio, ni se culpó de mis desgracias, solo me aseguró:

—Puedes con esto y más. Eres Christopher Huxley, saldrás adelante.

Lloramos y me llené de arroyo para enfrentar de una vez lo que había mantenido por tanto tiempo devorándome las entrañas. Tenía dos llamadas que hacer. Hice la primera, del otro lado me respondió Abigail:

—Ahora sí pararé, no me verás de nuevo hasta que deje de pensar en ti desnuda bajo mi cuerpo, no regresaré a ti hasta que puedas tratarme como un amigo.

—Así como apareciste un día y me abordaste con urgencia te marchas, no me pillas desprevenida. Nunca has sido mío. Mary y tú tienen algo insuperable. Te soy honesta, yo tampoco resistía más este martirio. También he encontrado a alguien especial y no podía seguir engañándolo contigo. Creo que seguiré tu ejemplo y también compondré mi vida. Te deseo éxito, Chris. Aunque lo dudes, te quiero.

—Cuídate, linda. Te deseo que seas feliz.

La segunda llamada fue a mi mentor, a quien hacía años no recurría. Se alarmó cuando le comuniqué que necesitaba desesperadamente una cita e hizo un espacio en su agenda para atenderme. Me observó con detenimiento y abrí la boca para decirle:

—Mi vida es una mierda.

—¿Qué dices, Chris? —preguntó, pero sin asombro, acostumbrado a las desgracias humanas.

—El sexo o mi deseo desmedido por el sexo, ha interferido con mi matrimonio, con mi trabajo. Vivo en un caos, voy a perder la clínica, mi mujer me ha abandonado y me he pasado los últimos meses hundiéndome con ahínco.

—¿Crees tener un problema con el sexo?

—Mi incapacidad de afrontar ciertos temores y conflictos me llevaron a refugiarme en conductas sexuales más que por placer por escape. Solo quería olvidar y hacerlo era una ventana para huir de mis problemas.

Saqué todo, como la presión fue haciéndome más vulnerable, como entrar en un cuerpo femenino me obsesionaba, como liberarme en un orgasmo, ya sea con otros o conmigo mismo me perdía, pero lo más detestable era que nada podía saciarme y era imperioso volver a sentirlo con más fuerza, y vivía sumido en una lucha por obtener más placer con cada orgasmo y se volvía inalcanzable. Luego me sentía desgastado por la debilidad de mi cuerpo adolorido tras el exceso al que lo sometía constantemente. Mary me dejó porque ya no me soportaba, no quería ser testigo de cómo me destruía sin remedio, ella tenía una relación sana con su intimidad y su sexualidad, mi exigencia la llevaba en ocasiones a traspasar sus límites y su vida no se resumía a estar encerrada conmigo en una habitación cada vez que la alarma de mi cuerpo demandaba su dosis habitual. Ella disfrutaba increíblemente con cada una

de mis caricias, con hacer el amor, con el sexo salvaje, pero ella quería más, no quería ponerle una etiqueta al sexo.

—No suelo abordar así a mis pacientes, pero considero hacerte esta pregunta debido a tus conocimientos médicos. ¿Estás tomando algún fármaco, droga —dijo para ser más específico el clínico— que sea la causa del incremento en tu apetito sexual?

—No. Hace un par de meses he consumido más alcohol del acostumbrado, pero ha sido para suplir un deseo por otro, para tratar de anestesiar-me y olvidar, pero no ha servido de nada.

—Podría complicar tu situación si sigues con ese comportamiento que me has manifestado, es necesario que le pongas un alto cuanto antes.

—Considéralo hecho.

—Sería bueno practicar-te estudios físicos para descartar que una condición biológica esté interfiriendo con el funcionamiento de tus glándulas suprarrenales o con...

—Ya me los practiqué. Fue lo primero que hice cuando intenté por mi cuenta combatir esta situación.

—Me traerás los resultados de los exámenes en la siguiente sesión. Quiero corroborar que todo está en orden y evaluar si se requieren otros.

—Los he traído conmigo, sabía que me los pedirías.

—Christopher, no sé cómo no anticipé tu respuesta. Déjame analizarlos. —Tomó los documentos y leyó uno a uno detenidamente, sin prisas. Tomó notas en su portátil y luego me dijo—: ¿Sabes que te pondré en celibato? Tendrás que dejar de ver a Abigail. La dependencia entre ustedes y el sexo es el primer vínculo que hay que cortar.

—Eso ya está resuelto, lo hice antes de venir para acá.

—Lo dices fácil, Chris. Sé que tienes un manual en la cabeza de cada paso y cada técnica que se ha empleado en este caso con éxito. Pero tendrás que olvidar que eres psicólogo cuando pongas un pie dentro de mi consulta. Te fue posible cortar con Abigail, mantener tu palabra será la tarea que pondrá a prueba tu control, tu

tolerancia y tu cordura. Es difícil medir cuál es límite de lo normal en el apetito sexual de una persona, somos totalmente diferentes unos de otros, lo que puede ser mucho para uno puede ser sano para otro. Pero hay una medida que no pasa desapercibida y son las consecuencias a nivel personal y social, tu inminente divorcio, el fracaso en la clínica, tu ansiedad manifiesta, tu evidente descontento con la forma en que te has conducido.

—Por eso vine a verte, solo no puedo.

—¿Y cómo es que terminaste hoy aquí?

—Cuando todo parecía perdido apareció un ángel y me dio una oportunidad de reivindicarme. Alguien vio en mí la capacidad que ya creía extinta. Cecilia cree que yo tengo la capacidad de dirigir un emporio que le dará otro sentido a mi vida, me mostró cuanto bien podemos hacer a quienes en verdad lo necesitan. Dejé de preocuparme por mis dramas existenciales, me di cuenta que soy insignificante si no lucho por los principios adecuados.

—¿Otra amante o futura conquista que me estés ocultando?

—Todo lo contrario, una amiga que no me ve como un pedazo de carne. Es la novia de mi hermano, conoce de que pierna cojeo y me puso una precisa, para trabajar a su lado tengo que sanar.

—¿Así que esas bonitas palabras de superación personal, se resumen en que has venido a terapia por el requisito del nuevo proyecto?

—Fue un incentivo, pero en verdad quiero sanar por mi familia y por mí. No puedo continuar así, he tocado fondo y el ofrecimiento de mi cuñada ha venido en el momento más apremiante, he tomado la mano que me ha brindado y quiero aferrarme a esta oportunidad.

—Eso depende de ti.

—Lo sé, es lo mismo que les digo a mis pacientes. Estoy listo para firmar el compromiso por escrito acerca de mi sobriedad sexual, de cooperar, de apegarme a...

—Christopher, Christopher —me interrumpió—. Las cuantiosas lecciones de tu formación como psicólogo, psicoterapeuta, sexólogo, etcétera, esas que tomaste en prestigiosas escuelas y que analizaste a fondo, refieren que lo más recomendable en un caso como el tuyo es que el inicio del tratamiento sea internado. ¿Lo recuerdas?

—No sabría decirte, dejé al psicólogo en la puerta.

—¡Qué interesante! —dijo con sarcasmo—. Justo cuando estaba por decirle al psicólogo que tengo en frente que me dejara hacer mi trabajo.

—No puedo internarme, tengo que sacar adelante el proyecto de los laboratorios, tengo dos hijas que mantener, decisiones que tomar en la clínica, es lo único a lo que no puedo comprometerme, pero acepto adherirme al tratamiento al pie de la letra. Quiero esto más que nadie, necesito estar bien.

—Tú eliges. Me alegra saber que te comprometerás y que estás tan optimista. Será más duro de hoy en lo adelante y podrá haber recaídas, pero al final habrá luz si te arriesgas a ir por ella. Confío en ti, espero que tú también.

—Cien por ciento.

—Tienes mucha carga laboral y emocional, pero si no puedes hacerla a un lado para concentrarte solo en el tratamiento, tendrás que esforzarte más. Tienes que llegar a la raíz, extirparla y reaprender a vivir.

El psicoterapeuta tenía razón, me sabía los pasos, uno a uno, conocía de antemano que me iba a proponer internarme al principio, aunque sabía que se podía tener éxito sin hacerlo. Conocía que tendría que aprender a expresar las emociones negativas sin refugiarme en el sexo, sanar mi relación con mi cuerpo, con mi sexualidad y con otras personas. Continuó con todas las preguntas esperadas y me olvidé de mis motivos para callar, me dejé conducir.

Pero a la mañana siguiente, no pude verme en la cafetería con Cecilia como nos habíamos citado. Cuando la necesidad apremiante se apoderó de mi mente y el deseo culposos infirió con mi fortaleza me puse de pie y acepté que tenía que enfrentarme de cara a mis más oscuras demandas. Salí a correr, el ejercicio a largo plazo me haría más fuerte, pero de momento correría hasta que no pudiera mover ni siquiera una pestaña, al menos en los primeros meses me ayudaría a hacerle frente al deseo, pospuse la cita con Cecilia para el almuerzo y a esa hora estaba tan agotado que solo quería dormir. Le hablé por teléfono y me disculpé con ella.

—Estoy en tratamiento como pediste, pero es más difícil de lo que vislumbré, necesito tiempo y no sé si puedes esperar.

—Christopher, me alegra saber que has dado ese paso y por supuesto que

aguardaré por ti. Tenía planeado sacar una cita para los dos con mi padre para que planteáramos nuestras ideas, y si estás inestable lo notará, papá es letal con eso. No te admitirá si piensa que no tienes el temple suficiente. Pero yo confío en ti y pienso que vale la pena esperar. ¿Cuánto tiempo necesitas? Dilo con sinceridad, no te sientas presionado.

—No lo sé, es un tratamiento a largo plazo. A veces requiere que el paciente se interne de tres a seis meses según la gravedad, yo no considero que sea necesario en mi caso, puedo hacerlo, solo necesito tranquilidad los primeros días, para asimilar que no habrá vuelta atrás.

—Cuenta conmigo, tres, seis meses, lo que requieras, lo importante es que estés bien. Seguiré construyendo y fortaleciendo mi idea fuera del alcance de Eric, no quiero que sospeche nada o se las arreglará para desviar la atención de mi padre. Eso sí mándame a Elisa, quiero prepararme. Eric no tiene idea de con quien se ha metido.

—Así se habla.

CAPÍTULO 35

Alex

Jamás pensé que tendría que enfrentar esto solo, sin Chris. Ahora me tocaba demostrarle a mi hermano que sabía corresponderle todo el amor incondicional que siempre me había brindado. Con el poder notarial que me otorgó, llegué a la sala de juntas de la clínica esa mañana. Martha estaba nerviosa y no lo podía disimular, intentó hacerme cambiar de opinión varias veces, sabía con quienes me enfrentaría y temía que se me saliera de control. Chris estaba luchando otra batalla, una interna y cruenta, y formar parte del elenco de la obra patética Wallace-Hannes, no le robaría la atención de lo que en verdad era relevante.

—No tienes que hacerlo, Alex —me dijo Martha—. ¡Christopher ha perdido la conciencia, te ha enviado a enfrentarte a esos hombres!

—Martha, estoy sereno. He hablado con mi hermano y me he preparado para este encuentro. No les temo.

—Eso no lo dudo mi niño, es la humillación a la que te sobajarán esos dos la que me preocupa. Temo que te presionen tanto que termines perdiendo los estribos.

—Te agradezco habérmelo recordado, intentaré no hacerlo, solo espero que no me den un motivo. Pero debiste venir acompañado por alguien, al menos un amigo.

—No les temo, Martha, puedo enfrentarlos. Ardo en deseos de hacerlo. Y tranquila, todo saldrá bien.

Pasé a la habitación donde los dos hombres esperaban. La cara de Eric Hannes cobró energía cuando me vio darle la ‘bienvenida’, esperaba a mi hermano, pero no podía disimular que le era mucho más gratificante mirarme a los ojos para comunicarme que había vencido, que nos había terminado de avasallar a los Huxley. El rostro del doctor Wallace, en cambio, reflejó la decepción, no era a mí al que deseaba restregarle su triunfo, pedía la cabeza de Christopher, y no disimuló su desdén:

—¿Qué es esto? ¿Dónde se esconde Christopher y por qué ha enviado a un remedo de psicólogo a negociar con nosotros?

—Parece que el golpe ha sido más funesto de lo que esperábamos. ¿El doctor Huxley no se encuentra bien y necesitó reemplazo? ¿Así suele obrar? ¿Es por eso que una vez ocupaste su silla y diste terapia en su nombre sin estar acreditado para dicha función? —desplegó Eric su veneno—. Aunque acepto que es placentero verte morder el polvo. Más ahora que Cecilia te ha abandonado. ¿Mereció la pena? Te lo dije aquella vez en el altar, que a ti también te dejaría. Su problema no es conmigo, Cecilia sufre de una insatisfacción absurda consigo misma, con el mundo.

—El doctor Huxley lamenta no poder atender este asunto, soy su apoderado legal, así que tendrán que tratar conmigo todo lo concerniente a la clínica —indiqué—. Les comunico que las acciones del doctor Huxley están puestas a la venta.

—¡No, no, no! —Wallace perdió los estribos y aporreó la mesa con las dos manos—. Dile a Huxley que lo quiero aquí, mirándome a los ojos y diciéndome esas sandeces. Ahora yo estoy a cargo y le exijo responder por cada una de sus faltas, por el mal manejo y las irregularidades en su desempeño.

—Lo lamento, doctor Wallace —dije y tal como me había instruido mi hermano solté cada una de estas frases, las que tras las revelaciones de Christopher, sobre la verdadera causa del odio de Wallace, me dio mucha satisfacción pronunciar—: El doctor Huxley no vendrá, así que usted no podrá deleitarse observándolo mientras pasea por estas oficinas, usted no podrá regodearse al presumirle su nuevo puesto, ni hacer gala de su poder para que eso satisfaga sus más ocultas fantasías sexuales, ni chantajearlo. Mi hermano ya le dejó en claro en el pasado que no le corresponde, y lamenta que después de tanto tiempo sea infructuosa su labor de conquista, señor, pero no es correspondido. Christopher tiene asuntos más

importantes que atender, así que sus deseos de someterlo y hacer realidad sus más oscuras ilusiones solo quedarán en su imaginación. Christopher responderá legalmente a todo lo que le corresponde, por eso no tienen que preocuparse y esperemos que pronto se puedan entender con el nuevo socio, mientras tanto les cede, como legalmente les corresponde, la dirección de la clínica. Buscaremos a un intermediario para que se haga cargo de los trámites correspondientes.

—¡Qué mierda es esta! —le reclamó Eric a Wallace al terminar de comprender los motivos nefastos de su compinche, al darse cuenta que la motivación para su venganza no era más que despecho.

No me quedé para escucharlos, me encaminé a la salida y Eric osó detenerme por el brazo.

—¡Aguarda! Tú y yo aún tenemos algo que saldar. —Me separé con violencia y lo miré de frente. Me escupió estas palabras—: ¡Me las vas a pagar, Alexander Huxley!

—No me provoques, Eric, yo tan bien puedo jugar sucio, no me tientes —pronuncié y dejé la estancia antes que termináramos enfrentados a los golpes.

Salí caminando y aquellos dos se quedaron con las manos vacías, porque apoderarse de la clínica no calmaba su sed de venganza, iban por más, querían vernos arrastrados a mi hermano y a mí. Wallace por ese amor enfermizo, qué no se le podía llamar amor, era un deseo malsano de posesión, que lo había llenado de rabia tras sus escasas habilidades para luchar contra la insatisfacción. Y Eric estaba peor, nada lo calmaba, ni siquiera conocer que Cecilia me había dejado.

Los dejé atrás, ahogados en bilis, mascullando impropiedades contra los hermanos Huxley y odiándose igual entre ellos, como dos víboras a punto de atacarse, culpándose mutuamente, porque sus maquinaciones y el exceso de dinero invertido por Eric no habían tenido el resultado añorado.

Christopher me felicitó por mi temple cuando lo puse al tanto de lo ocurrido, no estaba seguro de haberse controlado de haber asistido en persona a la reunión, habría terminado por darles un escarmiento a ese par. Lo dejé sudoroso tras haber corrido casi un maratón, mi madre ya estaba preparándole un succulento desayuno.

Mientras se sentaba a la mesa me preguntó por sus hijas, se deleitaba con las

historias sobre las ocurrencias de las niñas, de lo bien que lo pasaban jugando a orillas del mar, de lo felices que estaban ahora que la casa se había llenado de gente, y que ellas eran el centro de la atención. Se sorprendió cuando le conté que su hija mayor había manifestado que también quería ser *youtuber* como su nueva amiga Ashley y que a Mary casi le da un infarto al oírla, pero que no pudo llevarle la contraria ahora que tenían en la casa un *set* de grabación para dicha plataforma, solo le había contestado que cuando fuera mayor de edad.

—¿Están comiendo bien? —preguntó Chris mientras llegaba la comida saludable que mi madre le servía en persona.

—David es un excelente cocinero y ha convencido a las pequeñas de comer alimentos que antes se negaban a probar como el brócoli.

—¿Y Mary? ¿Sonríe a menudo o aún tiene en la mirada esa sombra de tristeza?

—Están bien, te lo aseguro, aunque no pueden negar que te echan de menos —mencioné.

—Cuídalas mucho, me tranquiliza saber que están contigo.

—¿Seguro que no quieres internarte? —le pregunté—. ¿Al menos un mes?

—Estaré bien —me aseguró—. Estoy decidido a lograrlo.

—¿Y qué ha cambiado? ¿Por qué hasta hace unos días te sentías impotente ante tu propia debilidad?

—Todo cambió, empezando por mí, por quien soy. He aceptado mis límites, mis defectos, mi humanidad y eso ha fortalecido mi voluntad. Recuperarme y recobrar a mi familia es mi mayor motor. Y el proyecto de Cecilia es un incentivo muy grande, quiero demostrarme que puedo lograrlo. Por cierto, ¿han hablado? ¿Han llegado a un acuerdo? He conversado con ella y no me atreví a preguntarle.

—No sé nada de Cecilia desde que salió corriendo en aquel fatídico almuerzo —dije y me rasqué la cabeza, sin poderme creer el tiempo que estaba perdiendo.

—¿Por qué no la buscas? Estoy seguro que desea verte tanto como tú.

—Miedo. No lo sé. ¿Por qué no me ha buscado? ¿Por qué no me ha hablado por teléfono? Ni siquiera sus amigos tienen noticias tuyas. Es como si quisiera

sacarnos de su vida, a sus amigos de siempre, a mí. Tal vez el nuevo estilo de vida que quiere adoptar no encaja con nosotros. Quizá para obtener la aprobación de su padre no nos quiere cerca, no somos la mejor compañía.

—No seas idiota, Alex. Cecilia te ama. No entiendo qué esperan los dos. Elisa ya comenzó a trabajar con ella. ¿Por qué no le preguntas cómo va todo?

—No puedo, si lo hago me sentiré miserable.

Mi hermano me palmeó con afecto una mejilla mientras negaba con la cabeza. Y me fui caminando a refugiarme en mi viejo estudio, me senté en el antiguo sofá y me cubrí parcialmente con la manta, me tumbé hacia atrás y recordé tenerla en el mullido colchón bajo mi cuerpo. Luego miré al rincón donde ya no estaba mi batería, porque se había mudado conmigo a mi nuevo hogar y me inundó la imagen de Cecilia golpeando con ímpetu los *toms*, y yo con un suspiro en la garganta, con temor a que los arruinara para siempre, pero incapaz de detenerla, porque se veía tan alegre y tan bella que me había hechizado por completo.

—¡Dios, qué deseos de abrazarla! —repetí aquella frase que se había vuelto mi mantra, pero uno de dolor, de desesperación. Y mis lágrimas se derramaron, esta vez de manera estrepitosa.

Lo hice mal, pensé que Cecilia no era de esas mujeres que necesitaban un flamante anillo, una ocasión perfectamente estudiada para una petición formal de matrimonio, creí que ella era como yo, espontánea y apasionada, y que mi impulso le iba a robar el corazón y sería suficiente para que me gritara un efusivo ‘acepto’. Quizá Cecilia era más compleja y me faltaba mucho por descubrir; no sé si me dolía más eso, el no poseer la llave a todos los cofres ocultos en su mente, porque de haberla conocido como a la palma de mi mano, habría sabido la forma correcta de pedirle que fuera mi esposa y que uniera su vida a la mía para siempre.

—¡Dios, qué deseos de abrazarla! —grité con la voz ronca, con un suspiro atravesado en la garganta.

CAPÍTULO 36

Cecilia

No sé por qué esta tarde el vacío parecía mayor. Tras quince días por fin Christopher había salido de su confinamiento autoimpuesto. Tres días consecutivos nos habíamos reunido, él, Elisa y yo en su departamento, a pulir el proyecto que le íbamos a presentar a mi padre. No porque fuera mi progenitor corría con ventaja, mi padre era muy reflexivo y si no le parecía viable iba a ser el primero en no ofrecer su apoyo. Eric seguía ganando adeptos y yo no me daba por vencida, participaba en todas las reuniones con Elisa a mi lado. Los miembros de la mesa directiva se habían dado cuenta que Elisa era experta en la materia, y que tenía una forma sutil de ponerme en contexto con rapidez. Eric la observaba de soslayo cada vez que Elisa me susurraba al oído la información de forma masticada y aquello lo ponía sobre alerta. Por lo mismo, aún no le había revelado a mi padre quien era el otro elemento que tendría en mi equipo, no quería que la información se filtrara a Eric. Mi padre, aunque no desalentaba a Eric en sus planes y sugerencias, se sentía complacido cada vez que me veía estudiando hasta altas horas de la noche, o cuando solo tomaba un café y me anticipaba a él, corriendo a la oficina. En más de una ocasión me alcanzó algo nutritivo a la oficina, que mi madre le obligaba a llevarme.

El día de la cita con el Presidente de *Omega Group* llegó y creo que la menos nerviosa de las dos era Elisa, con su tierna mirada y la seguridad de dominar las palabras, los puntos y hasta las comas de la información que descansaba en la carpeta entre sus manos. Palmeé la unidad de almacenamiento portátil que había colocado en

el bolsillo de mi blusa de cuello alto. Christopher se nos unió en la antesala, vino con su traje oscuro, de un azul tan profundo que se confundía con el negro, con un nuevo corte de cabello que le daba una cuidada apariencia profesional, con la barba delineada y una mirada serena que jamás le había conocido.

Mi padre nos recibiría a solas y si aprobaba nuestra iniciativa la daríamos a conocer al resto de los socios, eso era lo que más me hacía dudar. Con Eric nunca hubo ese primer filtro. Me clavaba la espina de la duda, del temor a que mi padre aún no confiaba del todo en lo que tenía que proponerle, que quería evitarme hacer el ridículo delante de los otros miembros directivos si mi propuesta resultaba ser un fiasco. Christopher notó la desconfianza en mí, y con un gesto me pidió que creyera en nuestro trabajo.

Justo antes de entrar, nos tropezamos con Eric Hannes saliendo de la oficina de mi padre. No pudo dar los buenos días y seguir de largo, o mejor aún ignorarnos, quedarse callado y tener un poco de buen tino. Abrió la boca para desplegar lo único que últimamente salía de ella, veneno:

—¿Así que este es tu nuevo equipo para ese proyecto secreto que le presentarás a tu padre?

—Siempre tan bien informado, te felicito —contesté.

—¿Usted es la que se ha encargado de servir de institutriz para la hija del gran magnate de los laboratorios? —le preguntó Eric sin rodeos a Elisa—. ¿Alguna vez mientras se desvelaba estudiando pensó terminar así? ¿No creo que los patrocinadores de sus costosas becas para posgrados en el extranjero, hayan tenido la misma visión que usted acerca de su futuro como profesionalista?

Elisa no pudo disimular que sus mejillas se ruborizaron cada vez que el sarcasmo en las palabras de Eric iba subiendo de tono. Eric comenzó a despegar los labios para calumniarla y decidí ponerle un alto antes que ella lo hiciera, no quería que cruzaran palabras discordantes, no delante de la puerta de mi padre y justo antes de defender nuestro proyecto. Elisa había arribado tan segura como una clara mañana y el maldito de Eric no lo iba a arruinar.

—Eric, no te permito que te dirijas a ella de esa manera, que sea la última vez. En esta empresa lo primero es el respeto a cada uno de los empleados. No me hagas acusarte de misógino ante la comisión de ética.

Y Eric lanzó sus lobos contra mi otro acompañante. Lo miré desafiante mientras se deleitaba en su ponzoña.

—¿Doctor Huxley? ¿Este es el motivo de su tan apretada agenda, que no pudo honrarnos con su presencia en la reunión que le solicitamos el señor Wallace y un servidor? ¿Por eso renunció a la clínica? ¿Ha decidido jugar en las grandes ligas? Lo que aún no me queda claro es cómo un hombre de negocios, acostumbrado a ser dueño de empresa se ha dejado embaucar por una hija de papi. ¿Qué le ha ofrecido, Cecilia?

—Señor Hannes, con gusto podemos tomarnos el café en otra ocasión y ponernos al corriente. Ahora tenemos una cita, y me gusta ser puntual.

Terminé por esbozar una sonrisa ante las acertadas palabras de Christopher, justo lo que Eric se merecía y mientras atravesamos el umbral, el enemigo salió maldiciendo. Mi padre nos recibió con la amabilidad y el porte que lo caracterizaba.

—Doctor Huxley, es toda una sorpresa tenerlo aquí. ¿Usted está involucrado en la información que me van a brindar hoy?

—El gusto es mío, y estoy involucrado cien por ciento.

—¿Es su idea o de la señorita Elisa?

—La idea es de su hija. Cecilia tuvo el interés preliminar y nos convocó a los dos para ayudarla a materializarla —añadió Chris.

—Los escucho —dijo más interesado, ajustándose sus anteojos para enfocar bien la proyección.

—Nuestro objetivo —di una breve introducción antes que Elisa explicara la parte técnica—, es borrar la cara que tienen los laboratorios de lucrarse con la enfermedad humana. Tenemos la misión de trabajar en pos de reducir los efectos colaterales de ciertos medicamentos, para contrarrestar la imagen de la medicina convencional de curar por un lado y enfermar a largo plazo por el otro.

—Eso lo deseamos todos los laboratorios. ¿Cuál es la propuesta? Inquirió mi padre.

—Mejorar el área de Responsabilidad Social de *Omega Group* con un seguimiento continuo a través del departamento de comunicación, con campañas en

redes sociales, documentación de comunidades beneficiadas para sopesar la correlación entre beneficios y efectos colaterales. Crear una red de ayuda para poblaciones vulnerables. Y lo más importante, desarrollar una línea alternativa, fundamentada en investigación de calidad donde el medicamento sea de base orgánica, cimentada en las tradiciones milenarias de los diferentes pueblos del mundo. Así tendremos otra opción en el mercado para aquellos que se resisten a utilizar medicamentos convencionales, y seremos totalmente honestos en cuanto a los resultados que se pueden obtener de estos. Todo lo anterior sin descuidar la línea de trabajo que ya tienen los laboratorios, y los procesos de producción e investigación que actualmente nos colocan en un sitio privilegiado en el mercado.

—Fortalecer el ser socialmente responsables me parece excelente, creo que es un tema en el que aún queda mucho por hacer en *Omega Group* y creo que tienes talento para moverte en esa esfera, así como en mercadotecnia y comunicación. En cuanto a desarrollar una línea orgánica, hay otros laboratorios que lo han hecho con éxito en productos dermatológicos, para la nutrición, etcétera. Podría ser para enfermedades menores, pero para otras más complicadas, no lo vislumbro. Me gustaría ver lo que la Doctora Elisa tiene que mostrarnos.

Una vez que Elisa con su gracia natural y con la solidez de quien conoce a fondo de lo que habla, proyectó y explicó con soltura las diapositivas, además de ejemplificar acerca de otras líneas farmacéuticas en Francia, Inglaterra, China, entre otros países, mi padre se levantó y dio una vuelta por el salón.

—¿Realizaron un presupuesto para poner a operar su proyecto? —preguntó mi papá.

Christopher le dio detalles a mi padre de costos de operación, insumos y de los beneficios que se podrían obtener a corto, mediano y largo plazo. Tras lo cual mi padre nos dijo:

—Les pido disculpas por no haberlos pasado directamente con la mesa directiva. Esta tarde tenemos una junta ordinaria y me gustaría que le compartieran la información al resto. ¿Están de acuerdo?

—Sí —contesté y mis dos compañeros dieron su consentimiento.

Cuando abandonamos el recinto y nos reunimos en mi oficina, nos miramos los unos a los otros con nerviosismo y unas risillas tontas que no se atrevieron a salir de nuestros labios. Sin duda obtuvimos la atención del presidente, pero él no solía tomar solo las decisiones y ahora teníamos que convencer al resto. Acordamos almorzar en la empresa y continuamos puliendo la presentación. Cuando el reloj indicó exactamente las cinco de la tarde salimos desfilando uno tras otro con rumbo al amplio salón de juntas. Mi padre se había adelantado y personalmente presentó a Elisa y a Christopher a los asistentes. Algunos habían tenido la oportunidad de conocer a Elisa y fueron especialmente amables con ella. Al llegar ante Eric, este último le ahorró el trabajo a mi padre con estas palabras:

—Ya tengo el gusto de conocerlos, no les hagamos esperar, estoy deseoso de escucharlos. Hay otros temas en la agenda y no debemos dilatarlos con este punto.

Sabía que mi padre a última hora le había solicitado a su asistente que modificara la orden del día y me llamó la atención que Eric estuviera al tanto de hasta el menor de los detalles de la empresa, eso solo podía significar que tal vez mis esfuerzos serían infructuosos, mi padre ya lo estaba preparando para sucederlo llegado el momento. Recordé cuando me hizo ver que lo apreciaba como a un hijo y tragué en seco. Tal vez no importaba cuánto me esforzara en demostrarle a papá que podía asumir el reto de dirigir la empresa, quizá su elección no tenía vuelta atrás. ¿Acaso mi padre me quería en la empresa, pero no en la presidencia? Si aún creía que había esperanzas de reconciliación entre Eric y yo, ninguna información que brindáramos iba a cambiar el curso de mi futuro en *Omega Group*.

Con seguridad, volví a repetir el mismo discurso que le había dado a mi padre horas atrás, pero fui más enérgica e hice énfasis en los tres puntos claves para que no pasaran por alto: responsabilidad social, medicamentos con base orgánica y amigables con el ser humano y su entorno, cambiar la imagen de *Omega Group* para que destacara entre las grandes compañías farmacéuticas, como preocupada por disminuir efectos colaterales pero sin descuidar la línea de producción e investigación que ya nos posesionaba con éxito en el mercado. De igual modo, que como con mi padre, Elisa y Christopher me sucedieron. Ellos recibieron muchas más preguntas de las que yo había recibido, y las contestaron con maestría. Tras sortear cada interrogante con éxito, particularmente las de Eric que intentaba sabotarnos, los presentes nos aplaudieron y votaron a favor.

—Perdonen, esto es ridículo —expresó Eric—. Si hubiera una forma de lograr esta utopía que Cecilia y su equipo han venido a plantearnos otros laboratorios ya lo estuvieran realizando, incluso nosotros mismos. Nuestra línea de trabajo no necesita modificaciones. La planeación de este ciclo fluye con números a favor y las investigaciones de los nuevos fármacos van viento en popa. Lo que intentan implantar es una idea inmadura y arriesgada.

—¿Entonces, usted considera que lo que planteamos no podrá realizarse jamás? —preguntó Christopher—. Eso solo evidencia su intolerancia al cambio, en estos tiempos en que la ciencia avanza tan rápido es necesario ser arriesgados, de lo contrario corremos el riesgo de quedar desactualizados.

—¿Tan arriesgado como lo fue con su clínica, la que casi se hunde? —arremetió Eric mirándonos sin clemencia.

—No lo puedo creer, Eric. Como no hayas qué argüir para menoscabar nuestra propuesta prefieres desacreditar a los miembros de mi equipo delante de la mesa directiva —dije—. A nadie le interesa que hayas comprado acciones en la clínica del doctor Huxley con la intención de hacer fracasar un negocio que se mantuvo estable hasta tu acercamiento con el doctor Wallace, nadie está juzgando tu forma de actuar o si tienes problemas para tolerar la frustración. ¿Acaso intentar hundir a un buen hombre por motivos ajenos a *Omega Group* te van a restar credibilidad en esta mesa directiva?

—¡Basta! ¡Cecilia y Eric, los asuntos personales no se traen a esta sala! —dijo mi padre y su voz firme retumbó en mis oídos—. Los dos a mi oficina, ahora. En cuanto a usted doctor Huxley le pido disculpa por nuestro comportamiento, no solemos perder los estribos. Tomemos un receso y hablemos al regresar.

—Lo siento, prefiero salir, necesito tomar aire —dijo Eric y salió blasfemando y aventando la gruesa puerta de madera.

Mi padre, quien aún no aceptaba que su hijo del corazón no era el modelo de perfección que veía en él, volvió a justificarlo.

—Acompáñame a mi oficina, Cecilia, por favor. Hay algo que quiero decirte en privado. El resto puede quedarse y discutir la idea mientras disfrutan de un buen café, ya hemos votado y la mayoría está a favor, tomaremos el riesgo, apostamos al progreso. Al parecer el descanso no será necesario, Eric no pretende regresar.

Dejémosle que se calme.

A solas mi padre me recriminó por mi falta de control:

—Algo así jamás puede volver a ocurrir. Eric y tú pueden discutir, acalorarse, lo puedo entender, pero a solas. No convertirán en un campo de batalla mi salón de juntas. Aprendan a convivir o uno de los dos tendrá que abandonar la empresa, o los dos si es necesario. No permitiré que perjudiquen la armonía que tenemos. Y estas palabras también se las haré llegar a Eric cuando se calme. —Solo asentí con la cabeza, no quise abrir la boca porque terminaría por decir una estupidez y mi padre ya había aprobado el proyecto, no quería que nada nos hiciera perder el terreno avanzado—. ¿Es cierto que la clínica de Huxley está en problemas?

—Sí —dije y sellé mis labios, la ira no me dejaba sacar nada más de adentro.

—¿Ese doctor Wallace es el que acusó al doctor Huxley de tener una relación inapropiada con su paciente, cuando Alexander usurpó el lugar de su hermano?

—El mismo.

—No tenía conocimiento de que Eric había comprado esa clínica por aquel entonces, ante esa detestable situación. Tienes que entenderlo, él creía le eras infiel con el doctor Huxley. Actuó de manera irracional movido por los celos. Pero es que no es fácil que tras una relación de años te enteres que tu novia es manipulada por su terapeuta, solo quiso defenderse y a ti.

—Padre, la clínica la compró hace poco. Ya sus acusaciones y las del doctor Wallace habían logrado que varios médicos abandonaran a Christopher, el que tuvo que vender acciones para no quebrar, pero no fue suficiente para Eric.

—Tendré que escuchar la otra versión de la historia. Eric es un buen chico, si se ha equivocado ha de ser porque está aún trastornado por haberte perdido.

—¿Es todo, padre? El resto aguarda. ¿Regresamos?

No pude decirle más porque mis palabras no le traerían claridad acerca de la actitud de Eric. Lo tomaría como resentimiento de mi parte. No me quedaba otra opción que tolerar a Eric en las instalaciones que dirigía mi padre.

Una semana más trabajando con mi equipo, mi padre nos había dado carta blanca. Habíamos trabajado desde temprano en la mañana hasta tarde, se podría decir

que nos habíamos olvidado del mundo y que solo teníamos cabeza para nuestro objetivo común. Era fácil trabajar con Christopher, era un hombre maduro, caballeroso, que siempre tenía una palabra de aliento o de sabiduría para conducirnos. Tenía experiencia en asuntos de negocios, en desarrollar proyectos, en investigación, una mente prodigiosa que a Elisa y a mí nos sacaba de frecuencia en muchas ocasiones y poseía un motor incansable, había instalado una máquina de correr en su oficina, y cuando nos tirábamos fatigadas en uno de los sofás el comenzaba a trotar y le venían ideas brillantes. Elisa era tan responsable y abnegada, preocupada por los detalles, objetiva, nada se le escapaba y su trato desbordaba amabilidad. Al menos esa semana, Eric había dejado de molestarnos tras encerrarse en una ocasión en la oficina con mi padre.

Y mientras trabajábamos a tope, Elisa hizo la observación:

—Chris, sería lindo si pasas a la casa y sorprendes a Sarah y Sophie. Las niñas se pondrán felices de verte, ahora que trabajo contigo no cesan de preguntarme por ti. Es muy duro para ellas esperar al fin de semana.

—Tengo muchas ganas de verlas. Creo que no estaría mal tomarnos un respiro, al menos mañana para ocuparnos de la familia. Prefiero que como siempre las lleves a la casa de mi madre, no quiero incomodar a Mary si aparezco así sin más. Aún no me ha invitado a su nueva morada.

—Como desees. Haré algo por ti, cuñado, creo que te lo mereces. Convenceré a mi hermana para que ella misma te las lleve —dijo Elisa.

—No la presiones.

—Mary no me permitiría presionarla, creo que sería lindo que se vean y conversen sin pretensiones, solo como dos padres que tienen a dos princesas en común, las que necesitan ver que sus papás son dos seres civilizados, que pueden compartir el mismo espacio sin que el cielo raso estalle —mencionó Elisa.

—¿Te han insinuado algo? Me siento funesto si esta situación les afecta más de lo que ya lo está haciendo.

—Las niñas son muy despiertas, se dan cuenta que sus padres casi no cruzan palabras y que necesitan intermediarios para llevarlas, traerlas, y tratar asuntos relacionados con ellas. Creo que estaría bien si hacen un esfuerzo.

—Prometo ser civilizado, dile a Mary que si las lleva a mi casa solo conversaremos sobre nuestras hijas.

No interferí en aquella conversación, me quedé de espectadora, y pensé en mis propios asuntos sin resolver.

Nos despedimos muy tarde y mientras el auto con el guardaespaldas que aún seguía a mi servicio me llevaba de regreso a la casa de mis padres seguía pensando en él. Mientras me enterraba en trabajo intentaba sofocar el recuerdo de Alex que se apoderaba de cada una de mis neuronas. Cuando la noche caía su recuerdo me torturaba aún más. Solo quería abrazarlo, necesitaba correr a sus brazos y dejar atrás la inercia que me alejaba de él.

CAPÍTULO 37

Mary

No podía creer las palabras relatadas por Elisa, conocía de Christopher en aquel proyecto, pero no sabía qué tan importante era para él. La pérdida de la dirección de la clínica debió ser devastadora, aunque simulara desinterés. Yo había estado a su lado y había constatado cada uno de sus esfuerzos por levantarla. En cuanto a su proceso psicoterapéutico, Alex me había puesto al tanto del carácter que estaba demostrando Christopher y su compromiso para salir adelante. Hubiese dado lo que fuera por estar en estos momentos en su vida, por sostenerle la mano, por animarlo. Siempre lo había hecho, pero el resultado no había sido el esperado y habíamos terminado en una crisis que nos devastó a los dos. Ahora parecía diferente. Su cambio era muy notorio. Y tuve el impulso de correr a sus brazos, pero cada uno de los pasajes angustiantes guardados en mi memoria me detuvieron. Recordé aquella vez que descubrí el lazo que lo unía con Abigail, el mismo dolor que me sacudió en aquella ocasión me pegó de nuevo un fuerte golpe en el estómago. Vi pasar ante mis ojos cada una de las desilusiones, los engaños al inicio de nuestra relación, primero para que yo no descubriera el mal que lo aquejaba y luego, tras conocer sus demonios, sus intentos frustrados por no lastimarme cuando era dominado por el deseo y corría lejos de mí para buscar cómo desfogarse.

Nada se comparaba con la angustia y el vacío que se apoderó de mí cuando abandoné mi casa con mis dos niñas pequeñas, una a cada lado, con la convicción de no regresar jamás y el corazón hecho pedazos. Aprender a vivir sin Christopher

incluso cuando lastimaba mi orgullo o mi amor fue difícil, la verdad era que tenía que admitirlo, aún lo amaba, justo como la primera vez.

Tendría que dejar la pesadumbre a un lado, Elisa tenía razón, había llegado el momento de que Christopher y yo hiciéramos a un lado dolor, orgullo, necesidades y deseos para hablar de nuestras hijas, de tantos temas que nos concernían a los dos. Las niñas se merecían un día afable, con sus padres sin pelear, conversando como dos adultos.

CAPÍTULO 38

Cecilia

¿Qué voy a hacer con mi día libre? No quiero estar desocupada o terminaré corriendo a buscarlo, robándole un beso y pidiéndole perdón. Soy tan cobarde. Maldito miedo, pensé. Odiaba no tener un plan que lo sacara de mi pensamiento la mayor parte del día. Por un minuto pensé dejar que Elisa y Christopher se encargaran de descansar, yo podía adelantar trabajo, pero se me hizo injusto para ellos. Revisé mis pendientes y recordé el examen para detectar VIH que me había realizado, era el tiempo justo para pasar por el resultado. Le pedí al chofer que me llevara a la clínica.

Pisar ese lugar después de todo lo vivido con Alexander hizo que su recuerdo se revolcara en mi pecho y diera aullidos de dolor. Recordé todo en blanco y negro, como el cine antiguo: la primera vez que nuestras miradas se cruzaron, su baile sexy cuando hizo de mecánico, nuestro primer roce de labios, su lucha contra el deseo que le despertaba, nuestro encuentro azaroso en el club, la primera vez que hicimos el amor en el nido, nuestra aventura por el Caribe y el sabor de sus labios hizo implosión en mi interior. Dos lágrimas bañaron mi rostro, y el sonido melodioso de su risa me sobrecogió, tuve que girarme para constatar que se había escapado de mi memoria, Alex no estaba allí. Sin darme cuenta me detuve ante la recepción del laboratorio. Pedí mis resultados y me extendieron el sobre. La voz me tembló cuando me atreví a preguntar:

—Señorita, igual vengo por los resultados de Alexander Huxley.

La mujer revisó y me contestó:

—Él mismo vino por ellos, aquí está su firma, vino justo el día que salieron.

Di las gracias, no tenía intenciones de llevármelos sin su permiso, solo quería saber si él ya se había ocupado de recogerlos. Respiré y volví a secarme una lágrima que resbaló por mi mejilla y antes de desaparecer, pasé a saludar a Martha, quien siempre había sido tan amable conmigo. De inmediato supo a lo que había venido.

—¿Ya tienes tus resultados? —preguntó y asentí—. ¿Y qué tal cómo saliste?

—Aún no lo he abierto, lo haré en casa —dije, tuve que carraspear varias veces para despejarme la garganta, las ganas de llorar me habían hecho un nudo justo donde se emitía la claridad de la voz.

—Tengo algo para ti. —Me extendió un sobre similar al mío y me explicó—: Alex lo dejó, me pidió entregártelo cuando vinieras por el tuyo. No sé qué se traen ustedes, espero que estén bien. Me tienen con el corazón en la boca, Alex con estos estudios y Christopher con la clínica. Solo estoy esperando que se vendan sus acciones para...

—Integrarte con nosotros en la empresa, ya estoy al tanto. Me dará mucho gusto verte todos los días. —Sonreí—. Ahora me marcho, gracias por guardarme los resultados.

Martha, con una espontaneidad que me recordó la de Alexander, me abrazó. Le devolví el abrazo porque en ese momento era lo que más necesitaba, y recordé lo que Martha le había enseñado al hombre que amaba, al niño que ella mimó desde temprana edad, que quien abraza es el primero en soltar, pero esta vez yo no pude despegarme de ella, y Martha me abrazó durante todo el tiempo que necesité acomodar la tristeza en mi alma y tomar fuerza para seguir.

—Ustedes me van a matar del corazón, Cecilia, ¿qué les pasa a ti y Alex? Tienen la misma sombra de dolor en los ojos. Escúchame, corazón, cuando uno encuentra un amor tan bonito, nada puede frenarlo, luchan por estar juntos y que sea para siempre.

Le dejé un beso de gratitud en la mejilla y hui lejos de aquella enorme edificación de cemento que tenía grabada en cada rincón un recuerdo invaluable.

No sé hasta cuándo iba a aguantar separada de Alex. Él se me había metido

muy adentro, extrañaba sus locuras, su sonrisa, sus enormes ojos azules que me hipnotizaban, solo con mirarme lo dejaba todo y corría tras él. Por eso no podía entender por qué escapé de su lado cuando me propuso lo que más ansiaba, ser su pareja para siempre.

—Dios, como duele su ausencia —me dije antes de llamar a esa puerta.

Extrañaba a Alex y no sabía cómo enfrentarlo, cómo decirle que su alocada declaración de amor me había robado el corazón una vez más, que lo amaba con una desesperación que rayaba en locura si no lo tenía cerca, pero primero tenía que recomponer los trozos de mi ser, esos que aún seguían esparcidos por ahí, algunos ocultos hasta de mí misma. El primer paso ya lo había dado, había convencido a Christopher Huxley y a Elisa de ayudarme en este nuevo proyecto. El segundo también lo había dado, había encarado a mi padre en el desayuno y le había exigido igualdad de condiciones como las que le había dado a Eric. Su protegido tenía la compañía a sus pies desde hacía tiempo, cuando se infiltró hasta la médula en *Omega Group*, con el beneplácito de mi padre, quien lo nombró su sucesor y se pavoneó de su ‘heredero’ delante de todos los integrantes de la mesa directiva. Eric tuvo aliados antes de mi ingreso y se ganó la confianza de cada miembro. A mi padre le pareció justo que yo también me sintiera respaldada, le recordé el ofrecimiento que le había hecho a mis amigos en nuestra casa tras nuestro fracaso en el canal. Aceptó que reforzara mi equipo y que lanzara mis cartas.

Llegué al departamento de Peter, el nuevo nido, si se le podía llamar así. No sabía si ellos usaban el término para referirse al sitio donde convivían y grababan, pero nadie me abrió la puerta, tras cansarme de golpear, saqué el teléfono y llamé a mi amigo. Me sacó de mi eje su respuesta, tenían un nuevo sitio, se habían trasladado a Malibú. Me dolió ser la última en enterarme, o saberlo cuando ya estaban instalados, pero me lo merecía por haberme apartado de ellos de forma injustificada, anoté la dirección en el GPS y le pedí al chofer que me llevara. Condujo un largo rato hasta que salimos del área más sofocante de la ciudad por la Ruta Estatal 1. Cuando rodamos por el segmento de la carretera llamado *Pacific Coast Highway*, la belleza de la franja costera me dejó sin aliento, recordé cuantas veces Alexander me había pedido cambiar de aires, irnos al mar. Ya estábamos muy cerca. Repasé la dirección para ver si no me había equivocado o había anotado mal, estábamos en la playa más azul que había visto jamás. El auto se detuvo ante una propiedad de tamaño

considerable frente al Pacífico.

Ashley me abrió la puerta y se quedó muy seria mirándome, no me invitó a pasar. Hasta que Peter se percató de mi presencia y me pidió que entrara, fue que mi amiga se quitó del medio para dejarme libre el camino. Peter me recibió con su habitual calidez, me abrazó y comenzó a mostrarme cómo habían dispuesto el *set*, las cámaras. El sitio era agradable, amplio, lleno de luz, las vistas del exterior se apoderaban de cada salón, no podía ser mejor. El corazón me dio un vuelco, los quería, extrañaba la cordialidad del nido. Reconocí algunos de nuestros antiguos muebles, recordé que Ashley me los había pedido cuando decidieron seguir adelante con el canal tras mi renuncia. Ashley se sentó en un sofá a observarme y continuó en silencio. Traté de elogiar lo bien que habían acomodado todo y animar la visita, pero de eso se encargó David cuando se acercó a darme un beso y un abrazo que me hizo tronar los huesos.

—¿Y la mini *dog*? —preguntó—. No sabes cómo extraño a esa rata. Te juro que escucho sus chillones ladridos y cuando me doy cuenta que solo está en mi cabeza me dan ganas de ir a reclamarte el cincuenta por ciento de la custodia. Nos lo debes.

—Lo siento, tuve una mañana movida, la dejé en casa. Ella también los extraña. ¿Cómo han estado ustedes?

—En lo mismo de siempre —dijo David.

—¿Han avanzado en las investigaciones? ¿Ya saben quién es responsable de *hackear* nuestras cuentas? —les pregunté.

—Seguimos tras la pista, estoy esperando que entre hoy y mañana me informen los *nerds*. El que se haya vuelto viral complicó todo, pero recuperamos los suscriptores —dijo Peter.

—Eso lo vi y me emocionó mucho —dije.

—¿Has reproducido el canal? —preguntó Ashley asombrada.

—Cada programa. Les echo de menos, chicos. He venido a pedirles disculpas, fui una tonta, así no se hacen las cosas. Ustedes son mis amigos y estuvieron conmigo en los peores momentos, los mejores también. Quiero que estemos juntos, como antes, solo que ya no soy la misma. Han pasado muchas cosas.

—Ya sabemos que Alex te propuso matrimonio y que lo rechazaste — mencionó Peter.

—Está desconsolado. ¿Qué ha pasado entre ustedes, Cecy? —preguntó David.

—¿Siguen en contacto con él? —pregunté.

—¿Por qué tendríamos que renunciar a la amistad de Alexander? —preguntó Ashley.

Suspiré y me animé a hablar.

—Disculpa. Mil veces me pregunto por qué hui, ahora no puedo sacarme el dolor del pecho. Lo amo, cada día más, pero tengo la cabeza llena temores, conflictos. Necesito retomar mi rumbo y cuando esté lista me llenaré de valor para arreglarlo todo con él, si aún me acepta de vuelta.

Ashley se acercó a mí y me abrazó.

—Amiga, todo estará bien. Me dolió que nos sacaras de tu vida cuando lo único que hemos hecho es apoyarte.

—No los saqué de mi vida, estaba perdida pero ahora sé lo que quiero y ojalá pueda contar con ustedes como lo hacía antes. Mi padre nombró a Eric como su sucesor, tendrá absoluto poder en los negocios de mi familia cuando mi padre se retire, me dejará a su merced y Eric se ha vuelto cada vez más despreciable. Pretende utilizar su posición para someterme. No puedo permitirlo. Menos ahora que con ayuda del doctor Macabro, el tal Wallace, se quedó con el sesenta por ciento de la clínica de Christopher. Tener la presidencia de *Omega Group* le dará una autoridad que no se merece. ¿Saben cuántos medicamentos se hacen en los laboratorios, cuántas investigaciones para encontrar la cura a males que aquejan a poblaciones vulnerables? Con Eric al frente, *Omega Group* solo servirá para llenar los bolsillos de los directivos, hay tantas ONG enfocadas a trabajar para poblaciones en riesgo, nosotros tenemos tantos seguidores, nuestro alcance siempre ha sido internacional. Si trabajamos juntos podemos hacer grandes cosas, he hablado con mi padre y me ha dado la oportunidad de recuperar mis derechos, pero tengo que demostrar que puedo hacerlo. Christopher trabaja conmigo, también Elisa. Quiero saber si puedo contar con ustedes.

Se quedaron unos segundos asimilando mis palabras y uno a uno me dieron

una respuesta.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo —dijo Peter—. Y no lo hago porque podré ver a menudo a la bella Elisa, creo que es una idea genial y tengo muchas ganas de sumarme. Elisa ya me había puesto al tanto.

—¿También siguen en contacto con ella? Es raro que no me haya dicho nada, nos vemos todos los días —mencioné.

—Cecilia, tal vez nadie quiso presionarte, la que se alejó fuiste tú. Ya sabíamos la situación de la clínica, Alex y Elisa nos han mantenido al corriente —aclaró Peter.

—Eres mi hermana, Cecy. Yo te sigo hasta el fin del mundo, tú me trajiste al canal y ha sido la experiencia más gratificante a nivel profesional que he tenido, fue loca al principio, pero lo hemos hecho bien y económicamente nos trajo beneficios. Elisa nos ha hablado del proyecto y reconozco que hacerlo es muy noble de tu parte. Solo me dolía que te mantuvieras distanciada de nosotros, como si ya no encajáramos con tu nueva realidad. Creo que Eric ya debería comenzar a sacar sus pertenencias de *Omega Group* y recurrir a su cadena de farmacias —dijo mi amiga y se me humedecieron los ojos.

—Ya habló la jefa —dijo Dave—. Yo sigo a Ashley con los ojos cerrados.

Nos abrazamos los cuatro mientras las mujeres sollozábamos y los hombres sonreían y bromeaban de nuestros corazones de pollo. Cuando recobramos la compostura, respiré con fuerza y les dije lo otro a lo que había venido:

—Veo que estaban por grabar. ¿Qué tienen para hoy? ¿Algún invitado especial?

—No —dijo Ashley—. Preparamos algo, pero no hay entrevistas para hoy.

—Me gustaría dirigirles unas palabras a los suscriptores, creo que les debo una explicación.

CAPÍTULO 39

Alex

Abrí la puerta con el corazón a mil, reconocí el automóvil en la entrada de inmediato. Cuando menos lo esperaba ella se aparecía, imaginé que alguno de los chicos le dio la dirección y no me importó, solo quería abrazarla. David salió a recibirme al escuchar la cerradura chasquear y se quedó blanco al verme, cruzó el dedo índice sobre sus labios y entendí que estaban grabando. Me hizo señas para indicarme que saliera de la estancia.

—Pensé que venías hasta en la noche —dijo.

—Creí lo mismo, pero se me quedaron las baquetas. Cuando dije que regresaba por ellas, el malnacido de Hunter entró en su fase de dragón y empezó a escupir fuego por la boca, no quiso esperar a que condujera de vuelta, canceló el ensayo. Ahora el resto de la banda pide mi cabeza. ¿Quién lo entiende? Primero me ofrece la casa y luego se estresa por la distancia. A mí la verdad que no me importa lo que tenga que manejar con tal de vivir en este paraíso.

—¿Y no había otras baquetas de repuesto? ¡No puedo creer que hayas conducido tanto por un par de palos!

—¡Retrátate! ¡Jamás oses volver a llamarlas así! —sonreí, no podía disimular mi felicidad, continué—: No puedo tocar la batería si no lo hago con mis propias baquetas —mencioné y no pude disimular mi risa nerviosa, así que pregunté

de una vez por lo que me estaba abrasando por dentro—: ¿Qué hace ella aquí?

—Vino a vernos. No sabe que vives aquí con nosotros. Peter le dio la dirección, pero nadie se ha atrevido a decirle que la casa es tuya, ni siquiera Elisa o tu hermano. ¿Qué vas a hacer?

—Quiero verla, aunque sea de lejos.

Entonces entré de nuevo, la observé sin que ella me descubriera detrás de una columna y se me erizaron todos los vellos del cuerpo, sentí un dolor a la altura del estómago, como si me hubieran dado una patada brutal y temblé, tal como un adolescente. No podía disimular que mis emociones se sucedían unas a otras descontroladas, solo podía mirarla, mientras se desenvolvía con su gracia natural delante de una cámara, en vivo, sin siquiera imaginar que yo la devoraba con la mirada.

—Creo que les debo una explicación —dijo—. Y si me tomé todo este tiempo es porque necesitaba asimilar lo ocurrido. Soy Sissi Shine y mi nombre es Cecilia Marcel, mi padre es socio mayoritario de *Omega Group*, es verdad. Usaba el seudónimo por varias razones, como lo hacen muchos que se dedican a los mismo que yo. Quería mantener a *Omega Group* separado del canal porque nos dedicábamos a giros completamente diferentes. Mis padres son estupendas personas, los amo y a veces también me he enojado con ellos, como cualquiera, pero lo olvido cuando recuerdo que es más grande el amor que nos tenemos. Aquel vídeo, donde salgo hablando de mi exnovio y mi amigo Peter, nunca debió salir a la luz. Estaba enojada, mucho, porque las cosas en mi vida no iban como deseaba y en un arranque, quizá de inmadurez, me descargué delante de una cámara, pero nunca tuve la intención de que saliera de mi estudio de grabación. Alguien invadió nuestros equipos y sacaron esa información y la publicaron con intenciones nefastas. Solo me responsabilizo de esas palabras, de las que salieron de mi boca y pido disculpas a Peter y a Eric, porque no tenía derecho a hacer públicas sus vidas privadas, aunque fuera sin intención. Eric fue mi novio y esa relación llegó al final. Peter es mi amigo, en algún momento sentimos algo más y decidimos darnos una oportunidad, eso también ha terminado y nuestra amistad ha salido ileso de dichos altibajos. En cuanto a Alexander Huxley, y todos los rumores en torno a nuestra relación, solo puedo decirles que es mi pareja desde hace meses, que le he sido fiel completamente, que nos conocimos un día maravilloso, y que no me arrepiento de cada una de las circunstancias que contribuyeron a que hoy

lo ame como jamás había amado. No hay nada más que explicar, el resto es el precio de tener una vida en las redes, son situaciones sacadas de contexto e invenciones a las que no pienso responder a no ser que en otro momento lo considere pertinente. Internet tiene muchas ventajas, pero también peligros y es un tema sumamente importante del que hablaremos en otro programa. Ya estoy de vuelta y habrá cambios, novedades y muchos proyectos en los que espero que pueda contar con cada uno de ustedes.

David hizo la señal de costumbre cuando alcanzábamos un récord de audiencia y eso fue todo, comenzaron a aparecer los comentarios como hormigas locas. Yo aún seguía en silencio, hipnotizado por la belleza de la mujer que había prendido un incendio en mi pecho y en mis pantalones. Estuve a punto de correr, salir huyendo, pero no pude moverme hasta que ella me divisó, temblé. ¿Qué le iba a decir? Ella también quedó estática, como si una corriente invisible nos conectara y nos hiciera vibrar con tal fuerza que amenazaba con hacernos estallar si dábamos un paso. Ella dio el primero y yo le seguí.

—¿Alex? —dijo en voz baja, sorprendida.

Eres la última persona que esperaba encontrar aquí, pensé decirle y mis palabras se quedaron atoradas. No sé qué me pasó, ahí estaba, convencido de no poder amar a otra como la amaba a ella, pero congelado. Acababa de escuchar sus revelaciones, las que hizo delante de una cámara a nivel internacional y mis piernas salieron disparadas con destino hacia a la terraza, hui, no era orgullo, era miedo. Temor de que me mirara a los ojos y no saber cómo ofrecerle mi amor. ¿Si era cierto que me seguía queriendo por qué escapó de mí cuando le pedí que fuera mi esposa? ¿Si era cierto que me amaba y que aún se consideraba mi pareja por qué no me había buscado o llamado durante todo este tiempo? Ella no estaba aquí por mí y eso me hacía temblar, otra vez. Me sentí inadecuado, no estaba listo. La puerta de la terraza estaba abierta, trepidé, si avanzaba en dirección contraria a Cecilia iba a complicar aún más nuestra situación, pero mis piernas me llevaron a seguir de largo hasta los escalones y a bajar hasta enterrar mis zapatos en la arena. Me detuve cuando la orilla del mar me cortó el paso y perdí la mirada en el horizonte. Un fuego me invadió por dentro, temí perderla, que también se fuera y que nuestra distancia se acrecentara, pero mis piernas se quedaron firmes, castigando a mi maltrecho corazón. Y a punto de derramar una lágrima de rabia, alguien me abrazó por la espalda, una mano fría y

temblorosa se coló por debajo de mi camiseta hasta hacer contacto con mi piel. Suspiré. No tenía que girarme, sabía que era ella, mis lágrimas se desbordaron hasta caer gota a gota y fundirse con el agua salada.

Acaricié sus brazos, lentamente y luego los pegué con más fuerza hacia mi cuerpo. Me giré y cuando nuestros ojos se encontraron, sentí que no podía escapar, su mirada me envolvió con tanta fuerza que supe que no la iba a dejar salir de la casa, que la obligaría a quedarse conmigo, que dormiría a mi lado, que amanecería en mi cama de ahora en adelante y todos los días. La tomé en mis brazos cuando cogió impulso y se trepó en mi cintura, la que rodeó con sus firmes piernas y yo la sostuve, no quería que me soltara. Nuestras bocas se perdieron en un beso cargado de gotitas de sal, de lenguas que iban y venían, sedientas y desesperadas. La ceñí con toda mi fuerza hasta fundirla en mi pecho, en mis caderas, en mi pelvis. Todo este tiempo sin ella había sido asfixiante, al fin volvía a respirar a toda mi capacidad pulmonar. Éramos consumidos por la misma urgencia, por el mismo amor, el mismo deseo, no dudé ni un minuto más. La reclamé para mí, me impuse por primera vez, me despegué de sus labios apenas unos milímetros para articular una frase:

—No te dejaré marchar nunca. No te dejaré huir, te quedarás conmigo, como mi mujer para siempre— le dije ahogado, con el aire apelmazado en mis vías respiratorias altas. Tuve que decir ‘mujer’, no pude pronunciar ‘esposa’, su rechazo me había dejado cierto trauma a cualquier cosa que hiciera referencia al matrimonio, no quería que se lo recordara y volviera a abandonarme, pero así sin papeles ni contratos de por medio era mía y mientras me besara con la misma agonía la iba obligar a compartir el mismo techo conmigo.

—Perdóname, Alex —gimió—. Lo siento tanto.

—Eso ahora no importa, ya estás aquí.

—Sin ti mi vida no tiene sentido —aseguró.

—Sin ti no quiero vivir, Cecilia. Estaba desesperado, sigo desesperado.

Y mientras la besaba, con ella aún en mis brazos, volví a la casa y la atravesé de largo rumbo a mi habitación:

—Aguarda, ¿qué haces? —preguntó cuando entré al cuarto y la deposité en la cama—. Aunque Ashley y David lo tendrían bien merecido, muchas veces usaron mi

cama sin mi consentimiento. —Entonces hizo silencio. Descubrimos una botella de champagne recién descorchada con dos copas y una coqueta bandeja decorada con frutos rojos, que no podía ser obra de otro que de David. Al parecer nuestros amigos se habían confabulado una vez más. Volví a enfrascarme en besarla, en sentirla, en sacarle esos vaqueros del demonio que se interponían entre mi apetito y yo, en apartar nuestros zapatos llenos de arena, en desnudarme con prisas... Ella miró alrededor, y mis ojos la siguieron, observaba una pared decorada con algunas de nuestras fotografías, notó que mis objetos personales estaban esparcidos por todas partes—. ¿Aquí vives?

—Es la casa de la que tanto te hablé, ahora aquí vivimos todos, como una familia —dije y mi voz parecía un suspiro, un gemido, un desahogo. Volví al ataque, nada me podía frenar. Estiré el brazo y saqué un condón de la gaveta superior de la mesa de noche, antes de rasgarlo ella me detuvo.

Pensé que me iba a detener por enésima vez y entonces recordé la prueba, la que había dejado en la clínica, cuyos resultados desconocía porque en un gesto de amor quise que Cecilia tuviera la primicia.

—¡Maldición! ¡Mierda, mierda! —grité exaltado, había pasado tanto tiempo sin hacerla mía que, si tenía que conducir hasta la clínica, era capaz de volverme a ponerme los pantalones, ir a exceso de velocidad con tal de traerle los tan ansiados resultados—. ¿Todavía te quedan ganas de torturarme? ¿Aún no merezco tu perdón? Ya aprendí mi lección, jamás, jamás miraré a otra mujer, ni, aunque me pase en tanga por el lado. Y tocarla mucho menos, ninguna puede apagar el incendio en mis pantalones, solo tú, mi amor.

Se levantó, nuestros cuerpos dejaron de hacer fricción uno contra el otro de manera salvaje y sentí unas punzadas en el glande que me auguraban la peor de todas sus venganzas, si volvía dejarme con las ganas ardiendo, iba a dejar de ser tierno y la iba a tomar, tirarla de espaldas y darle unas buenas nalgadas por tratar a su hombre así, con tanta desidia. *¿Es que esta mujer no tiene clemencia?*, pensé. Ella corrió a su ropa tirada en el suelo mientras mi cara de idiota revelaba que no podía creer lo que estaba ocurriendo. Me iba a abandonar, de nuevo, después de calentarme, era importante recalcar este último punto. *¿A qué juega esta mujer?* Entonces sacó despacio unos papeles arrugados del bolsillo trasero de su pantalón de mezclilla, me los extendió, los tomé y comprendí lo que era. Dos sobres cerrados doblados por la

mitad, muy juntos. Tomé el que decía su nombre y me lo quedé, le extendí el mío y a la par rasgamos.

—No importa el resultado, no nos separaremos jamás —aseguró.

Nos dimos un tierno beso en los labios y abrimos los sobres a la par. Leí cada una de las letras negras muy nítidas sobre el papel blanco, a pesar de estar humedecidas por el agua de mar.

—Gracias a Dios, todo contigo está bien, amor —dije ahogando un suspiro.

—Estás sano, Alex —dijo y comenzó a reír. Se lanzó encima de mí tirándome de bruces sobre la cama. Nos abrazamos aliviados.

—Te aseguré que siempre usé condón —mencioné.

—Después de ti nunca estuve con nadie más, ni siquiera con Eric cuando regresamos y él aceptó mis condiciones, no podía siquiera tocarlo. Te agradezco haberme rescatado de esa boda, no creo que Eric hubiese sido tan clemente sabiéndome su esposa y yo no habría podido volver a estar en sus brazos.

Nos entregamos al amor, y volvimos a la carga. Le deslicé la yema de los dedos desde la nuca hasta la espalda baja, me gustaba verla retorcerse por las cosquillas que le provocaba, sus casi invisibles vellos erizados me indicaban que le gustaba. Le mordí suavemente el cuello y le susurré:

—Con toda esta locura se me perdió entre las sábanas el condón.

Intenté estirarme para buscar otro y me atrajo de vuelta.

—Podemos permitirnos no usar protección, celebremos que estamos juntos y que hemos decidido volvernos exclusivos el uno del otro, me has asegurado que no te acercarás con intenciones sexuales a ninguna otra mujer y yo no puedo ser de ningún otro.

—Pero hay otras consecuencias. ¿Te estás cuidando? ¿Usas algún método para no embarazarte?

—No. ¿Tienes algo en contra de los niños? Porque con tus sobrinas eres muy cariñoso.

Reflexioné al entender lo que me estaba proponiendo, éramos jóvenes, llevábamos alrededor de ocho meses en un carrusel de emociones, ella tenía

veintiocho y yo veinticinco, ambos a punto de cumplir uno más, pero seguros de amarnos hasta la médula, convencidos de querer envejecer juntos. Lo cierto es que con esta mujer quería la casa en la playa, el perro, esa parte ya la teníamos resuelta, con ella quería hijos, nietos, bisnietos y no a futuro, me sentía listo, sí, completamente listo. Sabíamos las consecuencias de entregarnos sin reservas y por esta vez las deseábamos. Quería vivir a su lado sin limitar nuestro amor.

—¿Entonces eso quiere decir que me permites sembrar una semillita en tu vientre? ¿Estás preparada? —pregunté.

—Tómame, Alex. Contigo lo quiero todo.

Terminé de deslizarle los tirantes del sujetador y liberé uno a uno sus hombros, tras besarlos, después llevé mis manos a su espalda y desabroché el sostén por completo. Volvía a tenerla semidesnuda dentro de las cuatro paredes de mi habitación, solo sus braguitas color neón se interponían entre mi objetivo y yo. Una bella música romántica llegó desde fuera, al parecer nuestros ángeles sin alas se habían confabulado para que el amor se sintiera en el ambiente. Ella era mi musa, le compondría mil canciones después rememorando esta escena. La tomé de las caderas, el suave contacto de las yemas de mis dedos con el encaje de su ropa interior me inundó la mente de recuerdos de cada una de las veces que la hice mía, en tantos sitios y eso mandó un mensaje impetuoso desde mi cerebro hasta mis testículos, tuve que acariciarlos antes de proseguir a desvestirla.

Toda la teoría sobre el sexo, y los consejos de mi hermano acerca de cómo complacer a una mujer se esfumaron, no podía pensar. Mi deseo irracional de poseerla, creció como un remolino, me invadió la certeza de pertenecerle hasta la eternidad y aunque era la sensación más intensa que había experimentado, dolía a nivel físico, la sentía en el pecho, en el vientre bajo. Ella me leyó la mente y tomó mi erección en sus manos con intención de introducirla en su boca, cerré los ojos ante el contacto de su lengua caliente, respiré, no quería acabar antes como un adolescente, sin apenas tocarla. No sabía qué me pasaba o tal vez sí, el tiempo de abstinencia de su cuerpo y de autocomplacermé, cuando el temor a perderla acabó hasta con mi libido, me estaban cobrando factura. Mi campeón vibró y me recordó que estaba eufórico, descontrolado y comprendí que esta vez no iba a tener clemencia con el punto de no retorno. Sin renunciar al cálido refugio que estaba a punto de sacarme hasta la última gota, la fui girando y acomodando sobre mi cuerpo hasta tenerla como quería, sus

braguitas neón me quedaron sobre la cara, acaricié su sexo con mi lengua sobre el encaje, adoraba sentirlo, ella se estremeció de placer, su aroma me envió un calambre directo a la entrepierna; su agarre certero en la base del pene, su boca subiendo y bajando, me puse más eufórico, tuve que apretar los muslos. Tomé la tela entre las manos y tiré de ella hasta rasgarla, al fin la podía sentir a plenitud, su sabor podría distinguirlo entre miles, y le di todo el placer que tenía guardado para ella, con tanto ímpetu, que terminó por perderse por completo, un suspiro se me coló en el pecho cuando Cecilia se contorsionó sobre mí mientras le robaba un orgasmo. Y ni siquiera tuve que pedirlo, ella fue en mi busca.

Se sentó a horcajadas sobre mis caderas, se dejó caer sobre mi campeón, listo para sumergirse en las profundidades de su abismo de una sola estocada. Y mi orgasmo estaba cerca. Lo sentía acercarse, apabullante, a punto de derrotarme y robarme la cordura. Tuve el impulso de tirarla de bruces y empotrarla repetidas veces como endemoniado hasta que me quedara seco, hasta que ella me pidiera clemencia y me acusara de no poder sentarse durante una semana, quería poseerla, dominarla, dejarla tan satisfecha que me hiciera un altar y me adorara desde ese día en lo adelante, eso me pedía mi cuerpo, hacía tiempo que había traspasado el punto de no retorno, estaba perdido en algún nivel de conciencia que jamás había experimentado. Y en un cambio brusco de poder, cedí a mis deseos de embestirla y me dejé dominar. Ella continuó cabalgando despavorida sobre mí, como quien necesita llegar a la meta, como si fuera de vida o muerte, con todo su frenesí, como poseída por un espíritu hecho de carne y de pasión, y la vi convulsionar en un orgasmo ascendente, desbordante, uno que la hizo sacudirse en repetidas ocasiones hasta que gritó mi nombre, mientras me anunciaba que estaba por llegar a la cúspide. Esa fue la señal que le dio la orden a mi campeón, como si mi ama me hubiera dado permiso para liberarme, era tan ansiada por mí esa liberación, que cuando me dio autorización le hice un culto y desde ese día la adoré como a la más poderosa deidad. Sentí la descarga caliente sobre su vientre fecundo, mientras ella me cabalgaba y el movimiento de sus piernas me obligaba a entregarle todo de mí, mi deseo, mi simiente, mi alma, a la par que ella me entregaba su existencia. Alcanzamos juntos el cielo y terminamos abatidos, sofocados y respirando descontroladamente, pero sin despegar nuestros cuerpos.

CAPÍTULO 40

Cecilia

La alarma de mi móvil comenzó a sonar temprano, aún estaba oscuro y aunque quise apagarla y seguir durmiendo no pude hacerlo, había una junta a la que no podía faltar. Pensé que todo lo de anoche había sido un sueño, pero sentía los músculos pesados, como si hubiera corrido un maratón, y mi entrepierna se sentía diferente, como cuando tenía sexo por mucho rato. Cuando despegué los ojos y comprobé que estaba amaneciendo en sus brazos, me invadió una sensación de plenitud que ya creía olvidada, me sentía llena en el cuerpo y en el alma. Habíamos hecho el amor tantas veces desde que nos besamos en la playa el día anterior, que ahora estábamos derrotados. No abandonamos la habitación ni para comer ni para beber. La botella de champagne y los frutos rojos no fue suficiente, pero nos negamos a vestirnos, a despegarnos, a dejar de amarnos. Él abrió los ojos lentamente y lo primero que hizo fue recorrer mi cuerpo de nuevo ávido de deseo. Ni siquiera me reclamó por la hora en que le había arrebatado el sueño. Se subió encima de mí, apartó mis piernas y luego de dejarme bien húmeda tras varias caricias, besos y mordiscos, no tuvo clemencia, me hizo suya a su antojo. Lo dejé hacer lo que quisiera, ahora era mi dueño y cada fibra de mi cuerpo se hacía más sensible cada vez que él la tocaba, era como una maldición que no me permitía negarme cuando lo más mínimo de mí lo excitaba. Es lo que viene como resultado por tener a tu hombre castigado sin sexo por más de tres meses, ya lo sé, es una locura, pero no fue a propósito, por más que habíamos jurado que no íbamos a permitir que nada ni nadie

iba a separarnos, las cosas no habían salido como en un inicio planeamos.

Me dispuse a escaparme a la oficina y él me siguió a la ducha, me ayudó a enjabonarme sin dejar de mirarme, embobado. Estaba muy callado esa mañana, y una sombra bajo sus ojos indicaba que necesitaba dormir.

—¿Por qué no te quedas a descansar? Regresaré en la noche, digo si te place —mencioné.

—¿Si me place? No quiero que salgas por esa puerta jamás.

—Tengo compromisos en la oficina.

—Y no soy yo quien te privará de ellos. Te acompañaré a la empresa, el camino es largo y quiero estar contigo un rato más —dijo.

—¿No llegarás antes de tiempo al ensayo? ¿Se siguen viendo al mediodía?

—Sí, solemos trasnocharnos a menudo y preferimos ensayar más tarde, pero no me importa ir temprano a la ciudad. Quiero aprovechar el tiempo contigo.

Tuve que ponerme un bóxer de Alex y le exigí clemencia para mi ropa interior en lo adelante, me repetí la ropa y busqué en mi bolso un pequeño neceser donde traía un polvo facial, un delineador y un labial, quería darme un poco de luz al rostro, pero cuando me vi al espejo, creí que tal vez tendría que acudir con Ashley por corrector de ojeras y colorete, mis mejillas estaban muy pálidas y debajo de mis ojos unas marcas moradas me delataban, no había dormido nada. Salimos de la habitación y todos estaban muy calladitos desayunando en el comedor. Nuestros platos y cubiertos nos esperaban en la mesa. Nos dieron los buenos días y nadie se atrevió a mencionar que Alexander y yo llevábamos horas encerrados teniendo sexo. Ashley me ofreció su maquillaje y artículos femeninos sin que se los pidiera:

—Por Dios, Cecy, ahora mismo te traigo mi neceser de primeros auxilios, no puedes ir a la oficina con ese semblante. —También me procuró una muda de ropa.

Peter nos dio las estadísticas de mi vídeo del día anterior:

—No te imaginas la cantidad de reproducciones de tu vídeo, se ha vuelto viral y ha inundado las redes sociales. Incluso han hecho *memes* muy divertidos, pero totalmente a favor de tu testimonio, del canal. Todos quieren que regreses, te aman, te extrañan, quieren a Sissi Shine. Refieren que era lo que estaban esperando. Los *fans*

están con nosotros, nos apoyan. Prácticamente no hay «no me gusta», y qué decir de los tres o cuatro dementes que se atrevieron a dejar algún comentario negativo, casi los sacan de Internet, les ha caído una horda de seguidores para hacerte justicia.

Respiré aliviada.

—Ahora coman —dijo Ashley—, David se levantó temprano a prepararles algo nutritivo y no es para que solo tomen café.

David ya no pudo aguantarse, el sonido de su risita maliciosa se le escapó y fue en aumento hasta que terminó en una explosiva carcajada a la que le sucedieron otras. Peter y Ashley también rieron, pero fueron más moderados. Mis mejillas ya no necesitaron maquillaje porque terminaron ruborizadas.

—Ya suéltalo, hombre —dijo Alex para referirse a David—. De lo contrario no serías tú. Imagino que levantarte a hacernos de comer tan temprano exige pagar un precio, suéltalo, carajo, que te vas a atragantar.

—Macho —dijo el muy ladino—, ¿cómo estuvo el sexo de reconciliación? Ahora sí que me siento orgulloso de ti y lo mejor de todo es que has aprendido modales, ya no andas en bóxer por toda la casa exhibiéndote como un toro tras una buena corrida.

—Te dije que dejes de compararme con animales y más si son de esos que tienen cuernos, maldito Dave. Y si me visto para andar por la casa es por las niñas, están por salir para desayunar.

Y fue entonces que supe que Mary, Sarah y Sophie también se estaban quedando ahí y que ayer cuando llegué habían ido a visitar a su padre, tal y como Elisa le había sugerido a Christopher. En diez minutos se reunieron con nosotros y les dio mucha alegría encontrarme en el nido.

Una llamada al celular de Peter, nos sacó de la enternecedora escena de fraternidad. Era uno de los informáticos, ya sabían quién había atacado el canal. Peter le pidió a Mary que se llevara a las niñas para hablar del tema con libertad. Nos quedamos en suspenso al escuchar, ni siquiera los conocíamos. Eran una pareja de jovencitos de unos veinte años o menos, él se dedicaba a *hackear*, piratear programas informáticos, ella era una youtuber, cuyo canal subió como la espuma cuando el nuestro cayó en desgracia, porque era una de las que volvía a colgar el vídeo cuando

lográbamos quitarlo de la red. En ese momento Peter nos mostró las fotos de los dos sujetos, desconocidos para mí. Ashley la reconoció, mencionó que George la había identificado el día que acudió para maquillarla cuando reabrieron el canal. Le había dicho que la chica lo había acosado en varias ocasiones, para sacarle información de nosotros. Ashley negó conocerla y le restó importancia, pero no olvidó su rostro ni que George le había revelado que era la que encabezaba el asedio en las inmediaciones al anterior nido, el día que George fue a buscar nuestra ropa.

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó Ashley—. Si esa chiquilla ha tramado toda esta maraña para sacar beneficio con nuestra desgracia debemos darle un escarmiento.

—Hay que denunciarlos a las autoridades —dije—. No olviden la paliza que le dieron a Peter, hay más gente involucrada.

—Ellos solo son la punta del *iceberg*. ¿Quién más está detrás de todo esto? Solo espero de verdad, Cecilia, que no sea tu padre —dijo Alex—. Lo siento, no puedo con esto, golpear a Peter es demasiado.

—Llamemos a la policía —sugirió Ashley.

—No —dije y mi mirada llena de culpa se posó en Peter, recordé su hermoso rostro magullado tras el supuesto asalto. Alex me hizo dudar por un minuto con sus acusaciones hacia papá—. Quiero enfrentarla, hablar con ella antes de llamar a la policía.

—Si estás tan segura que no fue tu padre, ¿por qué necesitas comprobarlo? —instigó Alexander.

—Por favor, cálmense todos —dijo David—. Peter y yo acorralaremos a esos dos, los amenazaremos con que tenemos pruebas y tendrán que decirnos la verdad para salvarse.

—Los acompaño —dijo Alex.

—No —exigió Dave—. Estás muy nervioso y lo echarás todo a perder. Igual me cuesta creer que el señor Marcel después de toda su hospitalidad sea capaz de hacernos esto. Tú lleva a Cecilia a la oficina como si nada, aparenten serenidad y los mantendremos al tanto.

—Lleven al guardaespaldas que contrató mi padre, no sabemos si esos dos

tienen compañía —ofrecí.

—Prefiero que los hombres del señor Marcel se mantengan alejados de esto —decidió David.

Ellos salieron primero y nosotros tardamos unos minutos en reaccionar. Tras intercambiar varias frases decidimos hacerle caso a David. Dejé a Ashley acompañada por Mary, nerviosa por lo que le deparaba a su novio y a Peter. Igual yo estaba intranquila. Alex me reconfortó, me aseguró que no iban a arriesgarse. Me llevó en su auto a *Omega Group* mientras el guardaespaldas nos seguía en el mío y cuando bajamos en el estacionamiento, le dije al chofer que podía retirarse, que no lo necesitaría hasta la noche. Lo vimos irse. Al sabernos solos, Alex me pegó con pasión hacia la ventana de cristal del vehículo y volvió a asaltarme a besos. Aún era temprano así que no me importó dar un espectáculo, no había nadie. Y cuando pensé que ese beso era la despedida me susurró que no estaba listo para separarse de mí. Insistió en acompañarme al elevador, en el trayecto seguimos besándonos como dos adolescentes que acaban de conocer el placer. La angustia nos había acercado aún más, me susurró:

—Me puedo quedar contigo hasta que sepamos algo.

—Prefiero que los busques y los ayudes en esto, David es muy terco y ahora no puedo soportar la preocupación. Llama a la policía, no quiero arriesgarlos a ninguno de los dos.

—¿Estás segura?

—Sí.

Nos despedimos con un cálido beso en la puerta del ascensor y nos abrazamos como si de ese abrazo dependiera salvar al mundo, como si fuera el último.

—Nos vemos en la noche. Pasaré primero a la casa de mis padres por algunas de mis cosas y por Rain, nos vemos en el nido, pero si tienes noticias búscame antes —le dije luego de volver a besarlo.

—Vendré por ti a la salida y te llevo a la casa de tus padres, de ahí nos vamos al nido —dijo y me dio dos besitos que hicieron un sonido encantador.

—¿Siempre serás tan acosador?

—Al menos hasta que te hartes y me echés a patadas de tu vida.

—Eso no ocurrirá jamás. Nos vemos al rato. Te amo.

—Te adoro.

Le dije adiós con la mano y lo vi perderse en el auto por los pasajes del estacionamiento techado, y antes de presionar el botón del elevador para que se abriera la puerta de metal, Eric emergió de uno de los pasillos y por su mirada lasciva supe que nos había observado.

—Nunca había conocido a un hombre más patético que a tu musiquillo de quinta, por eso las mujeres se han alebrestado en los últimos tiempos, por hombres que no tienen pantalones. Derrocha tanta miel que dudo que se comporte como un hombre en la cama. Tener sexo con él ha de ser como acostarse con otra mujer, pero al parecer eso es lo que te gusta —me agredió con sus palabras ponzoñosas.

—Mereces que te llame imbécil, pero estamos en la empresa y mi padre me lo tiene prohibido. Buenos días.

—Aún no tengo intenciones de concluir esta conversación, delante de los otros tendremos que disimular para respetar los lineamientos de la empresa, pero a solas te llamaré por tu nombre, eres una zorra, una perra que ha jugado con mis sentimientos. Ahora has montado todo este circo para alejarme de tu padre, para recuperar lo que ya has perdido. No lo conseguirás.

—Estás mal de la cabeza, Eric. Yo te quería, ¿sabes?, e intenté que funcionara, pero tu falta de delicadeza y de sensibilidad para notar que tu forma de tratarme me estaba anulando por dentro me hicieron dejar de amarte. Alex me ayudó a darme cuenta de mi valía como mujer, valoró cada uno de mis atributos, los que tú habías pisoteado, me cansé de tu machismo, de tu desprecio. Si estás tan decepcionado de mí déjame ir, sigue tu camino, tienes a la mujer con la que me engañabas, ella parece que te ama. Intenta rehacer tu vida y déjame en paz.

Aquellas palabras que pronuncié con la intención de calmarlo revolviéron toda la agresividad en su interior y la sacó a la superficie, me tomó por el cuello, lo apretó y me pegó con violencia contra la pared.

—No te dejaré jamás, no hasta que te arrepientas y me ruegues volver.

Tendrás que hacerlo cuando tu padre no te deje un dólar y necesites recurrir a mí para tener acceso a la fortuna de tu familia.

—¡Suéltame! —dije casi sin aliento—. Me lastimas.

Pegó sus labios sobre los míos, con furia, me besó desesperado mientras yo trataba de huir. Eric era un hombre muy alto, con grandes músculos y sus dedos sobre mi garganta me hacían más daño del que se percataba. A punto de sentirme perdida alguien lo tomó por la espalda y me liberó de su ataque. Alexander había vuelto como enviado del cielo para salvarme de ese animal. Alex le asestó un fuerte puñetazo en el rostro que hizo a la mole de Eric perder el equilibrio, tambalearse y caer de bruces sobre su espalda. Intenté calmar a mi novio, le pedí que nos fuéramos en ese instante lejos de allí, pero Alex estaba poseído por el espíritu de *Hulk* en su fase más verde. Levantó a Eric como si fuera una pluma, le dio una bofetada para que reaccionara y lo incitó a pelear. Se había aguantado durante mucho tiempo y ahora no podía frenarse. Y yo sabía por qué le pedía escapar, Eric nunca estaba solo, sus guardias de seguridad solían esperarlo en el estacionamiento, escucharon el ruido y vinieron a socorrerlo. Los dos mastodontes se abalanzaron contra Alexander y comenzaron a propinarle una paliza, grité de pavor, buscando ayuda. Intenté defenderlo y un golpe de rebote me tiró a un lado. Justo cuando todo parecía perdido apareció Christopher Huxley y equilibró la pelea. Se pusieron mano a mano contra los agresores hasta que aquellos se convencieron de que a los golpes no iban a ganarle a los hermanos. A la par los guardias desenfundaron sus armas y grité de terror.

—¿Qué está sucediendo aquí? —gritó mi padre que se acercaba con sus hombres—. Guarden sus armas de inmediatos. ¿qué se creen que es esto? Eric, explícate, ¿por qué los guardias de seguridad me han notificado que estabas agrediendo a mi hija en mi empresa?

—Porque es un maldito que no conoce los límites cuando se trata de salirse con la suya —dijo Alex—. Ya sabemos quién está detrás del ataque al canal, ¿el nombre de Wallace te suena, Eric? Porque los perpetradores dicen que Wallace les pagó una cantidad obscena para destruir el canal, pero principalmente por hacer que la princesa del señor Marcel quedara con la reputación por el suelo. Y que yo sepa Wallace no tiene dinero para pagar un trabajo así.

—No sé de qué están hablando, no tengo nada que ver con Wallace —se

defendió Eric.

—¿Seguro? Porque el maldito se valió de tus fondos. ¿Olvidas que compraste la mayoría de las acciones de la clínica de mi hermano con la intención de arruinarlo en complot con Wallace? ¿Si eso no es tener tratos sucios, explícame de qué se trata? ¡Admite que eres su benefactor! ¡Admite que estás metido en esto hasta el cuello! —presionó Alex.

—Si Wallace hizo algo así lo habrá hecho por su cuenta. No soy tan estúpido como para divulgar un vídeo donde se deja mi virilidad en entredicho.

—Tal vez no sabías lo que te ibas a encontrar, pero una vez destapada la caja de Pandora la utilizaste como la coartada perfecta, así nadie sospecharía de ti —arremetió Alex.

—Me están acusando injustamente.

—Wallace ya admitió que fue tu idea, Eric —dijo Christopher Huxley—. El ataque al canal solo te beneficiaba a ti, tú en compensación le ayudaste a destruirme y a hundir mi clínica. Lo amenacé esta mañana con denunciarlo a las autoridades y como sabes, tiene cola que le pisen, no quiso verse involucrado en otro asunto turbio y nos ha dado las pruebas. Aquí las tiene, señor Marcel, puede revisarlas por usted mismo.

Mi padre tomó un sobre amarillo que le extendió Christopher y analizó su contenido con cara de no entender nada.

—Es imposible que tengan pruebas en mi contra, fui cuidadoso y borré todas las huellas que los trajeran hacia mí. No hay evidencias que me vinculen con el escarmiento a esta zorra —dijo Eric asesinándome con la mirada y arrebatándole el sobre a mi padre de las manos con la intención de hacerlo añicos, pero cuando se percató de su contenido se llevó las manos a la cabeza al sentirse derrotado.

—Te equivocas, Eric. Sí las hay, tu testimonio frente a varios testigos, las cámaras de seguridad están grabando y me encargaré de entregarlo a las autoridades. ¡Lárgate, Eric, y olvídate de todo lo que te ofrecí en su momento! ¡Eres una gran decepción!

—Eres un imbécil, Eric —dijo Christopher quitándole el sobre lleno de hojas relacionadas con nuestro proyecto, no contenía pruebas—. Yo ni siquiera había visto

a mi hermano esta mañana, me acabo de enterar tal como tú que Wallace está implicado en esto, pero ese nombre es tu sentencia. Wallace no tenía qué ganar con hundir el canal, tú sí. Y está más que comprobado que Wallace y tú han forjado una alianza para hacer cosas muy deshonestas.

—Eric, ahora entiendo por qué golpeaste a Peter, fue el primero con el que comenzaste a cobrar venganza. Tarde o temprano habrías hecho lo mismo con Alex. Solo esperabas a quedarte con la empresa de mi padre para terminar de ajustar las cuentas con Alex y conmigo. Eres un miserable. Yo misma llamaré a la policía. Te denunciaré por la paliza que le diste a mi amigo. Wallace y tú responderán ante la justicia —le grité.

Mientras Eric y sus secuaces se retiraron con las colas entre las patas, mi padre se acercó a mí y revisó mis lesiones. Me abrazó y me pidió perdón desde lo más profundo de su corazón, luego me dijo:

—Yo tampoco aceptaba esa imagen de ti que querían venderme, corazón. Doy gracias al cielo porque hayas tenido claridad y no te hayas casado con Eric. Ese muchacho ha perdido la cordura. Y de llamar a la policía me ocuparé yo, ni siquiera la amistad de años con el padre de Eric lo librarán de que pague por el daño que nos ha hecho.

CAPÍTULO 41

Christopher

Algo cierto había en mis palabras, las que utilicé para desenmascarar a Eric Hannes, Wallace tenía cola que le pisaran, más de la que jamás imaginé, de haberlo sabido antes me habría defendido con argumentos que lo dejaran mal parado, pero solo hasta una noche antes de desenmascarar a Eric, supe por mi amigo, el presidente de la Sociedad de Psicólogos, que Wallace enfrentaba una denuncia de acoso sexual por uno de sus estudiantes. Eso eran palabras mayores. Mi colega, el doctor Johnson, me lo comunicó porque el Comité de Ética estaba interesado en mi versión acerca de los rumores esparcidos por Wallace contra mi persona, lo que incidió en el prestigio de la clínica. Respiré al ver un poco de luz en ese asunto, Wallace se había perjudicado solo, tras intentar destruirme y acaparar el negocio que había amenazado, se volvía sospechoso, pero eso no era nada comparado con la acusación del estudiante.

Después de la pelea entre los secuaces de Eric y nosotros, los Huxley, y la agresión sufrida por Cecilia, el señor Marcel suspendió la junta hasta nuevo aviso y nos permitió a los presentes en el altercado que nos tomáramos el día libre y nos fuéramos a descansar. Regresé a la casa de mi madre, ella se alarmó al verme y le relaté lo sucedido, con Cecilia, con Alex, con el canal, con la clínica. Y mientras le tomaba la presión para cerciorarme que estaría bien, mamá me anunció su decisión de vender sus propiedades en Londres y quedarse indefinidamente en el país, quería estar con sus hijos y nietas la mayor parte del tiempo.

—Me alegra que te quedes, mamá. Así podremos cuidarnos los unos a los otros. No dejes de tomar el medicamento, por favor.

Justo en este momento que pensaba hacer mi equipaje y regresar a mi departamento mamá me comunicaba que se quedaba para estar cerca de nosotros. Me dio pena dejarla. Me sentía preparado para retomar mi vida, la terapia iba bien, aunque sabía que no podía confiarme, pero no le revelé mis deseos de regresar a mi casa. Escuchamos un auto afuera, salimos a recibir al recién llegado y me di cuenta que era Mary con mis hijas. Apenas el día anterior habíamos pasado todo el día juntos, conviviendo como familia, aunque ella se había encargado de dejarme en claro que como pareja todo había terminado. Respeté su decisión por más que mi intuición me asegurara que seguía enamorada de mí, respetaba el espacio que ella había decidido marcar, era parte de alcanzar la recuperación.

Nos saludamos con mesura, abracé a mis hijas y las vi correr con su abuela a la cocina a disfrutar de un postre.

—¿Estás bien, Christopher? Alex y Cecy me contaron todo, estaba preocupada por ti —admitió Mary.

—¿Lo escucharon las niñas? —pregunté.

—No, hemos sido muy cuidadosos con este tema delante de ellas.

—No lo dudo, sé que las cuidas con ahínco, mi amor —mencioné y me retracté de inmediato, no quería sonar posesivo ni cruzar el límite—, disculpa, Mary.

—Christopher, puedes llamarme como desees, mi amor, es hermoso —dijo y se iluminó algo dentro de mí—. He estado pensando mucho, este tratamiento parece estar funcionando, es lo que siempre he querido, por ti, por las niñas, por mí, por la familia. ¿Crees que si regreso ahora a casa afecte o retrase tu recuperación?

—¿Estás segura de lo que estás diciendo?

—Quiero volver, nunca he dejado de amarte. Solo que había perdido las esperanzas, creí que ya no había luz al final del túnel —aceptó.

Me acerqué, la abracé y la besé en la frente. Era toda la intimidad que me podía permitir en ese momento, quería ir paso a paso y demostrarle que mi amor era confiable y sincero.

—Claro que puedes regresar y me hará mucho bien, seremos cuidadosos, ahora todo será diferente, como debió ser en un principio. Lo hablaremos con el terapeuta. Reaprenderemos a amarnos.

—Estoy dispuesta a colaborar —dijo y me beso las palmas de las manos—. Extraño nuestro hogar y aunque la hospitalidad de Alex ha sido estupenda, quiero volver a casa.

Respiré hondo y hablé:

—Solo hay un detalle, mi madre ha decidido que no regresará a Londres, y me da pena regresar al departamento y volver a dejarla sola en este inmenso caserón, ahora que Alex se fue.

—Eso no es problema para mí, haremos lo que decidas.

Y mi madre que venía detrás y escuchó la última parte de la conversación, dijo:

—Puedo vivir sola. Siempre que me visiten dos o tres veces por semana, estamos tan cerca. Quiero disfrutar a mis nietas, pero igual sé que necesitan su espacio. Igual pueden aprovecharse de mí y dejarme las niñas cuando quieran escaparse al cine o a cenar, o simplemente estar solos. Nada me hará más feliz que verlos de nuevo juntos.

CAPÍTULO 42

Alex

La vida volvió a salirse de su eje. Tras mamá ocuparse de rescatar objetos personales de la casa de Londres, lo único que deseaba traer de vuelta, encontró un testamento ológrafo en el despacho de mi padre, que venía a darle movimiento a la supuesta herencia intestada, que ni a Christopher ni a mí nos había preocupado reclamar. Estábamos conformes con que mamá se quedara con todo, al fin y al cabo, nosotros podíamos labrarnos nuestro propio futuro. Pero el contenido de ese documento, venía remover mi vieja herida y mamá quiso estar presente mientras me lo entregaba:

A punto de tomar un avión y temiendo que no me queda mucho, porque mi salud se ha vuelto vulnerable, intentaré dejar mi última voluntad escrita en un papel. Confío en que mi esposa y mis hijos harán mi última voluntad. Los bienes que poseemos en comunidad mi esposa y yo, como son la casa en California y los autos, así como las cuentas de bancos, serán al cien por ciento para Denisse. Ella se lo merece por ser una esposa ejemplar. Quiero que tenga una vejez tranquila y desahogada. Es mi deseo que regrese a casa para que esté cerca de nuestros hijos el día que yo le falte. Tengo un seguro de vida que se lo dejaré a Christopher, mi hijo mayor, mi gran orgullo, sé que no es perfecto, pero para mí lo es, tanto como hijo, esposo, padre y hermano. Ha enfrentado problemas en la clínica y es justo que conserve el patrimonio por el que tanto ha luchado. La casa de Londres se la dejo a mi hijo menor, así obligo a mi mujer a regresar a casa. Alex puede venderla y utilizar

ese dinero para elegir labrarse una carrera, desearía que fuera una profesional, que terminara Psicología de una buena vez, pero si no puede, si su corazón lo lleva a otro lado, confío en que haga la mejor inversión con el patrimonio que le lego. Alexander, mi dolor de cabeza, mi niño terco, que una y otra vez desafió mis límites, me demostró que el único terco y confundido soy yo, porque nunca quise aceptar que es un gran músico. Temí que ese tipo de vida, desconocida para mí, fuera muy dura, no quería verlo sufrir por no alcanzar sus sueños, a causa de mis propios miedos.

Si me fuera de este mundo y mi hijo y yo no podemos entendernos, lo que podría ocurrir, incluso mañana mismo, solo le pido que me perdone. Mi corazón me exige que deje de presionarlo, pero temo verlo fracasar, y por eso le exijo que se busque la vida del único modo que yo aprendí, teniendo una carrera y alcanzando el éxito en ella. Pero si a pesar de eso decide luchar por su sueño, que tome la herencia y la ponga a merced de encontrar su destino.

Lloré tanto que mi madre tuvo que abrazarme por un buen rato, pero al final llegó a mí la paz, y aquel asunto inconcluso, que se había quedado atorado muy adentro de mi alma dejó de molestarme.

Semanas después supe que Wallace había resultado culpable del acoso a su estudiante y que le retiraron la cédula profesional, ahora enfrentaba un proceso legal. Eric había sido detenido por la agresión a Peter y salió al siguiente día cuando su padre desembolsó una fuerte cantidad, mi futuro suegro aún buscaba la forma de hacerle pagar por todos sus crímenes, pero el juicio amenazaba con ser largo. Y mientras los abogados del señor Marcel se ocupaban de esos asuntos y de lograr una orden de restricción para que Eric se mantuviera lejos de Cecilia, yo quedé atrapado en un nuevo dilema. Resultó que, tras hacer el amor durante casi dos meses sin protección con mi amada mujer, la cigüeña decidió visitarnos. Nadie más que los habitantes del nido lo sabíamos. Cecilia lo descubrió cuando llegó la fecha usual de su período y tuvo un retraso, me lo dijo con una sonrisa en los labios y con estas palabras:

—¿Sabes lo que sucede cuando una pareja que se ama tiene sexo como dos conejos sin usar condón?

Me le acerqué y le acaricié el vientre, me sentí embrujado por sus ojos, tanto la amaba. La rodeé con mis brazos y me perdí en la tibieza de su cuerpo.

—Tú querías ser madre y yo formar una familia contigo. Llegará el primero de nuestros bebés y lo recibiremos con mucho amor —le susurré al oído y luego le di un beso sonoro en el cuello que la hizo estremecerse.

Vivíamos juntos e íbamos a ser padres, y mis deseos de convertirla en mi esposa seguían postergados por mi cobardía. Todos estaban emocionados y yo me enfrentaba a mi odiado terror, ansiaba pedirle matrimonio a la mujer de mi vida y futura madre de mis hijos, pero Cecy había sido especialmente escurridiza cuando de boda se trataba, primero con Eric y luego conmigo. Acepté que moría de pavor solo de pensar que esta vez también saliera huyendo.

Así que recurrí a la mujer que más la conocía después de su madre, Ashley, la que convocó al clan, aprovechando que Cecilia estaba en la empresa ocupándose de sus nuevas responsabilidades como la futura presidenta de *Omega Group*. Y allí estábamos todos, Peter y David que en realidad no sé qué aportaban, porque yo clamaba por la sabiduría femenina. Peter seguía soltero y se valía de mis consejos para robarle una sonrisa a Elisa de vez en cuando. David tenía un lazo asombroso con Ashley, pero querían divertirse un poco más antes de dar un paso tan serio como el matrimonio. Ralph, mi gran amigo experto en enamorarse, nos seguía a través de una aplicación del móvil. Mary, a quien yo tenía en el pedestal de las esposas, si es que algo así existía, también acudió a rescatarme y trajo a Martha consigo.

—Solo dile lo que sientes, Alex —afirmó Ralph a través de la pantalla—. Ya aceptó vivir contigo, serán padres, es lógico que quiere estar a tu lado toda la vida.

—A veces un papel no es relevante, ya son felices, el matrimonio es solo un trámite. ¿Por qué se complican la vida? ¿No es mejor que sigan como están? —dijo David y Ashley le dio un coscorrón, luego de llamarle «animal»—: No te enojas, belleza, yo por ti firmo lo que quieras, ya sabes que soy tuyo de pies a cabeza, solo dime dónde firmo, me visto de novio, te doy un diamante. Nuestra boda será épica y llegará nuestro momento, solo que no podemos robarle el turno a Alex, él y Cecilia se comieron el pastel antes de la fiesta, entiende que el hombre está aterrado, el suegro es intimidante.

—Estás loco, David, pero te amo, por eso te dejo abrir la boca y decir tantas estupideces —dijo Ashley luego de reírse de las bromas de su novio, fue a la única que le hicieron gracia. Le siguieron sus besos y sus abrazos, que terminaron por

desviar nuestra atención de lo que nos había reunido.

—Ya compórtense, ustedes dos. Les voy a echar un balde de agua fría. Si no tienen vergüenza delante de nosotros al menos pórtense decentes por consideración a Martha —dije.

Todos reímos y retomamos la misión.

—Te estás ahogando en un vaso de agua, Alexander —dijo Martha—. Cuando hay amor, un anillo, un traje de boda, una ceremonia no es lo que predecirá el éxito de un matrimonio. Aún recuerdo la primera vez que te vi mirarla, cuando arribó a la clínica, ahí supe que estabas perdido, enamorado irremediablemente.

Sonreí al recordar nuestros inicios, Martha tenía razón.

—Solo sé espontáneo —apuntó Mary.

—Lo hice cuando le propuse casarse conmigo y me dejó plantado —me defendí.

—En esa ocasión tu madre intentaba meterte por los ojos a Audrey, Cecilia se sentía vulnerable. Ninguna mujer quiere que le pidan matrimonio como una prueba de amor, casarse es en sí un acto de amor cuando dos seres están tan compenetrados que no necesitan demostrarse nada —dijo mi cuñada.

—Solo quiero que sea especial —supliqué.

—Y lo será, porque se lo pedirás tú desde el corazón —afirmó Ralph.

—¿Y te le declaraste sin un anillo? ¿Dónde está el romanticismo? Ponte de pie, vamos a comprar uno, sin anillo no hay declaración —exigió Ashley.

—No tengo idea de qué tipo de anillo es el adecuado, me niego a comprar una piedra sin un valor para nosotros. Le estoy entregando mi corazón.

—Anda, ve a comprarlo, estoy seguro que cuando lo veas sabrás que es el indicado —insistió Ralph desde el móvil.

—¡Carajo! —dije pasándome las manos por el cabello—. Estoy más nervioso que en mi primer concierto en vivo con los *Black Dragons*. Será ahora, lo siento, tengo una corazonada y tengo una idea algo loca. Pedí un celular para no dejar a Ralph fuera y llamé a Hunter, le dije—: Te necesito ahora en el nido con toda la banda—. Me quedé en silencio mientras me daba excusas inaceptables sobre un

compromiso que ya había adquirido, bastante aguantaba a diario sus cambios de humor y su prepotencia, así que le di una precisa—: ¡Me importa una mierda, le voy a proponer matrimonio a Cecilia y los necesito conmigo! Por una vez en la vida quiero tener una propuesta decente, premeditada, aunque sea con solo unas horas de antelación. Así que cancela tus compromisos, soy tu amigo y estoy acojonado, así que te quiero conmigo.

Lo escuché reír a carcajadas y no me contestó nada, pero sabía que con ellos podía contar siempre. Peter se puso delante de mí y me preguntó:

—¿Cómo te ayudo?

—Compra las flores, quiero toda la estancia atiborradas de rosas, claveles. ¡No! Que sean tulipanes blancos. Cecilia los adora, cada vez que los ve no puede disimular su emoción —dije convencido de hacer la elección correcta.

—Yo me ocupo de la cena, del vinito —se brindó David con una sonrisa.

—Champagne, Cecilia adora las burbujas —decidí.

—Pues habrá burbujas —afirmó David haciendo una reverencia.

¿Ya había dicho que estaba nervioso? ¿Acaso sospechan las mujeres lo estresados que nos ponemos cuando les vamos a pedir una cita, darles el primer beso o que nos acepten como novios? Había pasado por todo eso y no se le comparaba a pedirle a una mujer matrimonio por segunda vez, luego que la primera fue un completo fracaso. Martha se ofreció a ayudarme a David luego de dejarme un beso en la mejilla. Mary acompañó a Peter. Ashley, Ralph en mi móvil y yo, salimos disparados por el flamante anillo.

Cuando llegamos al sitio sugerido por Ashley, me coloqué una gorra de béisbol y mis gafas espanta alienígenas, lo último que deseaba en los encabezados de las redes sociales era que anunciaran que el baterista de los *Black Dragons* había entrado a una de ‘esas joyerías’. Si sucedía, la sorpresa para Cecilia se iba a arruinar y se iba a enterar de mis intenciones antes de que volviéramos a vernos. Ashley había sacado una cita momentos antes vía telefónica, para que nos atendieran en un área privada, pero tenía que cuidarme de una foto en la entrada. En cuanto estuvimos delante de la solícita dependienta, Ashley abrió la boca, de seguro ya sabía lo que deseaba pedir, me había torturado durante todo el camino con estas cuatro palabras:

corte, color, pureza y quilates. Me le adelanté y pedí:

—Una piedra con color.

—Sabía que ibas hacer la elección correcta —me secundó Ralph.

—No, no, no. Un diamante de una claridad impecable y te sugiero un corte redondo, así brillará mucho más —recomendó Ashley con aquel tono de voz que comenzaba a cansarme, parecía que se había apoderado de la tarea de la pedida de matrimonio, puse los ojos en blanco al imaginármela dirigiendo mi próxima boda—. Por favor, Ralph, no lo incites, se va a arrepentir toda su vida. Ustedes los hombres son un caso serio, no pueden entender el significado de la pureza de un diamante para una propuesta matrimonial.

—Voto por el color, Alex jamás sería un diamante incoloro, y puro menos, no estaría expresando su personalidad, ni el amor que siente por Cecilia. Ellos juntos son dinamita, necesitan algo con intensidad, zafiro, rubí, esmeralda.

—Dios mío, es la primera vez que te pediré esto, pero haz que caiga un rayo que deje a la ciudad sin Internet. ¡Ralph, lárgate! Estoy intentando que tu amigo atine en la elección del anillo y tú lo estás mandando derecho al matadero. Si se sigue guiando por ti, mi amiga terminará con una bola de discoteca en el dedo.

Ashley me quitó el móvil para estar más cerca de Ralph, le lanzó una mirada retadora a punto de cortar la conexión. Y mientras ellos discutían, lo tuve clarísimo.

—He tomado una decisión. No le obsequiaré un brillante a Cecilia, sería un recordatorio del compromiso que tuvo con Eric, aún me acuerdo del solitario que llevaba en su dedo, era de ese estilo. Quiero algo de comercio justo, Cecilia no soportaría llevar un diamante de sangre o una piedra que provenga del sufrimiento humano. Quiero una banda de oro con una piedra azul o rosa en forma de corazón —dije con firmeza a la vendedora.

—¿Para qué me trajiste para asesorarte si terminarás con el anillo más cursi de la historia? —inquirió Ashley.

—Un corazón es el símbolo del amor y Cecilia suele dibujar uno tras otro cuando está ansiosa. Deberías ver su agenda, al lado de todas sus notas de reuniones, presupuestos e investigaciones, están esos pequeños corazones y me gusta creer, que los pinta porque de alguna forma está pensando en mí.

—Al menos compra el maldito corazón incoloro, toda mujer desea un diamante perfecto —replicó Ashley.

—Linda, te ha dado razones convincentes para rechazar esa idea y te tengo otra, Cecilia suele tener gustos muy distintos a los de otras mujeres, de lo contrario no habría acabado con el loco de Alex —me defendió Ralph.

—Eso lo dices para levantar su autoestima y de paso salirte con la tuya —dijo Ashley. Realmente estaba enfada y decidida a no dejarme salir de la joyería a no ser que me llevara una roca incolora y luminosa.

—Tengo una línea de anillos que puede interesarle, es de comercio justo como todos nuestros productos, les mostraré algunos, son diseños únicos y en el interior de la banda cuentan con una piedra muy especial —dijo la vendedora y fue a traerlos.

Trajo cinco pequeñas cajas que abrió delante de mí una a una, cada diseño era más espectacular que el siguiente y me iba arrancando un suspiro. Cada uno era un corazón, ese símbolo de amor que había pedido, pero estaban confeccionados con diferentes piedras preciosas y metales. Un coctel de oportunidades y matices se desplegó ante mis ojos. El último fue el que más impacto me causó y ya no pude dejar de verlo. Su tonalidad era tan delicada en comparación con el resto y tan fuerte a la vez en sí mismo, que no podría describirlo. Lo tomé emocionado y ya no pude más que soltar una risilla nerviosa. La banda era de oro rosa, lisa y limpia, en el centro el protagonismo lo tenía un diamante rosado en forma de corazón, que era coronado por un halo de pequeños diamantes de idéntico color, y en la cara interna del metal, un asombroso diamante azul de menor tamaño me hizo un guiño.

Yo seguía idiotizado por la joya, mientras Ashley hacía todas esas preguntas acerca de la pureza de los diamantes para cerciorarse que fuera aceptable.

—Lo quiero, es perfecto, es de un rosa tan suave como las mejillas de Cecilia, es tan femenino que grita su nombre por donde quiera que se le mire, y ese diamante azul en su parte más íntima me recuerda que los mejores momentos de nuestra relación los hemos pasado en la playa. Nada le gusta tanto a Cecilia como el azul del mar —insistí optimista al recordar nuestras peripecias en las costas caribeñas y nuestro reencuentro hacía poco a orillas del gran océano.

—En eso te equivocas —dijo Ashley en tono reflexivo y aceptando su derrota —, su azul preferido es el color de tus ojos, y sí, creo que este anillo de cuento de

hadas le robará el aliento y un par de lágrimas. Ganaron por esta vez, chicos, pero de la boda como dama de honor me encargaré yo.

Sonreí cuando lo probé en mi dedo meñique, era mejor de lo que había imaginado, era delicado y elegante, y tan resistente que podría acompañarnos toda la vida.

Salimos con destino a la casa donde todo debía estar listo y mis cómplices estaban a punto de desaparecer para darnos privacidad, ya había llamado a Cecilia para asegurarme que arribaba a la hora justa en que el sol comenzaba a caer, desde el comedor podríamos ver la magnífica puesta de sol y ya estaba pensando en cómo la sacaría afuera, me pondría de rodillas y le diría lo que ya no me dejaba respirar. Solo faltaba que Hunter y el resto de la banda llegara. Tuve una idea. ¿Y si me salía de lo típico? ¿Y si volvía a hacer una locura? ¿Es que acaso no me amaba tal y como era? Cuando le dije a Ashley el nuevo giro de los planes, me dijo amenazadoramente:

—¡Ni se te ocurra, Alexander Huxley! Ya te saliste con la tuya con la elección de colores, en esto sí que no me convencerás de secundarte. No convertirás algo tan serio en...

—¿Por qué no? Piénsalo. Solemos gastar cantidades obscenas en cena, anillo, flores. Cecilia ahora está enfocada en apoyar a varias organizaciones no gubernamentales, si grabábamos la petición en vivo, con tus patrocinadores habituales y con la banda, que estará más que feliz de hacer esta obra social, además de que es promoción para todos, es un ganar ganar, todo lo recaudado se podrá donar a quienes en verdad necesitan de nosotros.

Ella reflexionó y tuvo que aceptar que fue seducida por la idea. Nada me podía parar, Peter y David que eran tan locos como yo terminaron por secundarme. Ralph se puso feliz cuando se lo tecléé, no se iba a perder ni un detalle. El tiempo corría, así que me apresuré. Me di una ducha, me coloqué el perfume que ella adoraba y me peiné de forma elegante. Vi el traje impecable, preparado para ser deslizado por mi cuerpo, pero me rehusé a usarlo, no era lo que deseaba proyectar. Guardé el atuendo, me deshice el peinado siliconado, me puse la camiseta negra y el pantalón de cuero que usaba para subir al escenario a tocar la batería. Justo a tiempo, la agrupación musical estaba lista. Cuando me coloqué el micrófono inalámbrico, Cecilia aún no llegaba y le di la indicación a Peter para que me siguiera con la cámara

en el hombro. David contó en regresivo y la banda perfectamente dispuesta en línea con el horizonte comenzó a tocar, de mis labios salió esa canción que tanto había ensayado, la que estaba destinada a la gira, la única del disco que me había negado a ceder y que hoy era primicia para el mundo entero. Ashley, a quien no le quedó más remedio que ayudarnos, me hizo una seña para asegurarme que Cecilia estaba conectada y siguiéndonos en vivo. Golpeé los platillos con toda la fuerza de la pasión que me desbordaba por ella, y mientras mis labios pronunciaban la última frase del tema musical:

«No me mires así que me desnudas el alma, solo quédate a mi lado y pierde la razón conmigo, es más fácil estar loco si tú eres la causa, si tú eres la cura y si nos perdemos juntos en esta hermosa playa».

La puerta se abrió y Cecilia asombrada, con su portafolios en una mano y el móvil aún en la otra, avanzó. Las flores estaban dispuestas, la mesa lista y los amigos que iba a desaparecer estaban arrinconados en la terraza, renuentes a perderse este instante para el que habían trabajado codo a codo conmigo. Cecilia ignoró la cena, el *champagne* y vi algo raro en sus ojos, se llevó la mano al pecho y antes que desapareciera, salí corriendo de la batería y me acerqué a ella, bajé una rodilla con solemnidad al suelo decidido a mencionar la frase que tenía atorada en la garganta.

—Detente, no lo digas —me frenó y se me erizaron los vellos de todo el cuerpo.

Ahí estaba yo con mi ropa de concierto, tras una hermosa canción que me había desgarrado el alma, con una rodilla apoyada en la arena, el mar a mis espaldas con una fantástica puesta de sol, y a punto de que me dieran un plantón, ahora a nivel internacional, por mi exceso de espontaneidad y la idea funesta de trasmitirlo en vivo. Tragué en seco. ¿Qué le pasaba a mi chica? ¿Cuál era su problema con el matrimonio? Me levanté asustado, aunque hiciera el ridículo mundial no la dejaría escaparse, la abracé con intenciones de besarla, para que mis labios le recordaran cuanto me amaba. Si no quería un anillo en el dedo, si no quería firmar un papel yo la seguiría, daba carpetazo a la propuesta, a la boda. *Solo no me dejes*, pensé y antes de sellar mis labios con los suyos volvió a ponerme un alto.

—Espera, Alex —murmuró temblorosa y sentí un escalofrío recorrerme las piernas. ¿Y ahora? Respiró hondo, me tomó las manos y besó cada una. Me susurró

—: Esto te lo debo, porque una vez me robaste el corazón y yo solo conseguí romper el tuyo, me arrepentí mil veces, porque fue lo más loco y lindo que nadie jamás había hecho por mí. Ahora es mi turno. ¿Quieres ser mi esposo, Alexander Huxley? ¿Te quieres casar conmigo?

—Acepto, bombón —dije y suspiré aliviado.

La miré al centro de los ojos. Cecilia quería matarme, definitivamente. El alma que estaba a punto de abandonarme me volvió al cuerpo, busqué sus labios desesperadamente y nuestras bocas chocaron como dos barcos a la deriva en un mar en plena tempestad. Esta mujer me había robado la cordura, desde el día que entró al consultorio a pedirme ser rescatada acabó con mi sanidad mental. Cuando nuestros cuerpos lograron controlarse tras un beso impetuoso, nos reímos, nos miramos y entonces saqué la cajita y la abrí delante de sus ojos; venía la prueba de fuego. Cecilia se quedó sin habla, sin aliento y sus ojos se humedecieron para terminar regalándome la sonrisa más limpia de todas.

—Es perfecto, mi amor —dijo riendo—. ¡Es tan bello! Te amo.

—Yo te amo más.

En ese momento David hizo la señal, nuestra audiencia había sido la mayor obtenida hasta la fecha, y aún faltaban las reproducciones que sucederían en los días y meses posteriores. Levanté el brazo y le exigí a Peter que apagara la cámara, quería a mi mujer solo para mí de manera urgente.

EPÍLOGO

Cecilia

La dama de honor se convirtió en una pesadilla para Alex, a él de repente le interesaban los preparativos de la ceremonia y la guerra entre mi prometido y Ashley, que no sé por qué se creía que estaba a cargo, se volvió cruenta. Yo disfrutaba mirarlos, y cuando estaban a punto de sulfatarse ponía orden, al fin y al cabo, la novia era yo. George hizo un trabajo estupendo con mi maquillaje y mi peinado, y aunque me reclamó todo el tiempo por la humedad del ambiente del sitio elegido para la fiesta, se sintió orgulloso con el resultado. Desde ese día, en vez de regodearse al presumir a sus clientes de Hollywood, me volví el logro en su carrera de estilista que usaba con mayor frecuencia. Alex y yo nos casamos en el Caribe, en la pequeña y paradisíaca isla Holbox y todos nuestros amigos y familiares asistieron. Ahí estuvieron la madre de Alex, Martha, mis padres, Mary y Christopher que no podían estar más felices y compenetrados, mis sobrinas Sarah y Sophie, las que se hicieron cargo de Rain Lily durante toda la recepción porque la adoraban y mi linda chihuahua a ellas. Ralph voló desde La Habana para estar con nosotros y como conocía la región nos brindó una ayuda valiosa. Por supuesto no podían faltar David y Ashley, la pareja mejor llevada que había conocido en mi vida, que derrochaban miel y no les importaba quien estuviera delante, besos van y besos vienen, ese era su estilo. Los padres de Ashley también se sumaron al fiestón. Peter y Elisa brillaron en la pista de baile, se veían sospechosamente cercanos, yo rogaba a Dios porque encontraran el amor. La banda completa, con Hunter a la cabeza y los desparpajos que formaban con

sus *groupies*, novias o lo que tuvieran en ese momento, fueron la sensación para los invitados, moradores y visitantes de la isla, y esa cuadrilla de rompecorazones eran una bomba. Fueron algunos de los invitados entre muchos otros.

De las *Secuelas de los días oscuros I y II* nunca más supe nada, me encargué que dejaran de presidir el *Club de fans* de mi adorado esposo. Audrey triunfó en la ópera en Londres y nunca más osó tentar a mi hombre. El doctor Wallace, alias Macabro, terminó sin cédula y enfrentando un problema judicial de amplia envergadura. Su amiguito Eric no se quedó atrás, en cuanto su padre supo de sus andanzas dejó de apoyarlo y tuvo que enfrentar el peso de la ley, su padre era muy severo y consideró que eso lo ayudaría a mejorar su personalidad, también le restringió el acceso a la fortuna familiar hasta que se enmendara. La secretaria terminó por abandonar al musculoso de mi ex, y me alegré por ella, si Eric la trataba con tan poco respeto por la femineidad de una mujer como lo hizo conmigo, no merecía su compañía.

Mi padre, quien solía tener altos estándares de la honorabilidad le exigió a Eric que le vendiera las acciones de la clínica de mi cuñado, y en un acto reivindicatorio se las devolvió a su dueño original sin ningún requisito, a lo que Christopher contestó:

—No puedo aceptarlo, señor Marcel.

—No es un regalo, es una deuda de honor que saldo contigo —dijo papá.

—Solo puedo aceptar si me deja pagarle, de lo contrario tendré que rechazarlo.

—No me dejas otra opción.

Y sellaron el trato con un abrazo. Christopher contaba con el dinero de la herencia del difunto señor Huxley y la empleó para lo que la destinó su padre, con ella dio el primer pago al señor Marcel y acordaron otros pagos sucesivos hasta finiquitar la deuda. Papá me felicitó tiempo después por traer a nuestro equipo a Elisa y a Christopher, reconocía que eran valiosos. Ella subió muy rápido en la empresa y se quedó a cargo del departamento de investigación. Christopher terminó siendo nuestro socio como le había prometido, no podía solamente pagarle un sueldo, porque realmente se había entregado a *Omega Group* e hizo tantas innovaciones que a veces me preguntaba, si no era mejor que el futuro presidente fuera él, yo tenía otras

pasiones que me había prometido no descuidar, entre ellas mi canal, el que terminé compaginando con la empresa. Nuestras entrevistas siguieron la línea inicial, escritores, cantantes, actores, después de todo estábamos en California, pero también le abrimos las puertas a presidentes de Organizaciones No Gubernamentales, y dirigimos campañas para apoyar a poblaciones en riesgo o situaciones que ameritaban la mirada de quienes podíamos hacer mucho por ellos. Mis tres amigos, David, Ashley y Peter, también se sumaron a *Omega Group* y trabajaron conmigo en el área de comunicación los dos primeros, y en la de informática el último.

Con el beneplácito del terapeuta, Mary y Christopher regresaron al hogar, y trabajaron muy duro para salvar su matrimonio. Christopher volvió a revolucionar su clínica cuando volvió a presidirla, aunque nunca descuidó nuestra sociedad, se abocó tanto a *Omega Group* que a veces parecía como si lo hubiese construido desde los cimientos con sus propias manos. Presidente o vicepresidente, seríamos él y yo, solo era cuestión de que nos pusiéramos de acuerdo, porque los dos confiábamos con los ojos cerrados, que el otro lo podría hacer excelente. Por suerte, mi padre, quien buscó desesperadamente un heredero a quien traspasarle la pesada labor de dirigir la empresa familiar, aún se sentía fuerte y se negaba a abandonar la silla. Y me hacía feliz, porque lo veía lleno de vida, tal como mi madre que no podía disimular su felicidad porque papá y yo habíamos limado asperezas, nos volvimos más cercanos. Mi madre y la de Alex, esperaban con ansias al nieto, mientras mi vientre comenzaba a crecer y yo disfrutaba de la experiencia más satisfactoria de mi vida. Una que sí no compartí en los medios, porque mi pequeño fruto de amor sería cuidado y respetado en su niñez con mucho celo. Internet ofrecía muchas oportunidades, pero también tenía sus lugares oscuros y escabrosos, yo había aprendido la lección de la peor manera.

Y amar y ser amado era lo único que no estaba infravalorado. A veces me quedaba mirando a Alex mientras caminaba por la habitación, mientras se duchaba, se peinaba o estaba enfrascado en esos actos tan cotidianos y no me podía creer que ese hombre era mío, que podía disfrutar de su compañía, que podía besarlo, abrazarlo y hacerle el amor hasta quedarme sin fuerza. Cuánto lo amaba, cada día más. Y cuando fue padre y se volvió aún más responsable, sentía que se me ensanchaba el pecho de tanta dicha, al verlo con el bebé en brazos, en escenas tan tiernas que atesoraré por siempre.

Vinieron las giras y algunas separaciones, a veces lo dejaba todo y volaba con él aunque fuera por dos o tres días, amaba esconderme en el público y verlo vibrar de energía mientras tocaba la batería frenéticamente, ése era mi esposo, con un corazón tan grande que no le cabía en el pecho, con los ojos azules más hermosos que jamás había visto, quién me susurraba canciones al oído y terminaba por robarme besos y caricias hasta volverme loca de pasión, quien llegaba a la casa después de una gira y al abrir la puerta y decir «ya llegué», iluminaba el rostro de mi pequeño hijo que corría a su encuentro, ese hombre era quien revolucionaba a Rain Lily, la que daba saltos del doble del tamaño de su cuerpo con tal de llamar su atención. En fin, el hombre de mi vida.

Encontrar el amor es una aventura y aparece donde menos lo esperas. Yo lo encontré buscándome a mí misma, en el momento que estaba más desesperada y perdida, y aprendí que:

Enamorarse es el principio, lo que sigue es permanecer.

Mile Bluett.

Estimados lectores

Les agradezco permitirme acercarme a ustedes a través de la historia Cecilia y Alex. Si leerme les ha resultado agradable y han pasado unas hermosas horas de lectura, les invito a dejarme un comentario en Amazon y a compartir la experiencia de leer *Buscándome te encontré* y *No te dejaré escapar* con sus amigos, para que, con la ayuda de ustedes, la novela llegue a cada lector que espera por una obra similar a esta. Si desean conversar conmigo o preguntarme algo sobre éste u otro de mis trabajos, no duden en contactarme en mis redes sociales.

¡Muchas gracias por leerme!

Agradecimientos

Agradezco a cada una de las personas que me acompañaron en esta aventura desde que inicié con la primera parte de la historia Buscándome te encontré y ahora con la culminación de la historia de Cecilia y Alex. Muchas gracias a aquellas lectoras que reclamaron una continuación, que deseaban ese final feliz con todos los matices de lo que la vida les deparaba a los protagonistas, fueron el motor de la historia.

Gracias a mi bella familia, en especial a los que de una u otra forma se involucraron en este proyecto. A mi madre por estar siempre para mí, apoyándome a tiempo completo, lo que me permite dedicarle más tiempo a la escritura. A mi esposo por ser un hombre de diez, un papá de diez y auxiliarme cuando requiero un punto de vista diferente al mío. A Rosa María Fernández por ayudarme a que esta novela saliera a la luz, por dedicarle parte de sus vacaciones y por hacerlo con mucho entusiasmo. A mis tíos Marlene y Alberto Fernández por sus consejos y motivación que son muy necesarias y palpables.

Gracias a China Yanly por sorprenderme con una portada llena de amor que refleja la esencia de ese final de ensueño que deseo transmitir, con el paraíso azul de fondo incluido y también por sus lindas maquetaciones. Gracias a mi querida Maricita, Maricela Gutiérrez por dedicar tiempo para conocer mi nueva historia, a sus personajes y darme sus apreciadas sugerencias. Agradezco a mi querida Marisa Maverick por su reiterado apoyo, por brindarlo con espontaneidad y cariño, con esa gracia natural que siempre la acompaña. A mis queridas Rotze Mardini, Genne L. Paris, Kris O'Connell por darle color al día-día, por su inmenso apoyo siempre que se necesita en tema diversos, por las risas tan necesarias para el alma.

Un agradecimiento sincero a mi querida Cecilia Pérez, quien se involucró desde cero con la historia, quien me ayudó a darle rostro al precioso Alex y me emociona con cada uno de sus artes. Sinceramente, muchas gracias, corazón, tu labor es muy valiosa para mí.

A mi bella Roxy González, mi compañera en La biblioteca secreta de Mile, ese grupo de Facebook que llevamos con mucho cariño para acercar mis obras a las lectoras, por sus castings, sus artes y todo su entusiasmo.

Mil gracias a la hermosa Calu Amor, que siempre sorprende con su amor a la literatura, con sus consejitos, detalles y muestras de afecto.

Mi enorme agradecimiento a cada una de las personas involucradas en la promoción: el grupo Románticas – Novelas con corazón, por trabajar por un objetivo común con tanta alegría, la revista Amore, los blogueros que ayudan con sus entrañables reseñas, los administradores de grupos en Facebook (para quienes mi agradecimiento es absoluto, son el puente entre el libro y el lector y eso para nosotros los escritores es muy loable), la inmensa red de escritores y de amigos que ayudan a promover, o con sugerencias muy puntuales que son de mucha utilidad.

Y en especial para aquellos de quienes recibo las mayores satisfacciones: **los lectores**, quienes me hacen inmensamente feliz con sus mensajes privados de retroalimentación y con sus reseñas en Facebook, Amazon o Goodreads, las que ayudan a dar visibilidad a la obra y contribuyen a que la novela llegue a más personas.

¡A todos muchísimas gracias!

Biografía

Mile Bluett nació en La Habana y actualmente vive en México con su hermosa familia. Estudió dos carreras, Derecho y Psicología y una maestría en Psicoterapia. Escribe desde la adolescencia y el amor a la literatura ha sido una constante en su vida.

Es autora de la *Saga Herederos del mundo*, que consta de (I) *Atrévete a sentir* y (II) *Tierras Inhóspitas* y (III) *La Búsqueda del Arcoíris*. También es autora de *Letras de agua* (2017) y *Buscándome te encontré* (2017). *Amor Sublime* (2017) y *No te dejaré escapar* (2018). Todas sus obras han estado en el top 10 de Amazon en diversas categorías, en Estados Unidos, España y México. Cuenta con los Best Seller, *Atrévete a sentir* y *Amor Sublime*: estos dos últimos estuvieron durante meses ocupando el número uno de sus géneros.

La autora refiere: «Hay dos hombres en mi vida que son capaces de hacerme temblar el alma. Uno tiene los ojos color del amanecer y el otro de un tono de azul que aún no logro definir. Uno es mi esposo y el otro mi hijo».

«Soy una mujer orgullosa de serlo. Pienso que antes de dar un paso hacia atrás hay que dar dos hacia delante. Considero que, si le pusiéramos el mismo énfasis a la inteligencia emocional que a la adquisición de conocimientos, seríamos más felices y el mundo sería menos cruel».

«Amo el agua, la cama y mi laptop. El agua porque repara y nutre cada célula de mi cuerpo, la cama porque tiene múltiples usos imprescindibles para amanecer con una sonrisa y mi laptop porque es ahí donde sucede la magia».